

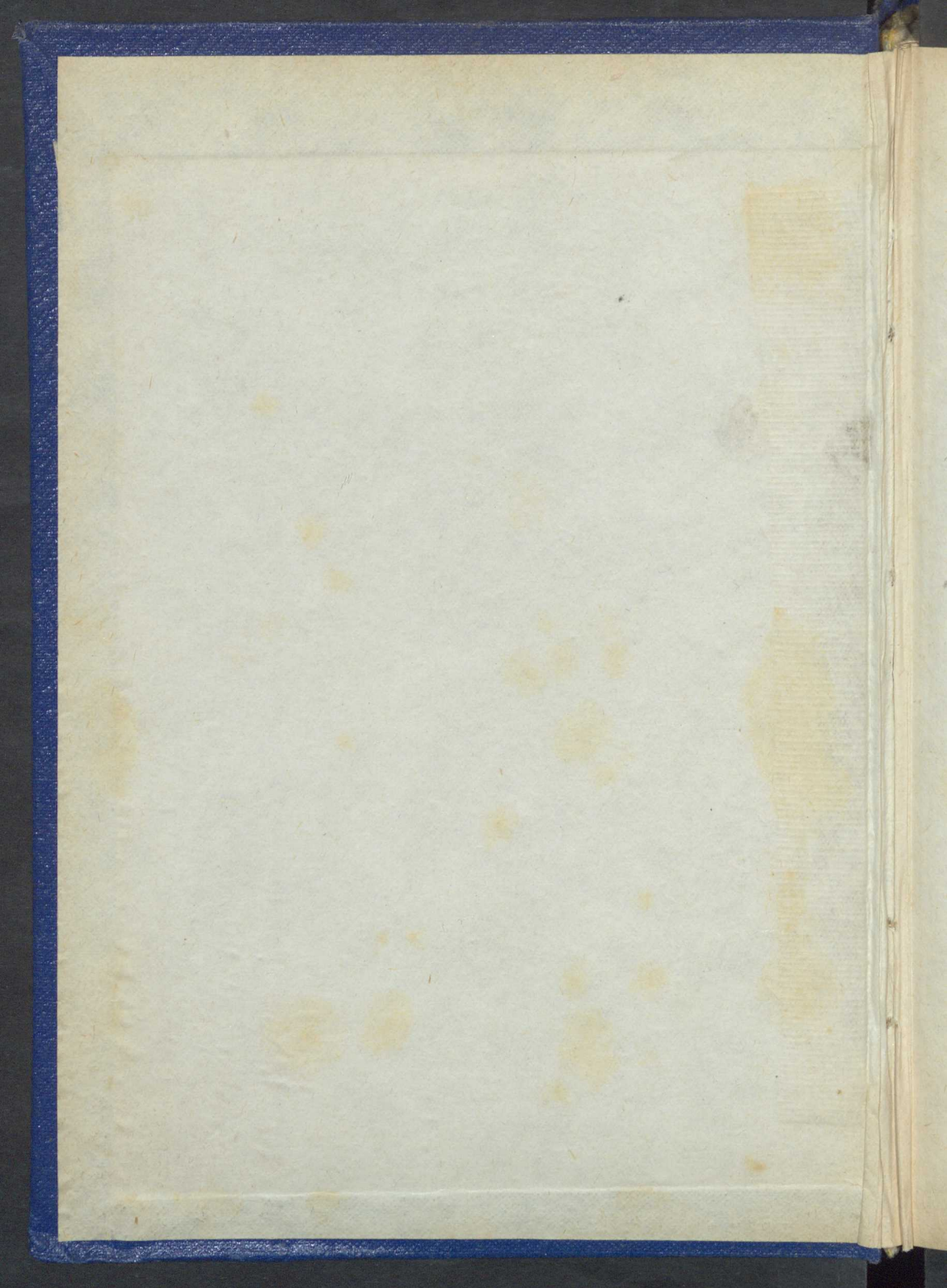
OB  
28853

CÉCILE de TORMAY

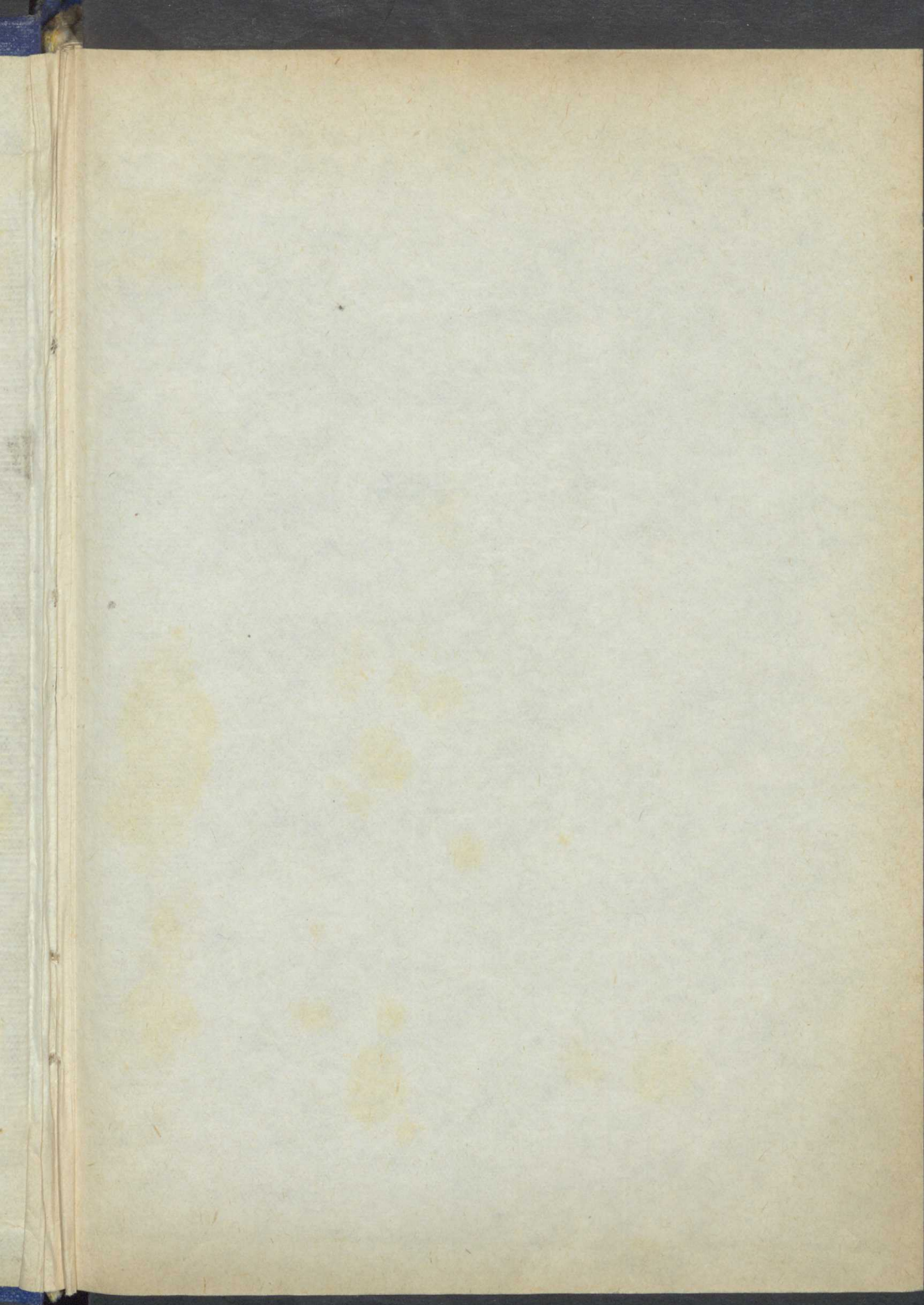
# LA VIEJA CASA



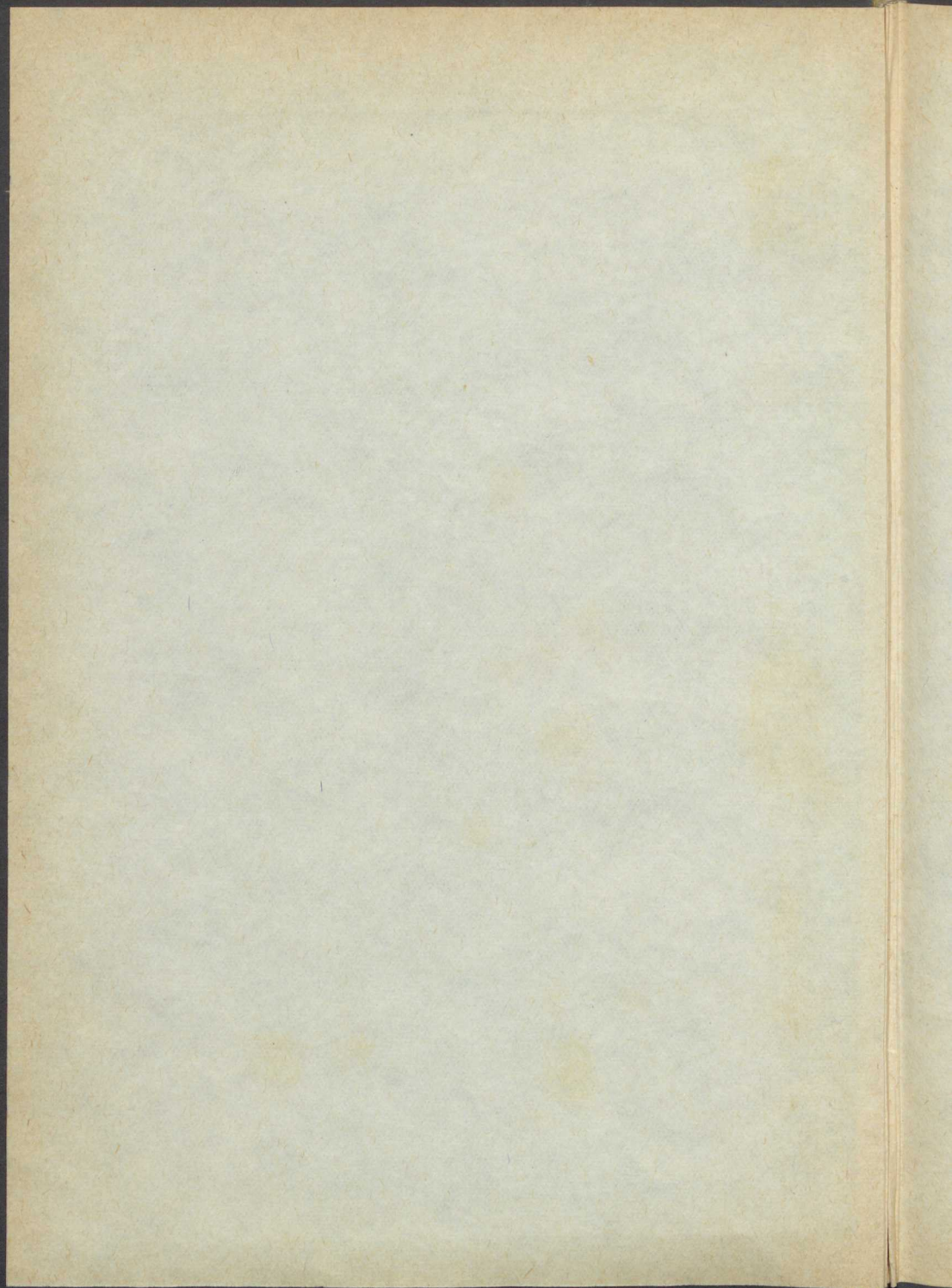














LA VIEJA CASA



## COLECCIÓN «NOVELAS HÚNGARAS»

Dirigida por F. OLIVER BRACHFELD

1. Lajos ZILAHY: *El amor de un antepasado mío.*
2. Ferenc KÖRMENDI: *El error.*
3. Ferenc KÖRMENDI: *Aventura en Budapest.*
4. Lajos ZILAHY: *Algo flota sobre el agua.*
5. Zoltán NAGYIVÁNYI: *Duelo en Oriente.*
6. Cécile de TORMAY: *La vieja casa.*



CÉCILE DE TORMAY

# LA VIEJA CASA

(NOVELA GALARDONADA POR EL «PREMIO PÉCZELY»  
DE LA ACADEMIA HÚNGARA)

TRADUCIDA DE LA 6.<sup>a</sup> EDICIÓN HÚNGARA

POR

A. M. DE ORBÓK

EDITORIAL VICTORIA

CONDAL, 32  
BARCELONA



Título de la obra original

A RÉGI HÁZ

COPYRIGHT BY  
F. OLIVER BRACHFELD



OB 28 853



Országos Széchényi Könyvtár

Leltári szám:

B 5 813 | 1959.

Primera edición: Mayo de 1946

*Impreso en España*

## CAPÍTULO PRIMERO

Atardecía. El invierno caía blancamente sobre tierra. Grandes álamos se adelantaban al coche cruzando la nevada. Venían por la llanura inmóvil, espectrales y sin hojas. Tras ellos, las montañas se levantaban en la nieve. Pequeños campanarios y tejados apretujábanse los unos encima de los otros. Encendiéronse pequeños recuadros luminosos, desparramadamente.

Había caído la noche cuando el carruaje alcanzó la barrera de aduanas. Dos garitas de madera hundidas en la nieve se hallaban frente a frente del otro lado de la valla. El cochero formó una bocina con las manos. Una voz adormecida contestó y los ramilletes blancos de los chacós empezaron a moverse en los oscuros huecos de las garitas. La luz de una lámpara se deslizó repentinamente de la casucha del guardabarrera. Tras la linterna, un hombre armado con una carabina anduvo trabajosamente hacia el coche.

Era un coche de viaje de altas ruedas y pintado de dos colores: verde oscuro la mitad superior y amarillo limón la parte de abajo y las ruedas. Arriba, cerca del estrecho pescante, ardían unos pequeños faroles de aceite, cuya luz se esparcía sobre el lomo de los caballos. El cuerpo de las bestias humeaba con el frío.

El centinela alzó su linterna. La ventanilla del coche pareció estremecerse bajo el rudo contacto de la luz, hasta que se sumió plenamente en ella. Una cabeza canosa y plena de vigor apareció entonces asomándose. Dos pupilas inmóvi-



les y tranquilas miraron al de abajo en los ojos. El hombre retrocedió y sus hombros se inclinaron con humildad.

—¡ El coche de Ulwing !...

Apartó la barrera. Bajo las garitas, la guardia cívica de la ciudad saludó con las armas.

—¡ Siga !...

La luz de los faroles del coche vagó por encima de solares vacíos y de inclinadas palizadas. Un gran mercado desierto ; la pared de una iglesia ; casas ciegas, de ojos cerrados, ajenos a toda visión en mitad de las tinieblas, aparecían situadas entre hondonadas, al borde de las calles retorcidas. Más allá, las casas eran más altas. No se distinguía transeúnte alguno. Únicamente en las proximidades del palacio del príncipe Grassalkovich apareció un sereno hollando la nieve con sus pesados pasos. Una linterna de hierro se balanceaba colgada del chuzo que llevaba en la mano y su sombra agitóse sobre la pared, encima de su cabeza, como negro animal encabritándose.

Una voz desgastada gritó en la noche tranquila, desde la torre de la alcaldía :

—¡ Loado sea el Señor !...

Arriba, en lo alto, el vigía de los incendios señalaba que estaba despierto.

La ciudad volvió a enmudecer. La nieve caía sosegadamente contra los vetustos tejados en pináculo y bajo los aleros. Calles y más calles acudían de todos lados, inclinadas como conjurados que temiesen ser descubiertos. Allí donde se agrupaban, habíase formado una plaza repleta de recovecos, y en el centro, el agua helada chorreaba del margen del pozo Servita, lentamente, como en un balbuceado rezo, surgiendo de la oscuridad que reinaba ante el templo.

En la casa que formaba esquina, y pendiendo de un gancho de hierro, había un farol solitario abocado a la calle. Su cadena chirriaba suavemente cada vez que el viento la mecía y su claridad se había encogido tanto sobre la pared,



que hubiese cabido en la palma de una mano infantil. En el centro de la plaza del Mercado Nuevo colgaba otro farol solitario. Su luz humeante había quedado prendida en la densa nevada y no lograba descender a tierra.

Cristóbal Ulwing apoyó la barbilla en su abrigo de seis cuellos. Según el calendario, estaban en plenilunio. En tales ocasiones, el magistrado ahorraba el aceite de los faroles, y no había quien pudiera remediar que, si el calendario se equivocaba, dejase la ciudad sumida en tinieblas. Por otra parte, a tales horas, el puesto de los ciudadanos pacíficos se hallaba en los hogares.

Dos faroles... Y además, en vano.

Pest, la vieja y pequeña ciudad burguesa, ya estaba durmiendo, y Cristóbal Ulwing tuvo la sensación de que aquello era también así en otros momentos, de que sucedía igualmente de día, de ser tan sólo él quien velaba en aquella villa.

Alzó la cabeza: ya iban por los suburbios de Leopold. Cesó el diminuto empedrado saltarín. Los hoyos se volvieron suaves y hondos bajo las ruedas. Un viento que soplaba del Danubio se prendió en las crines de los caballos.

De pronto, el silencio se llenó con un bello y libre susurro. Entre los ribazos que dormían, en la honda oscuridad, el gran río se deslizaba y repetíase perennemente, cual invisible vida.

Más allá, los montes de Buda se agruparon en blanco. Del lado de Pest había un espacio llano que se extendía entre la ciudad y el agua. La casa de Cristóbal Ulwing se alzaba solitaria en medio de la pradera blanca. Hacía ya como unos treinta años que la llamaban en la ciudad «la casa nueva». Fué un acontecimiento cuando la construyeron. Los ciudadanos del casco viejo iban de excursión cada domingo para verla. La miraban detenidamente, deliberaban y movían la cabeza. No había manera de que comprendieran por qué el arquitecto Ulwing edificaba su casa allí, en las arenas movedizas, habiendo todavía tantos terrenos en las



estrechas y bellas calles del interior de la ciudad. Pero él siguió su camino y amó más aún su morada. Había sido levantada por su pensamiento, con su labor y sus ladrillos: era completamente suya. Sin embargo, antaño...

Mientras Cristóbal Ulwing escuchaba inconscientemente el susurrar del Danubio, aproximóse y comenzó a hablar a su alma todo aquello que ya estaba lejos y mudo. Pensó en los antiguos Ulwing que vivieron en las grandes y oscuras selvas germanas. Eran leñadores y el Danubio les llamó, y ellos fueron bajando por sus orillas. Obtuvieron derechos de ciudadanía en una pequeña ciudad alemana. Volviéronse carpinteros y herreros. Trabajaron con hierro y roble, materias sencillas y puras, acabando por tornarse semejantes a ellas. Convirtiéronse en hombres honrados y fuertes. Luego, uno de ellos emigró a Hungría; se instaló en Pozsony y se hizo miembro de la corporación de los plateros. Trabajó en oro esmaltado y marfil. Sus manos cobraron más ligereza y sus ojos más luminosidad que los de sus antepasados. Ya era artista... Cristóbal Ulwing pensó en él: su padre. Después, quedaron dos... Su hermano Sebastián y él. Y cuando la casa paterna quedó vacía, algo empezó a llamarles como llamara a los que les precedieron. Alejáronse de Pozsony siguiendo las orillas del Danubio. Bajaron, pobres y huérfanos.

Habían transcurrido muchos años desde entonces. Muchas cosas habían cambiado.

Cristóbal Ulwing sacó su cajita de rapé. Era obra de su padre y su única herencia. La golpeó suavemente con dos dedos y se inclinó hacia la ventanilla, mientras volvía a hundirla en el bolsillo.

Ya se divisaba claramente la casa: el doble tejado muy inclinado, la fachada rechoncha y de múltiples pisos, las ventanas divididas en menudos cuadros y, hundida en la pared amarillenta, la puerta de roble, cuyo arco semicircular se prolongaba en una moldura encorvada, semejante a un



fruncido entrecejo de piedra. En los extremos de la moldura había dos urnas y dos cariátides debajo, al lado de la puerta. Cada concavidad y cada saliente de la fachada era suave y blanco.

Allá dentro, notaron la presencia del coche. Las ventanas del piso se iluminaron y oscurecieron en seguida, una después de otra. Alguien cruzó rápidamente las habitaciones, llevando una vela. La gran puerta de roble se abrió de par en par. Las ruedas traquetearon, el baúl de viaje dió contra la zaga y las cariátides miraron repentinamente al interior del coche. El ruido de las herraduras y las ruedas resonó como un trueno bajo la bóveda de la puerta.

El criado bajó el estribo del carruaje.

Arriba, en lo alto de la escalinata, había un joven. Llevaba en la mano una vela que sostenía elevada. La claridad caía directamente sobre su cabellera rubia y espesa. Su rostro quedaba en la sombra.

—¡Buenas noches, Juan Huberto!—gritó Cristóbal Ulwing a su hijo. Su voz sonó breve y grave, como cuando se deja caer un martillo contra el acero—. ¿Cómo están los niños?—Volvióse rápidamente, y al hacerlo ondearon sobre sus hombros los diversos cuellos del abrigo de color tabaco.

El ancho rostro benévolo del criado surgió de la oscuridad.

—El señor contable lleva mucho tiempo esperando...

—¿Es que todo el mundo duerme en esta ciudad?

—¿Qué duermo? ¿Cómo está eso?—Y Agustín Füger bajó apresuradamente la escalera. Siempre que corría, se le hacía penosa la respiración e inclinaba su cabecita calva como si agudizara el oído.

Cristóbal Ulwing le dió una palmada en el hombro.

—Lo lamento, Füger; pero para mí el día dura mientras tengo trabajo.

Juan Huberto se acercó. Llevaba una chaqueta de color verde botella. El chaleco y los pantalones de nanquín eran



de un amarillo pajizo. La corbata, dando dos vueltas en torno al cuello exageradamente alto, se hallaba irreprochablemente dispuesta. Se inclinó respetuosamente y besó la mano a su padre. Se le parecía, a pesar de su menor estatura, y de tener los ojos más claros y el rostro más delicado.

Tras ellos, unas faldas pasaron frotando las grandes losas cuadradas del oscuro pasillo. Cristóbal ni siquiera miró atrás.

—Buenas tardes, *mamzell*. No tengo apetito—. Y dejando su abrigo sobre una silla, entró en su cuarto.

Entre las dos crenchas de pelo negro apretadas a las orejas, el tenso y alargado rostro de *mamzell* Tini miró desilusionado al arquitecto: en vano le había aguardado con la cena. Cambió rápidamente de brazo la cesta llavera y regresó en la oscuridad del pasillo, rabiando y con todo el velamen fuera.

El aposento de Cristóbal Ulwing era abovedado y bajo de techo. Cortinas de gasa recogidas a un lado mostraban su blancura en las dos ventanas. Una vela ardía sobre la mesa redonda; era de sebo, pero estaba colocada en una palmatoria de plata. Su claridad oscilaba lentamente y en círculo sobre las fundas de rayas brillantes de las amplias y bajas butacas.

—Siéntese, Füger, y tú también—dijo Ulwing; pero su hijo permaneció de pie.

—El señor Palatinus me ha confiado la restauración del castillo. También he cerrado el trato en lo que se refiere al bosque—. Cogió una carta que había sobre un escritorio de muchos cajones. Su mano agarraba despiadadamente y sin titubeos todo cuanto precisaba. Mientras tanto, dió instrucciones breves y seguras al contable.

Füger garabateaba presuroso en su registro de cubiertas amarillas. Siempre lo llevaba consigo e incluso estando en la iglesia, durante la misa, podía vérselo sobresalir del bolsillo.

En la butaca de prominente almohadillado, Juan Hu-  
berto estaba incómodo. Su mirada vagaba, ausente, por el  
cuarto. Arriba del diván colgaban los retratos de los archi-  
tectos Fischer von Erlach y Mansard. Eran unos finos gra-  
baditos antiguos. Conocía aquellas dos caras, pero no le  
interesaban. Empezó a mirar el dibujo del empapelado de  
color verde: rayas diminutas y coronas de flores. Miró cada  
una por separado y empezó a sentir sueño. Sacó varias veces  
seguidas el largo alfiler de cabeza gruesa, que fijaba a la  
butaca la labor de aguja protectora del mueble y volvió a  
hundirla de nuevo, exactamente en el mismo sitio. Luego  
tosió, aunque hubiese preferido bostezar.

Füger seguía tomando notas. Sólo habló cuando calló  
el arquitecto.

—El señor Münster estuvo aquí. Sus acreedores le están  
llevando a la quiebra...

La mirada de Cristóbal se tornó dura, entonces.

—Bueno, ¿por qué no me lo dijo antes?

Füger alzó un hombro.

—Si es que no he podido hablar hasta ahora...

El arquitecto estaba inmóvil en medio del cuarto. Sus  
ojos se contrajeron como si mirara muy lejos.

Jorge Martín Münster, el poderoso empresario, el archi-  
tecto diplomado, había venido a la ruina. El último con-  
trincante, el gran enemigo que tantas veces le cerró el  
camino, ya no contaba para obstaculizarle. Cristóbal Ulwing  
recordó humillaciones, jadeantes y duras luchas y a muchos  
hombres que hubieron de sumirse en la ruina para que él  
pudiera elevarse. Los había derrotado. Ahora ya estaba ver-  
daderamente en el primerísimo puesto.

Con su amplia palma, satisfecho, dió una vuelta al bello  
rizo blanco que su pelo cano enroscaba sobre la sien.

Füger le miraba atentamente. En aquel momento, el  
resplandor de la vela alumbró el rostro huesudo y afeitado,  
que el viento invernal había curtido al rojo. Sus cejas y su



cabello parecían más blancos y sus ojos más azules que de ordinario. Su barbilla, algo ladeada, se incrustaba con dureza en el sobresaliente cuello blanco, dando a su rostro una expresión particularmente tozuda.

«Este hombre no envejece», pensó el pequeño contable; y aguardó a que le interrogaran.

—El señor Münster ha perdido trescientos mil florines renanos. Esto ya no podía soportarlo.

Cristóbal Ulwing meneó la cabeza. Mientras tanto, calculaba fría y despiadadamente.

—Tengo que ver los libros y el balance de la empresa Münster—. Mientras hablaba, iba pensando que ya se había enriquecido lo suficiente para permitirse tener también corazón. Siempre lo consideró como una carga pesada que estorbaba al hombre en sus movimientos. Tuvo que prescindir de él mientras iba subiendo. Esto también pasó. Había alcanzado la cumbre.

—Ayudaré a Martín Jorge Münster—dijo quedamente—; lo levantaré, pero de tal forma, que permanezca en adelante junto a mí.

Conmovido, Füger parpadeó rápidamente bajo los cristales de sus quevedos, como si aplaudiera con las pestañas a su jefe.

Con eso, Cristóbal Ulwing dió el asunto por decidido. Sacudió el pábilo de la vela y se volvió hacia su hijo:

—¿Estuviste en la alcaldía?

La voz paterna actuó sobre Juan Huberto como si alguien le sacudiera un hombro repentinamente.

—¿El señor padre no está fatigado?—fué la pregunta que acudió a sus labios cual postrera defensa. Deseaba librarse de todo aquello, que al menos lo aplazasen hasta el siguiente día. Pero su padre no se dignó contestar a la pregunta.

—¿Hablaste?

—Sí...—La voz de Juan Huberto era suave y vacilante.



Siempre pronunciaba las palabras de forma que luego le fuese fácil retirarlas—. Dije lo que me encargó usted que dijera, pero creo que no valía la pena...

—¿Crees eso?—Una mirada astuta centelleó un instante en los ojos de Cristóbal Ulwing; luego sonrió con superioridad:—Cierto; los de nuestra raza tienen que actuar... También nos está permitido pensar, pero sólo cuando hacemos que sea un gran señor quien diga lo que pensamos. Sin embargo, quiero que hables. Ya te haré un caballero, para que también te escuchen.

Füger meneó la cabeza. Juan Huberto empezó a quejarse.

—Cuando propuse que plantásemos hileras de árboles en la ciudad, todos los alcaldes electos me preguntaron si me había vuelto jardinero. En lo referente al alumbrado de las calles, dijeron que las personas ebrias también podían agarrarse a la pared de las casas, y que para otra cosa no se precisaban faroles.

—¡También esto será distinto un día!—La voz del arquitecto era cálida, denotadora de una gran confianza en lo que afirmaba.

El joven Ulwing, medio ausente todavía, prosiguió:

—También les informé sobre nuestro nuevo tejlar, haciéndoles saber que de hoy en adelante, venderíamos ladrillos al por menor a la gente de los suburbios. Esto tampoco gustó. Los señores magistrados se pusieron a cuchichear.

—¿Qué dijeron?—preguntó fríamente Cristóbal Ulwing. Juan Huberto clavó la mirada en el suelo.

—Pues que el gran carpintero siempre saca oro de la miseria de los demás. ¡El gran carpintero! Así es cómo los señores llaman entre ellos a mi señor padre. Y eso que el año pasado le eligieron ciudadano de honor...

Ulwing hizo un gesto de desprecio.

—Los honores que recibí de la alcaldía no cuentan para nada, pues me los colgaron encima para que no pudiera



moverme bajo su peso y para que ellos se permitiesen dormir tranquilos.

—Y robar en paz—dijo Füger, mientras hacía con la mano un extraño ademán arqueado hacia su bolsillo.

—No les haga daño—gruñó el arquitecto—, que hay allí mucha gente honrada.

El contable estiró el cuello hacia delante, como si aguzara tensamente el oído; luego se inclinó y salió ceremoniosamente de la habitación.

Cuando se quedó solo con su hijo, Cristóbal Ulwing se volvió repentinamente hacia él.

—¿Y qué más dijiste en la alcaldía?

Juan Huberto alzó hacia su padre sus ojos asombrados y mansos:

—Pero, si usted no me encargó nada más...

—Pero, sin embargo, habrás tenido que decir algo. Algo que se te haya ocurrido por ti mismo.

Hízose un silencio.

El joven Ulwing sintió que era víctima de una horrenda injusticia. ¡Si su padre era responsable de todo! Él fué quien hizo un hombre de él. Y ahora no estaba satisfecho de lo que había hecho... Lo recordó todo en un instante, como a través de un rayo. Su niñez, los años pasados en la escuela de dibujo técnico; muchos esfuerzos tímidos e impotentes, amargas silenciosas, cobardes resignaciones. Y aquellos tiempos, en los que pretendió querer y sólo le fué posible hallarse con la incomprensión de su padre. Cuando quiso amar y escoger, y fué su padre quien eligió por él. El arquitecto Ulwing no necesitaba de una pobre modistilla. La pieza que él perseguía era la hija de Ulrich Jörg. Ésa estaba bien; ésa era rica. La cosa duró poco: Cristina Jörg falleció. Pero ni entonces pudo pensar en una nueva mujer, en una nueva vida. «Los niños», dijo Cristóbal Ulwing. Y se resignó, pues Cristóbal Ulwing era el más fuerte y sabía decir con más fuerza que le asistía la razón.

Un atrevimiento desacomumbrado se le subió esta vez a la cabeza, no obstante. Enderezóse un momento con ademán acusador. Ladeósele algo la barbilla. El viejo se vió a sí mismo en él. Le miraba duramente, como si quisiera con su mirada hacer perenne en su hijo aquella fuerza semejante a la suya, cuya ausencia nunca se había explicado y de la que no sabía tampoco por qué causa se hallaba presente en ese instante.

Pero todo volvió a apagarse paulatinamente en la mirada de Juan Huberto. Cristóbal Ulwing bajó la cabeza.

—¡Vete!—dijo sin piedad—. Ahora ya estoy cansado de veras—. Y en aquel momento semejaba un viejo leñador fatigado. Sus ojos cerráronse a medias; sus manos huesudas colgaban pesadamente fuera de las mangas de la chaqueta.

Allá fuera en el pasillo, cerróse una puerta con un chirrido lacerado y quedo. El arquitecto Ulwing hubiese preferido que diesen un portazo, pero su hijo las cerraba siempre con esa suavidad. Era muy distinto de como le hubiese gustado que fuese. «¿Qué será cuando no me halle junto a él?» Estremecióse. La vida estaba tan poco desgastada en su ser, que la idea de la muerte le resultaba siempre extraña y hostil. «¿Qué será?» La pregunta se había acallado ya; no pensó más en ella. Miró en dirección de la habitación vecina... ¡Sus nietecitos! Ellos serían los que continuarían lo que empezara el gran carpintero. Iban a ser hombres fuertes. Abrió la puerta. Pasó por el comedor. Se sentía, en la oscuridad, olor a pan y manzanas. Luego atravesó todavía un cuarto; los niños se hallaban más allá, en la estancia siguiente.

El aire era tibio. Una mariposa ardía sobre un armario de tres cajones. La señorita Tini se había dormido, sentada junto a ellos, con un breviario desgastado sobre las rodillas. La sombra de su cofia de noche, cual oscuro enjalbegador, volaba y subía por la pared. En el hueco cavernoso de la estufa de alfar blanco, había un jarro de color azul donde



habían puesto a calentar agua. De las camitas enrejadas llegaban las respiraciones infantiles, imperceptibles casi.

Ulwing se inclinó cautelosamente sobre uno de los lechos. Allí dormía el chiquillo. Su cuerpecito se había encogido bajo la manta, como si en el sueño se refugiase, ante algo que había venido con la noche y se alzaba en torno a su cama.

El viejo se inclinó y le besó en la frente. El niño exhaló un gemido, clavó un instante en el aire una mirada espantada y luego se escondió temblando bajo la almohada.

*Mamzell* Tini se despertó, pero no atrevióse a moverse. El señor arquitecto se hallaba tan humildemente ante el niño, que no convenía que una persona asalariada observase tal cosa. Volvió la cabeza y escuchó así la voz de su amo.

—Pero si no quise asustarte. No, no tengas miedo, Cristobalito. Soy yo.

El niño ya dormía.

El arquitecto Ulwing se acercó a la otra cama. También besó a la niñita. Ana no se asustó. Su pelo, rubio tal oro esparcido, se agitó sobre la almohada, en torno de su cabecita. Rodeó con sus diminutos brazos el cuello de su abuelo y le devolvió el beso.

Cuando Cristóbal Ulwing salió de puntillas de la habitación, la señorita Tini le siguió con la vista. Pensó que los Ulwing eran buenas personas, a pesar de todo.

Una luz de cegadora blancura penetraba por la ventana del cuarto. Allá fuera, se había hecho invierno en una sola noche y los dos niños juntaron sus cabecitas. Desde el año pasado no recordaban ya cómo era el invierno.

Lejos, abajo, el agua inmensa se deslizaba, fría y verde entre los ribazos blancos. Y enfrente, la montaña de la ciudadela también estaba blanca. El canto de los bastiones, el borde de los tejados, el pico de las torres, todo lo puntiagudo y cortante habíase agrandado y hecho desigual por la nieve.

El campanario de Nuestra Señora era de Ana y, la ige-



sia de la guarnición, del pequeño Cristóbal. Hacía ya tiempo que se los habían repartido desde aquel cuarto de niños, y como Cristóbal pataleaba, Ana le dió también la torre de la alcaldía de Buda, cubierta con tejas de madera, así como el observatorio astronómico del monte Gerardo. Sólo guardó para ella la escalera de los Jesuitas.

—Pero esa también es mía — dijo insaciable el chico—, pues de lo contrario le diré a Tini que le cortaste al rape las franjas de su chal, mientras jugábamos a peluqueros.

—¡Y yo le diré que escupiste en el vaso del escribano! ¡No, no, no! ¡No te la daré! — Ana sacudió la cabeza con tal fuerza que su pelo rubio se embrolló en todos sentidos ante sus ojos. Por nada hubiese entregado la escalera de los Jesuitas, pues por ella trepaba el camino que subía al castillo, hacia el tío Sebastián. Y ella miraba a menudo en su dirección desde la ventana del cuarto infantil. Por la mañana, al despertar, hacía señas con las dos manos hacia la orilla opuesta. Cada noche, colocaba una vela de sebo sobre el alféizar de la ventana para que tío Sebastián viera que le recordaba.

En tales ocasiones, Sebastián Ulwing contestaba desde el otro lado. Encendía un poco de paja sobre los bastiones del castillo y las pequeñas llamas de color azul se deseaban buenas noches por encima del Danubio.

—La escalera de los Jesuitas es mía — dijo Ana con decisión, y pasó al cuarto vecino.

El chiquillo refunfuñó un momento y luego la siguió de puntillas. Cuando se halló en la puerta, miró intranquilo en torno suyo. Le tenía miedo a aquella habitación, a pesar de que era más acogedora que las demás y de que Ana la llamara el cuarto de estar. El empapelado de rayas amarillas, radiante de luz, y los muebles de cerezo semejaban estar iluminados por el sol, hasta en tiempo nublado. Las patas de las sillas se erguían, agudas, sobre el piso de madera aljofifada y sus respaldos semejaban laúdes. Ese cuarto



había sido de la mamá. No moraba en él porque se había marchado al cielo y no había regresado aún a la casa, pero las cosas habían quedado tal como estaban antes de que se fuera. Su retrato colgaba encima del diván de flores y su costurero se hallaba también allí, en el hueco de la ventana. El piano fué igualmente suyo y se les había prohibido a los niños que lo tocaran. Y eso que Cristóbal estaba seguro de que allí dentro vivían las ratitas de piano y de que por la noche, cuando todo el mundo dormía, corrían calzadas con zapatitos de plata, haciendo vibrar el aire con sus retozonas carreras.

—Vayámonos de aquí — dijo medrosamente —, pero corre tú delante...

No había nadie en el cuarto del abuelo. Sólo se oía un fino crujido que venía del lado de la estufa. Únicamente el reloj de columnas de alabastro marcaba su tictac sobre el escritorio.

El pequeño Cristóbal se volvió repentinamente más audaz. Corrió hacia la estufa. Era ésta una rechoncha columna de alfará, de color gris plateado. Encima de ella había una urna, de la que brotaban unas llamas de porcelana inmóviles y blancas. Aquello era bello e incomprensible, y a Cristóbal le agradaba contemplarlo.

Mostró la puerta de cobre amarillo, a través de cuya ventosa podíase ver lo que ocurría en la estufa.

—Ahora, las hadas del fuego están bailando allí dentro...

Ana escudriñó en vano a través de la rendija de la ventosa, pues no las vió. Unas llamas vulgares se retorcían sobre la brasa de la estufa, y el humo se introducía en el hueco de la chimenea, contrayéndose lentamente.

—¿Verdad que son bellas? Llevan vestido colorado y canturrean — dijo el chiquillo.

Aburrida, la niña se volvió.

—Yo nada más oigo el tictac del reloj.—Se puso súbitamente de puntillas y sonrió. En tales momentos, sus ojos

y las comisuras de su boca tendíanse un poco hacia arriba. También quiso descubrir algo extraño:

—Tic, tac... Un duendecillo anda cojeando por el cuarto. ¿Lo oyes? Tic, tac...

Los ojos de Cristóbal se abrieron con inmensa felicidad.

—Lo oigo... Y, ¿verdad que el enano no se detiene nunca?

—No se para —dijo Ana convencida, a pesar de no estar segura de lo que decía — jamás se para; pero no debes hablar de ello a los mayores.

Cristóbal repitió con devoción:

—Los mayores no deben saber nada de ello... ¿Y verdad que esto es verdaderamente cierto? ¿Verdad que lo dijo también el abuelo?

Ana recordó que el abuelo jamás hablaba de duendes ni de hadas...

—Sí, lo dijo el abuelo — afirmó el chico para sí.

Todo aquello se fijó en la cabecita de Ana. Y a partir de aquel momento, los dos creyeron incommoviblemente que el abuelo lo había dicho y que debía ser en realidad un duende de quien andaba continuamente por el cuarto cojeando y con breves pasos. Tic, tac...

—¿Oyes?

El tictac del reloj resonaba en el silencio tranquilo y limpio del cerrado comedor. Aún se le oía en la caja de la escalera, que se hundía como una cueva desde el pasillo hasta el umbral de la puerta.

De golpe, el duende desapareció de la cabecita de los niños.

El patio estaba blanco y el tejado semejábase a las faldas de una colina nevada. La casa daba la vuelta allí donde se hallaba la gárgola de hojalata en forma de dragón y su ala interior, toda de planta baja, se alargaba en la profundidad del patio. Allí vivía el señor Agustín Füger, con su esposa y su hijo Otto.



La señora de Agustín Füger, doña Enriqueta, estaba siempre sentada cosiendo cerca de la ventana. Entonces podía verse su gran cofia parecida a un gato blanco acurrucado en el alféizar. No miró afuera, por suerte. El patio jardín era enteramente de los niños. También eran suyos el defectuoso pozo, así como el banco circular que abrazaba el tronco del manzano. Era su pequeño y grandioso imperio. En invierno, el jardín parecía diminuto, pero se volvía gigantesco durante el verano, cuando los árboles le aportaban su follaje y las matas de lilas cubrían los lugares secretos. Una puerta que franqueaba su alta tapia conducía al fin del mundo; era una puerta enrejada que sólo a los mayores estaba permitido abrir.

Había veces en que Ana y Cristóbal oteaban anhelosamente a través de la reja durante horas enteras. Se distinguía desde allí el tejado del almacén, el horno de alquitrán y toda clase de trozos de madera: vigas, tablones, estacas... Uno podría deslizarse sobre ellos, si le dejaran entrar.

Aquel lugar divertidamente desordenado, donde trabajaban la madera unos hombros groseros en delantales de cuero, era llamado por los viejos Plaza de la Carpintería. Pero no gustaba a los niños; preferían aquella puerta «al fin del mundo», cuando todo estaba tranquilo y el olor de las vigas recalentadas por el sol invadía el patio e incluso la casa durante cada domingo estival. Entonces era cuando se podía creer aquel secreto que Cristóbal conocía. Aquello no era una plaza de carpintería. Los mayores no tenían *nada* que ver con ello y era evidente que los niños de los gigantes habían lanzado allí su juego de construcciones de madera.

—Y cuando yo duermo es cuando ellos juegan — murmuró el niño.

—Y ahora no hay quien lo crea — contestó seriamente Ana—, pues todo se ve muy claro por allá...

Caminando en la nieve, Cristóbal la siguió lentamente y abatido; sólo se detuvieron cerca del portal, ante una puer-



ta sobre la cual colgaba un letrero que decía «*Canzelei*»... Aquella palabra era algo como un estornudo. Hacía cosquillas en la boca de los niños, y éstos se veían forzados a reirse de ella.

Ana y Cristóbal apoyáronse el uno en el otro.

—*Canzelei... Canzelei...*

Abrióse la puerta. El escribano se hallaba en el umbral. Era un hombrecillo enclenque y de rostro famélico; llevaba una larga chaqueta de alpaca y sus rodillas entrechocábanse al caminar. Ana sabía algo de él. Una vez que estaba furioso, el abuelo dijo que el señor Feuerlen era un tonto. Tratabase del único de los mayores del que se podía saber tal cosa con seguridad.

Los niños se miraron, y la risa que llevaban dentro hinchó sus caritas; luego, se deslizaron como serpientes por la puerta de la oficina.

—Es tonto, y mucho—cuchicheó Ana al oído del chico.

—¡Yo escupí en su vaso!—y rieron, ya libre y triunfalmente.

Sus risas cesaron repentinamente, quebradas con sequedad.

El señor Gemming, el dibujante, dió un golpe con su escuadra y empezó a refunfuñar. Agustín Fúger se subió de un tirón el manguito del brazo derecho, que solía ponerse durante las horas de despacho.

—No gruña, Gemming, que un día también será jefe de empresa... ¿Verdad, Cristobalito? Y siempre estarás sentado allí dentro, detrás del escritorio.

Cristóbal miró asustadamente hacia la puerta que daba al despacho del abuelo. ¿Allí dentro? ¿Siempre? ¿Silenciosa y razonablemente? ¿Hasta cuándo le gustará jugar con los soldaditos de plomo?... Horrorizado, cruzó la habitación galopando. No, prefería no volver jamás por allí. Aquel era un lugar sucio y oloroso a tinta.

Fué abierta la puerta de la que huía. El arquitecto Ul-



wing cruzó por el cuarto, acompañando a un señor desconocido.

El pequeño escribano se puso repentinamente a escribir. Gemming mojó su lápiz en el tintero. En la sala vecina, las plumas crujieron febrilmente y los dos niños se pegaron a la pared. El caballero desconocido se detuvo. Ana vió claramente su rostro, abultado y pálido. El cuello en forma de vela naviera, estaba completamente doblado bajo la gran barbilla doble.

—Gracias—dijo el caballero desconocido, y clavó su mirada en el suelo, como si algo le avergonzara. Tendió su mano regordeta y blanca a Cristóbal Ulwing. Esta temblaba lo mismo que su boca.

—No hay de qué, señor Münster. No es más que negocio.

El arquitecto dijo esto hallándose ya en el umbral de la puerta, pero también lo oyeron en la oficina.

Gemming se puso a sacudir la punta del lápiz mojado en tinta. Füger parpadeó rápidamente. Los dos comprendían que, en adelante, el señor Jorge Martín Münster ya no sería más señor que ellos. Habíase convertido también en un empleado de Ulwing...

Cuando el arquitecto regresó, su barbilla torcida se colocó satisfecha en la rendija de su cuello entreabierto. De pronto, vió a los dos niños.

—¿Qué buscáis por aquí?—Le hubiese gustado sentarse con ellos sobre los libros de la oficina, que estaban amontonados en el suelo. Sólo un minuto, nada más el tiempo necesario para que sus manitas le acariciaran la cara. Sacó el reloj sonador que llevaba en el bolsillo.

—Imposible.

Aún tenía que recibir a mucha gente. Empresarios, negociantes en madera, pulidores, arrieros, todos aguardaban ante la verja de madera, en la gran sala que daba sobre el patio. Y Juan Huberto ya se había asomado por la puerta,

como si quisiera llamarle. Siguió adelante, pero miró, sin embargo, hacia atrás, desde el umbral.

—Esta tarde iremos a casa de tío Sebastián. Nos despediremos de él por todo el invierno, antes de que recojan el puente de barcazas.

Las caritas de los niños se iluminaron de alegría.

—¿Verdad que iremos en coche?—preguntó el chiquillo.

—A pie — contestó secamente Ulwing—. ¡ Los caballos están acarreando madera! —Y con aquellas palabras, cerró repentina y bruscamente la puerta.

—A pie...—repitió Cristóbal desilusionado—. ¡ Oh!, eso no es bonito. Yo no iré, pues me duele la pierna.

Se puso a cojear. Frotaba la pared con el hombro y gemía distraídamente. Ana sabía, sin embargo, que estaba mintiendo.

El anciano y la niña caminaban lentamente bajando la orilla del río. Las ventanas de la casa les siguieron largamente con su vista de cuadrículas, así como las cariátides que flanqueaban la puerta.

Un viento fresco y nevado bajaba de las montañas blancas. Unos molinos de agua navegaban sobre el Danubio. Bajo el monte de la ciudadela, una reata de dos caballos remolcaba un barco, y lanchas diminutas y oscuras remaban por doquier, como si Pest y Buda hubiesen salido a despedirse sobre el río ante la llegada del invierno.

En la orilla trabajaban unos carpinteros astilleros. Cuando atisbaron a Cristóbal Ulwing, dejaron el trabajo y le saludaron con respeto. Un caballero pasó ante ellos y también saludó. Señores y damas paseaban por la Plaza de los Juegos Teatrales. Todo el mundo saludaba al arquitecto Ulwing.

Ana estaba orgullosa y su carita se puso toda colorada.

—¿Verdad que todo el mundo nos saluda?... ¿Verdad que son muchos los que viven aquí?

—Muchos—dijo el abuelo, y pensó en otra cosa.



—¿Cuántos?

—No podemos saberlo, pues los nobles no se dejan contar.

—¿Y también hay muchos niños?

El arquitecto no contestó.

—¿Pero verdad que el abuelo jamás fué niño?

—Lo fuí, pero no aquí.

—¿Es que el abuelo no estuvo siempre en nuestra casa?— preguntó Ana, incansable.

Ulwing sonrió.

—Vinimos de muy lejos con tío Sebastián. Primero en diligencia, mientras tuvimos dinero para ello, y luego andando. En aquel entonces los veranos eran más calurosos que ahora. De noche, caminábamos a la luz de la luna...

Ya no habló. Su alma contemplaba en otra dirección que sus ojos. Miraba muy lejos, hacia atrás: ¡Pestvár!... (1) Entonces aún estaban de pie los bastiones y las murallas de Pest. Él también entró pasando por una vetusta puerta.

—Era por la mañana y tañían las campanas—dijo meditando.

De repente, tuvo la impresión de que no había visto realmente aquella ciudad de entonces, que sólo la conocía por alguna viejísima estampa borrosa. Ciudadanos de sombreros de tres picos y peluca caminaban por las calles; carros de cadena; soldados de grandes chacós, y el Danubio que era entonces más joven y más libre. Sus aguas brillaban mejor y sus ribazos estaban cubiertos de gente marinera.

Su hermano Sebastián bajó hacia el río. En cuanto a él, se detuvo y miró el bello barco decorado, al cual llevaban sacos unos hombres que subían por un tablón y bajaban por otro. El «encargado» estaba en la orilla y hacía una muesca en un trozo de madera por cada saco que pasaba. Los mozos que trasladaban los sacos brillaban de sudor. Llevaban su

(1) Pestvár: Ciudad fortificada de Pest. — *N. del T.*

carga sobre los hombros, de la misma manera que lo habían hecho sus padres durante largos siglos, en esos lugares, a orillas del Danubio. El «encargado» juraba: «¡Faltan hombres!» y Cristóbal Ulwing miraba, pero no tocaba los sacos. Desde la arena, algo semejante a una punzada de fuego le centelleó en los ojos: un hacha brillaba al sol. Recordaba claramente cada palabra que dijo entonces: «Clavemos los dos tablones para formar un caz y en una hora le hago resbalar todo el cargamento en el barco.»

Allá abajo, en la orilla, su hermano Sebastián saltó a una barca y señaló a Buda con su bastón de caminante, llamándole y haciéndole señas.

—¡Me quedo aquí!—gritó él con fuerza, y recogió el hacha que yacía en la arena.

El «encargado» le miró con atención y luego meneó aprobatoriamente la cabeza. A los pocos minutos, los sacos ya se deslizaban con velocidad por el caz, y el barco los engullía cual glotona bestia acuática.

La lancha y el hermano Sebastián se alejaron de la orilla. Ya navegaban en medio del Danubio. La corriente y el remo, el destino y la voluntad llevaron su vida hacia la ciudad de la ribera opuesta. Cristóbal Ulwing se quedó en Pest. Al día siguiente ya trabajaba en el despacho del fletador. Luego fué a parar a un mercado de maderas. Después siguió adelante, avanzando, subiendo... Y la ciudad creció con él, como si hubiesen tenido el mismo destino.

Ana hacía en vano mil pequeñas preguntas, pues el abuelo no contestaba. Andaba muy lejos, detrás de sí mismo, en su pasado.

Llegaron al puente de barcazas. También allí saludó la gente. El del portazgo no les pidió dinero. El centinela de la entrada del puente presentó armas.

—¿Por qué?—Era lo que preguntaba Ana cada vez que cruzaba el puente.

—Me conocen—contestó sencillamente el arquitecto. De



qué les serviría a los niños saber que el puente era suyo, que él era quien arrendaba el peaje a través del río y que también eran suyas aquellas muchas armadías que flotaban por el Danubio, así como la tierra ribereña, allá, a lo lejos, hasta muy arriba.

El puente temblaba uniformemente. El agua sacudía las barcas. Espumaba y salpicaba como si las lenguas de numerosas y grandes bestias batieran el cuerpo de los muchos barquitos encadenados. Cerca de la barandilla estaban dispuestos varios faroles. En el centro—mancha de color encima del río—, la estatua de San Juan de Nepomuk, protector del puente. La gente transitaba bajo ella, descubriéndose al pasar.

Ana mostró el santo:

—También le saludan a él, y más de lo que saludan al abuelo—. Y sentía algo de envidia.

Cuando llegaron a la Ciudadela, la niña empezó a quejarse:

—Tengo hambre...

Bajo las grandes zancadas del arquitecto, el adoquinado de la estrecha acera cubierta de nieve batió más rápidamente.

En torno a ellos, casas de un entremezclado de colores amarillos, grises, verdes... Encima de los establecimientos y pendiendo en las calles, veíanse colgadas de retorcidos soportes de hierro forjado, pulseras doradas, llaves gigantes-cas, botas y herraduras caballares...

Un gran reloj colgaba encima de la tienda del tío Sebastián. Ana reconoció desde lejos las inmóviles agujas de oro de su esfera. La sombra del campanario de Nuestra Señora llegaba precisamente allí. Se presentaba en la calle como una pica negra. La casa, era, tal vez, la más vetusta de todas. Su piso salía más que su planta baja y era sostenido encima de la acera por unos puntales de madera carcomida. Sobre la pared desnuda, precisamente cerca del reloj enseña. veíase una inscripción pícaramente retorcida:

SEBASTIÁN ULWING.  
BÜRGERLICHER UHRMACHER.

En la tienda había mucha gente. Vecinos y habitantes de la Ciudadela que iban allá cada tarde para calentarse. El tío Sebastián estaba sentado ante la pequeña mesita de relojero. Callaba. Su níveo pelo estirado y echado hacia atrás llegaba hasta el ancho cuello de su frac de color violeta. Su figura era seca y encorvada. Llevaba calzones, según la antigua moda. Las hebillas de sus vulgares zapatos estaban algo herrumbrosas y, por encima de éstos, unas gruesas medias blancas aparecían arrugadas. Cuando vió a Ana, empezó a reír. La cogió en brazos y la levantó en alto.

—¿Y el pequeño Cristóbal?

—Le duele la pierna—contestó el arquitecto, mientras saludaba a los demás.

Ana frunció significativamente la nariz. Los niños no incluían completamente al tío Sebastián entre los mayores. Él comprendía muchas cosas que el abuelo ignoraba. Hicieron con la cabeza una señal secreta y entendida. Ana empezó a balancear las piernecitas en el aire y pidió torta de miel. Luego dió una vuelta por la tienda.

Al fondo de ésta, había una ventana de arco que miraba al patio. Ante ella estaban dispuestas una butaca de cuero con orejuelas y una larga mesa sobre la cual había un montón de cosas viejas. Los estantes estaban también cargados de cacharros. Muchos relojes colgaban de las paredes ennegrecidas por el humo.

Cerca de la mesa, una dama quería vender un bocal de plata martillada. Cuando Cristóbal Ulwing la vió, aquélla se inclinó profundamente.

—Con vuestro permiso, soy Amalik Chik, del bastión de los pescadores. —Lucía un sombrero en forma de cesta con tapa, y todo lo que llevaba encima era descolorido y anti-



cuado. Ana sintió que sus vestidos olían a viejo cuando se movía.

Pero nadie en la botica se extrañaba de aquello. Los demás vestían de una forma completamente distinta que ella y que su abuelo.

—Esta criatura ya se arregla también según la moda—dijo la dama en tono de desaprobación—. Naturalmente, en Pest todo es distinto que en Buda. Agitación, lujo... Gracias a Dios, en la Ciudadela, nos quedamos con lo antiguo. ¿Verdad, mi reverendo?

El capellán de la Ciudadela movió muchas veces seguidas su cabeza amarilla, semejante a la de un pájaro.

—Tengo entendido que ya se publica en Pest una revista de modas—dijo la dama.

—Y, además, con el mismo tipo de letra que los breviaros—gruñó el capellán.

La dama lanzó un gran suspiro.

—Y eso que los diarios de moda tienen al diablo por redactor.

—Como todos los periódicos—dijo, desde cerca de la estufa, el censor oficial del Consejo de Administración.

Cristóbal Ulwing enarcó irónicamente las cejas.

—¿Y es el señor censor quien lo dice?

—Yo mismo—contestó el otro en tono tal, que pareció como si hubiese lanzado al aire un peso respetable con aquella palabra.

—Otra es la opinión de los literatos de Pest—refunfuñó el arquitecto.

—Le ruego que no se digne aludir a ellos. Como censor, también formo parte de la grey literaria.

El arquitecto se ponía cada vez más impaciente. El censor se inclinó hacia el capellán de la Ciudadela.

—La palabra escrita no debe servir los ideales individuales, sino los fines del estado y de la Iglesia.

Cristóbal Ulwing se dirigió hacia la puerta; le hubiese

gustado dejar que entrase un poco de fresco. De repente, volvióse exasperado.

—¿Así es que para ustedes, caballeros, sólo lo mediocre es bueno?

—Muy bien dice usted, señor arquitecto. Desde el punto de vista del mecanismo estatal, lo mediocre resulta útil. Lo que se halla por encima o por debajo, causa un desorden molesto.

Sin saber por qué, Cristóbal Ulwing pensó en la librería Ulrich Jörg, situada en el otro lado, en Pest. Recordó los jóvenes escritores que iban allí; recordó sus proyectos, sus manuscritos, que quedaban envarados en los filtros censorios. Grandes esperanzas, nuevos ensueños, ideas que despertaban y que eran más jóvenes que él, que no las entendía muy bien, pero las amaba, sin embargo, tanto como a sus nietos.

Volvió con rabia la espalda al censor y penetró en las profundidades de la habitación, pues presintió que, si hablaba, sería grosero.

El capellán de la Ciudadela dijo, abatido:

—Esos de Pest son todos tan rebeldes...

Sebastián Ulwing sonrió, benévolo, y Ana le hizo señas para que despidiera ya a toda aquella gente aburrida.

La dama exclamó de repente:

—¡Allí va la señora del Consejero de Gobernación! Lleva puesto el sombrero de sus bodas de plata.

Todos se agruparon en la puerta. Cuando la gruesa señora del consejero pasó delante de la tienda, ésta quedó sumida en completa oscuridad durante un momento. El capellán y los demás cogieron sus sombreros y la siguieron, para que en las ventanas creyesen que paseaban con ella.

Hubo tumulto en Buda; por lo menos seis personas bajaban la calle Tárnok. Los asuntos de la dama anticuada volviéronse también urgentes: cerró repentinamente el regateo del bocal, saludó y se apresuró como los demás.

Cristóbal Ulwing salió afuera.



—¡Qué aire más burocrático hay en Buda! Prefiero aquellos amigos tuyos que vienen después de cerrada la tienda: el xilógrafo cojo y el viejo óptico. Aquellos, si no llevan el mundo hacia adelante, cuando menos no quieren empujarlo hacia atrás.

Sebastián Ulwing rió.

—También son buenas personas, sólo que distintas de vosotros, los de la otra orilla. Nosotros tenemos tiempo y vosotros tenéis prisa. Siempre queréis lo que es moderno. Alguien que lee los periódicos le dijo al capellán que tu hijo habló en la alcaldía. Ya queréis hileras de árboles, faroles, casas de ladrillos. ¿A dónde vamos a parar?...

El arquitecto miró honda y tranquilamente a los ojos de su hermano menor.

—Sebastián, tenemos que adaptarnos, pues de lo contrario nos vencerá el tiempo.

El relojero se turbó:.

—Pero cuando lo antiguo y lo acostumbrado son tan buenos...

Cristóbal Ulwing mostró el bocal.

—Esto también es antiguo, pero tiene derecho a existir, por ser bello. ¿Recuerdas? Nuestro padre hacía también unos parecidos. Aún podrás sacar mucho dinero de él. También te lo compraría yo.

Sebastián miró casi espantado a su hermano mayor.

—¿O es que tampoco lo vendes? —El arquitecto se puso otra vez impaciente—. Compras para hacer negocio, y cuando llega el momento...

El relojero cogió el bocal. Lo sostuvo en la mano amorosamente, como si aquello fuera algún pájaro vivo.

—Es imposible. Aún no. Lo venderé más tarde.

—¿Por qué más tarde?

—Porque me gustaría contemplarlo un poco todavía— dijo quedamente Sebastián, como avergonzándose de sí mismo.

—Así, uno no sale de pobre. Conservar todo lo viejo, evitar todo lo nuevo. ¿Sabes, Sebastián?, eres exactamente como Buda...

—Y tú como Pest—contestó humildemente Sebastián Ulwing.

Sonriéronse silenciosamente.

Mientras tanto, Ana fisgaba por la mesita de trabajo y hacía resbalar lentamente en el frasco del aceite los muelles y ruedecitas de relojería.

El tío Sebastián no osaba quitarle aquel gusto, pero no dejaba por ello de seguir con inquietud cada uno de sus movimientos. Cuando la niña notó que la observaban, retiró rápidamente la mano y miró con inocencia al aire.

—Me aburro—dijo compungida—, me aburro mucho. Cuéntame algo.

—Hoy no sé nada—contestó el tío Sebastián.

—Tú siempre sabes, porque lees tanto... Y mientras hablaba, sacaba cautelosamente un librito de color verde que había en el bolsillo del frac del tío Sebastián.

«Demócrito, o los escritos póstumos de un filósofo risueño.» Ese era el libro predilecto de Sebastián Ulwing.

—¡Aquí está—gritó Ana, y agitó triunfalmente su botón—. ¡Ahora, cuéntame algo!

El relojero movió la cabeza. Aún seguía pensando que el arquitecto y él jamás se comprenderían. Estaba orgulloso de su hermano mayor. Admiraba en él la fuerza y la voluntad, pero aparte de eso, no sabía nada más. ¿Se alegró o sufrió en la vida? ¿Amó alguna vez, o no amó nunca? Sebastián Ulwing pensó en doña Borbala, la difunta esposa de su hermano mayor, que Cristóbal condujo al altar ante su desolación, sin comprender que él la amaba en silencio desde hacía mucho tiempo. Contrajéronse las numerosas arrugas de su frente... Nosotros, hombres, nos pisoteamos mutuamente, porque no sabemos nada el uno del otro.

Ana le cogió la mano y la mecía lentamente.



—Cuenta, cuenta...

En el fondo del cuarto, cerca de la ventana de arco, el arquitecto hojeaba un libro antiguo.

El tío Sebastián se sentó y puso a Ana en su regazo, mientras miraba la cara de su hermano mayor, en la cual parecía que leía cuando, sumiso, se puso a contar un cuento.

—Pues, por cierto que ocurrió hace mucho tiempo, hace más tiempo del que yo he vivido; antes de los pachás turcos. Este Buda era entonces una ciudad alegre. En todas las calles había tiendas de máscaras y mucha gente que comerciaba con caretas y disfraces. En tiempos de carnaval, los hombres iban cantando por las calles de la ciudadela; viejos y jóvenes, vestidos de máscara y con pequeñas linternas de hierro, transitaban como loca procesión.

»Sólo acababa el jolgorio el miércoles de Ceniza. Todas las tiendas de máscaras eran cerradas con llave... Las cerraron todas menos una, establecida en la calle de la Fortuna, que quedó abierta todo el año, hasta después del miércoles de Ceniza...

»La gente iba allí en secreto, uno por uno, de noche, cuando ya se habían cerrado las puertas de la ciudadela y apagado los fuegos de las esquinas callejeras.

»Entre los compradores, los había que tenían aspecto orgulloso, y esos adquirían caretas humildes. Los hombres crueles compraban máscaras de mansedumbre; los impíos, de temerosos de Dios; los tontos, de inteligentes y los inteligentes, de estúpidos. Pero estaban en mayoría, a pesar de todo, los que sufrían y adquirían caretas que reían... Así era. Por cierto que así era — murmuró el tío Sebastián—, y también es cierto que quienes se ponían máscara ya no se la quitaban jamás. Sólo se les caía en las noches oscuras, cuando se quedaban solos, o cuando amaban, o cuando veían dinero...

Volvió a mirar a su hermano a la cara, y prosiguió con voz sumamente queda:

—El negocio se hizo floreciente. Reyes, príncipes, bellas princesas, curas, soldados, burgueses, todos, hasta los señores concejales de la ciudad, visitaban aquella tienda. La noticia corrió hasta las otras ciudades de más abajo del río. También venía mucha gente de Tranleitania. Paulatinamente, el mundo entero anduvo con careta. Nadie hablaba de ello, todos la llevaban, y los hombres olvidáronse de cómo eran sus verdaderos rostros. Ya no lo sabe nadie. Nadie...

El tío Sebastián dejó de contar y en el gran silencio se hizo más sensible el tictac de los relojes.

—Este no es bonito—dijo Ana—; cuenta algo sobre los niños malos y las hadas: eso es más bonito...

Puede ser que el relojero no oyese la voz de la niña. Estaba sentado allí, sobre su silla baja, como si escuchara los pasos de alguien, de alguien que se hubiera marchado. Cuando hubo contado su cuento, aguzó el oído y pensó en su hermano mayor, y en doña Borbala y en sí mismo...

El arquitecto cerró el libro y se levantó.

—Vamos. Es tarde.

Y los dos Ulwing se despidieron hasta el final del invierno.

En el puente sobre el Danubio, ya ardían los dieciséis faroles. Sus luces se reflejaban en el río a espacios regulares. El agua jugaba con las fajas de luz durante un trecho de su recorrido y luego las abandonaba. Seguía bajando, negra, hacia las rocas de San Gerardo. Sólo se sentía en la oscuridad la frialdad de una gran masa cenagosa.

La nieve volvió a caer. Una claridad casual se encendió en las ventanas de las casas ribereñas. Oíase sobre el Danubio el son de una trompeta.

En el puente, Ana vió de repente a su padre. El joven Ulwing venía con una chica, caminando bajo los faroles. Reclinándose mucho el uno en el otro. Cuando distinguieron al arquitecto con la niña, separáronse rápidamente, y la chica corrió al otro lado del puente.



Cristóbal Ulwing llamó a su hijo.

Juan Huberto les aguardó, apoyándose en la barandilla: siempre se recostaba en algo. Cuando le alcanzaron, cogió de la mano libre a la niña, como si quisiera colocarla entre su padre y él.

Ana empezó a tener miedo. Sentía que en el silencio había latente algo, por sobre su cabeza. Encogió los hombros. Los dos hombres no se dijeron nada durante largo rato. Caminaban desigualmente, con pasos casi hostiles, y llevaban entre ellos a la criatura amedrentada.

Cristóbal Ulwing fué quien rompió el silencio. Exclamó irritado:

—¡Prometiste que no irías a verla mientras yo viviera! Ni siquiera puedo confiar en tu palabra.

—Pero, señor padre, la niña está aquí.

—No lo entiende—contestó con rudeza el arquitecto.

Ana comprendía muy bien las palabras, pero lo que oía no le interesaba. Otra cosa ocupaba su pensamiento. Sentía claramente que dos manos opuestas la cogían de las suyas y que cierta comunidad nacía entre su padre y ella. Los dos temían a alguien más fuerte que ellos.

—Iba al encuentro de mi señor padre—añadió Juan Huberto—; ha sido una casualidad que me encontrase con ella en el puente.

Cristóbal Ulwing se detuvo.

—¿Dices verdad?

—Jamás mentí—. La voz del joven Ulwing era sincera y triste. Hablaba como si sintiera orgullo de lo que decía, porque aquello lo había pagado muy caro.

El arquitecto sacó furiosamente su cajita de rapé. La golpeó con fuerza y la abrió.

Una extraña y vieja canción vivía en la cajita desde tiempos antiguos. El golpe la despertó y del estuche empezó a salir música.

—¡*Sapperloitt*!—gritó Cristóbal Ulwing; y dió otro golpe para enmudecerla, pero la cajita siguió sonando.

Los dos hombres callaron repentinamente, como si alguien les hubiese cortado la palabra con algún argumento de ridícula emoción. El arquitecto volvió a hundir la cajita en su bolsillo. En cuanto a Ana, apoyó su cabecita sobre el abrigo del abuelo. Allí, dentro del bolsillo, sonaba como si fuera la banda de los soldaditos de plomo de Cristobalito que tocara bella y finamente, lejos... lejos... Cerró los ojos a medias. Florián les aguardaba con una linterna a la salida del puente. Muchas lamparillas se agitaban en la oscuridad de las calles, a través de la nevada silenciosa.

Ana reclinó por completo su cabecita fatigada sobre el bolsillo del abuelo.

—Aún...—dijo quedamente, y aspiró la música que emanaba de la cajita de rapé, como aspiraba el perfume de espiago exhalado por el breviario de *mamzell* Tini.

\* \* \*

Transcurrieron muchos inviernos y veranos. Los niños no los habían contado. Mientras tanto, un puente permanente de cadenas de hierro creció en ambas orillas del Danubio. No lo recogían en el momento del deshielo; era bonito y permanecía allí todo el año. Los magistrados hicieron plantar hileras de árboles a lo largo de la carretera nacional. En las calles ardían faroles de aceite cada noche, y la casa Ulwing ya no estaba sola en la ribera. El precio de los solares del gran carpintero experimentó un alza. De la arena brotaron paredes. Empezaron a formarse calles en aquel espacio desierto y quedaron a medio hacer y se continuaron más lejos. Labor, vida, edificios: casas de ladrillo por doquier.

Todo se volvió distinto; sólo el arquitecto Ulwing no cambió. Sus ojos inteligentes siguieron siendo agudos y



claros. Caminaba erguido por los andamiajes de las obras, en la oficina y en el mercado de la madera. En la alcaldía le temían, y los contratistas aborrecíanle. En cuanto a él, sólo compraba y edificaba, convirtiéndose paulatinamente en superstición la creencia de que se trocaba en oro cuanto el gran carpintero tocaba.

Allá dentro, en el bienestar tranquilo y seguro de la casa, el reloj de columnas seguía esparciendo su tictac monótono, pero los niños ya no creían que era el duende que caminaba cojeando por la habitación. Hacía ya tiempo, también, que Cristóbal sabía que las hadas no existían. El abuelo fué quien se lo dijo. Le gritó, sacudiéndole con fuerza por el hombro:

—¡No hay hadas y no nos ayudan en nada! ¿Oyes? Sólo los hombres débiles cuentan con los milagros. Los fuertes hacen ellos mismos los suyos.

El pequeño Cristóbal pensó muchas veces en aquel minuto en que el abuelo mató sus hadas. Vió en él un ser temible y superior. Hubiese querido llorar y cavilaba en lo que había, entonces, en la oscuridad, en el agua del pozo, entre las llamas, si no existían las hadas. ¿Qué había? Y mientras miraba con zozobra en torno suyo, su mirada tenía la misma angustiosa expresión de los que, cuando se están ahogando, quieren agarrarse a algo.

Luego, también se resignó a aquello y llamó Plaza de la carpintería a lo que había sido «el fin del mundo». En tales momentos, sus ojos claros bajo las pestañas, que raras veces se movían, miraban el aire con indiferencia. Sólo había en su voz cierto fatigado desencanto cuando remedaba a los viejos y hablaba en su mismo extraño idioma de las antiguas cosas que amara.

Pasaron los años y la cueva encantada que había bajo la tapia del patio se mudó en zanja, y en puerta del granero lo que fué temible puerta de hierro, y en llamas vulgares las que fueron hadas del fuego. También acabaron las ratitas del piano. Cuando, por la noche, saltaba una que otra

cuerda del instrumento, Cristóbal abría unos ojos muy grandes y miraba largo tiempo en la oscuridad, que se había tornado vacía para él.

—Ana, ¿duermes?

—Sí, hace tiempo.

—He soñado algo tan extraño... Era una chica... Levantaba los brazos y se inclinaba hacia atrás.

—Duerme.

Aquella oscuridad que había sido vaciada de hadas y duendes desde que dejó de creer en ellos, se pobló de manera incomprensible ante los ojos de Cristóbal. Vió a la chica con la cual soñara, así como su rostro y su cuerpo. Era alta, esbelta, tenía los senos erguidos y levantaba los brazos mientras enroscaba sobre su cabeza la cabellera semejante a una negra crin. Exactamente como viera ante el espejo a la hermana mayor de Gabriel Hosszú cuando la espió por el ojo de la cerradura, el domingo anterior:

—Ana...

El chico escuchaba con la boca abierta. Todo callaba en la casa. Se cubrió de repente la cabeza con la manta. Empezó a contarse un cuento. Era rey, llevaba corona de oro y moraba en un castillo alto y blanco, edificado en la cumbre de la montaña. En el castillo no había nunca oscuridad, pues velas de sebo ardían toda la noche. Su lecho estaba guardado por esclavos, que también iban a clase en lugar suyo, y le traían una princesa de ojos negros cubierta de ruidosas cadenas. «¡Quitádselas!»—ordena él—. «Eres libre»—. La princesa se arrodilla a sus pies y pregunta qué debe darle por su clemencia—. «Suelta tu pelo y vuelve a recogerlo»—dice él muy sencillamente, y sonrío. Y la princesa desprende y vuelve a recoger muchas veces su cabello... Dormía y seguía sonriendo.

A partir de entonces, contóse a menudo cuentos semejantes. Si le dirigían la palabra en tales momentos, se sobresaltaba y se sonrojaba como si le sorprendieran haciendo algo



malo. Sacaba rápidamente sus libros de clase y quería estudiar; le bastaba con leer una sola vez, pero no lograba fijar su atención. Dibujaba en el margen de su cuaderno castillos, chicas y gatos de grandes orejas. Mientras tanto, sentía desagradablemente cómo se removían en su conciencia los afluentes del Danubio y el rey Bela III. Su frente se cubría de sudor. Tenía miedo, pero no lo aprendía por ello, a pesar de estar seguro de que le interrogarían al día siguiente, en la escuela. Todos, hasta la letra V, habían ya recitado su lección.

Le llamaron. No la supo. Una mosca zumbaba en el aire. Sintió como si zumbara en su cabeza. La clase reía. Gabriel Hosszú le apuntaba en voz alta; Adán Walter le mostraba su libro abierto; el profesor gritaba. Pero no hubo, sin embargo, quien se atreviese a intentar que el nieto del arquitecto Ulwing fracasara a fin de año.

Cristóbal empezó a sentir una protección invisible rodearle por todos los lados. El maestro le dijo lo que le preguntaría en el examen. Gabriel Hosszú le dictó en latín a cambio de unas bolitas de color. El pequeño y corcovado Gál le hizo su deber de matemáticas por dos *kreutzer*.

«De alguna manera se hará», pensaba Cristóbal cuando la escuela le daba miedo y estaba dibujando gatos y chicas en vez de estudiar, o modelaba figuras de arcilla, en el extremo del jardín, en vez hacer los dibujos de geometría.

—El niño sabe de todo—dijo satisfecho el arquitecto Ulwing, y guardó cuidadosamente los dibujos del pequeño Cristóbal en el escritorio de numerosos cajones.

Cristóbal se asustó. ¿Qué querían de él los mayores? Perdió las ganas de dibujar y dejó ya de hacer personajes de alfarero en el extremo del patio. Empezó a envidiar a Ana, pues ésta tenía que estudiar poco y nadie esperaba nada de ella.

En aquellos tiempos, Ana se sentía sola. Sus ojos tornáronse inquietos, cual si siempre quisiera preguntar algo. Su



cuerpecito se alargó y su pelo rubio comenzó a oscurecerse, como si una sombra cayera de alguna parte sobre él.

La señora de Füger puso sus gafas entre los encajes almidonados de su cofia y la miró atentamente desde la ventana.

—Ahora tenías puesta la cabeza igual que tu madre, ¡la pobre y buena doña Cristina!...

Ana se hallaba en el centro del patio e inclinaba todavía más la cabeza, sin lograr entender cómo era posible que alguien que era niño se pareciese a una persona tan vieja que ya se había ido al cielo.

La señora de Füger se sonrió de manera particular. Y mientras la niña, que miraba a través de su juventud, se imaginaba infinitamente vieja a la madre que no llegó a conocer, en sus pensamientos desprovistos de recuerdos, en la anciana mente de la señora Füger, aquella mujer fallecida todavía joven, aparecía, en cambio, dotada de infinita juventud.

—Doña Cristina tenía dieciséis años cuando el joven señor Ulwing pidió su mano a Ulrich Jörg. Tenía dieciséis años, y trajo consigo sus muñecas de cera. Quería jugar al *volantín* en el patio, con su marido. Por las veladas siempre entraba a verme para que le contase historias de duendes.

Como si la hubiesen llamado, Ana saltó el umbral de la morada de doña Enriqueta. Allá dentro, sentíase el olor del piso de madera recién frotada. Sobre el gran armario había numerosos frascos de confitura, cuyas tapas de membrana reseca chasqueaban a veces en el silencio. Ana se acurrucó sobre el taburete y miró en torno suyo. El cuarto estaba lleno de labores. La bolsa de las llaves llevaba bordada en letra alemana la palabra: «Llaves», el cojín del diván: «Duerme bien», y un saco: «Cepillos».

«Los Füger deben ser desmemoriados—pensó la niña—, pues bien se ve para qué sirven todas las cosas, y sin embargo lo llevan escrito».



Doña Enriqueta exhaló un suspiro, cosa que sabía hacer de manera conmovedora. En tales casos, se le dilataban las ventanillas de la nariz y se le cerraban los ojos.

—¡Cuántas veces estuvo sentada aquí doña Cristina, debiendo yo contarle historias de duendes! Le gustaba tener miedo como a los niños. Tenía miedo de todo... De las mariposas nocturnas, de los crujidos del mobiliario, de la voz del señor arquitecto, de las almas que volvían entre los hombres... Y, además, no osaba atravesar el patio sola y de noche. Leopoldina la acompañaba y la cogía de la mano.

—¿Leopoldina? ¿Quién era ésa?

—Mi hija.—La señora de Füger alzó rápidamente la vista hacia un cuadro que pendía de la pared, por arriba de la ventana. Véase en él, trabajados con pelo, una tumba, con un sauce llorón, y alrededor de aquello, bordada con perlas, la inscripción: «*Ewige Liebe*» (1).

—¿También subió al cielo?

—No. No hables jamás de ella, que lo ha prohibido Füger.

—¿Por qué?

—No es cosa de niños.

—La *mamzell* siempre contesta así y añade que el Dios bondadoso ya me dirá al oído lo que me convenga saber. Pero Dios no me dice nada.

—Doña Cristina hablaba precisamente así. También quería saberlo todo. Siempre escuchaba lo que decían las sirvientas cuando estaban perdiendo el tiempo, y, luego, se sonrojaba, reía y cantaba acompañándose al piano. Y los mozos de la Plaza de la carpintería abandonaban su trabajo.

Ana subió las rodillas hasta tocar su barbilla.

—¿También sabía cantar?

La señora de Füger aprobó con arrobó.

—Aquello era su vida. Vino y se fué como una canción.

(1) «Amor Eterno». — N. del T.

Vibró por la casa, y, cuando no nos habíamos percatado todavía de que estaba aquí, había concluido ya.

La niña no atendió más las palabras de la anciana. Cruzó la puerta. Estuvo de pronto en el cuarto de su madre y se arrodilló sobre el pequeño diván. Allí colgaba de la pared el retrato que siempre había visto, pero que ahora contemplaba por primera vez. Era una dulce y pequeña acuarela y la persona a quien representaba casi parecía una chiquilla. Tenía la mirada amable y como asustada. Su pelo, de color castaño, brillaba en la raya y, cual sedosa cinta, una gran peineta lo recogía en lo alto de la cabeza como a un ramillete de flores, mientras que las mejillas aparecían sombreadas por los pequeños bucles de una y otra sien. La línea de sus hombros, aún sin desarrollar, se curvaba en el corpiño escotado. Llevaba una rosa en la mano, con encantador y fatigado ademán.

Ana sintió que, si volviese, podría hablar con ella de muchas cosas, ignoradas tanto por la *mamzell* como por los demás. Recordó a las hijas del tendero Müller, a los Jörg, los Hosszú, al pequeño y jorobado Gál, al hijo de los Walter, a los grandes comerciantes en tela, así como a los niños Münster. Todos tenían madre. Todos, menos ella...

Y entonces acudió a su boca una palabra semejante a una llamada de auxilio, pero tan queda que ni siquiera la oyó, sintiendo sólo la forma que tenía, entre sus labios. Luego se situó más cerca del retrato, escuchando ya en el silencio su propia vocecita suave que pronunciara la palabra que besa dos veces los labios de quien la musita:

—Mamá...

Volvióse de pronto. Casi se avergonzó de hablar en voz alta no habiendo nadie en el cuarto, aparte de aquel rayo de sol descendente sobre el piano.

Ana bajó del diván y abrió la tapa del instrumento. Estaba lleno de polvo. Su dedito pulsó una de las teclas y un sonido inesperado salió repentinamente del piano. Era



un sonido cálido y claro como una lamparilla que se encendiese de golpe, para luego desvanecerse. Dió en otra tecla: una lucecita más. Pasó la mano sobre varias teclas: muchas lamparillas; toda una hilera grande de lamparillas parpadeantes.

Echó la cabeza hacia atrás y miró en el aire, como si viera las llamas sonoras brotando y apagándose.

Alguien le acarició el rostro. Era su padre.

—¿Te gustaría aprender a tocar el piano?

No contestó. Le hubiese gustado hacerlo sin estudiar, y, además, cantando a la vez de manera tan bonita que hasta los mozos de la Plaza de la carpintería dejasen de trabajar.

Juan Huberto meditó.

—Todos los Jörg amaban la música y ésta era también toda la razón de vivir para tu madre.

Los ojos de Ana, azules, con destellos verdes, cobraron mucha seriedad y parecieron agrandarse.

—Sí, quiero aprender—dijo resueltamente.

Al día siguiente entró en la casa un caballero de aspecto solemne; se llamaba Kázmer Staviarsky. Era, entonces, el maestro de música y baile, de moda en la ciudad. Llevaba una peluca negra como el carbón; andaba de puntillas, movía las caderas y cobraba treinta *krentzeres* sonantes por una hora. Explicaba a menudo que descendía de unos reyes de Polonia; si estaba furioso hablaba polaco.

Cuando finalizaba la clase, Ana sabía por su boca de muchas cosas. Staviarsky le habló de Chopin y de la coral de la ciudad de Pest, de Mozart y del abuelo de Jörg, quien era buen violoncelista e iba cada domingo a la iglesia de los franciscanos para tocar el órgano.

La chiquilla empezó a interesarse repentinamente por el abuelo Jörg, que tan poco le preocupara hasta entonces. Era distinto de los Ulwing. Les parecía extraño a los niños, que cruzaban a menudo sus miradas estando a espaldas suyas, cuando se inclinaba repetidamente con gestos diminutos, res-



tregándose las manos ante los escasos clientes de su librería.

Ana se sonrojaba en tales momentos. No le agradaba ver aquello y miraba de pronto a su abuelo Ulwing. Él no se inclinaba ante nadie.

La librería de Ulrich Jörg se hallaba en la esquina de la calle Kigyó. Al lado de la entrada había un poyo arriado a la pared y en medio de la calle un viejo manzano, que los coches no habituados evitaban con gran alboroto.

Ana asomó la cabeza por la puerta. El arquitecto Ulwing quitóse su sombrero de copa, de color gris y anchas alas.

Toda la tienda rebosaba del perfume de las flores de manzano. El abuelo Jörg salió, sonriendo y con sus pequeños ademanes, de detrás de la estantería que llegaba hasta el techo y dividía en dos el almacén. Los clientes hacían sus compras delante del mostrador. Detrás de éste, donde no alcanzaba la vista de quienes pasaban por la calle, a la luz de una vela de sebo, sentados en un diván, unos caballeros vestidos en su mayoría a la magyar hablaban apresurada y quedamente.

Aquel día eran más numerosos que otras veces. En medio de ellos y sentado en el borde del escritorio, había un joven flaco que vestía dolimán. Su cuello descubierto se tendía hacia delante, fuera de la blanda camisa. Estaba sin peinar y sus ojos eran maravillosamente grandes y fogosos.

Fué la primera vez en su vida que Ana notó cuán bellos podían ser los ojos humanos. Pero luego, advirtió que, mientras hablaba, el joven iba golpeando, con sus botas de talones desgastados, en los cobres del escritorio del abuelo Jörg y que derribaba todo cuanto estaba alrededor suyo con aquellos sus exagerados ademanes. Le pareció irrespetuoso. Volvió, pues, ante el mostrador y siguió leyendo el libro que su abuelo le escogiera. Trataba de un chico escocés llamado Robinson Crusoe.

Otras personas entraron en la tienda. Nadie compraba libros, y los viejos tenían también aspecto de juventud.



Detrás del mostrador, aquel hombre febril y desgarrado hablaba cada vez más y oíase de vez en cuando golpear el tacón de su bota en los cobres del escritorio. Ana no se fijaba en lo que decía. Le interesaba el libro. Hubo, sin embargo, una palabra que salió de allí y alcanzó varias veces su oído sin llegar a infiltrarse hasta su conciencia. Quedaba siendo una repetida resonancia.

Un caballero se detuvo en medio de la estancia. Su cara era huesuda y llevaba barba. Una bolsa para tabaco ribeteada de franjas, colgaba del bolsillo de su estrecho pantalón.

Su vecino le dió un codazo:

—Puedes hablar, estamos entre los nuestros.

El carihuesudo mostró un escrito.

—Estoy buscando en vano desde la mañana. La gente teme por su pellejo. No hay imprenta en Pest que componga esta proclama.

Cuando Ulrich Jörg se inclinó sobre el escrito, la luz centelleó sobre su calva y la corona de pelo de amarillenta blancura movióse graciosamente en torno de sus orejas.

—Esto no es proclamación, sino revolución—cuchicheó alguien.

Ulrich Jörg tendió la mano.

—Mi imprenta se hace responsable de ella.—Lo dijo con tan poca pretensión que Ana no comprendió por qué todos los caballeros se apretujaban de repente en torno suyo. Pero cuando le miró, ya no le parecía un hombre extraño. Sus ojitos brillaban bajo las canosas pestañas y su rostro era semejante al de aquel San Pedro de la pequeña Biblia.

Dos chicos pasaron corriendo ante la puerta.

—¡Libertad!...—gritaron con voz aguda y estridente.

Ana reconoció aquella palabra que oyera antes detrás del mostrador. «Estos también la quieren. ¡Qué sencillo!: todos quieren lo mismo. ¡Libertad! Suena igual que si se

gritara: ¡Juventud! (1). Y tuvo la impresión de que aquella palabra se parecía también a alguna otra cosa. A algo más... De pronto, recordó los ojos febriles de aquel joven desgarrado.

Unas siluetas que venían del lado de la alcaldía se acercaron bajando la calle a toda prisa: artesanos, mujeres, estudiantes, criados. Los comediantes del teatro alemán se hallaban también entre ellos. Ana reconoció al «caballero ladrón» y a «la reina», que llevaba la falda hecha jirones.

—¡Viva la libertad de prensa! ¡Abajo los censores!

El arquitecto Ulwing, que hasta entonces casi parecía no estar con los demás, movió la cabeza aprobatoriamente. Pensó en el censor de Buda y luego tuvo que sonreírse de sí mismo: ¡cuán pequeño es el ángulo bajo el cual uno mira este mundo tan grande!

El adoquinado de la calle tamborileó de nuevo bajo las muchas pisadas. Venían otros que también corrían, agitando brazos y piernas en todos sentidos y atropellándose mutuamente. De pronto, oyóse desde fuera una voz que se esparcía en el aire todopoderosa, como si se hubiese desprendido de la deslumbrante primavera.

Alguien hablaba...

En la librería hízose el silencio. La gente se puso en pie. La voz hablaba para ellos. Abriéronse las ventanas de las casas de enfrente. La voz penetró en los pisos burgueses germanos. Llenó los cuartos enmohecidos, las vetustas tiendas, las calles, pegó fuego a todo cuanto alcanzaba. Esa voz era la música de la llama.

Cristóbal Ulwing se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo en el umbral. Tras él toda la tienda se puso en movimiento. Los hombres se apretujaron a su lado. Ulrich Jörg corrió con pasos rápidos y cortos y se colocó cerca del cabezudo dependiente. Todos corrieron. El arquitecto se puso también a correr irresistiblemente.

(1) Libertad: Szabadzág. Juventud: Ifjuság. — N. del T.



Desde la calle, le gritó a Ana:

—¡ Tú te quedas ahí !

La librería vacióse completamente, la niña miró con zozobra en torno suyo, y luego apoyó su cabecita contra el marco de la puerta, como si escuchara música. No podía ver quién hablaba, pues se hallaba lejos de ella. Sólo alcanzaba sus oídos el alma de la voz; empezó sin embargo a sentir que aquello que le ocurría era de una novedad extraña. Un bello estremecimiento la cosquilleó; era como si hubiesen deslizado perlas por su espalda. La voz la dominaba, meciendo y arrastrándola, y ella no resistía y se dejaba llevar. La pequeña Ana Ulwing se fundió inconscientemente en aquella gran primavera magyar que le hablaba entonces por vez primera.

Cuando la voz enmudeció en lo invisible, la muchedumbre púsose a gritar entusiasmada.

Un estudiante que se hallaba ante la casa se puso a cantar con todas sus fuerzas. Aquella canción que Ana oyó después tantas veces, se alzó de repente en toda la calle. El estudiante trepó veloz sobre el manzano y agitó desahogado su sombrero; le ardía el rostro, las ramas se movían bajo él y el adoquinado tornóse todo flores blancas.

Ana también hubiese querido agitar su pañuelo. También le hubiese gustado cantar como el estudiante. En el aire flotaba una alegría única e infinita. La gente se abrazaba y corría.

—¡ Libertad !

Una curiosa figura se acercaba viniendo del extremo de la calle. Caminaba junto a las paredes con pasos cautelosos y vacilantes. Se detenía a cada momento y miraba desconfiadamente en torno suyo. Su frac de color violeta flotaba extrañamente; sus medias blancas formaban gruesos pliegues encima de sus zapatos.

Ana fué poseída de espanto. Jamás había visto al tío Sebastián así, en la calle, en Pest. Casi contra su voluntad



se escurrió detrás de la puerta. «Tal vez no me vea. Quizá siga su camino...» Y mientras tanto, acudían a su mente aquellos dos ojos febriles y la palabra que sonaba como si se dijera: juventud. Y la voz, y la canción... ¡Tío Sebastián era tan viejo y estaba tan lejos!

Ana cerró los ojos, mientras las hebillas herrumbrosas de los dos toscos zapatos movíanse lentamente sobre el adoquinado y se acercaban a ella.

El estudiante rió estrepitosamente desde lo alto del árbol:

—¿Quién será ese espantapájaros? ¿Qué clase de tiempos antiguos pasean por aquí?

Ana se puso triste y sus ojos se llenaron de lágrimas. Entonces supo cuánto amaba a su tío Sebastián.

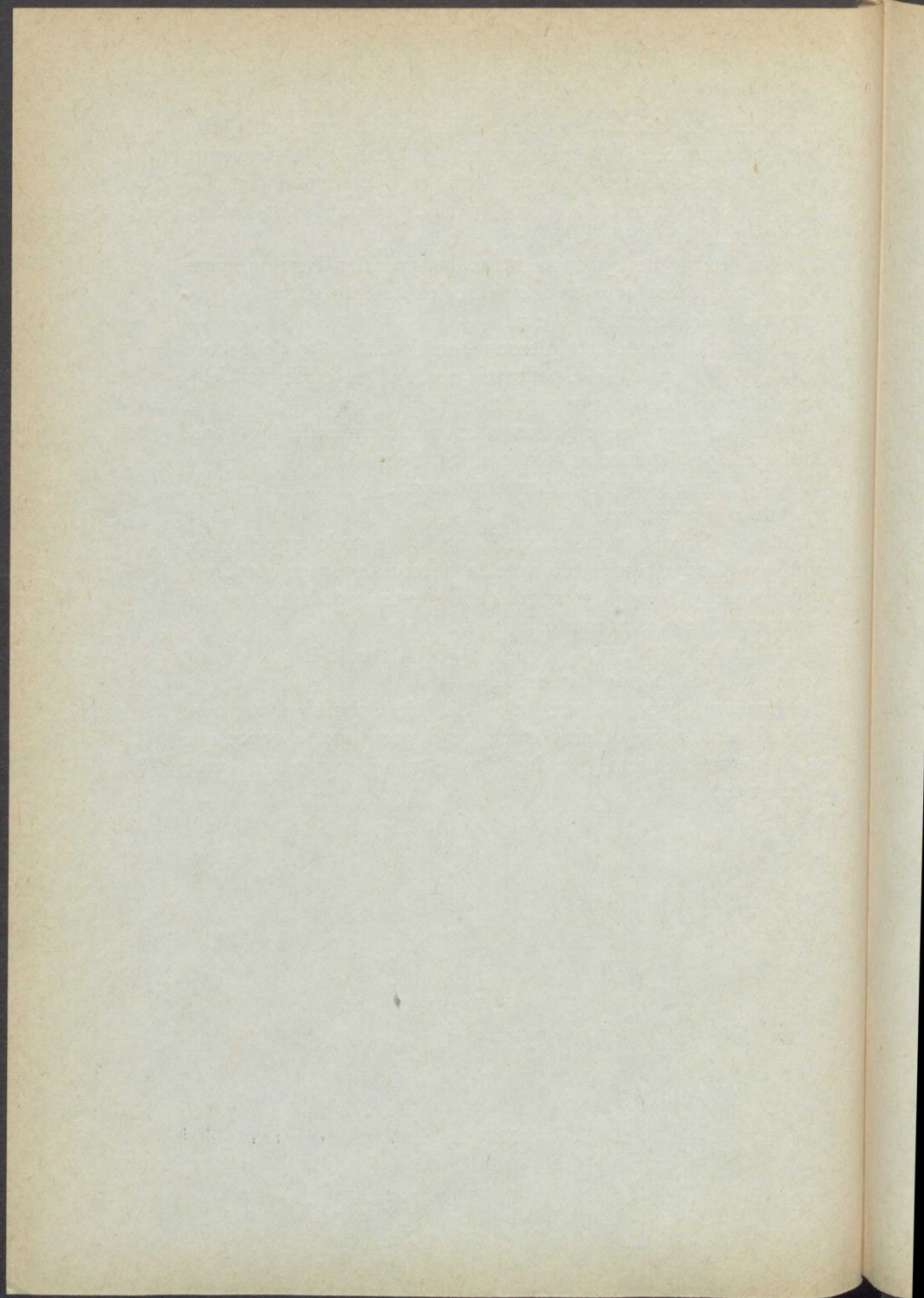
—¡Es mío!—gritó desesperadamente, y tendió los brazos hacia el anciano.

El tío Sebastián no advirtió nada de todo aquello. Se sentó en el poyo que había ante la librería, puso su sombrero en el suelo y se enjugó la frente durante largo rato con un enorme pañuelo estampado.

—En buen tiempo llegué. ¡Qué alboroto! ¿A dónde vamos?... ¿A dónde vamos?...

Ana sentíase otra vez lejos del tío Sebastián, pero se deslizó, sin embargo, muy cerca de él para que la gente que se había reído viera que los dos estaban unidos en carne y espíritu.





## CAPÍTULO II

El viento se llevó la primavera del manzano plantado ante la librería de la calle Kigyó. También pasó el verano.

Ana reclinó su frente en el cristal de la ventana. Allá fuera oíanse como redobles de tambor bajo tierra. También los percibía la casa, repitiéndolos bajo la bóveda de la puerta.

En aquel entonces se podían ver a menudo soldados desde la ventana y cuando *mamzell* Tini acompañaba a Ana a la escuela congregacionista de las Señoritas Inglesas, en las fachadas de las casas aparecían unos papeles pegados, cubiertos de letras impresas. La gente formaba grupos. Todos tendían el cuello. Ana también hubiese querido detenerse, pero la señorita Tini no se lo permitía por nada del mundo.

—No está bien que las personas respetables se queden paradas en las esquinas de las calles.

Un chico se hallaba en el borde de la acera.

—¿Qué dicen aquellos papeles?—le preguntó Ana al marcharse.

—Noticias de guerra—y el chico se puso a silbar. Una buena vieja pasó despacito por la esquina opuesta. Enjugábase los ojos con la punta de su delantal.

«Noticias de guerra...» Ana miró abstraídamente a la anciana y aquellas dos palabras adquirieron de súbito en sus pensamientos una triste resonancia.

Durante el almuerzo, se puso a observar atentamente a su abuelo y su padre. Hablaban de negocios, y mientras tanto, aparecían completamente tranquilos, comiendo gustosos.



«Todos están como siempre—pensó Ana—. Tal vez no sean verdaderas aquellas noticias de guerra». Y esas ideas marcharon de su cabeza. Su padre estaba precisamente hablando de que los niños irían todos los domingos al instituto Geramb para aprender a bailar.

—Es un lugar distinguido—dijo Juan Huberto—; también lo frecuentan las baronesas de Szepes, así como las hijas del septenviro Bajmóczy—. Pronunció lenta y respetuosamente el nombre de Bajmóczy, y luego miró en torno suyo como si esperara el efecto.

El domingo, Ana pensó en la escuela de baile incluso durante la misa. Se arrodillaba, alzabase, pero no lograba enterarse de nada. Empezó a pasar el dedo, distraídamente, por las letras grabadas en el respaldo del banco y que decían: «Familia Ulwing». Sólo ellos tenían derecho a sentarse en aquel banco, el más cercano al altar.

Gál, el almacenista de vinos, y su esposa se hallaban de pie bajo el púlpito; tampoco tenían banco los señores Walter, los grandes comerciantes en paño de la calle Bálvány. Hasta los Hosszú estaban sentados detrás, y eso que tenían molinos y que los molineros del Danubio les saludaban.

Ana clasificaba la gente del barrio según los bancos. Fué precisamente durante la Elevación, mientras se golpeaba con fuerza el pecho con su puñito, cuando decidió que su abuelo era superior a todos los demás.

Entre tanto, Cristóbal Ulwing bajaba la cabeza y rezaba humildemente.

Cuando levantó la vista, Ana sintió algo extraño. A pesar de hallarse cara al altar, el pequeño Cristóbal miraba de lado. Siguió su mirada y sus ojos tropezaron con Sofía Hosszú, que apoyaba la frente sobre sus manos juntas. Sólo se veía su bello perfil. Sus largas y oscuras pestañas nadaban en la sombra reinante arriba de sus ojos medio entornados... Cristóbal ya volvía a estar tiesamente sentado sobre su banco, con los párpados pegados. A Ana le hubiese gustado reír.



Luego, las horas se volvieron lentas y tardó mucho en llegar la tarde. Los niños estaban inquietos. Ana reprochó a la sirvienta mientras ésta sacaba de la alacena sus botines de piel:

—¡Oh! Netti, ¿no sabes que hoy tengo permiso para calzar los nuevos zapatitos de raso?

Su vestido de cachemira de color verde manzana, colgaba de la aldaba de la ventana. El pequeño abrigo de terciopelo negro estaba tendido sobre el piano. Desde el año anterior, Ana vivía en el cuarto que fué de doña Cristina. El antiguo dormitorio de los niños se había vuelto enteramente del chico. Cristóbal se hallaba también ante el espejo. Peinaba sobre una sien su reluciente pelo rubio, encaminándolo con un salto tan suave por encima de su oreja, que parecía ser el viento quien lo apartaba. Gustábase a sí mismo y se puso a silbar mientras doblaba sobre sus hombros el blanco cuello de la camisa. Recordaba todas las melodías con sólo oírlas una sola vez. Silbaba tan bien como un pajarillo.

Las ruedas de un vehículo resonaron cerca de la puerta. Las dos cariátides miraron a la ventanilla del carruaje que emprendía el camino.

Había ya detenidos tres coches ante el instituto de la baronesa Geramb, en la esquina de la plaza Sebestyén. En el pescante de uno de ellos iba sentado, al lado del cochero, un lacayo con librea. Aquello actuó sobre Cristóbal en forma estimulante. Se le ocurrió que al domingo siguiente también tendrían que traer a Florián.

—Y besad las manos a las damas—les dijo Juan Huerto, mientras atravesaban una pieza oscura. La blanca y alta puerta de cristales conducía a una sala severa y desnuda. En lo alto de los armarios ardían unas velas de sebo encorvadas, a cuya luz Staviarsky hacía unos pasitos de puntillas ante unas niñas en miriñaque y unos chicos que lucían cuello blanco.

Unas damas y unos caballeros estaban sentados frente



a la puerta del cuarto contiguo, abierta de par en par. Miraban a sus hijos a través de sus impertinentes.

Cristóbal descubrió súbitamente a Sofía Hosszú entre los mayores. Sabía por Gabriel que estaría allí, pero se estremeció a pesar de todo.

—Besa la mano—le cuchicheó Juan Huberto. El chico se inclinó con tanto celo que dió con la nariz en la mano marfileña de la baronesa Geramb. También besó la mano a las demás damas. Cuando llegó ante Sofía, la contempló un instante con torpeza. Sofía se apoderó de su mano y rió en voz alta.

—*Mais, Sophie...*—dijo la condesa con voz desfallecida, y estremeciéronse los bucles que adornaban las sienes de su pequeño rostro amarillo. No estaba satisfecha de su antigua alumna. Cristóbal tropezó con un miriflaque, se azaró y estuvo a punto de llorar.

En el otro cuarto, Staviarsky mantenía levantadas las dos alas de su frac de lustrina. Estaba mostrando a una de las señoritas Bajmóczy de qué manera debía hacerse la reverencia.

—*Demoiselle* Berta, le ruego que preste atención—y gruñó algo en polaco.

Agitáronse en la puerta. La señora del septenviro Bajmóczy se dirigió hacia su hija. Su vestido de seda rozó el suelo con un suave rumor. Era alta y gruesa, llevaba la cabeza reclinada hacia atrás y siempre miraba de arriba abajo.

Aquello irritó todavía más a Staviarsky. Apretó sus labios y lanzó en torno suyo una mirada inquisitiva.

—*Demoiselle* Ulwing, muestre cómo se debe hacer la reverencia.

—Pero si no lo sé aún...—Ana dijo aquello en voz muy queda y sintió como si el suelo la tuviese agarrada por los pies. Sólo logró avanzar despacio y de puntillas. Inclino la cabeza de lado; sus bulecitos tocaron sus hombros. Su

mano cogió la pequeña faldita de cachemira. La voz de Staviarsky clamó en el silencio:

—Uno... Dos... *Complimentum*.

Mientras ocurría aquello, Juan Huberto estaba sentado solemnemente en su incómoda silla y, contra su costumbre, no se reclinó ni una sola vez en el respaldo. A su hija le pareció como si hubiese movido la cabeza con satisfacción. Todo el mundo aprobaba. Cuán buenos eran todos para con ella... Y ya se alejaba para juntarse con Berta Bajmóczy, pero el polaco le hizo seña: la lección proseguía.

Durante la semana, las clases fueron mal. Cristóbal recibió por dos veces deberes de castigo.

Transcurrían los domingos... En el severo y frío salón del instituto Geramb, los niños ya empezaban a aprender la gavota.

Las clases tocaban a su fin. Encima del armario, las encorvadas velas de sebo se habían consumido casi por completo. Staviarsky gruñía en polaco. Fuera cual fuese el lugar donde pisaba Berta Bajmóczy, ésta siempre tropezaba con sus propios pies. De pronto, se puso a llorar. Las señoritas condesas de Szepes corrieron hacia ella; Marta Illey estaba en medio de la habitación y reía provocativamente; también Ana tuvo que reír. También rieron los chicos.

—*Mes enfants...* ; *Silence!*—La voz de la baronesa Geramb desfallecía y su rostro tomaba una expresión grave.

Hubo silencio por fin. Berta se enjugaba rabiosamente los ojos. Su mirada se perdió en Ana.

—Desde que ella viene por aquí, todo va mal.

Clemencia Szepesy aprobó con la cabeza y alzó orgulloosamente su fina nariz. Pero Ana tampoco vió aquello. Su mirada se había detenido con asombro en su padre. Hallábase en pie, cerca de Sofía Hosszú, apoyado en la alta y blanca hoja de la puerta. Tenía una mano en la parte superior de su chaleco de flores diminutas y, mientras hablaba, se pasó varias veces la otra por el cabello espeso y rubio que



nacía en la frente con una bella curva. Se sonrió. Hasta entonces, Ana no se había dado cuenta siquiera de que su padre era joven aún.

La clase de baile había terminado. Mientras Ana bajaba por la escalera escasamente alumbrada, oyó que se hablaba a espaldas suyas. La escalera, que descendía en caracol, daba entonces precisamente una vuelta. Los otros no podían verla.

—Su abuelo era un vulgar carpintero — dijo Clemence Szepesy.

—*Par exemple*, ¿qué es un carpintero?

—Pues uno de esos que el año pasado trabajaron en las vigas de buhardilla de mi casa — dijo de nuevo la voz que venía de lo alto.

—Verdaderamente, una gentuza así no está hecha para estar entre familias nobles...—Era la voz de Berta.

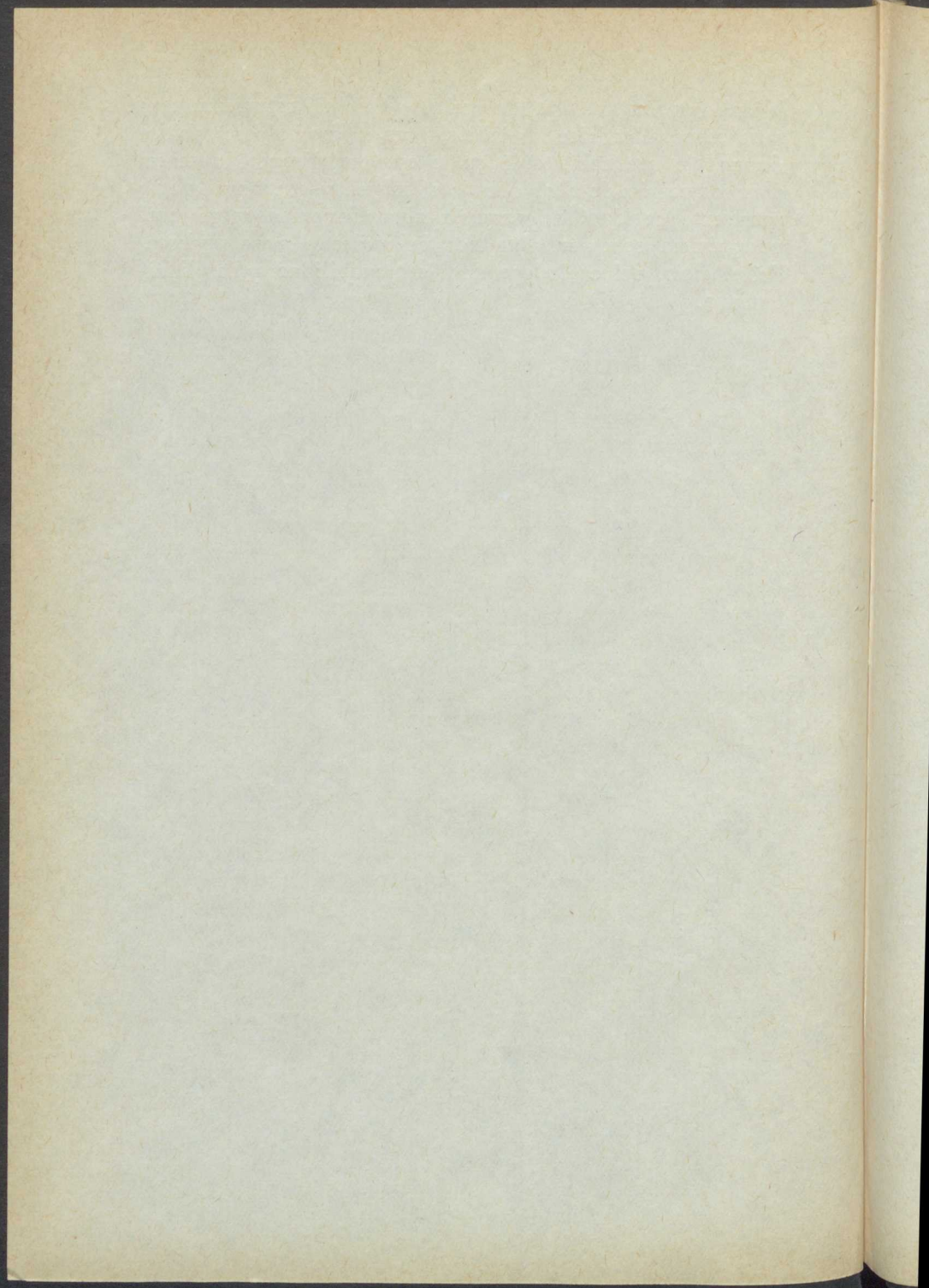
En el primer instante, Ana no comprendió de quién se trataba. Sólo lo entendió luego. ¿Así osaban hablar de su abuelo? ¿Del arquitecto Ulwing, que se sentaba en el primer banco del templo y ante quien incluso los señores magistrados permanecían en pie y con el sombrero en la mano?

Volvióse de repente. Los que venían de arriba se hallaron frente a ella. Todos se pegaron de súbito a la barandilla de hierro. Ana les miró atontada y luego su mirada volvióse tímida y penosa. Había visto algo que resultaba ser feo y peligroso, hasta ese momento oculto a ella por quienes la amaban. Era la primera vez en su corta vida que tropezaba con la maldad humana; siempre había creído que todos eran buenos... Y en su alma empezó a retroceder algo que hasta entonces se había adelantado a los hombres tendiéndoles los brazos.

Camino de casa, estuvo sentada en el coche sin decir palabra. Su padre hablaba de la familia del sempiterno Bajmóczy. También ahora pronunciaba sus nombres recalcándolos con respeto. Ana le miró casi con arrebató. Pero sólo

le dolió un instante que su padre y Critóbal estuviesen tan satisfechos. Mordióse los labios, pues ya no hubiese sabido decirles lo que había oído en la escalera. Empezó a tener más compasión de ellos que de sí misma y con aquella inconsciente caridad, su pequeña alma femenina cargó por vez primera sobre sus hombros infantiles el peso viviente del silencio, del cual dependen la tranquilidad y la dicha humana.





### CAPÍTULO III

Era otra vez domingo. Cristóbal fué solo con su padre al instituto Geramb.

—Me gustaría quedarme en casa — dijo Ana con su pequeña y suave vocecita. Su mirada era tan suplicante que la dejaron en paz.

Por la tarde, a la hora de costumbre, sonó la campanilla que había en la puerta de abajo. El tío Sebastián se hallaba entre las cariátides.

Ana corrió a su encuentro. El arquitecto movió la cabeza en su dirección, desde detrás del escritorio.

—Siéntate—. Mientras tanto, escribía números pequeños y densos en un libro encuadernado en tela. Sólo soltó la pluma cuando Netti trajo el café sobre la bandeja que tenía grabado un papagayo. El vapor de la jarra de leche subía, amarillento, a la luz de la vela. El olor del café se esparció por el cuarto. Los dos ancianos empezaron a hablar de los viejos tiempos.

—Era mejor entonces— exclamaba el tío Sebastián al final de cada cosa que decía y sin razonar ni una sola vez su afirmación. Mientras tanto, desmigajaba su pan en fracciones menudas, que zambullía en el café. Recogió las migas sobrantes en la palma de la mano y las puso en el bolsillo de su chaleco para darlas luego a los pájaros.

Ana notó que su abuelo no hablaba con el tío Sebastián como con los mayores, sino más bien de la misma forma que



lo hacía con ella y Cristobalito. En un principio parecía tolerante, pero luego se impacientó.

—¿Así es que era mejor entonces? — y empezó a contar de cierto noble que hizo azotar a uno de sus colonos, hasta dejarle casi muerto porque se había atrevido a coger una flor bajo una ventana de su castillo, para ofrecerla a su novia. La chica era bonita. El señor lo advirtió y luego hizo alistar al campesino como granadero perpetuo en las guerras contra Bonaparte.

—Actualmente, los nobles van en persona a la guerra y por aquí hasta reparten sus tierras entre sus antiguos vasallos. ¿Entiendes lo que esto significa, Sebastián? Y lo hacen por su propia voluntad, sin que les obliguen a ello.

—¿También somos nobles, nosotros? — preguntó Ana desde la esquina del rayado diván.

Los dos viejos se miraron y empezaron a reír suavemente. El arquitecto se levantó y sacó de su escritorio un librito raído. En su tapa había un águila de dos testas que sostenía entre sus zarpas el escudo magyar.

—Esta es mi carta de nobleza. No vendí por ella ni a mí mismo ni a nadie.

Ana entonces abrió el libro y empezó a deletear lentamente la anticuada y difícil escritura:

—...Pozsony. *Anno Domini* 1797... Cristóbal Ulwing. Diez y seis años. Estatura: alta. Cara: larga. Pelo rubio. Ojos: azules. Profesión: carpintero.

Ana se sonrojó.

—Ese era yo — y el arquitecto puso la mano sobre el libro. Luego extendió su mirada por el cuarto con aquel orgullo de sí mismo que le era tan particular, como si mostrara con los ojos todo lo que había adquirido. Ana comprendió entonces por primera vez aquella mirada de su abuelo, tantas veces vista.

—¡Soy ciudadano libre! — dijo Cristóbal Ulwing. Aquella palabra embelleció y dió vigor a su voz de breve timbre.

Y Ana siguió inconscientemente con su cabecita el altivo movimiento de cabeza del anciano.

Los pensamientos de Sebastián Ulwing desarrollábanse con mayor lentitud. Se detuvieron en el cuaderno de emigrante.

—¿Recuerdas?...—Y aquella palabra hizo que los ancianos pasaran de nuevo por encima de los años. Hablaron de la diligencia que volcó en la puerta de Hatvan, del estafeta montado que embriagaron en la posada de las Tres Rosas.

—El armero, el cirujano y los demás robustos artesanos, sujetaron al estafeta y el compañero le cortó la coleta, y eso que, para que se retorciera sobre su espalda hasta llevaba un alambre dentro.

El arquitecto se cansó del tema y acabó por permanecer completamente serio.

—Todo era coleta, entonces. La gente la llevaba hasta en los sesos. A pesar de todo, estamos mejor ahora...

Sebastián Ulwing sacudió porfiadamente la cabeza. Su rostro se iluminó de repente como si hubiese descubierto la razón de todas sus afirmaciones.

—Entonces éramos jóvenes — dijo humildemente, y se sonrió.—La cabeza me da vueltas cada vez que recuerdo cuando colocaste las vigas del tejado de la parroquia. Estabas sentado sobre la viga maestra y balanceabas las piernas hacia el Danubio. Por cierto que te marearías si ahora te enviasen allá arriba.

Inmóvil, Ana contemplaba la mano del abuelo, sobre la mesa, cerca de ella. Cerraba el puño hasta cuando reposaba. Y la niña se inclinó y la besó como si tuviera que reparar el pecado que aquellas chicas extrañas habían cometido al menospreciarle.

—¿Qué es eso? — Cristóbal Ulwing retiró distraídamente la mano.

Ana entornó los ojos y tuvo de pronto la sensación de haber hecho algo que no había sido comprendido. Luego se



escapó sin ser vista... Sobre el armario de música del cuarto de estar había un libro, cuya encuadernación en seda de color verde llevaba prensada una corona de flores circundando una inscripción: «Canciones infantiles». En la primera página había unas letras amarillentas por el tiempo: «Cristina Jörg, anno 1822». Ana se sentó al piano. Sus dedos restaron indecisos un momento sobre las teclas. Empezó a cantar en voz queda una de las canciones:

*Zwei Wanderbursche zogen  
Hinaus in's ferne Land...(1)*

La cantante emprendía su vuelo tímidamente y sin arte. Pero la voz, que seguía siendo infantil, brotaba de su pecho clara y sonora. Al advertirlo, le pareció que hasta entonces, durante toda su vida, había estado callando. Era nuevo y hermoso sentir que podía decirse todo, que los demás no habían de reirse por ello y que su abuelo ya no retiraría la mano.

*...Zwei Wanderbursche zogen  
Hinaus in's ferne Land.*

El tío Sebastián se alzó del diván y abrió cautelosamente la puerta del comedor. Los dos ancianos escucharon largo tiempo.

Cristóbal volvió de la escuela de baile. Se precipitó con gran alboroto en la habitación de Ana. Sus ojos resplandecían, inocentes. Llevaba en el ojal una flor marchita, que tocaba en todo momento. Habló mucho, apoyándose con los codos en el piano. Ana le observó sorprendida y después pensó que su hermano era guapo. Su cabello, ondulado como el de una niña, le cubría la mitad del rostro. La línea de

(1) Dos compañeros se fueron hacia tierras lejanas. — N. del T.

su breve nariz, algo curvada hacia arriba, levantaba consigo su labio superior. Aquello prestábale una expresión tímida-mente asustada, no existente en ningún otro rostro de los Ulwing. Ana lanzó involuntariamente una mirada al retrato de su madre...

Por la noche, cuando hubieron de acostarse, Cristóbal buscó con impaciencia su libro de oraciones en el desordenado armario. No pudo hallarlo y escondió la flor bajo la almohada.

Estuvo mucho tiempo acostado con los ojos abiertos. «Pequeño «Cristo» hasta la vista», dijo al fin para sí y en voz queda; y, mientras estaba diciéndolo, se esforzaba en remedar la cadencia de Sofía. Luego se pasó la mano por la cabeza, lenta, distraídamente, tal como ella mientras hablaba con su padre.

Sintió un silencioso arrobamiento. Repitió nuevamente la caricia y las palabras: «Pequeño «Cristo»...» Muchas veces, tantas, que las marchitó por completo. Ya no sentía más que su propia voz, ya solamente su mano. Dejó de estremecerse bajo su contacto y se durmió fatigado sobre aquella flor de Sofía.



En la obscura madrugada, al día siguiente, el arquitecto Ulwing bajó al comedor. Siempre se levantaba temprano: le agradaba desayunar solo. Una vela ardía en medio de la mesa; su llama bailoteaba con quebrados destellos en el espejo del armario de vidrio, entre las porcelanas. La sombra de los respaldos de las sillas reflejábse agigantada sobre la pared.

Cristóbal Ulwing hojeó rápidamente el diario. «Es una estupidez», pensó. «¿De qué sirve que Viena envíe un comisario imperial con plenos poderes?». Aparte de aquello, no había ninguna nueva información en el periódico, repleto de



pequeñas letras. Parecía como si los censores trabajasen de nuevo.

Llevó la vela al despacho. Un gran paquete de papeles descansaba sobre la mesa. Aparecía en todos ellos la escritura regular y precisa de Juan Huberto. El arquitecto se inclinó sobre su labor y la pluma rechinó de manera intermitente.

Mientras tanto el plano de Buda-Pest que se hallaba frente a él, cobró cada vez más luminosidad en su marco dorado. Otros planos pendían de las paredes enjalbegadas. Cerca de la estufa había un diván igualmente cubierto de papeles.

Sonaron unos pasos en el silencio matinal. De vez en cuando, las cabezas de los transeúntes proyectaban su sombra por la baja ventana y unas nubecillas redondas parecían entonces deslizarse sobre el papel, bajo la pluma de Cristóbal Ulwing. Llegaron otras y volvieron a desaparecer. Transcurría el tiempo. Súbitamente, empezaron a oírse muchos pasos violentos marchando en dirección del Danubio. Hojas de guadañas enhiestas centellearon al sol.

Los criados corrieron a la puerta.

—¿Qué ha sucedido?

Una voz contestó, gritando, mientras se alejaba:

—¡El comisario de Viena ha sido colgado de un farol!

—No... Le han descuartizado...

—¡Le han acribillado en el puente de barcazas!

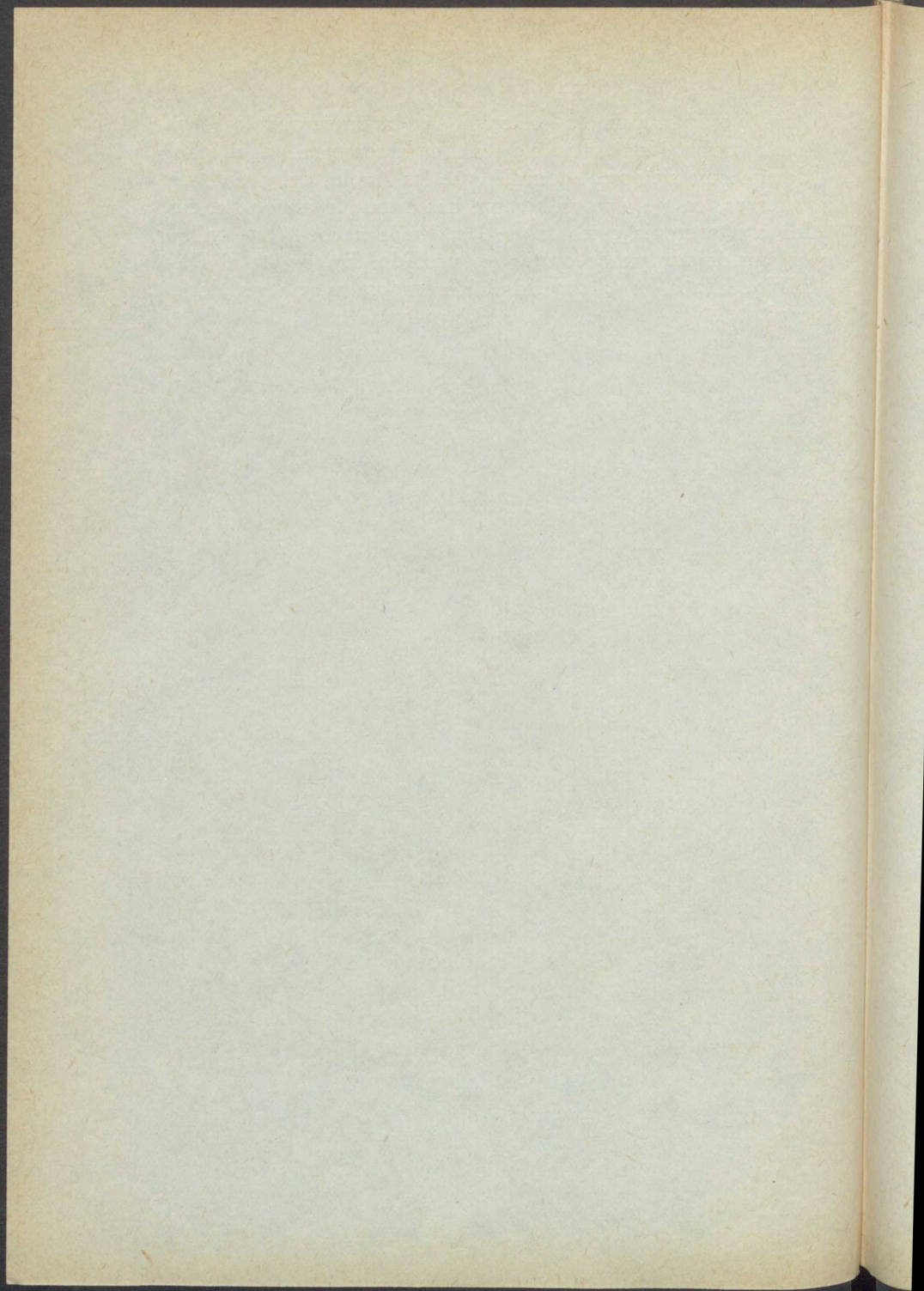
—¿Ha muerto?—preguntó alguien que venía tras ellos.

El arquitecto soltó su pluma. Miró la ventana como si a través de ella un rostro le sonriese suplicante. Hacía meses que aquello se veía venir. Ahora ya estaba allí... Tomó y volvió a soltar los escritos varias veces seguidas y sin motivo alguno... «También hay que acostumbrarse a ello». Su ladeada barbilla se incrustó con dureza en el saliente del cuello, y mientras se puso de nuevo a sumar los números que se alineaban en largas columnas.

Fuera, en alguna parte, cantaban aquella canción que

Ana oyera por primera vez en la tienda de su abuelo Jörg. En la cocina, Netti batía la nata compasadamente. Y al atardecer, como siempre, encendiéronse los faroles del puente de barcazas, bajo el que un hombre había muerto aquel día. Su luz era tranquila como la de las demás noches. Las calles habían dejado ya de contar lo sucedido. En cuanto al Danubio, lavaba en la oscuridad las manos sangrientas de la capital.





## CAPÍTULO IV

El sábado por la tarde llegó una carta de la baronesa Geramb. Ya no habría clases de baile.

Pareció como si los párpados de Cristóbal, que tan escasas veces se movían, murieran durante un instante sobre sus ojos.

—Pero, ¿por qué?—y dejó pender hacia adelante la cabeza, dolorosamente.

—No está bien bailar cuando hay guerra.

«Entonces, ¿es cierto que hay guerra?», pensó Ana sin dejar por ello de sentir la contienda como algo irreal y lejano. Era como si uno fuese leyendo en un libro cuyas páginas estuvieran pegadas una por una y consecutivamente, cada mañana, sobre las paredes de las casas.

Había terminado Navidad. No se veía el Danubio. Una niebla espesa y húmeda velaba los cristales de las ventanas. Cristóbal, con aspecto friolento, salió corriendo en la mañana que comenzaba a clarear. Se había retrasado y acababa de abandonar su desayuno como de costumbre; comía en la calle su pan con mantequilla y no tenía la menor idea de su lección. Florián le seguía llevando una linterna. Por las mañanas de invierno, siempre le acompañaba, alumbrándole hasta donde empezaban las calles adoquinadas.

En el interior de la ciudad, Cristóbal advirtió frente a él a un vejete patizambo. Llevaba bajo un brazo un gran paquete de papel humedecido, y del otro balanceábase un



pequeño cubo con engrudo. La gente le aguardaba formando grupos silenciosos en las esquinas callejeras, y los que habían leído los nuevos carteles seguían su camino lenta y fatigosamente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieren de nosotros?—Ya no comprendían nada.

La guerra habíase adueñado del cerebro de los hombres. La muchedumbre se apretujaba ante las tiendas de los cambistas. Sables de soldados resonaban contra los adoquines. Todo el mundo se apresuraba, como si hubiese que decidir cosas importantes antes de que atardeciera.

Ana tomaba precisamente su lección de piano en el instante en que una gran enseña de amarillo y negro fué enarbolada en un mástil del baluarte de Buda. En aquel entonces se cambiaban a menudo las banderas.

—Se acabó la libertad—dijo Staviarsky, y blasfemó en polaco.

—¿Libertad?—Ana pensó en dos ojos febriles—. ¿Era que la guerra se hacía por la libertad? —A partir de aquel momento miró con hostilidad a los granaderos croatas que los oficiales imperiales habían alojado en su casa.

Se detuvo en la redonda ventana de la escalera.

Un rubicundo sarraceno engullía una cebolla cruda en medio del patio, mientras los granaderos se lanzaban bolas de nieve, como si fueran grandes críos traviesos... Arrasaban las matas y lo pisoteaban todo. Habían levantado un hombre de nieve cerca del pozo, le pusieron en la cabeza un gorro colorado como el de los soldados magyares y le desce-  
rrajaban tiros de carabina.

Luego, el hombre de nieve se derretió. De las lilas del patio comenzaron lentamente a brotar capullos. Los granaderos lavaban su ropa en el pozo. Estaban medio desnudos delante de la artesa. El viento lanzaba contra sus peludos pechos la espuma gris del jabón.

Sonó inesperadamente un toque de clarín desacostumbrado.



do, semejante a una llamada de auxilio. Ana corrió a la ventana. Unos soldados cruzaron presurosos. Los granaderos del patio se colocaban a toda prisa las camisas mojadas de la artesa. También se fueron a galope en pos de los otros y no volvieron nunca más.

Pocos días después, Ana soñó que descargaba una tormenta. Por la madrugada oyóse en el cuarto como si lanzaran puñados de guisantes contra los cristales de la ventana... Muchos guisantes. Luego, vibraron todas las vidrieras de la casa como si unos cuerpos invisibles cayeran cruzando el aire.

—¡Hemos de echar los postigos!—gritó el arquitecto desde el umbral de la puerta.

Cristóbal subió la escalera corriendo y contentísimo.

—¡Han cerrado la escuela! —Su bolsillo estaba lleno de caramelos. De una vez se llevó dos a la boca.

Le seguía Juan Huberto, que había ido corriendo a la escuela para buscarle. Su hermoso y cuidado cabello pendía sobre su frente; la irreprochable corbata se había ladeado sobre el cuello. Llamó sofocándose a Florián, e hizo cerrar el portal con llave.

Una vela se consumía en la obscuridad del cuarto del arquitecto, con los postigos entornados. Contra su costumbre y por esta vez, Juan Huberto no aguardó que le brindaran asiento: sus miembros se relajaron blandamente en la butaca.

—Menos mal que todos están aquí. —Hizo con la mano un débil gesto en el aire, como si quisiera acariciar a alguien. —He venido siguiendo la orilla del Danubio—dijo con voz ronca—. Había mucha gente; decían que las bombas no cruzaban el agua y muchos estaban sentados sobre las piedras. Uno de ellos comía tocino. Lo hacía con suma tranquilidad, y de repente se quedó sin cabeza. Todavía permaneció sentado un instante y todo él quedó ensangrentado... —Juan Huberto puso con horror sus manos sobre los ojos.

—¿Era, pues, una bomba lo que entró volando en la con-



fitería de la calle Kis-Hid?—dijo Cristóbal, llevándose un caramelo a la boca. —La acera quedó cubierta de bombones, como si hubiesen vaciado la tienda poniéndola al revés. La clase se llenó gratis los bolsillos.

El arquitecto rió. La vida seguía su curso tras el portal cerrado con llave. Juan Huberto se colocó la corbata en su sitio y hubo veces durante el día, en que se olvidó por completo de lo que había visto. Sólo empalideció cuando quiso comer. Apartó el plato lejos de sí.

Los cristales temblaban de vez en cuando. Algún silbido lejano pasaba volando por encima de las techumbres, seguido de un silencio de espera enervante. La gente contaba. El silencio se cristalizaba vibrando frágil en el aire.

Una bomba más hacía explosión... Volvían a contar con miedo cervical. ¿A quién tocaría esta vez? Retemblaron todas las casas a orillas del Danubio. Nubes de polvo se alzaban en el aire en medio del estrépito. El cielo adquiría colores de inusitada crudeza.

El viento arrastró consigo ardientes calores, inesperados y de mal augurio, al patio del arquitecto Ulwing. Nadie supo, tras el portal cerrado, qué casa vecina expandía aquel último calor de su vida.

Los Füger estaban ocultos en la bodega. Juan Huberto y los niños se trasladaron a las oficinas, en el lado opuesto del patio. El piso quedó vacío y sólo Cristóbal Ulwing permaneció en la alcoba cuya única ventana daba sobre la abandonada Plaza de la carpintería.

—La casa es fuerte; hice construir buenas paredes—dijo el arquitecto a la señora de Füger, a través del ventanuco de la bodega.

Oyóse un chasquido feroz del lado del portal, como si hubiesen arrojado allá un gigantesco trapo húmedo. Las ventanas crujieron con ruido de cristales hechos añicos. El edificio vaciló sobre sus sillares.

La gente comenzó a salir de la bodega chillando con

espanto. El arquitecto fruncía el ceño como cuando una persona extraña le contradecía. Se dirigió a grandes zancadas hacia el portal.

—¡No, no!—gritó Cristóbal, y se puso a sollozar espasmódicamente. Pero el viejo Ulwing no escuchó a nadie. Abrió de golpe la puertecilla.

A una de las cariátides le faltaba un brazo. Cascotes y revoque pulverizados yacían a sus pies, y un agujero parecía bostezar en la pared. La granada no había llegado a estallar, detenida por los ladrillos.

El arquitecto abrochó su chaqueta para ser un blanco cuanto más pequeño mejor y salió fuera de la casa. Echó la cabeza hacia atrás y alzó la vista en dirección a las ventanas exteriores.

¿Enemigos extranjeros habían dañado su casa en nombre del emperador? Volvióse de repente hacia el Danubio. El puente de barcazas, su puente, estaba ardiendo. Posó la mirada sobre la pobre y pequeña Buda, desde cuyo corazón disparaban a matar sobre su hermana la Pest indefensa. La ciudad y Cristóbal Ulwing habían vivido juntos cuando los dos eran pequeños y pobres, y juntos se habían agrandado y enriquecido. También ahora los herían a la vez.

Se puso a blasfemar como en sus tiempos de oficial carpintero.

No se divisaba vida alguna en torno suyo. Ningún movimiento en las calles. Tiendas cerradas, puertas entornadas. La ciudad era toda una extensa cámara de torturas. Las casas, cual condenados a muerte, adelantaban el pecho cerrando los ojos, tan solitarias en la desgracia como los hombres. Cada casa vivía ya sola y moría en soledad. El resplandor de las techumbres en llamas, reflejábase en las vacías ventanas. Un humo contagioso se arrastraba a lo largo de las paredes y las campanas tañían en todas las iglesias de la ribera.

Los duros ojos de Cristóbal Ulwing se llenaron de lá-



grimas de rabia y dolor, mientras perdía su mirada por encima de las casas derruidas o ennegrecidas por el humo. ¡ Cuántas eran las que había levantado ! Las amaba a todas. Las compadecía y compadecía a sí mismo...

Sólo fué por un instante. Luego apretó los puños como si quisiera retener la fuerza que desbordaba en él. — ¡ La necesitare ! — Retorciéronse los músculos de sus brazos y sintió aquellos espasmos cerebrales. Si era menester, volvería a empezar todo desde el principio. Aún le sobraría tiempo. La vida era todavía larga.

\* \* \*

Pasaron los días. El cañoneo había cesado. Unas figuras asustadas salieron de los sótanos. Observaron el fuego pegados a las paredes y atravesaron repentinamente las calles.

La ciudad esperaba y contenía el aliento. La inquietud tornóse agobiadora en la casa Ulwing.

Cristóbal no había abandonado la cama en toda la semana. El espanto enfermizo subsistía en su rostro. De día se quedaba tendido, sin decir palabra, en el rincón del despacho. De noche, el miedo le impedía dormir y se deslizaba furtivamente hacia la ventana.

Allá fuera, en el patio, los castaños negros erguíanse sombríamente. A veces, algún reflejo lejano y flotante enrojecía sus copas. Sus hojas, como dedos planos y sangrientos, se agitaban apuntando al cielo. También empezó a moverse algo entre las matas. El pozo rechinó. Un farol de cuadra quedó de repente en el suelo. Unos hombres pisaron su luz y llevaron agua a la buharda en unas artesas. El arquitecto estaba también allí en mangas de camisa, tirando de la cuerda del pozo y Juan Huberto ayudaba igualmente a pozar cuando llegaba su turno. Llevaba chaqueta ajustada y su cuello blanco relucía en la oscuridad. Luego, todos se fueron a descansar. El patio quedó vacío.



Cristóbal volvió a tener miedo. Llevó la mano a su garganta. Sentía como si unas fibras vibraran allí dentro; aquello duraba desde que el gran chasquido había dado un empujón a la casa. La imagen de aquel momento se repetía sin cesar en su mente. Quiso apartarla lejos de sí, pero algo hurgó en su cerebro y volvió a presentarla próxima.

Le hubiese gustado entrar en el cuarto de Ana para decirselo, pero, ¿y si no lo entendía? En aquel entonces no hubiese soportado que se le rieran. Tendióse sobre su lecho y apretó su cabeza con las manos: ¿por qué no podía ser como los demás y siempre pensaba cosas que los otros no entendían?

En el cuarto vecino, Ana tampoco lograba dormir. No había dejado de pensar en su tío Sebastián, que vivía arriba, en la Ciudadela, desde el momento en que divisara un instante la torre de Nuestra Señora, a través de la puertecilla abierta, durante el cañoneo. Hacía tiempo que no sabían nada uno del otro, y le hubiese gustado mucho decirle que pensaba en él.

Decidióse de pronto. Se deslizó fuera de la casa, sacó el cabo de vela que había en la palmatoria y cogió los fósforos. Atravesó el umbral de puntillas. Las escaleras estaban frías bajo sus plantas descalzas; las baldosas chirriaban finamente en medio del silencio. En el comedor tropezó con una silla. Pensó en su abuelo con indefinible espanto. ¿Le habría oído? Él jamás se lo permitiría, y eso que debía hacerlo, por miedo que tuviese, por mucho que temblara.

Alcanzó el piano. Escuchó una vez más y encendió la vela, sin atreverse a mirar en torno suyo. Sus dientes entrecrocaban con un ruido lamentable mientras abría los postigos. Los cristales estaban rotos. ¿Y si el viento apagase la vela?... Pero la noche de mayo era profunda y tranquila.

Ana empezó a sentir en sus dos brazos el recuerdo de aquellos movimientos con los que, cuando era pequeña, hacía



señas por encima del Danubio a su tío Sebastián. Alzó la mano y entornó los postigos tras la ventana iluminada.

La luz de la vela que había dejado fuera se extendió en la noche, como tratando de llegar a su destino por encima del río.

## CAPÍTULO V

En la oscuridad suave, incorpórea, la Ciudadela semejaba densidad maciza y dura. En sus calles abruptas no ardían faroles. Las casas callaban y temían.

Hacía días que Sebastián Ulwing no había salido de su tienda. No había hablado con nadie, no sabía nada. Vivía de pan y leía su «Demócrito». A veces, el resplandor de una antorcha se introducía por la hendidura de la puerta. La raya de luz daba rectamente una vuelta por la tienda y luego marchaba con rapidez. Fuertes pasos de soldados resonaban en la calle. A veces se oía un cañoneo y la casa temblaba.

Aquella noche no había más que silencio esperanzador. Eran sobre las diez. De pronto, Sebastián Ulwing tuvo la sensación de que llamaban a su puerta.

¿Qué ocurría? Su corazón empezó a latir aceleradamente y sólo se serenó al pensar de súbito en la casa Ulwing. No pudo soportar aquella incertidumbre; cogió su sombrero, pero al hallarse en el umbral, se volvió a pesar de todo y dió una vuelta por la tienda, como lo hacía todas las noches. Dió cuerda a todos los relojes, sonriéndoles como si les diera de comer. Luego, se deslizó en la calle con su paso inseguro y cansado.

En la Ciudadela despoblada rebosaba la primavera. El relojero empezó a apresurarse. Descubrióse al pasar ante la iglesia de Nuestra Señora. Dió la vuelta hacia el bastión de los Pescadores.



Más allá de la muralla, abajo, en la oscuridad, la ribera de Pest aparecía ennegrecida.

Sebastián agudizó la mirada en dirección a la casa Ulwing. Pronunció una exclamación en voz queda. En la larga raya de la ribera había una ventana encendida. Sabía que se dirigía a él. Su viejo corazón latió de cálido agradecimiento.

Instintivamente se agachó y reunió las basuras que yacían dispersas en torno suyo. Las amontonó sobre el bastión, y luego arrancó delicada y cuidadosamente la cubierta del «Demócrito, o un filósofo risueño». Sacó sus cerillas. Quiso dar las gracias a Ana por su señal. El papel se encendió, pegando fuego a las basuras, y la llama subió refulgente a lo alto.

En aquel momento algo polpeó la espalda del relojero. Este oyó un disparo y cayó de rodillas cerca del baluarte. Su barbilla dió contra la piedra. Irritado, tendió la mano hacia allí. Sintió deseos de vomitar. Sólo entonces se le ocurrió mirar tras de sí... No había nadie en las proximidades. Una ventana hizo ruido y, bajo el templo, un claro uniforme austriaco se alejó en la sombra.

Cuando no se oyó nada más, Sebastián Ulwing se cogió a las piedras y alzóse. Volvió a descubrirse al pasar ante la iglesia. Sea como fuere, no logró volver a cubrirse y dejó caer el sombrero. Lo miró con tristeza, pero no se inclinó a cogerlo. Recostóse un momento contra la estatua de Santa Trinidad. Ésta parecía un enorme clavo ahondado en medio de la plaza; sólo aquel trozo de tierra era inmóvil; lo demás giraba nauseabunda y lentamente en torno suyo.

Pensó: «Estoy mareado», y escupió con repugnancia. Quiso apresurarse, pues había dado ya muchísimos pasos y seguía siempre en la plaza. Sentía exactamente lo mismo que cuando se sueña que quiere avanzarse y uno permanece en el mismo sitio con el espíritu atormentado.

Vió uniformes claros en la oscuridad de la calle Tárnok.



Aquella imagen le empujó hacia delante como algún mal recuerdo. Rozaba las casas con el hombro y por último pudo entrar en la tienda dando un traspie. La cerilla que tenía entre los dedos daba vueltas con sacudidas desordenadas, en torno al pábilo de la vela.

Sebastián Ulwing cayó en la butaca. Cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, lo vió todo oscuro.

«Hoy se fabrican velas peores que antaño», pensó. Luego, fué repentinamente presa del miedo. Tenía sed. Quiso abrir la ventana, llamar a alguien. Sólo logró levantarse a medias. Volvió a caer en la butaca. La debilidad cubría su frente de sudor.

Pareció como si en alguna parte volvieran de nuevo a hacer fuego de cañón. Pero ya no se preocupaba de aquello. Todo lo que concernía a los otros, ahora le resultaba lejano y extraño.

Rezar... Una plegaria infantil acudió a su mente. Recordó, y eso le produjo tanto cansancio como si tuviera que volver la cabeza hacia atrás. Su vida había sido tan buena y sencilla... Estaba en el orden de las cosas que Borbala hubiese sido esposa de su hermano Cristóbal...

Una confusión dolorosa volteaba en su cerebro. Pensó. Sin la menor transición, pensó que le debía dos panes al panadero. Empezó a inquietarse; hacía poco que había encargado unos nuevos zapatos. «Que lleven hebillas relucientes.» Eso dijo. ¿Quién los compraría? Entonces fué cuando se le ocurrió por primera vez que ya no llevaba nadie zapatos como aquellos. Las lágrimas empañaron sus ojos. Su cuerpo se dobló hacia delante contra su voluntad. ¡Cuán herrumbrosas estaban las hebillas de sus zapatos!... Y la del izquierdo se volvía más mohosa a cada instante. La herrumbre casi le chorreaba por encima, colorada, densa. Se extendió sobre la media blanca... corrió por el suelo de madera...

La vela ardió hasta el cabo. La llama se encabritó una vez más, miró en torno suyo, se apagó. Un pesado olor de



sebo fundido se esparció por la tienda, y la cabeza del tío Sebastián sumióse, cada vez más hondamente, entre las dos grandes orejuelas de la butaca de cuero...

Allá fuera, con el alba, el cañoneo se volvió más fuerte a cada momento. Pero aquel estruendo feroz no se dirigía a Pest. Los soldados de gorra colorada bombardeaban el castillo desde las alturas de Buda. Los imperiales contestaban desesperadamente.

La mañana era de color ceniza y aparecía como temblorosa.



Ninguna noticia franqueaba el portal cerrado de la casa Ulwing.

En la bodega, la señora de Füger hacía hilas y, mientras tanto, suspiraba de manera desalentadora. El diminuto contable, sentado sobre un nuevo barril, inclinaba la cabeza como aguzando el oído y sus piernas daban en el tonel a cada explosión.

Su hijo le contemplaba, tan rígidamente, que el esfuerzo contraía sus ojos de miope. Bostezó con cansancio. Las piernas de Füger chocaban contra los flancos del barril, a intervalos cada vez mayores. Eso fué lo que hizo comprender al chico que el cañoneo disminuía, que cesaba paulatinamente. Luego, la casa tembló una vez más. Una postrera explosión cortó de una dentellada el silencio inquietante y los trozos de vidrio se desprendieron de las ventanas.

—¡Esa cayó cerca!

El arquitecto no esperó más. Quiso saber lo que ocurría y ascendió corriendo por la escalera. En el cuarto de color verde, apartó los postigos con un gesto brusco.

Enfrente, el palacio real ardía humeante, y en el baluarte, al lado de la pequeña bandera blanca de los imperiales, había sido desplegada en el aire una bandera tricolor.

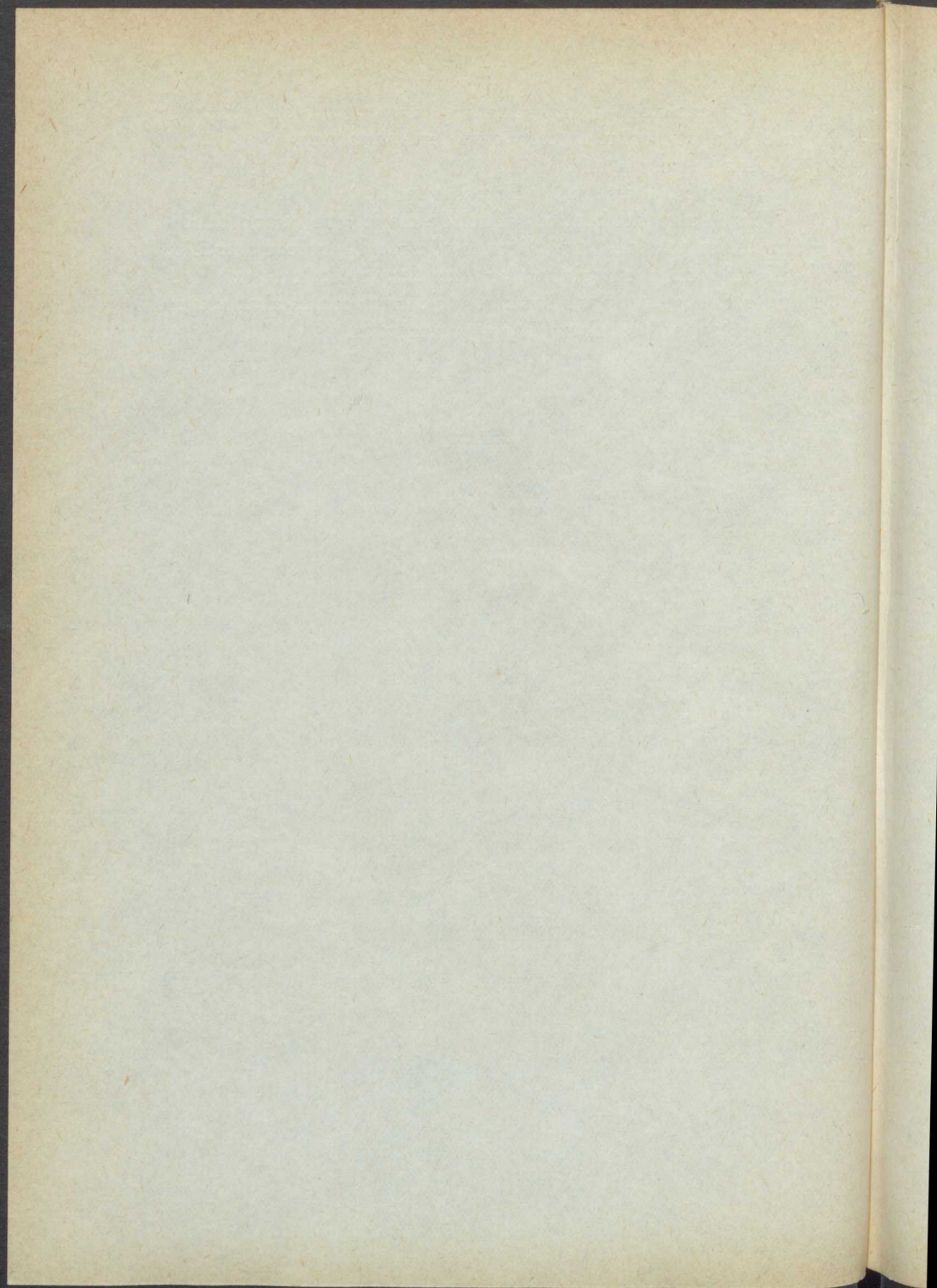
—¡ Vencimos !—gritó Cristóbal Ulwing. Y su voz lacónica se abatió sobre la casa como un martillazo.

Ana se puso a reír.

—¿ Oyes, Cristóbal? ¡ Hemos vencido !

En lo alto del bastión, al sol de mayo, cual mano bendiciendo, la tela de la bandera se desplegó sobre el castillo, desbordando el entusiasmo por doquier. Sus colores refulgieron en Pest y en Buda. Banderas tricolores contestaban desde las ventanas, las bohardillas y los tejados.





## CAPÍTULO VI

La muchedumbre se lanzó cantando hacia el puente suspendido y entremezclóse el tamborileo irregular de los pies humanos. La corriente llevaba también al arquitecto Ulwing. Quería ver a su hermano. ¡ Cuánto le contaría ! ¡ Cuántas preguntas tendría que hacerle !

Los habitantes de Buda se adelantaban a ellos, corriendo. Las dos ciudades se apresuraban a lanzarse la una en brazos de la otra, sobre el puente que cruzaba el Danubio.

La gente se apretujó de improviso al pie de la montaña, pues un pesado carro había entrado en el camino. En el pescante iba sentado un hombre enclenque de rostro amarillo. Su bigote pendía de los dos lados de su boca formando rizos negros. El carro estaba cubierto con una lona, sobre la cual se destacaban manchas coloradas y sucias. Piernas y brazos humanos aparecían colgando fuera de la zaga, agitándose desamparadamente según los movimientos del vehículo.

La muchedumbre ya no cantaba. Los hombres quitábanse su sombrero. Los que se hallaban delante gritaban horrorizados al conductor.

Las sacudidas habían hecho resbalar lentamente un cadáver fuera de la lona. El cochero de rostro amarillo dió con indiferencia un trallazo entre los caballos, y el carro se puso a rodar más aprisa. La cabeza del muerto tocaba ya el suelo y golpeaba contra las piedras saledizas del camino ;



saltaba traqueteando y volvía a caer en el polvo con sus ojos abiertos y fijos.

La multitud continuó avanzando en medio de un profundo silencio.

Transportaban heridos sobre parihuelas. En el patio de las casas abrasadas yacían gorras coloradas, bayonetas... Moscas de reflejos azules formaban enjambre encima de un caballo muerto en el empedrado de una calle. Dos suelas de bota salían, tías, de la zanja canal. Y había por doquier carros cubiertos con lonas. Sus cargamentos inánimes se mecían lentamente al sol.

Cristóbal Ulwing dió la vuelta a la esquina de la Plaza de la Santísima Trinidad. El piso saliente de la casa proyectaba una profunda sombra en la claridad blanca e hiriente.

El arquitecto reconoció a los amigos de su hermano Sebastián. El xilógrafo cojo estaba apoyado contra la pared y se enjugaba las lágrimas. También estaba allí el censor. Apretaba la mano contra su rostro como si le doliesen las muelas. Los de más atrás se alzaban sobre las puntas de sus pies y tendían la barbilla hacia delante. Todos saludaron al verle.

El agudo rostro de pájaro del capellán atravesó el marco de la puerta y se adelantó al arquitecto con gesto significativo. Habló largo tiempo, señaló varias veces el cielo con ademán luctuoso y ladeó la cabeza.

Las grandes y huesudas manos de Cristóbal Ulwing se unieron sobre su pecho como dos curvados ganchos.

—Pero, ¿cómo sucedió?

Ya estaban todos en torno suyo y se pusieron a hablar a la vez. De pronto, una mujer extrañamente anticuada hizo una reverencia en medio de la calle.

—Con su permiso: soy Amelia Chik. A mí me corresponde hablar. También ellos lo oyeron de mí; sepa usted que vivo en el bastión de los pescadores. Esta noche, mi

marido se mareó, pues estábamos escondidos en la bodega y la atmósfera era malsana, y entonces subí al piso para buscar un medicamento.

El arquitecto se volvió dolorosamente hacia la puerta de la casa. La gente le cerró el paso.

—Con brevedad—cuchicheó el capellán de la Ciudadela. La dama prosiguió más rápidamente.

—Dignaos imaginarlo; lo vi desde mi ventana. Alguien encendió fuego sobre el bastión. Le reconocí en seguida: era el señor relojero. Vi su rostro iluminado por la llama. Luego escuché un disparo y el señor relojero cayó contra la pared.

Contrájose el corazón de Cristóbal Ulwing y sus ojos quedaron enrojecidos como por el humo. «Pobre hermano Sebastián...» Y de súbito pensó en Ana.

La dama lanzó un gran suspiro:

—Sepa usted que me asusté mucho. Volví corriendo al sótano. Mi marido lo explicó todo. También lo sabe el reverendo señor capellán, así como los demás; ellos forzaron la puerta después del sitio.

El arquitecto se dirigió de nuevo hacia la puerta.

El capellán de la Ciudadela le hizo señas para que se detuviese. Señaló nuevamente al cielo. Habló de la patria, de los héroes... Levantó con arrobamiento su puntiagudo rostro de pájaro.

—Y de todos ellos, él fué el más abnegado...

—¿Por qué lo dice?—La voz del cura le parecía insoportable.

El capellán de la Ciudadela discurrió con entusiasmo cada vez mayor:

—El nombre de Sebastián Ulwing vivirá eternamente en nuestra memoria. Buda, agradecida, conservará el recuerdo de sus heroicos mártires.

El arquitecto se estremeció. Quiso decir algo, pero el cura tendió su brazo con gesto apostólico sobre la gente allí reunida.



—Y vosotros que habéis sido encaminados aquí por la piedad que sentís hacia el héroe, decid a vuestros hijos y un día a vuestros nietos, que fué un maestro relojero, sin pretensiones y temeroso de Dios, quien, con una fogata, llamó a la ciudadela a los ejércitos libertadores húngaros, por lo que nuestros enemigos hicieron enmudecer su recto corazón con un balazo mortal.

Enterneciósse al oír su propio discurso. El arquitecto miró con asombro en torno suyo. Grandes pañuelos abigarrados salieron de los bolsillos y la gente sonóse ruidosamente. Doña Amalia Chik estaba en el centro del corro; se sentía muy importante y volvía a contar la historia, desde el principio, a cada recién llegado.

—Así es que, sepa usted...

—Él es el verdadero héroe, el héroe de nuestra calle— estableció el fabricante de la casa vecina. El panadero aprobó también con la cabeza y pensó en los dos panes que Sebastián Ulwing le dejaba a deber.

Por un instante, el arquitecto miró amodorrado y fijamente el rostro del cura. Quedó espantado por lo que oía. Tuvo miedo de sí mismo, como si con su silencio removiese deshonrosamente una cantidad de dinero. Se pasó la mano por la frente.

—Permítame, reverendo señor capellán... Mi pobre hermano menor era un ciudadano pacífico. Jamás participó en las ideas de la guerra de independencia, y se hallaba apartado de todo movimiento revolucionario...

El cura abrió la palma de su mano en el aire, con ademán contradictorio.

—Arquitecto Ulwing, hasta la *humilitas christiana* os permite aceptar con la cabeza erguida la piadosa exaltación de vuestro hermano.

—Escuchad—dijo Cristóbal Ulwing casi desesperadamente—. Fué una desgracia. Créanme. Se equivocan ustedes...

La gente le cortó hostilmente la palabra. Los de atrás

murmuraron y Amalia Chik empezó a temer por su papel de protagonista. Atizó rabiosamente al auditorio, como si el extranjero de Pest quisiera robarle tal honor.

—Dejó a su hermano menor en la pobreza, siendo tan rico, y ahora, hasta quiere arrebatarle la gloria.

—¡No lo consintamos!—gritó el zapatero, decidiendo en su fuero interno que no pediría al pariente del héroe el importe de los zapatos con hebillas.

El capellán de la Ciudadela amonestó severamente al arquitecto:

—Nadie debe envidiar el renombre de nuestros héroes.

El rostro de Cristóbal Ulwing adquirió una expresión sumisa. Hizo con la mano un gran gesto de renunciación. En aquel minuto comprendió que otras personas acababan de registrar allí como una cantidad de dinero que no era suya y de la cual ya no disponía. Por otra parte, ¿tiene tan poca importancia la razón por la cual uno se convierte en héroe! ¿Que sea por haber hecho señales a los soldados o por habérselas hecho a una niña? ¿Todo es tan idéntico frente a la muerte!

—Gracias—dijo en voz apenas perceptible. Se descubrió y entró algo encorvado en la trastienda. Fuera, sobre el reloj de muestra, los gorriones de su difunto hermano esperaban sus migas de pan. Adentro ardían dos velas. Oíase en el silencio el tictac de los relojes, semejante al latido de muchos corazones diminutos. Aún les había dado cuerda la mano de la persona cuyo corazón ya no latiría más...

Atardecía cuando el arquitecto regresó de la ciudadela.

—Volveré a la noche—dijo al óptico y al xilógrafo cojo, que querían velar a su viejo amigo. Luego, anduvo rápidamente con la cabeza erguida, pero sus ojos miraban con indiferencia a los hombres. Caminó como si nadie existiera, como si estuviera solo. De pronto, tuvo que pensar que había vivido en soledad durante toda su vida. No le pesaba, porque aquello también era cierto que siempre acrecentó sus



fuerzas. No esperar nada de nadie, no apoyarse en nadie. Pero lo que entonces sentía era distinto. Aquello no era la soledad de la fuerza, sino la de la vejez. La casa de Pozsony con sus rincones oscuros; las canciones de su madre; el taller paterno; su juventud... Aparte de él, ya no había nadie para quien hubiese sido realidad todo aquello. La soledad en el pasado es más dolorosa que la soledad en el presente. Sólo entonces comprendió lo que significaba que se hubieran marchado todos los seres a quienes se podía decir: «¿Recuerdas?»

Los soldados empezaron a llegar en torno suyo. Hileras de hombres sudorosos, cubiertos todavía con el humo de la pólvora. Redoblaban muchos tambores. La gente les acompañaba, flanqueándoles. Todo el camino cantaba.

Los pañuelos ondearon en las ventanas como llamas blancas.

\* \* \*

Ana y Cristóbal corrieron también a la de su casa. Enfrente, el sol ya se había puesto tras el castillo. El perfil de las techumbres y torres de Buda era oscuro en el cielo encarnado. Una ciudad negra en la cumbre de la montaña. Un río de hierro oscuro, picudo, se vertía por el puente del Danubio, hacia Pest... Eran soldados con la bayoneta calada. También recibían el sol en la espalda y sus rostros quedaban en la sombra.

Ana se asomó a la ventana.

Delante de todos, sobresalía la figura de un hombre, erguido por encima de la tropa. Llevaba un uniforme de color rojo. Era el jefe... No se veía su caballo. Parecía como si el flujo viviente lo llevara sobre sí.

Cuando alcanzaba la cabeza del puente de Pest, el hombre del uniforme encarnado volvió la mirada hacia la Ciudadela. Su perfil se iluminó fuerte y distintamente sobre



el fondo de Buda. El resplandor solar centelleaba en los cristales de sus gafas.

—¿Los ves?—gritó Ana; y mientras miraba al jefe, le pareció distinguir en sus facciones a todos los que le seguían en la sombra, creyó vislumbrar el rostro de todo un ejército victorioso.

Abajo, el arquitecto Ulwing abrió silenciosamente la puertecilla del portal.

Cuando Cristóbal supo que su tío Sebastián había muerto, se puso a llorar. Oíase su llanto hasta en el pasillo. Ana miraba rígidamente ante sí, sin derramar lágrimas.

—¿Así es que no le veré nunca más?

—Nunca más...

Su carita se convulsionó. Cerró un instante los ojos. Hubiese querido estar sola.

Cristóbal Ulwing acarició compasivamente la cabeza del muchacho. Le extrañó algo que Ana no llorase. «No tiene mucho corazón, y tal vez sea mejor para ella», pensó. Y salió del cuarto. Ana le siguió dolorosamente con la vista. No entendía por qué todo el mundo consolaba a Cristóbal y por qué no se ocupaba nadie de ella cuando era, sin embargo, tan desdichada.

En el corredor, los Füger aguardaban, con expresión de circunstancias. El arquitecto les hizo una muda señal con la cabeza. Bajó la escalera. Quería estar solo.

Se detuvo repentinamente en el umbral de la puerta. Oíase fuera un murmullo peculiar que se esparcía en el aire con una fuerza tan penetrante como si irrumpiera de lo más hondo de las cosas y de las vidas, de por entre las raíces de la ciudad. Lo reconoció. Era el rumor de la alegría y del dolor, la respiración de la capital; y mientras Cristóbal Ulwing lo escuchaba, empezó a sentir que ya su corazón latía al unísono con ella. Se regocijaba con la ciudad y con la ciudad lloraba... Súbitamente, cobró forma en él un irreprimible odio hacia quienes habían hecho daño al hermano,



a la casa, al puente de barcas y al fruto de tanta labor...

Irguió provocativamente la cabeza, como si se hallase frente al enemigo. Su mirada se posó en el pequeño letrero pendiente de la puerta:

#### CANZELEI (1)

Se le ladeó la barbilla. Su mano que jamás titubeara, agarró el letrero y lo arrancó de su gancho. Del bolsillo de su chaleco sacó el lápiz de carpintero. Reflexionó un instante: ¿se escribía con «t» o con «d»? Luego estampó sobre la puerta, con letra grande y fuerte:

#### IRODA (2)

(1) Canzelei: despacho, en alemán. — *N. del T.*

(2) Iroda: despacho, en magyar. — *N. del T.*

## CAPÍTULO VII

Cuando en la tarde de los plácidos domingos, sonaba la campanilla del portal de la casa Ulwing, todos callaban repentinamente en el cuarto de color verde. Nadie lo decía, pero todos sabían en quién estaban pensando. Aquella hora era la del tío Sebastián.

Luego pasó el estío. Una mañana, el vejete patizambo volvió a surgir del crepúsculo matutino e, indiferente y silencioso, pegó en las esquinas de las casas de Pest la última página del gran libro.

*Mamzell* Tini se opuso en vano, pues Ana se detuvo y leyó el cartel.

—Terminó todo, entonces...

Siguió caminando en silencio y su imaginación, encerrada entre las paredes ciudadanas e ignorante de las libres praderas infinitas, presentó ante ella una estampa peculiar. En su pensamiento, veía una gran plaza, algo así como la Plaza de la Alcaldía, pero mucho mayor. Alrededor de ella había una hilera de árboles y la hierba crecía por doquier. Unos soldados de gorro colorado yacían, inmóviles, en el césped. Y dos ojos febriles se cerraban lentamente.

—Así es que todo terminó...

Vino luego una noche en la que detuvieron en su librería al abuelo Jörg. Le llevaron entre bayonetas a través de toda la ciudad. Mucha gente era conducida así en aquellos tiempos. Los que quedaron libres hablaban de ellos en voz baja. Ana oyó algo parecido a que el abuelo Jörg había impreso



varias proclamas, y que por tal causa lo encarcelaban. Pero nadie sabía nada cierto. Los soldados cerraron la imprenta y cortaron el manzano que había en la esquina de la calle Kigyó; en la librería, el joven Jörg tuvo que colocar la gran estantería de modo que desde la puerta se pudiese ver el fondo de la tienda.

Transcurrieron meses antes de que Ulrich Jörg quedara en libertad. Mientras tanto, se tornó completamente viejo y empequeñecido.

La ciudad parecía igualmente haberse aviejado y la gente se acostumbró también a que las cosas fuesen así. Los hombres se habitúan a todo. Oficiales imperiales y silenciosas mujeres vestidas de negro transitaban por las calles. Las huellas del cañoneo fueron desapareciendo lentamente. Sólo en la casa Ulwing seguía siempre de pie la cariatide mutilada.

A Juan Huberto no le parecía bien aquel desorden.

—Pues así se queda—, gruñó el arquitecto. Jamás habló del porqué.

Cierta vez, dos colegiales pasaron ante la ventana abierta del despacho. «En esta vieja casa hay también un honvéd (1) que estuvo en la guerra», dijo uno de los chicos.

La pluma de Cristóbal Ulwing se detuvo sobre el papel. ¿Ya se decía de su morada que era una vieja casa?

¿Dónde se hallarían aquellos que sacudían la cabeza cuando él empezó a construir aquí, en la orilla desierta, en la arena movediza? Una ciudad había crecido desde entonces. ¿Cuántos años hacía? ¿Cuántos años tenía él? No acabó de contarlos; dió de lado a tal idea, como se aparta cualquier cosa que se ha tomado distraídamente y no se querría mirar.

Le repugnaba el aniquilamiento. Rebelábase contra él. Evitaba todo lo que podía recordárselo. ¡Construir! ¡Construir! Con eso se puede matar a la muerte. Dibujar planos,

(1) Honvéd: soldado y ejército nacional húngaro. — N. del T.



cobijos para la vida. Edificar porvenir. Eso rejuvenece al hombre.

Pero la ciudad se detuvo.

El arquitecto llamó a sus nietos y les escuchó atentamente, como no lo hiciera hasta ese momento.

Entonces fué cuando supo que los niños hablaban entre ellos de otra manera que con él. ¿Sería, pues, tan grande la distancia entre sus generaciones, que hasta las palabras tenían otro significado? ¿Habrían sido vanos los esfuerzos que se hicieran para aproximarlas?

Pensó en aquellos que se hallaban frente a él. También lo sabían. ¡Cuántos secretos indescifrables tienen las generaciones unas para con las otras! Y todas se los llevan a la tumba, para dejar vivir a las que siguen.

Aquellos eran los días más penosos para Cristóbal Ulwing. Reedificó antiguas casas derruidas y también volvió a construirse a sí mismo. Y mientras parecía ser más fuerte que nunca, los negociantes fracasaban y se quejaban alrededor suyo.

—Se tienen que vender los solares; en estos tiempos no se puede conservar nada—decían los contratistas, y miraban interrogativamente a Cristóbal Ulwing. «¿Qué piensa el gran carpintero?» Pero su mirada permanecía fría e inmóvil. Cristóbal Ulwing sólo hablaba para dar órdenes; aparte de ello, callaba observando.

La ventana del cuarto de color verde permanecía alumbrada hasta muy avanzada la noche. Juan Huberto y Agustín Füger estaban acomodados en las mullidas butacas y, en un rincón, acechando, se hallaba sentado el joven Otto Füger.

—Malos son estos tiempos; sólo se oye hablar de quiebras—suspiró el menudo contable.

—Uno baja, otro sube; pero no hay que desesperarse—refunfuñó el arquitecto.

—Durante la revolución, aún se podía esperar algo bue-



nó, pero en los días actuales...—dijo Juan Huberto.

Su padre atajó:

—También terminarán estas cosas.

—Pero la cuestión estriba en saber si no acabarán primero con nosotros.

—¡ Conmigo y con la ciudad, no !—clamó el arquitecto—. Oiga, Fúger, hemos de comprar cada solar que sea subastado. También hemos de adquirir las casas en venta. Tengo el capital y el crédito. Hemos de comprarlo todo. Lo pondré en orden en cinco años.

«Cinco años...» Juan Huberto miró a su padre: «El tiempo no pasa por él».

## CAPÍTULO VIII

Al día siguiente, Cristóbal Ulwing dió un tratado de arquitectura a su nieto. Secciones de iglesias y palacios aparecían compaginadas entre el texto.

—Tú y yo construiremos otros iguales a éstos, cuando seas arquitecto.

—Escribe tu nombre en él—recomendó Juan Huberto—. ¿Y a dónde se ha quedado la fecha? Un cabal hombre de negocios no apunta nunca su nombre sin añadir la fecha.

«¿Hombre de negocios?» Aquella palabra percutió áridamente en el oído de Cristóbal. Miró ante sí con aturdimiento y torcióse algo su boca. Le había quedado aquella costumbre desde que la bomba se abatiera sobre su casa.

Abandonó el libro cuando pudo percatarse de que nadie le observaba y marchó a casa de los Gál. Era todavía el pequeño jorobado quien seguía resolviéndole los problemas de matemáticas. Luego se dirigió al domicilio de los Hosszú, pues había pensado en la versión latina.

En aquellos tiempos, Cristóbal iba a un colegio privado donde se enseñaba en magyar. Su abuelo había escogido la escuela y su padre lo aprobó, pues únicamente se admitían jóvenes distinguidos. Cristóbal tenía nuevos compañeros, todos ellos hijos de nobles. Allí no hubiesen servido de nada los frascos de farmacia y los tarros con los cuales el hijo del boticario Müller excitaba la envidia de la clase ni las imágenes coloradas pegadas sobre trozos de tela de Silesia, ni las pintarrajeadas cintas que salían del bolsillo de Adán



Walter durante la clase. Ellos hablaban de caballos, de sillas de montar y de perros de caza. Casi todos procedían de provincias.

Cristóbal iba cada domingo a casa de los Hosszú, como lo hiciera antes; veía raras veces a Sofía, pero si la joven entraba por casualidad en el cuarto de Gabriel, el muchacho se ponía colorado y miraba a otra parte. ¡Cuántas veces pasó, no obstante, por la calle Gránátos, incluso haciendo un rodeo, para echar una mirada furtiva a la ventana de los Hosszú, desde debajo de su sombrero!

Una tarde, al entrar en aquella calle, vió a su padre por allí. Llevaba su chaleco estampado de pequeñas flores y era muy solemne su porte. El chico se detuvo, le siguió con la vista, y luego escapó corriendo.

\* \* \*

Juan Huberto había visitado varias veces a los Hosszú desde que empezaron las clases de baile.

Había comprendido inesperadamente lo que de allí le atraía. Una vez, al marcharse, dejó olvidados sus nuevos guantes amarillos. Ya volvía a subir la escalera, cuando Sofía descendió con ellos, corriendo. En el momento de entregárselos, estaban todavía calientes del calor de sus manos. Juan Huberto advirtió por vez primera que Sofía tenía bellos ojos y un cuerpo grácil y flexible.

A partir de entonces, menudeó más las visitas a casa de los Hosszú. La señora de Hosszú hacía punto cerca de la ventana, con dos agujas de madera; no alzaba jamás la vista, y se marchaba del cuarto a toda prisa en cuanto Sofía hablaba en voz queda con Juan Huberto. A veces tardaba mucho en regresar, abriendo luego silenciosa e inesperadamente la puerta y dirigiendo cada vez a su hija una mirada interrogadora.



«¿Por qué habrá de mirar así?», pensó Juan Huberto, sintiéndose molesto.

Aquel día fué el padre de Sofía quien abrió la puerta.

Simon Hosszú era un hombre desdentado y de rostro encendido. Uno de sus ojos lagrimeaba siempre. Hablaba rápida y convincentemente de todo, no dejando siquiera tiempo para pensar en sus palabras.

Mientras le atendía, Juan Huberto se olvidó por completo de que el nombre del viejo Hosszú era mencionado últimamente con cierta reserva en el mundo de los negocios.

Hosszú tenía molinos de agua y el gran molino de vapor le había causado muchos perjuicios. Hablaba, sin embargo, como si la era de los molinos de agua fuese posterior a la otra. Se acaloró. Mencionó su proyecto de grandes caleras, negocios madereros confidenciales, una cervecería, una fábrica de pasta de papel...

—Si tuviese ahora el capital, podría hacerme rico...

Juan Huberto quedó aturdido por sus ideas audaces. Amaba el dinero y le gustaba el pensamiento de que aquella noche podría presentarse con proyectos ante su padre. Frunció la frente. Quería grabarlo todo en su memoria. Al despedirse estrechó calurosamente la mano de Simon Hosszú.

En el recibimiento hacía un fuerte olor a cocina. Una toalla sucia yacía sobre la mesa. Sofía la cogió rápidamente para ocultarla tras de su espalda y Juan Huberto se despidió de ella con más rapidez que de ordinario.

Cuando estuvo en la calle, quiso recordar el bello rostro de Sofía, pero el olor a cocina y la toalla sucia estorbábanle desagradablemente. Sacó, pues, de su memoria los hermosos proyectos de Simón Hosszú. No entendió lo que ocurría. A medida que los iba reproduciendo con su propia razón, ya no le parecían tan convincentes. Volviéronse confusos y peligrosos. Tuvo que abandonarlos uno después de otro. La por un instante alterada realidad, se hallaba de nuevo recta e impecable ante él.



Después de cenar, se quedó a solas con su padre en el cuarto de color verde y empezó hablando de firmas y empresas, dando muchos rodeos antes de plantear el motivo esencial de su discurso.

Durante todo el tiempo, Cristóbal Ulwing miraba con atención a su hijo, frunciendo el ceño. La expresión de alerta que había en el rostro del arquitecto desapareció cuando Juan Huberto mencionó el nombre de Simón Hosszú. Reclinóse en su asiento, antes de intervenir.

—Simón Hosszú se halla en bastante mala situación; tiene agotado su crédito en todas partes—. Y añadió como por casualidad: —Es curioso; hasta ahora nos ha perdonado. No sé cuáles puedan ser sus intenciones.

Juan Huberto recordó en un instante a la señora de Hosszú que hacía calceta sin alzar la vista, que salía y volvía abriendo inesperadamente la puerta. Y las palabras de su padre seguían en sus oídos: «¿Cuáles serán sus intenciones?» ¿Y Sofía? No, ella no hacía el juego a los demás. Excusó a la joven ante sí mismo. Sintió muy claramente que le tenía mucho afecto.

Su alcoba se hallaba más allá de las de los niños. En el cuarto todo aparecía tan ordenado como lo estaba la corbata sobre el cuello de su camisa. Encima del tocador, cepillos, peines, frascos, tarros, todo se hallaba dispuesto según su tamaño.

Juan Huberto contó el dinero de su portamonedas y lo colocó en una copa de alabastro. También puso a su lado la petaca de los cigarros, guarnecida de perlas. Mientras daba cuerda minuciosamente a su reloj de bolsillo, se puso a meditar. Su mano se detuvo, como si le doliese ayudar al tiempo a seguir avanzando, y la llavecita quedó puesta en la diminuta máquina.

El recuerdo de su pasada juventud revoloteó en torno suyo. No había logrado nada de todo lo querido para su propia satisfacción. Sintió un anhelo ardiente—el deseo des-

esperado del hombre maduro—, en el que se mezclaba el miedo a las horas que ya restaban contadas. Deseaba una mujer de modo distinto a como sabe desear la juventud. Una mujer que se doblegase, que fuese más débil que él. Recordó a una modistilla; ¡cuánto la había amado por haber podido llegar a dominarla!... La imagen de Sofía confundióse de improviso con la imagen borrosa de aquella muchacha sencilla y pobre.

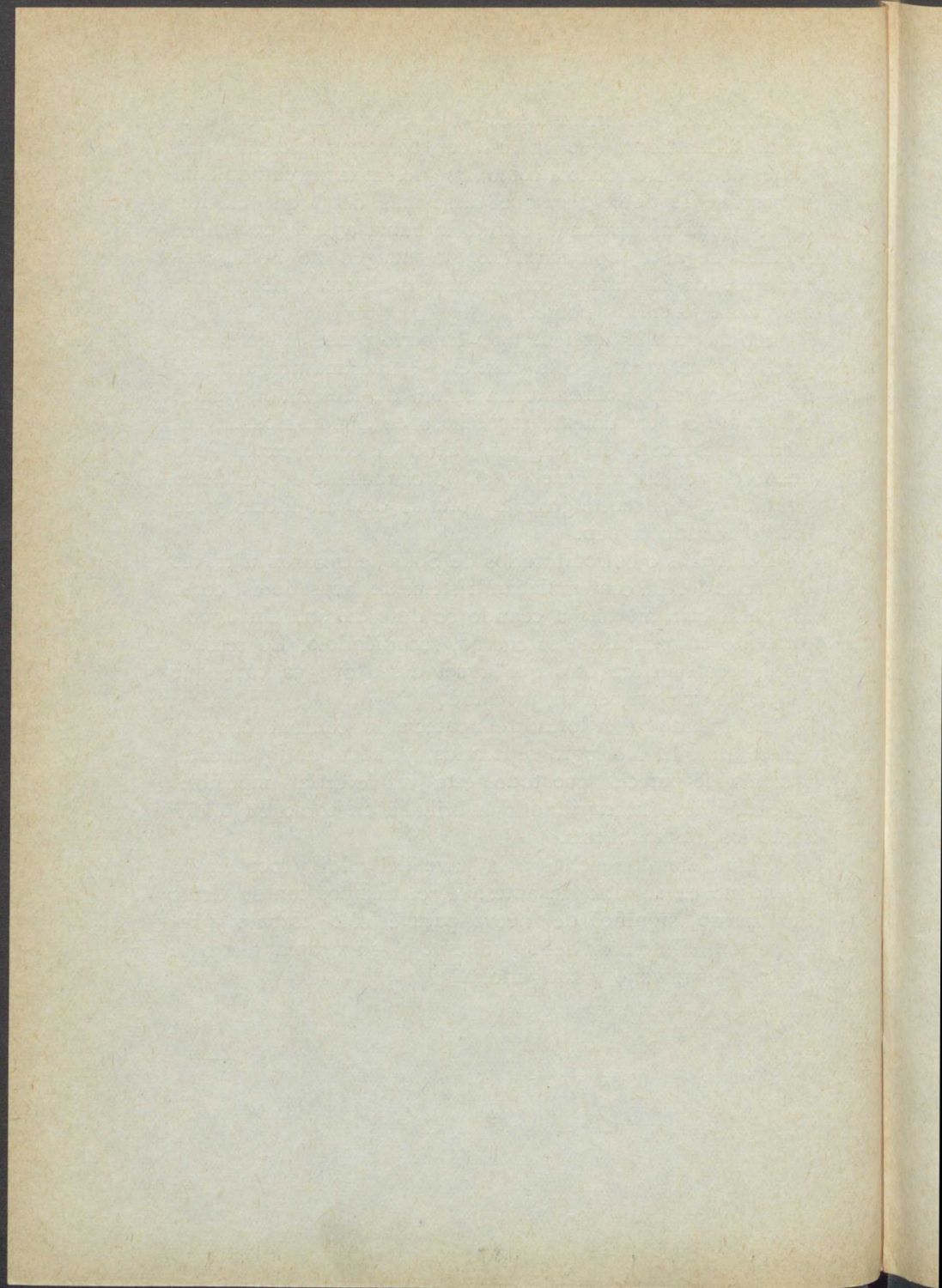
Sin ninguna transición, Juan Huberto pensó en sus niños. ¿Sería buena madre Sofía para ellos? Fué una pregunta inútil que no supo contestar. La señora de Hosszú, la toalla, el nombre comercialmente sospechoso de Simón Hosszú, sus oscuros proyectos, su peligrosa virtud de convencer... Tuvo miedo de aquella influencia y sintió claramente que su deseo tendría ya dos enemigos: la voluntad del arquitecto y su propio sentido común.

Los bellos ojos sombreados de Sofía le miraron a través del recuerdo. Le contemplaban tristemente, acusadores, como los de la otra muchacha cuando se despidieron. Un agudo tormento enroscábase a su cuerpo, sacudiéndolo. Lo reconoció, porque no era otro que aquel deseo que ya tuvo que subyugar una vez, en su juventud.

El pasado y el presente aparecieron confundidos entonces ante él. No logró separarlos, y, como antiguamente, también le pareció que todo esta vez le sería imposible. Y extinguióse la claridad que brillaba en torno suyo durante los últimos meses.

Siguió dando vueltas a la llave del reloj y por fin lo abandonó en su sitio de antes. Y, el tiempo, con su tic tac tan quedo, significó de nuevo para él sólo trabajo y resignación. Enfrente, desde un espejo, su propio rostro le contemplaba, viejo y fatigado.





## CAPÍTULO IX

En el Centro, se estaban preparando a celebrar el centenario inaugural de la farmacia de la Santa Trinidad. También estaba invitada la burguesía distinguida de los otros barrios.

En la plaza Servita, ante la casa del boticario Müller, la gente aguardaba la llegada de los coches.

Dentro se sentía por doquier un leve olor a medicamentos. La escalera, cubierta con una alfombra, impresionó mucho a los invitados. Gál el comerciante de vinos, y su esposa, que vivían en pésimas relaciones, la subieron cogidos del brazo, bajo los efectos del alfombrado. Fué precisamente entonces cuando el coche de Ulwing se detuvo en el portal.

A la puerta, el farmacéutico recibía con reverencias a sus invitados.

En el salón, sobre las consolas con espejos, había unas modernas lámparas de aceite, remontables. El cuarto les venía estrecho con tantos miriñaques y el rostro de los presentes se había coloreado un tanto. Conversaban ceremoniosamente en voz queda.

La señora del alcalde esparcía un fuerte olor a espliego alrededor del diván y la raída peluca de Staviarsky aparecía de color verde bajo la luz de las lámparas de aceite.

Llegaron los Hosszú. Sofía había adelgazado y llevaba su vestido de hacía tres años. Cristóbal reconoció la prenda y se puso triste sin saber por qué. Volvió la cabeza ha-



ciendo un esfuerzo. No miraba a Sofía; sólo sentía que estaba allí, ¡y aquello era todavía tan agradable sentirlo!

Las tres señoritas Münster cruzaron la puerta a pequeños pasos y según sus estaturas. Eran gordas y pálidas. Unas anchas cintas de color lila flotaban en la cofia de la señora de Jorge Martin Münster. Los Walter, negociantes de paño al por mayor, fueron los últimos en llegar. Hízose un gran silencio por un instante. La bella señora de Walter solía ser invitada a pocas reuniones, pues el gran almacenista de tejidos hubo de arrancarla de los escenarios para llevarla a su honrada casa burguesa. Había sido cantante de la Comedia Alemana y eso no era cosa que se pudiese olvidar.

El joven Adán Walter fué vecino de Ana durante la cena. El vaho de la comida había impregnado el repleto comedor. Sobre la mesa hallábase el tradicional pastel *croque-en-bouche*.

La mirada de Ana se posó en Cristóbal. Parecía muy pálido entre los rollizos rostros acalorados. Sofía estaba sentada al extremo de la mesa, completamente abatida y silenciosa. Ya se había llevado dos veces la copa a los labios, sin advertirla vacía. Ignacio Hold, el primer dependiente de la farmacia de Santa Trinidad, se inclinaba descaradamente hacia ella.

Mientras tanto, Adán Walter observaba en silencio y con curiosidad a Ana. Se le antojaba extranjera en aquel ambiente. En su estrecho rostro había cierta tranquilidad primaveral inquietante. Al joven le pareció como si el color de su cabello, de un oro cálido y sombreado, se deslizase sobre su cutis, descendiendo por su cuello de conmovedora pureza. La barbilla parecía voluntariosa: como la de todos los Ulwing, pero más afinada. Su nariz era recta, breve, y su sonrisa levantaba graciosamente la comisura de sus labios.

Contempló su frente. Sus bellas cejas casi parecían serenas.

—¿En qué está usted pensando?—preguntó sin querer. La muchacha le miró sorprendida. Los ojos de Adán Walter eran tan oscuros e inquietantes como los de su hermosa madre. La frente baja, amplia; los temporales prominentes. Ana le conocía desde su niñez, pero jamás habían hablado hasta entonces. Sólo sabía de él que hubo un tiempo en que fué a la escuela con Cristóbal, que estudiaba mal y tocaba bien el violín.

—¿Cree usted que también se dice a los extraños lo que uno piensa?

—La persona valiente, sí—dijo el joven Walter—. Yo quiero decir todo lo que se me ocurra, y también que los que nos rodean son insoportablemente aburridos. ¿No lo ha notado? No hay nadie que se atreva a expresar algo que no haya sido dicho. Ninguno de ellos hace nada que sus padres no hayan hecho.

Adán Walter sintió que había captado su atención y se volvió más audaz.

—Estos no tienen la menor inteligencia. Quien es de mayor estatura tiene que mantenerse encorvado para que los demás no lo noten antes de tiempo, pues, de lo contrario, le cortarían la cabeza o las piernas por amor al orden. Necesitamos pisoteadores de verdades demasiado trilladas, grandezas electas. Le ruego que no se me ría, pues es así. Hace poco, el viejo Münster le dijo a Staviarsky que «El Vampiro» y «Roberto el Diablo» eran la más bella música del mundo. Marschner; Meyerbeer; Rossini es el más grande, así como el pobre Schubert. Eso es confortador. Estos pueden ser admirados con toda seguridad. Están consagrados. Por desgracia, toda su obra no es más que música de feria. Y la de Schubert, lluvia primaveral. Muchas gotitas. Gotas tibias, suaves. ¿No es así? ¿Por qué sacude la cabeza? ¿Le gusta Schubert? Lo lamento, lo lamento mucho. Si sólo lo dije para probarle...

Abandonó el asunto y se puso a mirar el techo. «Exa-



gera», pensó Ana y volvió a encerrar en sí misma aquello de lo que quería liberarse. Recordó a su abuelo, que tanto había construido. ¿Y ese joven?... Sus palabras echaban por tierra todo lo que alcanzaban.

—Exagera—dijo en voz alta—; a mí me enseñaron que se debe respetar el pasado y los que fueron.

—¡No es cierto!—contestó Adán Walter sin pensar—. Odio todos los tiempos anteriores, pues cierran el camino de mi tiempo. Lo que fué es peso, lo que será son alas; quiero volar.

Ana escuchaba tímidamente sus palabras. Lo que oía le atraía y repelía a la vez. Desde su infancia, rechazaba lejos de sí cuanto se le ocurría que estaba en contradicción con el respeto de los hombres y de las cosas. Y ese extraño acababa de pronunciar de pronto muchos pensamientos que también ella había sentido oscura y miedosamente en su soledad.

Adán Walter habló de sus proyectos. Iría al extranjero, a Weimar. Daría conciertos, tendría éxitos. Escribiría sus sonatas, su gran ópera.

—Lo que ha sucedido hasta hoy no es nada. Lo que se hace es malo, pues lo hacen. Se debe crear, como Dios. De la mismísima manera. ¡Hasta se debe crear nueva arcilla!... ¿No? El artista debe convertirse en Dios, o de lo contrario... hagámonos comerciantes en paños.

Sus ojos inquietos brillaban de manera peculiar. Ana recordó entonces unas pupilas lejanas, febriles, y una palabra que sonaba como si se dijera: juventud. Se sintió al instante más libre. Volvióse hacia Adán Walter, pero el joven ya debía estar pensando en otra cosa, pues alzó orgullosamente su amplia frente.

—¿Sabe usted que mi padre se avergüenza del arte de mi madre? Y, sin embargo, ¡cómo canta cuando estamos solos ella y yo; cuando ningún otro la oye! Mi padre oculta



entre sus años esa bella voz pasajera. ¿O es que lo ignora? Mi madre fué cantante.

Ana se azaró. Hasta entonces, también consideraba aquello como una vergüenza...

Walter le preguntó de pronto:

—¿Verdad que usted también canta? Staviarsky lo dijo. Es cierto. Lo recuerdo. La más artista de todas sus discípulas. ¿Será cantante?

Hubo algo en la muchacha que rechazó casi con enojo aquella pregunta.

—Pero, ¿por qué no?—dijo Adán Walter en voz abatida.

Ana no supo hacer otra cosa sino dejar que su mirada vagase sobre la señora de Walter, que siempre había vivido excluida de la sociedad local.

—Entiendo—dijo irónicamente el joven—; vuestra indulgencia es amplia para con la vida de los demás y limitada frente a la propia.

Ana sabía que decía verdad. Sólo su pensamiento había-se liberado aquel día. Algo ponía trabas y mantenía prisioneras a sus actividades individuales. Tal vez fuera la fuerza invisible de las cosas y de las generaciones pasadas.

Hízose repentinamente el silencio en el cuarto. Alguien se alzó de la larga mesa. Era el doctor Gárdos, el arrugado protomédico que sólo prescribía a sus enfermos nuez vómica y aplicaciones de árnica. Quiso hablar. Ferdinando Müller entornó los ojos, como si aguardara una caricia.

Ana no prestó atención a la forma en que el *protomedicus* narraba la historia secular de la familia Müller y de la farmacia de Santa Trinidad. Jugaba con sus propios pensamientos, como un niño a quien se entregan los juguetes encerrados hasta entonces.

Hablaron otros después del doctor Gárdos. Fué consumido el pastel *croque-en-bouche*. Había terminado la cena.

En el cuarto vecino, dos ayudantes del farmacéutico sostenían una placa cubierta. Staviarsky comenzó a interpretar



una marcha al piano. Los invitados formaron semicírculo. Ferdinando Müller descubrió la placa misteriosa. Oyéronse voces de arrobamiento.

—Qué atención más *charmante*...

Los ojos del boticario se llenaron de lágrimas. Los admiradores de la familia y los dependientes de la farmacia le sorprendían con una nueva enseña. Allí resplandecían las dos fechas doradas. Entre ellas, un siglo. Debajo, una gran cabeza blanca de Esculapio que tenía los rasgos del farmacéutico Ferdinando Müller. También llevaba las mismas pañillas y hasta la verruga del lado izquierdo de la cara. Sólo faltaban las gafas.

Ana y Adán Walter se miraron. Ambos sintieron unos irreprimibles deseos de reír y volviéronse amigos por sobre las cabezas de los otros.

Staviarsky ejecutaba la marcha cada vez más de prisa. Los miriñaques empezaron a girar. Ruedas de muselina ondeantes, abigarradas, colores rosados, azules, amarillos... Todos bailaban alrededor del piano.

Sofía arrinconó un instante a Juan Huberto contra la pared y pareció interrogarle con sus grandes ojos sombreados. Pero en la mirada de Juan Huberto hubo algo frío y definitivo. Su vista erró entonces sobre Cristóbal.

El guapo y alto muchacho tuvo la impresión de que Sofía acariciaba su rostro a través del cuarto. Miró con más fuerza hacia ella. La chica pareció de nuevo despiadadamente indiferente. Cristóbal cruzó la puerta con ademán fatigado. Viejos caballeros y damas cubiertas con cofias estaban sentados alrededor de una mesa de color verde y jugaban a *L'Hombre*. Después pasó al cuarto de trabajo del farmacéutico Müller. Luego venía un cuartito tranquilo. Allí no había nadie. La bola de vidrio, lácteamente blanca, de la lámpara de aceite *moderatem* se reproducía en el espejo.

Dejóse caer en una butaca. Ocultó su rostro entre las manos. Las notas del piano parecían golpear su frente con

violencia. Al principio, esto le causaba dolor. Luego se le ocurrió imaginar que aquel vals lo tocaba Sofía; recordó su cabello, sus labios, su pecho, mientras la música que se deslizaba por sobre Cristóbal, llegaba de ella con su cadencia flotante y triple, en la que latía misteriosamente el ritmo del amor. Venía de ella y traía también algo suyo.

La cabeza de Cristóbal se inclinó hacia delante, como si quisiera posar su boca sobre la música para besarla. Sí, aquella música de vals la sentía él en su deseo infinito, y había en su ser semejante triple palpitación acompasada, cuando soñaba que Sofía venía a pasar la noche con él y quería amarle. Su paso es leve. Cálido es su aliento. Su pecho sube y se levanta y al alzarse siempre toca su cara.

Ni osó moverse. Temió que todo cayera disperso al abrir los ojos.

«Pequeño «Cristo»...», igual que antaño, exactamente igual. «Ahora estoy soñando. No he de respirar, pues se acabaría.» Su imaginación volvió a acariciarla.

—Pequeño «Cristo»...

Estremecióse. Aquello era real. La voz de Sofía. Su aliento... Y su pecho vivía, y rozaba su rostro.

—¿Todavía me ama?—preguntó la joven.

La desesperanza se reflejó en los cansados ojos de Cristóbal. ¿Lo sabía? ¿Siempre supo lo que mantuvo secreto entre tantos tormentos? ¿Entonces, por qué no fué más buena para con él? ¿Por qué le dejó sufrir tanto?

—¿Me ama?

—Siempre la he querido—dijo el chico en voz queda; y su voz se pareció peligrosamente al llanto.

Sofía le acarició como a un niño al que se quiere consolar.

—Pobre pequeño «Cristo»... Y así somos todos de desgraciados.

Su mano se detuvo en la frente del muchacho, allí donde su cabello arrancaba con bella inflexión, al igual que el de



su padre. Empujó su cabeza hacia atrás y él, con abandono casi femenino, dejó que le ocurriera lo que Sofía quisiese. Ella se inclinó sobre él. Lo miró larga y tristemente, como si se despidiera, y luego le besó en la boca.

Era un beso destinado a otro, reprimido desde hacía mucho tiempo. Para el muchacho significó, sin embargo, el desprendimiento de toda su vida infantil.

Cristóbal gimió como si le hirieran y atrajo a la joven hacia sí con el primer gesto varonil de sus brazos. Sofía le rechazó protestando, pero volvió, no obstante, a mirarle desde el umbral con sus ojos grandes y sombreados. Luego, y volvió más por allí. Cristóbal tuvo la sensación de que se había llevado su vida.

Fué tras ella. Al pasar cerca de la mesa de los que jugaban a *L'Hombre*, irguióse repentinamente para parecer más alto y varonil. Tuvo que sonreír, pues ellos no sabían nada. Nadie sabía nada. Estaba a solas con Sofía en el secreto, y aquello venía a ser lo mismo que si se abrazaran entre gente sin vista.

En el salón seguían bailando. Sofía lo hacía con Ignacio Hold. Cristóbal no comprendió cómo podía bailar en aquel momento. Ella, mientras tanto, parecía que lo hubiese olvidado todo. Y en su rostro no se veía nada... nada. Las mujeres son siempre amables comediantes...

Miró a Hold, el ayudante de laboratorio. Giraba con la joven dando vueltas vulgares. Le relucía la diminuta nariz redonda. Respiraba por la boca. Las puntas de sus zapatos se curvaban hacia arriba. Una gran cabeza de caballo en cornalina se balanceaba sobre su chaleco, precisamente allí donde un botón parecía ir a caer. «Seguro que no se lo desabrocha ya, de no ser contra el suelo», pensó Cristóbal y hubiese querido reír. Luego pensó repentinamente en otra cosa; hablaban a sus espaldas y comenzó a prestar atención.

—Yo también le daría mi hija, porque es un hombre rico y temeroso de Dios—dijo Ferdinando Müller—. Tienen



suerte los Hosszú, pues están completamente arruinados; y en cuanto a la señorita Sofía, ya no es muy joven.

Cristóbal se sonrió despreciativa y orgullosamente. «No saben nada», se dijo. Quiso buscar en la mirada de Sofía la relación, la dependencia del uno respecto al otro, de la cual los demás estaban excluidos.

Pero la chica ya no se hallaba entre los que bailaban. Todo perdió su sentido, súbitamente. Tuvo que pensar en el cuartito silencioso. «Nuestro cuartito...», y se dirigió hacia él. Sus pasos se detuvieron en el umbral.

Sofía estaba también allí, donde antes. Y ante ella el ayudante del laboratorio. Cristóbal lo vió claramente, tanto como el botón oscilante y la cabeza de caballo sobre su abdomen. Sin embargo, aquello le pareció una tremenda mentira. La cabeza de caballo se balanceó y tocó a Sofía. Ignacio Hold se puso de puntillas y besó a la joven en la boca.

Algo se contrajo, en el cerebro de Cristóbal. Quiso gritar, pero su voz no fué más que un ridículo ahogo. El piso de madera pareció hundirse y abrirse bajo sus pies repentinamente. Sintió náuseas, como si hubiesen golpeado su estómago. Atravesó las habitaciones con paso firme y pausado, y su mirada tenía parecida expresión a la de los que al ahogarse pretenden asirse a cualquier objeto. En el salón se sonrió, ladeando un poco la boca. Luego se sintió cansado.

—Me duele la cabeza—dijo al boticario en el vestíbulo.

Cuando llegó a la calle, se puso a correr. Quiso llegar al Danubio. Se lanzó instintivamente a lo largo de un estrecho callejón. Tropezó con algo bajo el farol de la esquina; un cuerpo blando, cálido, se abalanzaba contra él. El sombrero se desprendió de su cabeza.

—¿Eres tú?—chilló una voz de mujer que se puso a blasfemar.

—¿Por quién me toma?—Cristóbal sintió la peligrosa proximidad del cuerpo. Retrocedió y recogió su sombrero.

Ella se puso a reír descaradamente. Examinó con curio-



sidad a Cristóbal durante un momento. El traje del muchacho era de paño fino y de su limpio cuello se destacaba la corbata blanca. Ella también quiso parecer fina.

—Esperaba a mi hermano—dijo a media voz—. Vivo aquí cerca, en la plaza Hal. ¿Tal vez me acompañaría el señorito?

—¿Y su hermano?

La chica alzó los hombros. Ya caminaban uno al lado de otro por el estrecho callejón. Subían bajo los faroles dispersos, como trepando claridades en forma de colina, y luego volvían a hundirse en la oscuridad. Entre los tejados, la estrecha faja de cielo, parecía una invertida profundidad de color azul, con estrellas al fondo. Algún pequeño resplandor indiferente y extraño parpadeaba en una que otra ventana, igual que la gente contempla, detrás de sólidas paredes, a los transeúntes que van y vienen.

Cristóbal se sintió profundamente solo. Ni siquiera le concernía el ruido de los pasos de la joven. La oscuridad se hallaba por completo vacía de toda vida. Las mentiras estaban agazapadas tras las puertas y las ventanas: la pureza, las reverencias, los besos... Lágrimas abundantes se deslizaron por su rostro.

La mujer se detuvo ante el portal de una casa baja. Sus embotados ojos de animal felino miraron directamente a los ojos de Cristóbal. Vió que lloraba. Sabía por qué. «Primero lloran y son humildes como perros. Luego, todo es distinto».

Empezó a balancear lentamente las caderas y se pegó a él.

—Entra... —Su voz era espesa y, cual ave de rapiña, apretó de repente sus labios húmedos contra la boca del muchacho.

La rechazó con asco, fuertemente. La chica deslizóse y su cabeza golpeó contra la puerta, pero Cristóbal no se preocupó por ella. Llevó desesperadamente una mano a su boca. Allí..., precisamente allí, donde poco antes había sentido el beso de Soffa. Ya no quedaba nada de él. También había

dejado de ser, en sus labios. En su lugar vino algo distinto... Se abalanzó en dirección del Danubio. Mientras corría, sus manos rozaban en las paredes, como si quisiera borrar de ellas el blando calor que se adhería a sus palmas.

Detúvose repentinamente bajo el farol de la esquina. Todo acudió de nuevo en tropel a su mente. Dió un grito y volvió corriendo. Quiso golpear otra vez a la chica con fuerza, vengándose de la repugnancia sentida. Acudieron a su mente groserías increíbles que, hasta entonces, ignoraba conocer: palabras impuras que los hombres vulgares gritaban en las calles. ¡Palabras! Ellas también eran golpes; golpes dados a todas las mujeres.

Ella seguía en el portal. Echaba el busto atrás. Tenía los brazos en alto y retorció perezosamente su cabellera, despeinada por el golpe.

Cristóbal la miró enloquecidamente. Contempló sus movimientos como hubiese mirado a un muerto que de pronto cobrase vida y volviera... Observó cómo se erguían los senos bajo los brazos levantados... Empezó a titubear y, gimiendo lastimosamente, alzó la mano en el aire.

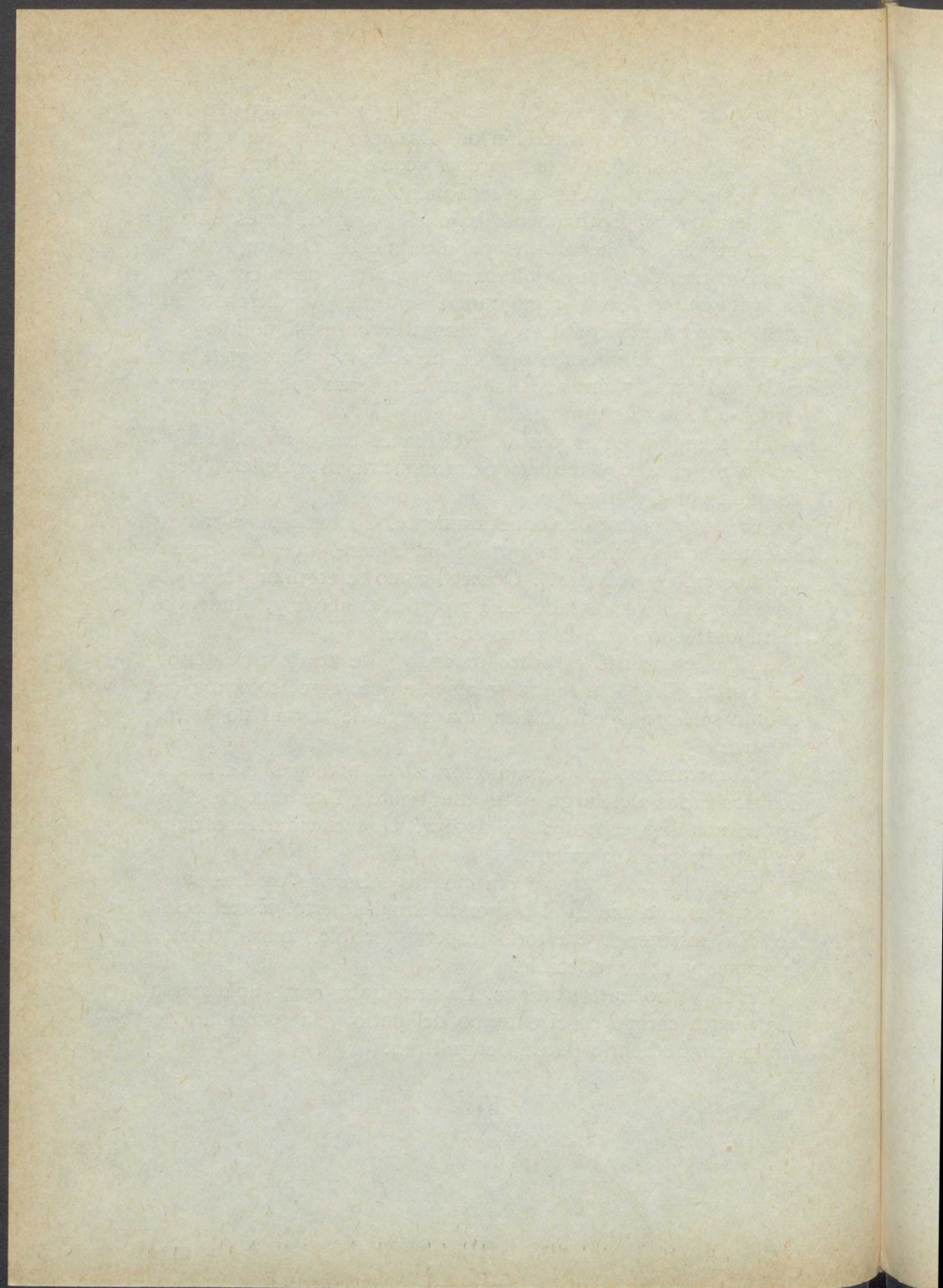
Ella le alcanzó el brazo tendido y le atrajo al interior del portal. Cristóbal sentía solamente que, algo, sofocaba de pronto su libre albedrío. Era una fuerza de la cual no podía librarse.

Numerosas puertas bajas formaban manchas oscuras a los dos lados del largo patio mugriento. Tras una de ellas oyóse una risa espantosa y áspera. Una claridad escarlata se filtraba por una grieta.

El andar de Cristóbal era incierto sobre las piedras saldizas. Puso un pie en el hediondo canal abierto. Estremecióse. En su interior era todo espera terrible, tenso temor, lágrimas y dolor indecible.

Ella ya no soltó su mano. La arrastraba como una presa. La puerta chirrió en el extremo del patio y la oscuridad de un cuarto hediondo pareció engullirles.





## CAPÍTULO X

En la noche, la ciudad no se duerme jamás del todo. De trecho en trecho, abre un ojo en una ventana y parpadea. Un portal se cierra como una boca que bosteza. Llegan pasos; su eco golpea las paredes y se adentra en el callejón vecino, que parece hallarse habitado aunque nadie transita por él.

El gran río respiraba honda y frescamente. Las estrellas habían menguado en el cielo. Cristóbal salió de la plaza Hai y entró en el paseo del Danubio. Sus pasos se detenían a veces, y luego sonaban fatigosa e irregularmente bajo las casas dormidas. Recordó y sintió desprecio. ¿No era más que eso? ¿El secreto de los mayores sólo consistía en aquello? Instantáneamente hundió el sombrero sobre sus ojos. Le hubiera disgustado que alguien pudiese leer en ellos.

Florian abrió la puerta entonces. Su escoba frotaba los adoquines de la acera con un sonido uniforme. Cuando el criado hubo terminado y traspuesto el umbral de la casa, Cristóbal se deslizó furtivamente por la puertecilla del portalón.

Miró un instante hacia la escalera, con temor. Desde arriba, la claridad de una vela bajaba de peldaño en peldaño. No se dió cuenta en seguida de lo que sucedía. Sólo sintió el peligro y se escondió repentinamente en el hueco de la pared, donde arrancaba la escalera de la bodega.

Descendían unos pasos pesados y firmes. Llegaban irre-



mediablemente, y se sintió pisoteado por su ruido. Se acurrucó temblando. Era su abuelo que marchaba a trabajar. La vela que llevaba en la mano proyectaba sobre la pared su sombra, pero exagerada a un tamaño sobrenatural. Y también él parecía sobrehumanamente alto al joven que se aplastaba contra la pared. En el dintel, la sombra se alargó, alcanzó el patio, doblóse sobre la tapia y también debió llegar hasta las casas y prolongarse por toda la ciudad. Crístóbal la seguía con la vista, hasta que dejó de distinguirla y se sintió indeciblemente pequeño y desamparado en aquel hueco de la pared.

Subió la escalera furtivamente, de puntillas, temblequeando de cansancio. Recorrió el pasillo. Una de las grandes losas estaba desprendida; lo sabía de antiguo y la sorteó alevosamente.

Detúvose un instante frente a la puerta de Ana. En aquel puro sosiego le pareció que su rostro, sus manos, su cuerpo entero estaban cubiertos de mugre, de suciedad pesada e infame.

Luego, como antaño, como en su niñez, estuvo tumbado largo tiempo, con los ojos abiertos en la oscuridad. Las tinieblas se hallaban tan vacías como su corazón. Todo lo anhelado había desaparecido ya. En su cuerpo solamente quedaban ahora, luego de aquello, las náuseas y una profunda fatiga.

Le despertó el ruido de unos pesados carros retumbantes ante el portal. Escuchó pasos de obreros que se dirigían hacia la Plaza de la carpintería.

\* \* \*

El arquitecto Ulwing no adquiría casas y solares únicamente. Todo estaba barato entonces y compraba también materiales a los contratistas en quiebra y enormes cantidades

de madera de construcción para que la empresa estuviese dispuesta cuando llegara el trabajo.

Aquello no interesaba lo más mínimo a Cristóbal. En tales tiempos no se preocupaba de nada. Hasta supo, con indiferencia, que Sofía Hosszú se había prometido a Ignacio Hold. No hizo más que acudir a su mente la balanceante cabeza de caballo que tocaba en otro tiempo a Sofía, y pensó en seguida una cosa distinta.

Transcurrió una semana. Cristóbal no dirigió cabalmente la palabra a nadie de la casa, pero cada vez que Ana empezaba a hablar, hacía una mueca irónica como si quisiera descargar sobre ella todo su desprecio por lo femenino. Jamás se había sentido tan fuerte y libre como por aquel entonces.

Después, una noche, un recuerdo sin alma se clavó en él como un acerado venablo. El recuerdo sólo tenía cuerpo de mujer.

Poblóse la negrura de la noche. Llegaron siluetas cada vez más numerosas. La oscuridad se mudó paulatinamente en retorta gigantesca donde pululaban brazos desnudos, líneas blandas, hombros niveos y rostros femeninos de una enorme vulgaridad.

Al día siguiente Cristóbal tomó el camino de la plaza Hal. Reconoció la casa. Llamó. Y cuando dejó a la chica, ya sabía que en adelante necesitaría dinero.

Pensó en su abuelo, en su padre. Siempre les había visto trabajar y jamás gastaban. ¿Dónde ponían sus ganancias? Debían ser muchas; algunos desconocidos se lo habían dicho. Hasta lo sabía la chica de ojos felinos y también las otras, las de rostro pintado, que le hacían guiños de forma que las viera él solamente. ¿Cómo era que le conocían? ¿Qué deseaban? ¿Por qué surgían de las casas sucias cuando pasaba por allí? ¿Por qué le aguardaban en las esquinas callejeras? Esperaban, se ofrecían, siguiéndole porfiadamente. Y por la noche, cuando pretendía dormir, acudían sus figu-



ras, llenaban el aposento, se sentaban sobre su lecho, le golpeaban para que pagara. ¿De dónde sacaría el dinero?

Vió de pronto ante sí a su abuelo, tal como lo viera desde el hueco de la pared que conducía a la bodega: la gran sombra en medio de la madrugada. Encogióse y quedó avergonzado de sus miserables pensamientos. Todo era suciedad. También él trabajaría dura y honradamente como los viejos. Sería bueno con todos y también con Ana. Y ya no iría nunca más a visitar a la muchacha de ojos felinos.

Pero al llegar la hora, volvió a sentirse inquieto. Para contenerse, invocó la imagen del abuelo yendo a trabajar, pero ésta se tornó débil, borrosa, mientras le arrastraba nuevamente la fea y asqueante necesidad. En la escalera supo ya que sería vano el oponerse a sí mismo: tenía que ir a la plaza Hal.

Abajo, cerca del portal, hallóse inesperadamente con Ana y su padre.

—Ven con nosotros al cementerio, vamos a visitar a tío Sebastián — dijo su hermana subiendo al coche.

Cristóbal advirtió que no les había contestado, solamente cuando ya estaba en la calle. Siguió al carruaje con la vista.

\* \* \*

El coche se alejaba en dirección del Danubio.

El ruido de las ruedas se debilitó repentinamente al pasar por el piso de madera del Puente Suspendido, que se mecía suavemente con el río, como si hubiera nacido de los elementos del agua petrificados y recordara su origen. Ana tuvo la impresión de que el puente y el Danubio no formaban más que una cosa y de que el coche navegaba sobre ellos. Ante sus ojos, el sol jugaba con los barrotes de hierro encadenados, como si pulsase las cuerdas de un arpa gigantesca. Un cielo alto y azul se divisaba por encima del monte de la

Ciudadela. Más allá, en la Pradera de la Sangre, crecía una hierba profunda, nacida de muchos cadáveres. Veíanse detrás de las acacias unas casitas burguesas de dos ventanas, puertas arqueadas de color verde y tejados musgosos, que se tocaban los unos a los otros.

—Cuán pequeño es todo esto.

Juan Huberto alzó la vista:

—Aún puede caber una ciudad por aquí. Pest no era tan grande cuando tu abuelo se instaló en ella.

Las ocas se dispersaban batiendo las alas y graznando ante el coche. Unos perros ladraban y un pastor tocaba la flauta a orillas del Foso del Diablo.

Ana miraba con extrañeza los alrededores, mientras pensaba en un antiguo juego suyo. Era una alquería. La dueña era mayor que los establos y se erguía sobre las ocas y el pastor, instalada en su base redonda como las de los árboles. Volvió involuntariamente la vista hacia los pies del hombre que tocaba la flauta y se puso a reír. El ambiente todo le parecía irreal.

Más allá, separáronse las casas de Kristinaváros, asentadas entre las huertas vecinas, multicolores, como campesinas ataviadas para una fiesta.

El coche se detuvo en Városmajor y los Ulwing siguieron a pie hasta el cementerio militar. Los vecinos de Buda habían enterrado allí al tío Sebastián.

—¿Por qué si no era soldado?...—preguntó Ana, sorprendida.

—Pero fué un héroe—contestó Juan Huberto, a pesar de que nunca había comprendido muy bien la muerte de Sebastián Ulwing. Su padre había callado los detalles y los burgueses de la Ciudadela contaban cosas bellas y fantásticas. Le gustaba creer lo que decían, pues le halagaba. Y, cada vez que recordaban al maestro relojero, hacía constar humildemente, pero con orgullo, su cercano parentesco con el héroe. Se complacía del honor que se desbordaba sobre él



y era portador suyo con la cabeza erguida, al igual que sus cuellos altos.

Ana recordó algo. Hacía unos tres años, su abuelo le había dicho, mirándola fijamente a los ojos: «Los vecinos de la Ciudadela consideran al tío Sebastián como un héroe. Tal vez se equivoquen. Tú eres la única que no yerra si lo consideras como tal...» Sólo recordaba un joven. Pero en adelante, también consideró como un héroe a quien, entonces, tan solamente había amado con absoluta sencillez.

Los árboles se alzaban en torno de ellos, por entre las tumbas, como formando un bosque en el cual se daba sepultura a los muertos. Allí, los árboles no se adaptaban a las tumbas; eran éstas las que se acomodaban a la voluntad de la selva. Y la vida extraía una fuerza exuberante de la muerte feraz. De trecho en trecho, cruces de piedra caídas se hundían en su musgo cubierto por la cizaña. Un sauce llorón inclinábase sobre una de las criptas, como una portentosa mujer silvestre cuya suelta cabellera de color verde cubriese el rostro que lloraba seguramente en la sombra.

Ana oró largo tiempo sobre la tumba de tío Sebastián. Luego marcharon en silencio. Los dardos dorados de las rejas que circundaban las sepulturas, brillaban entre la hierba. Vallas, fronteras hasta en torno de los muertos, para separar los que eran amados y los que no lo habían sido nunca. Sólo la selva acompañó sus pasos a través del cálido silencio.

Un sombrero de paja yacía en la hierba, al borde de un pequeño claro. Sorprendidos, alzaron la vista. Cerca de allí había un joven con la cabeza descubierta, y el rostro expuesto al sol. Prestó atención a los pasos que se acercaban. Sus ojos eran negros y más oscura todavía su mirada. Parecía estar furioso. Entonces distinguió a Ana. La carita de niña quiso permanecer seria, pero sus pupilas reían burlescamente y sus labios estaban en trance de hacer lo mismo. El extraño se



azaró. Juan Huberto levantó su sombrero de copa rasgado por las ramas. Preguntó por la senda de Városmajor.

El joven señaló la dirección. Su bella mano varonil era distinguidamente delgada. Llevaba un antiguo anillo blasonado, de piedra de color verde. Caminó algunos pasos junto a los Ulwing y casi le pesó que la senda estuviera tan próxima. Los pasos ya se alejaban tras él. Se inclinó y arrancó una flor, advirtiéndole entonces que había muchas en el bosque.

Ana cogió del trazo su sombrero. Una, otra más... El ramo crecía en su mano. Una campánula se entregó hasta las raíces que habían agarrado diminutos terrones de tierra húmeda, tal si fuesen pequeñas uñas de pájaro infinitamente tenues. Ana sintió por vez primera el olor de la tierra. Y cuando el coche se detuvo entre las cariátides, pensaba que aquel día era la primera vez que unas flores silvestres entraban en la vieja mansión...

En la escalera, se halló con Cristóbal. Su hermano mayor mantenía erguida la cabeza y parecía escuchar. Oyó también la voz de su abuelo. Venía de lejos, de la Plaza de la carpintería.

Uno de los obreros había encendido su pipa entre la madera amontonada, que estaba secándose desde hacía tiempo. El arquitecto pasaba precisamente por allí. Percibió de improviso en el aire la nubecilla de humo azulado. La sangre le ascendió a la cabeza. Amenazó al hombre con el puño. El carpintero sacudió su pipa con espanto, pisoteando luego el tabaco encendido. Asustado, un mozo que estaba junto a él empezó a dar torpes hachazos sobre un hermoso tronco de roble.

El rostro del viejo Ulwing tornóse morado de ira. Apartó al mozo de un empujón y quitó la herramienta de sus manos.

—¡Mira!—gritó con voz tal que todos los que le rodeaban dejaron de trabajar. Luego, como un ave de acero prisionera, el hacha se alzó violentamente en sus puños. Vola-



ron astillas. El roble reconoció a su dueño y se hendió según su segura voluntad.

Cristóbal Ulwing se olvidó de todo. Su pecho aspiraba jadeante el olor del roble. Los instintos y fuerzas ancestrales heredados, la impresionante potencia de sus tiempos de juventud, puesta a un lado por la intensa labor espiritual y neutralizada por el bienestar, despertaron en él con una intensidad primaria. Sólo existían en el mundo la madera del roble y él. Y los hombres volvieron a ver durante un instante al gran carpintero, sobre cuya antigua fuerza los viejos maestros relataban a la juventud historias inverosímiles.

Le vieron un instante, y luego ocurrió algo inesperado. El alzado segur se torció en la poderosa mano, cruzó desviadamente el aire y cayó a tierra. El arquitecto se llevó la mano a la frente como si el hacha se hubiese abatido en ella, y empezó a vacilar lenta y terriblemente, como cuando un viejo torreón oscila sobre sus sillares.

Nadie osó sostenerle. Los obreros que se reunían corriendo, le miraron paralizados.

Füger fué el primero en volver en sí. Tendió los brazos a su jefe.

Lívido, Juan Huberto atravesó el patio velozmente.

Entre los dos mozos musculosos, el arquitecto se acercaba con un paso desigual. Sus brazos encorvados rodeaban el cuello de los obreros. Tenía los codos más altos que los hombros, y entre las dos caras juveniles de los obreros coloreados por el esfuerzo, su rostro de anciano presentaba un tinte grisáceo, semejante al de las larvas.

—Allí no—dijo en voz apenas perceptible, cuando quisieron llevar su cuerpo a la cama, una vez que hubieron llegado a su alcoba. Señaló la ventana con la barbilla y empujaron una butaca hacia ella.

Luego apareció en la puerta el rostro moreno y enjuto del protomédico Gárdos. Al salir del aposento, hizo ese gesto humilde que lo abandona todo, conocido sólo de los curas

y los médicos: éstos al enfrentarse con la muerte, aquéllos al hallarse en el altar ante Dios.

—Los niños... —El arquitecto se volvió con dificultad. Su mirada titubeante dió lentamente la vuelta a la estancia.

Trémulo, Cristóbal se agarraba al borde de la mesa. Sentía que si le hallaba aquella inquietante mirada buscadora, alcanzaría precisamente sus párpados y leería en sus ojos. Todo se contraía en él. Su cuerpo quería esconderse en el espacio.

¡Así era la muerte! Hasta entonces jamás había visto, y ya presentía que se hallaba detrás de todo cuchicheando el miedo al oído de la gente. También se lo murmuraba a él, cuando era niño, y tenía que ocultarse bajo el edredón, y había de salir corriendo del cuarto cuando se apagaba la vela. Aún no entendía entonces lo que decía el cuchicheo, y su miedo se extraviaba, dirigiéndose contra espectros, silencios profundos y oscuridades tenebrosas.

Veía confusamente a los que se hallaban en torno suyo. Su padre, Fúger, Gemming y Fanerlein. También estaba allí el rostro alargado y tenso de Tini. Se movía entre la palangana y la butaca, con una precisión irreal. Iba y venía llevando en la mano un pañuelo mojado. Los carpinteros estaban afuera, en el pasillo. Pasos macizos, amortiguados. En el marco de la puerta aparecen unos rostros macilentos, asustados, que se empujan los unos a los otros y cuyos ojos semejan mirar el fondo de una fosa.

Vislumbró de pronto a Ana. Estaba muy pálida, pero sus movimientos eran normales. Se arrodillaba al lado de la butaca y su rostro aparecía entre sus dos manos lívidas. Una cabeza blanca como las palomas se inclinaba sobre ella y la miraba largamente, durante un tiempo interminable. ¿Y si aquellos ojos ya no se desprendieran de su hermana? ¿Si la llevaran consigo?

Cristóbal dejó escapar un sollozo. Alguien le empujó hacia delante. Ya estaba arrodillado cerca de la butaca. Ahora,



ahora... La mirada de aquellos ojos que se apagaban dió al fin con él. Dos manos de cera palparon el aire y se retorcieron como queriendo coger alguna cosa.

El muchacho cayó silenciosamente de espaldas. Luego, no supo que le sacaban de allí.

La oscuridad invadió paulatinamente el cuarto. Los pasos del cura resonaron por el pasillo, en el silencio solemne. Vinieron y volviéronse a marchar. Subía un olor a incienso cerca del portal. El monaguillo repicaba a lo largo de la calle, con la campanilla, como si jugase con su sonido y, mientras tanto, iba pregonando la noticia de casa en casa:

«El arquitecto Ulwing se está muriendo...»

La gente se agolpaba a la entrada de la escalera. En el pasillo, se oía la estertorosa respiración del arquitecto. Allá arriba, en el cuarto que daba al patio, rostros afligidos, bañados en lágrimas, inclinábanse por encima de la butaca.

Cristóbal Ulwing no había abierto los ojos desde la marcha del cura. Callaba y, en el silencio, su cerebro se debatía desesperadamente contra el aniquilamiento. Llegaba demasiado pronto; aún no estaba preparado, y se rebelaba contra él. Tantos proyectos... Quiso decir algo; buscó palabras, pero no halló ninguna: habíanse borrado los caminos que podían llevarle hacia los hombres...

Extraños colores surgieron de súbito entre sus ojos y sus bajadas pestañas; eran duras astillas que descendían hasta los globos de los ojos, hendiéndolos. Manchas de color amarillo, y también círculos negros, relámpagos rojizos... Luego sintió una inefable debilidad bienhechora, como antaño, cuando, siendo niño, su madre le llevaba en brazos a la cama, igual que a su hermano Sebastián... Y los dos emigraban juntos, sin cansarse, tranquilamente. Veía una ciudad, casas, muchos solares vacíos en los cuales él construiría. Era de madrugada y sentíase tañer las campanas...

Juan Huberto se inclinó sobre su padre. Todavía respiraba. Pareció como si su boca se hubiese movido.



—¡ Es de día ! —El arquitecto dijo aquello con tanta fuerza, que todos miraron a la ventana.

Distinguíase una maravillosa claridad flotante sobre el rincón más lejano de la Plaza de la carpintería. Füger sacó su reloj: aún no era ni medianoche.

El fulgor se extendía más a cada instante. Vió súbitamente en sus pensamientos a un hombre con delantal de cuero. Sacudía su pipa y pisoteaba el tabaco encendido. Recordaba claramente la enorme bota sobre el serrín. Y pensó, con desesperada acusación contra sí mismo, que no había seguido mirando por allí...

Un hombre atravesó el patio corriendo.

—¡ Fuego !...

El grito se repitió: todos los rincones de la casa lo repitieron. Las paredes, bajo el tejado en declive, tornáronse de color amarillo anaranjado. Un rojo vivo se reflejó sobre los cristales. Una claridad imprevista llenaba todos los aposentos.

—¡ Fuego !...

Ya lo gritaban las calles pertinaz y agudamente. Pasos galopantes. Coches algibe, que rodaban con estrépito en dirección del Danubio.

Juan Huberto se precipitó hacia la puerta. En el umbral pareció que iba a caer. Titubeó y regresó. Empezó a contar con sudoroso espanto. Su cerebro calculaba espasmódica y confusamente. Las pérdidas eran colosales; una enormidad de madera y material de construcción estaban consumiéndose. Aquello podía conmover la solidez de la empresa... Clavó una mirada desamparada en su padre, pero en la butaca no aparecía sentado más que un anciano cadavérico que sonreía al fuego con espectral sonrisa. Ya no podía esperarse nada de él. Empezaron a temblarle las rodillas.



Ana miraba impasible en dirección de la ventana. No se atrevía ni a mover la cabeza. Alguna cosa parecía intentar desplomarse tras de su frente.

Unas figuras negras aparecieron sobre la tapia del patio y arrojaron agua contra el fuego con unas mangueras. También había gente sobre los tejados de las casas fronterizas.

Unos fantasmas renegridos vacilaban en el aire, del lado de los depósitos de alquitrán. Un olor irritante a quemado hizo irrupción a través de las ventanas. El fuego se extendía con una fuerza incontenible y galopaba hacia la tapia del patio.

¡La casa!... El corazón de Ana recobró la sensibilidad de un sola sacudida. Empezó a temer por la casa con un terror convulsivo, doloroso, como si ésta fuera una criatura viviente, a la cual estuviese unida por la carne y el espíritu.

Allá fuera, en la Plaza de la carpintería, derrumbóse una pila de madera llameante.

En la tétrica claridad de las habitaciones, Tini y las sirvientas rebuscaban afanosamente en los armarios abiertos.

Ana se apoyó en la pared: «Quieren abandonar la casa. Quieren huir».

—¡Salvadla!... ¡Salvadla!—gritó con rostro exangüe.—

Agustín Füguer entró jadeante y dando traspiés. Traía noticias; marchóse de nuevo, tornó a regresar; y nuevamente volvió a salir.

Ardía la techumbre del almacén. El aire parecía hervir. Percibíanse crujidos ríncos, silbidos desgarradores, gritos humanos de muchas voces aterrorizadas.

Los párpados entornados del arquitecto se movían raras veces. No oía ni veía nada de lo exterior a él. Estaba misteriosamente lejos de todo.

Las hojas, tostadas por el calor, se contraían bajo la ventana con un seco crujido. En el patio, el pozo parecía ex-

halar profundos gritos de un modo regular. Una bomba empezó a mojar las paredes recalentadas por el fuego cercano.

En aquel instante, un sonido pesado y lánguido cayó de lo alto como una metálica gota redonda. La siguieron otras más, sonando gravemente con mal agüero.

Una sombra fugaz pasó por el rostro de Cristóbal Ulwing.

—Tañen las campanas... Es de día y tañen las campanas.

Todos le contemplaron con espanto. La mano del arquitecto oprimió el brazo de la butaca. Levantóse. Juan Huberto y Florián le sostenían uno por cada lado.

—¡Soltadme!—Aquello era la sombra de su antigua voz. No sabía que ya no le obedecía nadie.

—Construir... construir... Su barbilla se ladeó por completo y su cuerpo enderezóse con un asombroso esfuerzo. Cristóbal Ulwing, moribundo, era una cabeza más alto que los todavía rebosantes de vitalidad.

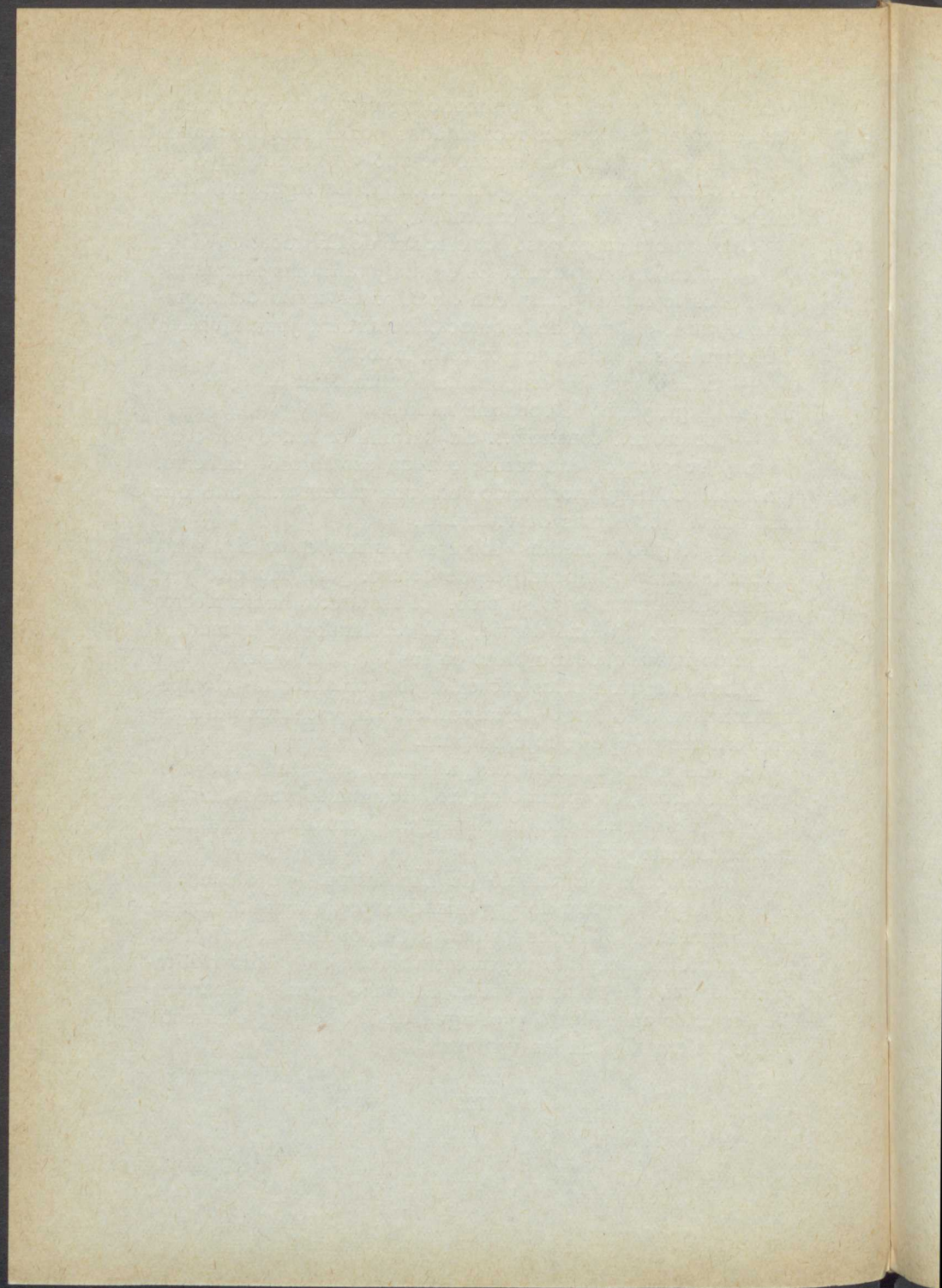
Luego, giró a medias sobre sí mismo, como si alguna fuerza le hubiese impelido desde dentro. Juan Huberto y el criado se doblaron bajo su peso. El arquitecto había muerto en sus brazos. Falleció de pie, y el resplandor de la madera ardiendo había quedado preso en sus ojos sin vida.

Abajo llegaron otros coches algibe, mientras las trompetas sonaban a lo largo de las calles. Las escaleras parecían encabritarse en el aire rojo púrpura.

Iguales a largas serpientes jadeantes, empezaron a trabajar las bombas, escupiendo chorros de agua sobre las llamas. Pero el fuego retrocedía difícilmente... Tornaba sobre sí mismo lentamente y silbando.

La campana del templo de Lipotváros, que llamaba a rebato, seguía invocando y gimiendo: pedía auxilio, llamaba, lamentándose. Todos los barrios respondieron; todo Pest se alarmó. Las cenizas negruzcas volaban en medio del repique de las campanas al vuelo. El humo cubrió las paredes de un color amarillento y el agua de las bombas chorreaba sobre los cristales de las ventanas.





## CAPÍTULO XI

Aquella noche, la vieja casa envejeció mucho más.

El cadáver del arquitecto Ulwing fué sacado de la vieja casa y las cariátidas parecieron mirar también al coche mortuario... La seguían el abate revestido y la llama de los cirios. El clero rezaba. Allí estuvieron el alcalde, el magistrado, los estandartes de las corporaciones, las sociedades; una gran masa oscura que marchaba lentamente bajo el cielo estival.

Toda la ciudad se descubrió al paso del sepelio y las campanas de las iglesias tañían por donde Cristóbal Ulwing cruzaba por última vez. Luego, cerraron el portal de la casa. El gran vacío, el gran silencio, quedaron dentro.

Por la mañana del día que siguió al entierro, el nuevo jefe de la firma Ulwing tomó posesión del puesto de su padre, tras del escritorio colocado ante la ventana enrejada de la planta baja. Aún se percibía en la casa el olor del humo, el del incienso y el de las flores marchitas.

Nadie se movió en las horas matinales. Juan Huberto estaba enteramente solo. Tocó varias veces su corbata con aquél superfluo ademán característico en él, y luego, tal como si le hubiesen empujado, recostó su cabeza contra la mesa y lloró larga y silenciosamente. Sólo se irguió cuando resonaron pasos en el despacho contiguo. Mientras enjugaba sus ojos, notó que el tintero no se hallaba en su sitio. La salvadera había sido igualmente colocada en el lado contrario. Hizo memoria, y volvió a colocarlo todo tal como estaba cuando vivía su padre.



Llamaron a la puerta. Recordó de pronto que ahora conducía hasta su presencia aquella puertecita que la gente franqueaba con humildad, inclinándose y palideciendo, desde hacía muchos decenios, para presentarse ante el poderoso Cristóbal Ulwing. Alzó la cabeza con orgullo, pero sólo por un instante, pues luego se volvió a encorvar, atemorizado de lo que la vida esperaba de él.

Entró Agustín Füger. Llevaba un rollo de papeles bajo el brazo.

Juan Huberto Ulwing titubeó. Desde aquel momento era él quien debía decidir sin ayuda alguna, completamente solo.

—Estos asuntos todavía los he resuelto según las órdenes del difunto señor arquitecto—dijo el diminuto contable; y su boca se contrajo en su rostro arrugado, como la de un niño pronto a llorar.

Juan Huberto firmó sin titubear, limpió su pluma y la plantó en el utensilio de crin, tal como hacía su padre.

Y a partir de entonces todo siguió adelante del mismo modo. El negocio continuó como antiguamente, con sus mismos viejos moldes; y mientras, el mundo iba cambiando lentamente alrededor suyo. Surgían nuevos hombres y nuevas empresas.

Juan Huberto no modificó en nada las costumbres de la casa Ulwing y hasta su misma vida se volvió semejante a la de su padre. Él mismo parecía cada día más viejo y también entornaba los ojos para descansar.

Los perjuicios ocasionados por el incendio y los años difíciles, pesaron gravemente sobre sus hombros. Las grandes compras efectuadas por su padre, las cargas fiscales, los antiguos contratos, las amortizaciones y muchas otras cosas cuya solución se definía clara y sencillamente para el arquitecto, se trocaron en terribles enigmas. Su clave se había enterrado para siempre con la mente firme y calculadora del arquitecto. La decadencia de la casa Ulwing siguió a la desaparición de su mano inflexible y huesuda.

Juan Huberto quiso remediar los males practicando economías. Eso era todo lo que de su personalidad se transmitía al negocio... Viejas herramientas, viejos medios. Hasta redujo su tren de vida y él mismo examinaba cada domingo por la tarde el libro de cuentas de *mamzell* Tini. Luego llamó a su hijo al cuarto verde y le habló de aquellos ahorros.

Apático y con los ojos adormecidos, Cristóbal se sentó en la butaca sin prestar atención. Extrajo distraídamente el alfiler que sujetaba el encaje del pesado mueble, se olvidó de cómo había ido a parar a sus manos y lo tiró bajo el diván.

Netti trajo el café sobre la bandeja del papagayo y encendió la lámpara de acetileno. De improviso, Cristóbal se ausentó de allí.

En aquel entonces ya no se ocupaba de Gabriel Hosszú ni del pequeño Gál. Iba a la escuela superior técnica. Tenía relaciones con una actriz y eran amigos suyos aquellos chicos nobles campesinos que había conocido cuando iba al instituto particular. Hablaba con ellos cínicamente de mujeres y se pasaba horas enteras mirándoles jugar a los naipes en uno de los cuartos posteriores del restaurante «Tompeta de Caza».

Una vez, también él probó suerte. Perdió... Quiso recuperar su dinero. Su bolsillo estaba vacío; su mano sólo tropezó con la cajita de rapé. Pero la soltó en seguida. Aún guardaba tabaco del abuelo. Se avergonzó de lo que había pensado durante un momento.

Un hombre le dijo con voz áspera, desde el extremo opuesto de la mesa:

—¿Qué juega?

Cristóbal volvió a introducir en el bolsillo su mano. «Veré a ganarlo y luego no jugaré más». Sacó enérgicamente la cajita de rapé y la lanzó sobre la mesa. El golpe la despertó. Dijo torpemente y carraspeando la breve canción que Ulwing el platero enseñárale unos cien años antes. La dijo



exactamente como si pidiera limosna, pero nadie la escuchó. Cuando la música hubo terminado, Cristóbal había perdido la partida.

Su respiración se hizo fatigosa con el humo picante de los cigarros. Voces; un calor repugnante y pesado. Una larga mano gris recogió la cajita de plata que yacía sobre la mesa.

Cristóbal se levantó. Aún oyó que alguien decía detrás de él: «Juega como un gran señor». Pasó como entontecido por cerca de las mesas. Todo le parecía indiferente. Tan sólo en la calle se dió cuenta de lo que acababa de suceder y un dolor interior oprimió su corazón. ¿Era por sí mismo, o por la cajita de rapé, por lo que sentía aquel dolor? Lo ignoraba. Había sido de su abuelo, y ahora era de un extraño... ¡Cuántas veces habíala visto en la vieja mano enflaquecida que tal vez quiso bendecirle cuando se tendió hacia él en la hora de la muerte!

Un escalofrío recorrió su cuerpo: era tortura y miedo. «Soy un miserable» — dijo muchas veces seguidas para humillarse. Luego juró que no volvería a tocar los naipes. Jamás, jamás... Eso le calmó hasta cierto punto.

Al día siguiente, cuando sacaba del bolsillo una nueva petaca de piel, observó que Ana seguía su ademán con la vista. Lo notó varias veces seguidas. Una cólera impaciente le dominó.

Su padre salió del cuarto. Ana, entonces, se volvió hacia su hermano.

—¿La perdiste?

—¡Naturalmente que la perdí! — Cristóbal se sintió aliviado porque podía hablar. Casi ya no sentía la menor responsabilidad.

Ana bajó la cabeza.

—¿Sabes dónde la perdiste?... — Resplandecieronle los ojos.—¿Y si prometieras algo a quien la encontrase?

—Para eso se necesita dinero—dijo Cristóbal, abatido.

Ana corrió a su armario. Sacó un cajita oculta entre su ropa blanca.

—No es mucho, sólo hay lo que reuní. Fui juntándolo poco a poco, hace tiempo — y vació el dinero en la mano de su hermano mayor.—Cristito, vete corriendo. No es nada. Prométeme que lo rescatarás.

Cristóbal se alegraba y avergonzaba a la vez. Quiso coger la mano de Ana, pero ésta la retiró, se alzó de puntillas y le presentó la mejilla. Cristóbal la besó y se marchó corriendo.

Ana le siguió con la vista. ¡Cuánto amaba a su hermano! Y tal vez entonces comprendió Cristóbal la intensidad del cariño que no se había declarado nunca. Ella siempre había vivido entre varones y éstos se avergüenzan de la ternura. Se ponen a silbar y miran por la ventana para guardarla escondida. También la habían educado así. Le habían enseñado que la ternura sólo era profunda y grande mientras permanecía secreta y que se tornaba repentinamente pequeña y ridícula cuando se manifestaba, siendo entonces de tan miserable insignificancia que uno se sonrojaba de ella y salía corriendo de la habitación por no mostrarla. Tampoco la daban a conocer los demás de la casa, aparte de tío Sebastián, hacía ya mucho tiempo. ¡Cuánto anhelaba en ocasiones tener a alguien que la abrazara!

Sus ojos encontráronse con el retrato de su madre. ¡Si soltase aquella rosa pintada! ¡Si pudiese acariciarla! Sólo una vez, una única vez, ahora que se hallaba sola en el cuarto... tan sola.... siempre sola. No le quedaba nadie con quien hablar desde que se había marchado Adán Walter. Una nueva canción, un nuevo libro: eso era todo lo que llegaba de él, desde la lejana Weimar. Después otra vez el silencio, que duraba semanas enteras.

Sin propósito alguno, Ana bajó la escalera, atravesando el patio y el jardín, hasta la gran tapia. Desde que había ocurrido el incendio, la Plaza de la carpintería se



hallaba situada en el otro extremo de la ciudad. Ya sólo se encontraban arrasados solares entre las empalizadas donde, antaño, trabajaron la madera tantos hombretones fornidos, con sus delantales de cuero.

Los recuerdos de su corta vida acudían lenta, nebulosamente, y, luego, acelerados y palpitantes.

Tardes domingueras. El tío Sebastián y sus cuentos. El abuelo y el perfume de las vigas de roble recién hacheadas. Y música; y ensueños; y el retrato de su madre. Eso era todo. Años... años de infancia.

Sentóse en el banco redondo del manzano y reclinó la cabeza en el tronco.

El cielo era azul entre las hojas. El manzano florecía. Recordó de pronto la tienda del abuelo Jörg, así como una voz y una canción. ¡Cuán confuso era todo! Pensó de súbito en dos ojos febriles, pero los veía por casualidad en el rostro de Adán Walter. Luego, la señora de Walter... la voz de Berta Bajmóczy y unas vallas en torno de los hombres. Pequeñas rejas hasta el cementerio, que no pasan de la falda de la montaña. Un claro entre árboles. Si se vuelve la cara hacia allí, se puede mirar atrás desde la senda escondida; mirar con toda placidez, sin temor alguno, pues ya no hay nadie en el claro...

Alzó la vista. Había sentido los ojos de alguien posados sobre ella: Otto Füger se hallaba entre las matas. Conocía desde su infancia aquella mirada obstinada y huidiza. Estaba por doquier, cerca del escritorio de su padre, próxima del portal, y a veces incluso de noche, fuera, debajo de la ventana.

La mirada de aquellos ojos miopes se tornó de golpe viscosa y humilde. Ana hubiese querido sacudirla lejos de sí. Hizo un ademán con la cabeza y entró en la casa.

Al atardecer estuvo aguardando largo rato a Cristóbal. No llegó. La noche fué más larga que las demás y murmuró a su oído presentimientos alarmantes y dolorosos.

Al día siguiente, Cristóbal le confesó haber estado jugando a los naipes, y que había perdido. Y Ana supo también que no volvería a ver nunca más la cajita de su abuelo.

\* \* \*

Aún era primavera, pero el estío ya flotaba por encima del Danubio y, en medio del río, como un bosque acustre, florecía la isla del Palatino.

Ana no presentía que el verano iba a su encuentro, cuando, una tarde, salió en dirección de la isla, remontando la ribera del Danubio. Cristóbal la acompañaba y, como de costumbre, también se había retrasado. Los compañeros de excursión ya no estaban allí. Quedaron solos en la orilla; deliberaron un instante y luego hicieron señas al barquero de la isla. Allá, del otro lado, una lancha se movió bajo el follaje que llegaba hasta el agua y cruzó el río, acercándose lentamente.

Alguien venía de la ciudad por el dique ribereño. Ana oyó voces que se acercaban. Pronunciaron su nombre; una voz lo repitió con asombro:

—Ana Ulwing...

Volvióse involuntariamente. Cristóbal saludó.

Sobre el muelle de color gris había una chica esbelta y de cara varonil que venía hacia ellos.

—¿No me reconoces? — preguntó a Ana. — Por cierto, hace tiempo que no nos encontramos. ¿Te acuerdas?

Ya recordaba: era Marta Illey.

—Las clases de baile...

Aquellas palabras hicieron arquear las cejas de Ana, endureciéndolas. Marta Illey miró repentinamente a un lado.

—¡Tomás! — y presentó a su hermano mayor.

Ana vió, casi transparente al sol, una mano delicadamente aristocrática. Llevaba un antiguo anillo blasonado, de piedra verdosa. Alzó la vista y el rostro del joven le pa-



reció completamente desconocido. Luego, el recuerdo de sus pensamientos solitarios vibró casi asustado en su interior. Sintió que se sonrojaba. Sus ojos delataron por un instante un leve azoramiento... Su atractiva sonrisa remontó irónicamente la comisura de sus labios.

Tomás Illey se puso también a reír, pero su mirada no era del todo segura. El sol que se alzaba del agua balanceábase en sus ojos. Se volvió hacia Cristóbal.

—Tu hermana y yo no somos enteramente desconocidos. Me sorprendió un día que salí en busca de sol, árboles y sosiego fuera de la ciudad. También se rió de mí entonces...

El barquero amarró allá bajo, al pie del embarcadero. Luego, la lancha partió llevándolos hacia la isla. Ana sintió que todo su pasado se había quedado en la ribera y era libre y feliz. El barquito navegaba en un oro quebradizo que los remos también removían. Y el agua condujo a la muchacha y sus pensamientos a través de su deslumbrante superficie.

Marta Illey dijo:

—Me gusta escuchar el Danubio. ¿Recuerdas, Tomás? También lo escuchábamos en casa. Murmura lo mismo que el bosque de Ille.

—Yo también amo al Danubio — dijo Ana con su voz apagada. — Mis tatarabuelos vinieron de lejos, por él, desde sus orígenes. Grandes selvas...

Cristóbal pensó en los modestos leñadores y, espantado, le dió un empujón a su hermana para que no dijera nada más.

Ana se sonrió.

—De allí vinieron, bajando por las orillas del río, como si el Danubio les hubiese llamado...— Meditó un momento y, luego, dijo quedamente: —No he oído nunca el murmullo de los bosques. A mí me parece que el agua canta alguna cosa; siempre la misma; y cuando la termina, ya no recuerda nadie el principio de la canción.

Cristóbal miró atentamente el corte del traje de Illey. ¿Dónde viviría su sastre? También miró su fino calzado y, al hacerlo, escondió sus pies debajo del banco. Se puso a imitar cautelosamente los ademanes de Tomás Illey. También debería imitar su manera de expresarse, grave segura y distinguida.

Illey deslizó su mirada por sobre las aguas, mientras decía:

—¿Quién sabrá por qué se llama este río Danubio azul? No es el cielo, sino la tierra, lo que se refleja en él. Al removerla se pone amarillo verdoso como ella...—Se inclinó sobre la borda de la lancha. La proa batía el agua bajo la superficie, haciéndola parlotear—. Ustedes piensan en los murmullos de la selva o en la música — prosiguió sonriendo — y a mí me hace el efecto de que aquí suena como cuando un rebaño de vacas comienza a sosegarse.

—¿Un rebaño...?—Ana tuvo que reírse.

Llegaron a la isla. El barquero asió una rama de sauce. El fondo de la lancha resbaló chirriando sobre la orilla, cubierta de guijarros.

Las inclinadas ramas acariciaron el rostro de Ana. Tendió los labios hacia ellas, quedando una hoja prendida entre sus albos dientes.

Del centelleo movedizo y parlero del agua, pasaron a un silencio verde y húmedo. La hierba era alta, ondulante; los árboles se inclinaban profundamente, y, bajo ellos, en la sombra espesa, brillaban unas heladas escamas de plata. Cual zumbante campanilla de oro, una avispa se lanzó hacia lo alto.

—Deberíamos ir en busca de los otros — dijo Ana a su hermano, perdiendo súbitamente su buen humor.

Cristóbal hizo una mueca. Marta les tranquilizó.

—Sigamos juntos — dijo con toda sencillez Tomás Illey; su voz obró, sin embargo, sobre Ana como si él la hubiese cogido de una mano y la retuviera. Nadie pensó ya



en separarse. El musgo hundíase silenciosamente bajo sus plantas. Las ramas se apartaban a su paso y se reunían tras ellos, ruidosas como las olas.

—Parece que andamos en el fondo de un lago de color verde...

—La sombra es tan fresca como el agua.

—El verano se ha retrasado este año. Hemos tenido que aguardarle mucho tiempo.

—Mucho, pero ya está aquí.

—Aquí está...

—Aquí...—Ana calló y miró a Illey con mirada súbita. Fué presa de inquietud. Acababa de parecerle, de nuevo, completamente desconocido. La primera vez que le había visto en el claro de detrás del cementerio, parecía más bello y atractivo. El rostro enjuto, agudamente tallado de Tomás Illey contrariaba sus recuerdos, ya que, según ellos, no le imaginaba así.

Los árboles empezaron a escasear. Llegaron a una pradera de césped. Illey se quitó el sombrero y el sol dió entonces en su cara.

Ana se detuvo, pues aquellos ojos habíanse vuelto grandes, azules, como si se hubiesen saturado de cielo, y el recuerdo que conservaba de ellos se confundió en un instante con la realidad. Ya no comprendía el porqué de su sospecha, de haber alterado con el tiempo, en su imaginación el recuerdo de Tomás Illey. Si, él era exactamente aquel a quien ella no había olvidado. Su cabello oscuro relucía; su señorial cabeza uníase a su cabello con una línea delicada como la de un pura sangre... El suyo no era parecido en nada al cuello ancho y musculoso de los Ulwing. Los señores de Ille no debían haber cargado nunca ninguna cosa sobre sus espaldas—veíase claramente—, a lo largo de toda su existencia...

Había recobrado lo que creyó perdido, y mientras Tomás Illey seguía caminando a su lado, sintió como si una

temblorosa risa de felicidad naciese bajo su piel, remontara hacia sus labios e iluminase de lleno sus ojos.

El recato se amortiguó en ella; hacía tiempo que se conocían y tenían tantas cosas que decirse...

Tomás Illey se puso también a charlar.

Ana supo que sus padres ya no vivían; que había nacido en el sur, a orillas del Danubio, en las tierras de Ille, lejos, en una gran casa fresca, campesina, donde los pasos resonaban huecamente bajo los retratos antiguos. El jardín parecía mirar por la ventana. También se veía el Danubio, así como las trompetas de caza, en la niebla otoñal. Después la labranza, bueyes de grandes cuernos y plateada blancura, y tras ellos, los colonos illenses de antaño, como si todo hubiese nacido del surco...

Aquello era lejano y extraño para Ana, pero le gustaba oír la voz de Illey. Sólo le apenaba experimentar la sensación de que lo que le contaba Illey le substraía lentamente de la senda umbrosa por donde caminaba junto a ella. ¡Si fuera cierto! ¡Si llegase a marcharse de verdad! Preguntó involuntariamente:

—Pero, ¿verdad que volverá usted?

—¿Volver? — El joven se detuvo un instante. Apagóse la luz de sus ojos.—Ya no puedo ir allá. Las posesiones de Ille han dejado de ser nuestras.

Apenas le oyó Ana. Sólo pudo pensar que no marcharía, que se quedaría para siempre. Illey también volvió a sonreír. Ella observó que sonreía dolorosamente, de modo peculiar.

—¿Qué le ocurre?

—Nada... ¿Por qué?

—Creí que la rama le había golpeado al enderezarse...

—A mí no me lastiman los árboles.

Empezó a hablar de los robles de Ille. Estaban frente a la casa. Crujían cuando soplaba el viento. Comunicábanse algo que a los niños les hubiese gustado entender tanto



como cuanto los viejos decían misteriosamente en el salón, hablando en latín. Y más allá del portal, también se mecía en el viento el liño de álamos que se movían como el penacho de los chaqués. Además, había en el fondo del jardín una añosa encina de la que pendía un columpio. Las cuerdas ceñían la corteza de la rama, dejando una huella que subsistió incluso cuando ya no se columpiaba nadie.

El rostro de Tomás Illey se rejuvenecía mientras hablaba. Miró a la muchacha.

—Allí donde nos encontramos por primera vez, en aquel claro, hay también una pequeña encina semejante a la del columpio. Y aquí.

Señaló un árbol con su bastón.

Hasta entonces, hablaban de prisa, como si pretendieran transmitirse uno al otro todo su pasado para sentir la sensación de haberlo recorrido juntos. Luego sus voces se detuvieron repentinamente: habían llegado al momento presente. Las matas cubiertas de follaje ocultaban a sus otros acompañantes. Entonces diéronse cuenta de que estaban solos.

La isla callaba en torno de ellos como si se hallara bajo los efectos de un sortilegio. Y dos miradas se enlazaron tímidamente en medio de aquel encantamiento.

El instante pareció detenerse brevemente y luego levantó el vuelo.

El rostro sonriente de Marta Illey surgió de la espesura. Alzó por encima de su cabeza un ramo de flores silvestres que Cristóbal había cogido para ella y reunido tan bellamente que ni la pradera hubiera sabido hacerlo de mejor modo.

Ana miró el ramillete; luego, bajó la vista hacia su cuello de encaje, hacia su pecho; allí lo hubiese prendido y llevado a casa... pero Tomás Illey no le ofreció flores.

Las matas fueron entretejiéndose paulatinamente en torno de ellos, hasta formar un espacio inculto. El sendero se



volvió musgoso, alcanzó unas escaleras y desapareció. Al pie de la escalinata secular y desgastada, en la breñosa hondura, había unas ruinas mansas y humildes. Una ventana ojival entre las piedras. Muros de iglesia revejidos, frígidos, del antiguo monasterio de Santa Margarita.

Un pájaro salió en vuelo rasante de la celda de la princesa. Oyéronse unas voces que venían del camino a orillas del agua, como tamizadas de trecho en trecho a través de la espesura. Había gente más allá de las ruínas.

Ana recordó la sombrilla de color chocolate de la señora del farmacéutico Müller. Estaba montada sobre un muelle e inclinada de lado, semejante a un abanico redondo. Distinguíase también el sombrero de copa, a la moda antigua, del protomédico Gárdos, así como el chal a grandes cuadros de la señora de Gál y los sombreros, adornados con miosotis, de la señorita Münster.

—¡Sí, allí están! — dijo Ana. Cristóbal la cogió por el brazo, haciéndola retirarse.

Allá fuera, sobre el camino, los excursionistas avanzaban por parejas, jadeantes y acalorados como si trabajaran.

La esposa de Ignacio Hold caminaba junto a éste con manifiesto hastío. Sofía se había afeado. Sólo sus ojos continuaban siendo bellos y sombreados.

Cristóbal la siguió largo rato con la vista.

Las patillas del farmacéutico flotaban en la brisa danubiana. El señor Ferdinando Müller hablaba del cultivo de la manzanilla. El jorobado y pequeño Gál, el astuto comerciante en vinos, se quejaba de que en Pest ya no se bebía tanto como antaño.

—¡Lo que yo necesito son borrachos! — gritó, echándose a reír.

Tras ellos, dos dependientes llevaban una cesta, y dentro se veían unas botellas de cuello alargado.

Ana miró a Tomás Illey. Le sorprendió lo alto y proporcionado de su figura. Su rostro le parecía distinguida-



mente delicado. Una fuerza inconsciente la atrajo hacia él.

—Vamos a reunirnos con ellos — dijo a media voz, como si quisiera tranquilizar su conciencia.

—Luego...—Cristóbal rió, tomando la dirección opuesta. Empezó a hablar de arte. Dijo que le gustaría ser pintor. Pintaría un cuadro. Un bosque. Habría una fogata bajo los árboles y unas pequeñas hadas de cuerpo rojizo harían reverencias en las llamas. También pintaría un castillo blanco, en la cumbre de una alta montaña solitaria. En los muros habría una mujer clara y de ojos oscuros; su cabello sería negro y flotaría al viento como una oriflama. Después habló de otra cosa. De música, de Bach, de Mozart. Quedó habilidosamente en la superficie y se puso a silbar quedamente la melodía de un vals. Dijo con ligereza que había sido compuesta por él. Contó historias de viajes a pesar de que jamás había viajado; habló de arquitectura, de libros que jamás leyera, y, entre tanto, reía con su risa infantil y espontánea.

Ana le contempló como a un ilusionista. ¡Cuán amable sabía ser cuando quería! Vió repentinamente en él al antiguo Cristóbal de cabello rubio con reflejos de plata y de rostro enfermizo.

Luego, sólo estuvo a su lado Tomás Illey. Encontrábanse los dos en la punta de la isla como si se hallaran en un buque al ancla. La tierra estrecha y cubierta de guijarros hendía el agua a sus pies. El río se separaba, corría, gorgoteando por los dos lados. De pronto, detúvose el agua y la tierra se puso a correr. La isla había levado el ancla... El buque zarpaba y les llevaba lejos, hacia una infinidad sin riberas.

El sol desaparecía tras las montañas. Ana sintió un estremecimiento mientras contemplaba la marcha del astro.

—Se va...

En el cielo lejano y transparente apareció de súbito la plateada hoz de la luna nueva.

Regresaron, pero en vano buscaron a los excursionistas. Alrededor suyo, trozos de papel y botellas vacías yacían sobre el hollado césped. El barquero les aguardaba bajo las ramas que alcanzaban el agua. Cristóbal se hallaba cansado y aburrido del papel que había estado representando. Ya sabían que podía repetirlo si le daba la gana. En cuanto al hechizo del nombre ancestral de Illey, habíase deshecho para él; ya no le hacía ningún efecto que el tatarabuelo de ellos hubiese sido gentilhombre y también se había habituado a que Tomás le tutease como sus amigos del casino.

Ana se había quedado igualmente silenciosa desde que embarcaron para el regreso. Era un atardecer de fiesta y el día siguiente sería otra vez como todos. Desvaneciése la clara sonrisa de sus labios. Volvió la vista hacia la isla que se alejaba y luego, quitándose un guante, tendió la mano hacia el agua, como si pretendiese acariciar el río. Su corriente se la bañó.

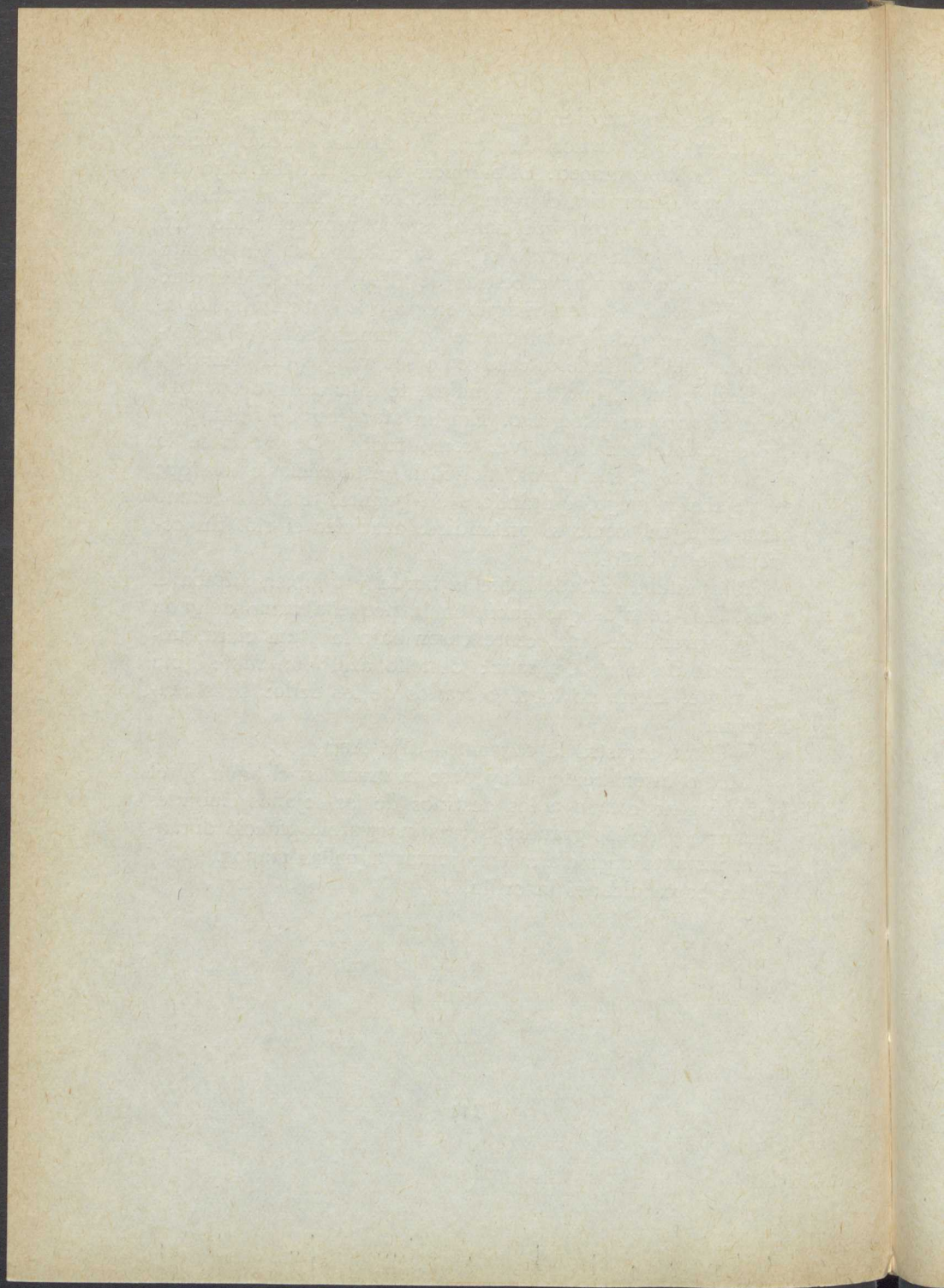
Illey estaba sentado sobre la borda y también miraba el agua. Las sortijas que había en la pequeña mano delgada y algo varonil de Ana, centellearon bajo la plata clara, impregnada de luna. Un zafir: destello azul; un rubí: gota de sangre. El río no logró borrarlos de los dedos de la muchacha...

—Cómo arrastra la corriente—dijo Ana.

Medio inconsciente, Illey puso la mano en el agua. Y el Danubio, río común a los destinos de las lejanas ciudades germanas y de las grandes tierras magyares, pareció durante un instante querer arrastrar juntas aquellas manos.

La barca alcanzó la orilla.





## CAPÍTULO XII

La vieja casa estaba toda florida. Jamás se habían abierto tantas rosas en el patio jardín. Así lo había querido Ana. Llevó flores a los cuartos y cruzó el piso con una leve sonrisa. Lo miró todo con curiosidad, como si fuera aquella la primera vez que veía los muebles, los cuadros; era como si los mirase con ojos nuevos, con los ojos de quien iba a venir. «Hasta la vista...» había dicho alguien, últimamente, allá, sobre el muelle del Danubio.

Desde aquel día no se había encontrado con Tomás Illey, y eso que jamás había paseado tanto como entonces con *mamzell* Tini. A veces se fatigaba, pero seguía queriendo caminar hacia el muelle danubiano o por todo el centro de la ciudad. Un rostro de facciones delicadas, detrás de la ventanilla de un coche que pasaba, le hacía sentir un estremecimiento en el corazón. No; se había equivocado de nuevo. Una figura esbelta en la esquina de la calle; al acercarse, resultó por completo desconocida.

Los días hiciéronse bochornosos y cálidas las noches...

Una de las ventanas de la casa Ulwing se abrió quedamente, muy temprano, en la mañana vaporosa. Todavía era profunda la sombra de la fachada. Enfrente, la luz amarillenta del sol se extendía sobre el montículo de la Ciudadela, como si descendiese a través de una ventana de ámbar.

Ana se asomó al alba impoluta. Miró en dirección de la isla. Cuando se volvió, la matinal luz de color pálido



había bajado de la montaña y se acercaba a la orilla de Pest, cruzando el Danubio a nado.

Aproximáronse unos pasos; unas botas hacían resonar con fuerza el pavimento, pies descalzos, de blando pisar, lo atravesaban. En la esquina estaban levantando una casa de tres pisos. El letrero de un maestro de obras desconocido colgaba de los andamios. Gritos, martillazos... También había una nueva casa, del otro lado. Era construida por la empresa Ulwing, pero adelantaba lentamente. Muchas casas... La gente obrera se vertía en la ciudad desde las provincias. En las calles, se hablaba el magyar pueblerino. Parecía que los antiguos ciudadanos rubios, de origen alemán, habían disminuído.

Una moza campesina, de falda abigarrada, y un buen mozo albañil, pasaron bajo la ventana. La pequeña faldita campesina fruncida campaneaba alegremente, junto a las grandes zancadas varoniles. Ana fué tras ellos con su mirada: «Estos son felices, porque pueden estar juntos». Tuvo repentinamente que pensar en sí misma y el recuerdo de un sueño empezó a surgir en su memoria. Lo había soñado aquella misma noche, a pesar de que creía no haber dormido nada.

En su ensueño, caminaba completamente sola por una calle desconocida. Aquello era inusitado y le producía miedo. Sólo una persona al extremo de la calle desierta. La reconoció por su andar de distinguida indolencia. Corrió hacia ella; iba cada vez más de prisa, pero la distancia que había entre ellos no se acortaba.

La calle empezó a estirarse y se volvió más y más larga.

Y aquel alguien parecía pequeñísimo, lejano, lejano. No logró alcanzarle, a pesar de que ya corría con toda su alma. Quiso gritar para que se detuviera, y tendió los brazos hacia él.

Despertó. El sueño había desaparecido, pero el gesto

infinito y anhelante de sus brazos quedaba invisible, en su pecho.

Miró el retrato de su madre. Ya no era mayor que ella; ella y aquella amable niña mujer, de mirada asustada, tenían ya la misma edad. Había igualado la edad de su madre. «Si estuviera aquí...» No, ni siquiera podría hablar de aquello con ella, ni con nadie, jamás.

Se tendió sobre el diván y cubrió su rostro con una mano. Entornando las pestañas miró la funda estampada de muchas flores y ésta empezó a extenderse en torno suyo. Ya no era tejido; se mudó en pradera, desde cuyo extremo opuesto venía alguien en dirección a ella. No dirigió la mirada hacia allí, pero sintió, sin embargo, que llegaba. Su corazón latió violentamente. Alzó la cabeza con asombro. Todo era nuevo, ella misma habíase vuelto nueva. Tuvo de pronto ganas de cantar, de exhalar de sí misma, cantando a la luz del sol, aquello que era mayor que ella y no cabía en su pecho juvenil.

Cantar... Pero la casa dormía. Sólo ella estaba despierta. Aquello era bueno... estar sola. Aleteó sobre su rostro, entre las manos, una sonrisa incontenible. «Le amo». Lo dijo en voz queda y sintió, luego de haberlo dicho, como si en aquel aposento hubiese cantado todas sus canciones.

\* \* \*

Abajo, la puertecilla del portal chirrió suavemente. Cristóbal regresaba. Miró en torno suyo y luego entró en el despacho, en aquella pieza donde su padre trabajaba cuando vivía el arquitecto. Aquel era su puesto desde que sus estudios en la escuela superior técnica habían concluido de cualquier manera. Agotado, se acodó sobre su escritorio. Su camisa estaba arrugada y también parecía estarlo su rostro.

Otto Füger entró, pero él no pudo cambiar su postura de desaliento. Su boca se torció con desolación.



—¿Qué ha ocurrido?—preguntó el joven Füger.

Cristóbal alzó su mirada extraviada. No le importaba quién interrogaba y atendía sus respuestas. En aquel instante hubiese confesado su miseria al mismísimo Florián. Tenía que hablar con alguien, para que todo se volviera más fácil con ello.

La línea blanda y recta de los labios de Otto Füger se separó silenciosamente en dos. Sus ojos se volvieron redondos. Presentía desde hacía tiempo que Cristóbal jugaba, pero lo que había perdido aquella noche era mucho. Demasiado... Puso repentinamente en orden su rostro asombrado. Quiso saberlo todo.

—¿Es ése el daño, solamente?

Cristóbal le miró con recelo. Esperaba que le reprochase. Era lo que necesitaba: aquello le hubiese humillado y tranquilizado a la vez, relevándole del peso de la responsabilidad.

Otto Füger notó que había sido torpe. Improvisó un gesto serio y preocupado.

—¡Eso ya está mal, muy mal! Si el difunto señor arquitecto lo supiera...

Sí, no podía decir algo más abrumador que aquello. Cristóbal encorvó las espaldas.

—No lo crea, no soy malo. Sólo desgraciado, funestamente desgraciado.

El joven Füger anduvo de un lado a otro del cuarto y pareció meditar, aunque sabía que decir.

Los ojos de Cristóbal seguían con penosa dureza cada uno de sus movimientos.

—Ayúdeme — dijo en voz ronca, cuando no pudo soportar más aquel silencio.—Ayúdeme, por el amor de Dios; déme algún consejo.

Era precisamente lo que Otto Füger quería. Deslizó una mirada escudriñadora en torno suyo y, luego, se detuvo ante el hijo de su jefe.

—El nombre Ulwing tiene crédito — dijo en voz baja— ; en la calle Paternoster le darán sobre él cuanto quiera. ¿Para qué sirven las letras? Es cosa muy condenable, pero, por esta vez...—añadió rápidamente.

—¿En la calle Paternoster? ¿El cambista?—Cristóbal se enderezó con resolución.—¿Y basta la firma? ¿Cómo no se me ocurrió antes?

¿Iría, pues, allá?...

Cuando estuvo solo, Otto Fügen se quitó las gafas, las empañó con el aliento y las mantuvo muy cerca de los ojos mientras las limpiaba. Sentóse ante el escritorio. Empezó a escribir lentamente sobre el papel secante. En un principio, dibujó líneas serpenteantes; luego, éstas se convirtieron en una U... Ulwing & Cía. Aquello fué lo que escribió, y pensó que sería un día el socio. Trabajaría, pero ya no en la oscuridad, ni en provecho de otro, como lo hiciera Agustín Fügen. Despreciaba infinitamente a su padre. No era más que una de aquellas antiguas especies de naturalezas serviciales que envejecían bajo el yugo, permaneciendo pobres y trabajando para los bolsillos ajenos.

Borró lo que había escrito sobre el secante. Levantóse humildemente de detrás del escritorio. Juan Huberto Ulwing atravesó el cuarto. El jefe de la empresa le hizo un gesto amistoso con la mano. Otto Fügen contrajo los ojos. «Cuán vieja es su mano. Todo él está viejo. Ya no durará mucho». Y le siguió con la vista, impregnada de aquel odio reprimido con el que solamente saben mirar quienes tienen que vender su inteligencia, para continuar enriqueciendo a los poderosos.

«No puede durar mucho. ¿Y el otro...?» Volvió a escribir sobre el secante. Ulwing & Cía. Lo escribió muchas veces y lo borró de nuevo, prudentemente.



Por la tarde de aquel día, Cristóbal regaló a su hermana una cadenita de oro, compró a la *mamzell* una estatua de San Antonio plateada, dió dinero a Florián y le mandó al circo. Se sentía pródigo y silbaba con buen humor.

En la tienda del cambista de la calle Paternoster todo el mundo le hizo reverencias cuando dijo llamarse Cristóbal Ulwing. No le pidieron fiador ni se informaron de nada. Por cierto que la pluma temblaba un poco entre sus dedos, mas el pequeño escribiente de cara de mochuelo, que puso la letra ante él, no se fijó en aquello.

Ahora ya lo pagaría todo. Empezó a echar cuentas. ¿Cuánto le quedaría después de haberlo hecho? Debía dinero a dos usureros de la calle Király. También retiraría su reloj. Pensó en el viejo revendedor sospechoso, que sólo abría de noche su puerta, en el fondo del patio de aquella casa de mala fama. También había prometido una pulsera a una chica. Empezó a recordar mayores cantidades, muchas deudas antiguas de las cuales se había olvidado. Ya no silbaba. Esforzóse en apartar los pensamientos desagradables, que no tenían sentido, pues llevaba mucho dinero en el bolsillo. De alguna manera podría luego ordenar sus asuntos con él. En cuanto a los naipes, ya no volvería a tocarlos jamás.

Su vista vagó en el aire con mirada distraída. No creía en aquellas promesas que se hacía a sí mismo. ¡Cuántas veces las hizo para infringirlas en seguida! Tendría que hallar alguien a quien dar su palabra. ¿Dónde se hallaba su hermana?

Ana estaba fuera, en la escalinata, mirando hacia el portal, apoyada en la barandilla. No cambió su postura al adelantarse Cristóbal hacia ella.

—¿Qué haces aquí? — preguntó él para atraer su aten-

ción. La necesitaba, quería hablarle en aquel mismo momento, pues tal vez no tendría fuerzas para hacerlo más tarde.

—Ana...

La joven se volvió, pero sus pupilas miraban más allá de él.

—Alguien ha venido, han llamado en el portal — dijo Ana. En aquel minuto vivía tan intensamente su propia vida, que su corazón no captó la silenciosa llamada de auxilio de aquella otra existencia atormentada.

Cristóbal permaneció todavía un momento de pie a su lado y luego dió un silbido. Había transcurrido ya el minuto durante el cual deseó hablar. Hasta se alegraba de no haberse atado con promesas enojosas. Seguía libre.

Cuando se fué, Ana apenas lo notó. Se apoyó nuevamente en la barandilla. Las comisuras de sus labios y de sus ojos se contrajeron finamente hacia lo alto y su rostro diminuto adquirió una singular expresión de espera.

\* \* \*

Y ese día, por cierto, llegó aquel a quien Ana esperaba.

Se hallaban sentados en el gabinete, algo rígidos, formando un círculo cortés, como si mediase entre ellos un aro colocado en el suelo.

Tomás Illey había llevado consigo a su hermana. Cristóbal estaba también allí y Ana sentía como si todo el mundo tuviera que descubrir cómo luchaba por dominar su emoción e impedir que subiesen los colores a su cara.

Empezó a observarse con espanto, pero su voz era completamente natural y sus gestos disciplinados, como si alguna pletamente natural y sus gestos disciplinados, como si alguna otra persona obrase por ella. Se tranquilizó; los sonidos que parecían confusos en su cabeza se convirtieron en palabras. La voz de Tomás Illey se destacó de las otras y se tendió hacia ella como llamándola.



Estremeci6se, y tuvo que volver irresistiblemente la cabeza hacia 6l. La mirada de Illey era brillante y profunda, pero s6lo la vi6 as6 durante un minuto, porque luego se reflej6 cierta contracci6n en sus rasgos varoniles, y el luminoso calor que hab6a en sus ojos se torn6 fr6o y casi se ocult6 frente a los dem6s, como si lo cubriera un orgulloso recato repentino.

Ana solamente tuvo en cuenta su primera mirada, a pesar de que, desde que su padre hab6a subido al despacho, Tom6s Illey hablaba s6lo con 6l. Juan Huberto estaba sentado sobre la silla pintada de flores y con patas puntiagudas, tan ceremoniosamente como anta6o, en el sal6n de la baronesa Geramb, al lado del septenviro Bajm6czy.

Hablaban de la ciudad, de los nuevos ferrocarriles, de los vapores fluviales, de arquitectura, de pol6tica...

Ana no entend6a mucho de aquello. En la casa Ulwing, la pol6tica del pa6s 6nicamente significaba buen o mal a6o para los negocios. S6lo la ve6an como medio o como obst6culo, mientras que para Illey parec6a ser un fin en s6 misma.

Su parco hablar anim6se repentinamente.

—En vano nos pisotean, y nos estrangulan. La gran libertad n6mada es la patria ancestral de mi raza. De ella venimos. No es cosa que se puede olvidar...—dijo, y su voz se torn6 dura.

Ana le miraba intensamente y, mientras le escuchaba, cosas lejanas empezaron a surgir de la semioscuridad de su memoria. La tienda del abuelo J6rg, unos hombres febriles y aquella gran voz misteriosa que, sin palabras, arrebat6 su alma por una causa que no entend6a. En aquel momento le pareci6 que Tom6s Illey daba vida a la antigua voz y comprendi6 muchas de las cosas ocurridas en el transcurso de su infancia.

Juan Huberto segu6a tambi6n atentamente la perorata de Illey y recordaba mientras tanto a su padre, el arquitecto

Ulwing. Lo que había hecho y sentido éste por la ciudad, Illey lo sentía por todo el país y por él hubiera deseado hacerlo. ¿Cómo era posible aquello?

Sonrió sensatamente. «Esos señores magyares son todos igual. Cada cual quiere salvar el país, sin tener en cuenta que lo lograrían mucho mejor abarcando cada uno una comarca». Juzgaba silenciosamente en su interior a su invitado, pero le atendía, sin embargo, con gusto, porque sus palabras emanaban confianza y sus propios pensamientos podían apoyarse sobre aquella fuerza.

—¿Sería, pues, verdaderamente posible que por estas tierras también resucitara un día la vida económica?—Juan Huberto ya no tenía en la cabeza otra cosa que el negocio. Empezó a hablar de precios de la madera, de materiales de construcción, del estado de los obreros.

Marta sonreía distraídamente en el rincón del diván floreado. Cristóbal intervino nerviosamente, pero su padre no abandonó el tema de su peroración.

Tomás Illey escuchaba cortésmente. Ana observó que miraba en dirección de la consola, hacia el reloj encerrado bajo una campana de cristal. Siguió su mirada con espanto. Jamás había visto correr las agujas con tan hostil rapidez. Y en aquel instante comprendió cómo serían las horas cuando se hallara de nuevo sola.

Era preciso decir algo a Illey antes de que marchara, algo que volviese a llevarle allí. No vio que se levantaba; sólo supo que se dirigía al piano.

—Sí, canta, Ana — dijo Marta.

—¡Canta! — gritó Cristóbal, alegrándose de poder interrumpir a su padre.

Ana se volvió hacia Illey azoradamente. También se lo pedían sus ojos. Encontráronse sus miradas. Estaban lejos el uno del otro, pero la joven sentía, sin embargo, su proximidad y pensó que iba a decirle algo a él y sólo a él. Aún



no sabía qué, pero bajo sus manos la música de Schubert despertaba ya en el piano.

*Sei mir gegrüsst... Sei mir gegrüsst... (1)*

La sangre subió a las sienes de Ana bajo la forma de una nubecilla pálida y sonrosada. Su rostro se tornó misteriosamente bello, su pequeño pecho virginal alzó el vuelo y ascendió bajo el vestido ligero, cual un doble batir de alas blancas, y su voz creció, arrebatadora, pura, con una honda y esplendente pasión. Había en ella triunfante juventud y dulces lágrimas, y la deliciosa e inconsciente confesión de todo su amor.

Cristóbal la miraba con asombro. Jamás había oído cantar así a su juiciosa e inteligente hermana. Todos miraron a Ana. Nadie comprendió lo que ocurría, y, sin embargo, fué como si una cálida claridad vibrara a través de ellos.

«Qué bella es y cuán divinamente canta», pensó Tomás Illey.

Los hombres no se ven siempre unos a otros, sino sólo a veces, durante algún que otro instante. En aquel momento, Tomás vió a Ana. Palideció un poco y tuvo la sensación de que alguien agitaba el aire en torno de su rostro con mano acariciadora y ardiente. Su mirada correspondió y abrazó anhelosamente a la muchacha.

Ana no pudo ver aquella mirada, pero fué sin embargo conmovida por ella.

Luego la canción terminó y, en el silencio, el ser de Ana enfrióse casi sin transición. Sus ojos de color azul verdoso miraron al aire con indiferencia, sus cejas tornáronse inmóviles. Cuando se volvió hacia Illey, su rostro era impenetrablemente cerrado. Quiso encubrir lo que había mostrado de sí misma, como si se avergonzara de haberlo hecho.

(1) ¡Bien venido seas!... ¡Bien venido seas!... — N. del T.



Los demás pusieron también en orden la alterada expresión de sus rostros. Todo se volvió de una sensatez cotidiana. Netti trajo la lámpara. Anocheceía.

Cuando no había transcurrido todavía una semana, Tomás Illey volvió a la vieja casa. Fué solo, porque Marta se había marchado al pueblo.

—A casa de la madre de su prometido — dijo Illey. — Es un antiguo noviazgo. La boda tendrá lugar en otoño. También terminará esta preocupación.

Luego ya no se refirió más a ella. Hablaba generalmente poco. Ana tampoco charlaba mucho, pero el silencio que había entre ellos era, sin embargo, transparente y feliz.

Las agujas de hacer calceta de Tini entrechocaban rápidamente bajo la pantalla de la lámpara y el largo rostro tenso de *mamzell* tenía una expresión semejante a la de las personas que envejecen contemplando la primavera a través de una ventana.

A veces, Ana se estremecía, como si la mirada del joven la llamara por su nombre. Sonreía a Tomás por encima del tambor de bordar, volviendo luego a bajar la cabeza, y las piedras de sus sortijas centelleaban regularmente a la luz de la lámpara, según iba estirando las hebras de seda hacia lo alto.

Juan Huberto subió a la oficina. *Mamzell* Tini clavó las agujas de hacer media en el acerico. Se levantó. Sus pasos sonaron por el pasillo y Juan Huberto volvió otra vez a hablar del negocio, de la ciudad, de las obras.

Entonces Ana oía siempre el tictac del reloj. De haber podido estar a solas con Tomás Illey, se hubiese acercado al péndulo para retrasar las agujas: ese acto diría todo aquello de lo cual no sabía hablar. Pero jamás estaban solos. Únicamente podía decirle algo a través de sus canciones.

¿Lo entendía? ¿Le gustaba escucharla? No lo sabía. Illey era distinto de todos los que había conocido hasta entonces. Se sentía muy cerca de él, cuando sus ojos se encon-



traban en el silencio. Pero cuando hablaban, tenía la impresión de que se hallaban muy lejos uno de otro, de que sus voces habían de salvar grandes distancias, y de que sus palabras tornábanse frías por completo en el camino.

Ana empezó a amar el silencio, pues podía llenarlo con el calor de su corazón.

\* \* \*

Mientras tanto, pasó el verano.

Tomás Illey solía acudir más a menudo y cada vez se quedaba más tiempo. Juan Huberto abandonó sus paseos vespertinos para poder estar con él. Tini sacaba las más bonitas tazas de la vitrina cuando se le esperaba y Florián se daba prisa en abrir la puerta.

Los días hiciéronse breves y Netti tenía que encender a veces la estufa.

Una tarde, Illey estuvo todavía más callado que de costumbre.

A Tini se le cayó el acerico. Mientras se inclinaba para recogerlo, Tomás se volvió repentinamente hacia Ana y le dijo en voz muy queda:

—No tardaré en salir de Pest. Déme una palabra que pueda llevar conmigo.

La *mamzell* ya estaba de nuevo sentada firme y erguidamente sobre su silla y sus agujas entrechocaban con aplicación.

La mano de Ana resbaló del tambor de bordar y sus ojos se volvieron turbios como si se hubiese derretido toda su luz.

—¿Se marcha?...—Su voz era muy velada.

—¿Qué dijiste? — Le preguntó distraídamente Tini. Clavó una de las agujas en su moño y empezó a contar los puntos.

Illey miró con silenciosa acritud moverse lentamente la

boca de la *mamzell* y, mientras tanto, dió vueltas con impaciencia al viejo anillo que llevaba en un dedo.

—Voy a la boda de Marta. También tengo otras cosas que hacer, quién sabe cuándo regresaré.

Ana lanzó una mirada a la sortija y luego alzó la vista hacia Tomás. Quiso decirle con dolor y con súplica que se la llevara con él; que la llevase como aquel anillo y no la dejara sola nunca más.

—Venga mañana con Cristóbal a la isla Palatino — dijo repentinamente Illey. Su voz era casi ruda e imperativa. —Nos encontraremos en el muelle. — Luego prosiguió con más suavidad: —Cante algo...—Dijo aquello como si quisiera borrar las rígidas vibraciones que sus palabras habían dejado en el aire.

—¿Lo quiere de verdad? — Los ojos de Ana resplandecieron. Llena de ternura, aquella voz imperativa le había hecho el efecto de que Tomás la tocaba, de que doblaba su cuerpo con fuerza. El inconsciente goce femenino de la humildad amorosa vibró a través de ella. Se sonrojó, y luego preguntó cohibida:

—¿Qué le gusta más? ¿Schubert, Mozart, Schumann?

—La voz de Ana Ulwing—contestó sencillamente Illey, mirándola en los ojos.

Cuando la canción hubo terminado, Tomás se levantó.

—Hasta la vista — dijo Ana, y su mano, cual pajarillo en pos de su nido, se refugió, se amparó en la cálida y fuerte mano del hombre. Permanecieron así un momento. Luego Ana volvió a estar sola. Se puso corriendo al piano.

También cantó entonces para Tomás. Envío su voz tras él para que le acompañara por la escalera y le siguiera en su camino. «Tal vez la oiga, tal vez mire hacia atrás».

Separó las cortinas de tul de la ventana. Los faroles callejeros estaban ya encendidos. Alguien se hallaba al otro lado de la calle. Ana se asomó más. Era Otto Füger.

El más joven de los Füger permaneció todavía un mo-



mento de pie y volvió la cabeza en la dirección seguida por Tomás Illey al marcharse.

Una listada faja de luz salía de la ventana del despacho y se proyectaba sobre la calle. Acababan de encender la lámpara de la pantalla verdosa en el antiguo despacho del arquitecto Ulwing.

\* \* \*

Aquel día, Juan Huberto permaneció durante un tiempo excepcionalmente largo tras el escritorio. Estaba sentado con total abandono y su piel incolora formaba dos pronunciados pliegues bajo su barbilla. Su mano, cual objeto inánime, yacía sobre un fajo de papeles que le había sido entregado para su firma.

Alzóse pesadamente y se asomó, ya por segunda vez, a la puerta que conducía al despacho vecino. Hubo un tiempo en que Agustín Füger trabajaba en él, pero su puesto estaba ocupado por su hijo desde que al minúsculo contable le paralizó el brazo derecho un ataque de apoplejía. En los últimos años, Otto Füger había ocupado habilidosamente todos los puestos de la vida comercial de la casa Ulwing. Supo hacerse imprescindible, porque quitó de los hombros de su jefe el tormento de las decisiones.

«¿Dónde estará?», pensó Juan Huberto, mientras miraba el cuarto vacío desde el dintel de la puerta.

Volvió a sentarse detrás del escritorio. Sus pupilas se posaron en el antiguo plano de Buda-Pest, pero no vieron nada. A veces, agitaba un poco la cabeza como intentando sacudir aquella densa materia embotada contenida en su cráneo, reacia a toda actividad. Suspiró y abandonó sus esfuerzos entornando los ojos. Entonces, cuando más hubiese deseado reposar, se removieron sus ideas en su cerebro, empezando a gritar en confuso remolino. Pensó repentinamente en Cristóbal.



Otto Fúger abrió la puerta silenciosamente. En sus ojos brillaba una fría cólera y sus labios aparecían apretados y rectos. Pero sonreía cuando alcanzó el círculo luminoso de la lámpara.

Juan Huberto prosiguió sus pensamientos en voz alta.

—Hoy, en la oficina del cambista, fué pronunciado el nombre de Cristóbal. Los empleados hablaban de él tras el enrejado de la caja. Y cuando me volví hacia ellos se tragaron sus palabras. No lo entiendo — dijo, mirando con inquietud al joven Fúger:—¿Sabe usted algo?

Otto Fúger no contestó en seguida. En aquel momento aborrecía a cuantos vivían en la casa. Odiaba a los demás por culpa de Ana y también por la del orgulloso Illey, cuya mirada siempre pasaba de largo por sobre su cabeza. Le pareció que los tenía a todos en el puño. Podía tomar venganza contra ellos por haber nacido en el cuarto de un pequeño contable, por ser pobre y trabajar en vano. Contempló el suelo con humilde mirada, e hizo como si sufriera mucho por verse obligado a hablar.

—Me pesa tener que traicionar al señor Cristóbal. Siempre intenté contenerle, siempre le supliqué...

—Pero, ¿qué ocurre a espaldas mías? — y la voz de Juan Huberto surgía bronca y confusamente por entre sus labios lívidos.

Lo supo todo y repitió apenado:

—Juega... Toda la ciudad lo sabe... Pierde... ¿Letras?...—Preguntó horrorizado.—Pero ¿a cuánto asciende?

—Ciento ochenta mil florines...

Juan Huberto se levantó un instante en su asiento y, luego, su cuerpo se desplomó lenta y desgarradamente. Sólo su alto cuello blanco mantenía erguido el aflojado rostro de amarillez de cera. Fué como si envejeciera totalmente en pocos minutos.

Otto Fúger observó cazarramente a su jefe. Fácilmente



pudo leer lo expresado por aquel aspecto de completa derrota.

—No se desespere, señor director. El señor Cristóbal es, en el fondo, un joven recto y piadoso. Tuvieron la culpa las malas compañías. Siempre se lo dije. Esos nobles señores del campo fueron tras él hasta que se ganaron el dinero del rico señor Ulwing. Pero no le castigue, señor director. Prefiero ser yo quien sufra la ira de usted, pues yo soy el más culpable por haberme callado.

Bajó la cabeza con remordimiento, como si aguardara su sentencia.

—Es usted una buena persona, Otto — suspiró, enterrecido, Juan Huberto.

—¡ Salvaremos la reputación de la empresa ! — dijo solemnemente el joven Függer— ; y en cuanto al señor Cristóbal, si me está permitido aconsejar algo, diré que habrá que alejarle de quienes le pervirtieron. Quizás al extranjero...

—¿ Mandarle al extranjero? Sí — Juan Huberto se volvió repentinamente decidido.—También antaño fué el proyecto de mi difunto padre. ¿Aconseja Frankfurt? Bien, sea Frankfurt.

El primer contable no hubiera creído nunca que la cosa resultara tan fácil. Hízose más audaz.

—Se le tiene que mandar entre hombres de pocas pretensiones, entre obreros, hasta que se formalice. Mientras tanto, tal vez le plazca a usted escoger como esposo de la señorita Ana a un hombre de negocios inteligente que participe como socio en la empresa y alivie las preocupaciones que pesan sobre los hombros del señor director.

Aquello era una nueva esperanza. Juan Huberto se ajustó la corbata. «Un hombre de negocios serio al lado de Cristóbal. Alguien que sea de la familia. El marido de Ana»... La imagen de Tomás Illey se introdujo desagradable e inoportunamente entre sus pensamientos. En adelante, era menester impedir que volviesen a encontrarse. La vida ya le

había exigido tanto, que quiso ser él, repentinamente, quien exigiera. Siempre inflexible para consigo mismo, también quería serlo para con los demás.

—Sí, eso me libraría de todas las preocupaciones — observó, como si estuviera deliberando consigo mismo. — ¿El marido de Ana?... ¿Y quién podría ser?

Füger sonrió, dándoselas de humilde. Se quitó las gafas y las limpió, sosteniéndolas cerca del ojo izquierdo.

Sin saber por qué, Juan Huberto pensó en el hijo de Jorge Martín Münster. Carlos Müster traería capital a la firma y también era inteligente.

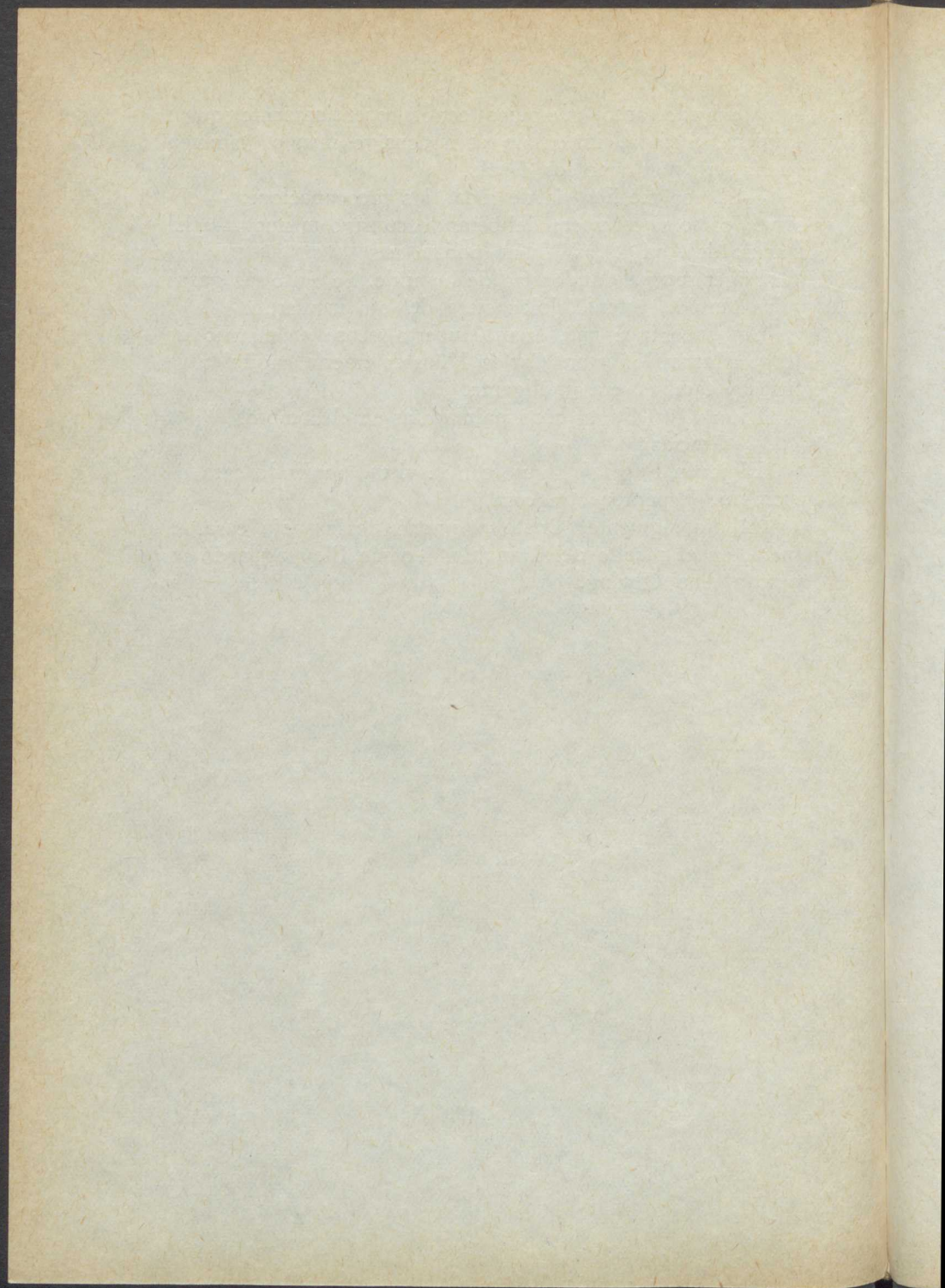
Dió a Otto Füger unas palmaditas en el hombro.

—¡ Gracias !

El joven Füger le siguió con la vista, poniendo cara de asombro. Esperaba otra cosa.

Al día siguiente, Cristóbal partió de la vieja casa. Y fuera, en el muelle del Danubio, Tomás Illey aguardó en vano a Ana Ulwing.





### CAPÍTULO XIII

Las rosas otoñales del patio jardín cubriéronse de escarcha.

La lluvia se acumuló en el canalón, emitiendo un sonido tan lastimero como si alguien sollozara bajo el doble tejado de rústica construcción.

En la calle atardecía gris y tristemente. Las gotas de lluvia resbalaban por los cristales de la ventana del cuarto de estar, como lágrimas que se deslizasen sobre un rostro transparente y grisáceo.

En el antiguo cuarto de los niños, el silencio era total. Ana se había quedado muy sola desde que Cristóbal marchara. Cada tarde, se levantaba numerosas veces de junto al costurero, dirigiéndose sigilosamente hacia la puerta. Abrióla súbitamente: no se hallaba nadie allí. Posaba su mirada en la profundidad de la escalera. La casa callaba. Contaría hasta cien y no aguardaría más. Volvió a contar una centena y miró hacia atrás, desde el umbral.

Durante la velada, cuando Netti encendió la lámpara y Florián hubo cerrado el portalón, los ojos de Ana volvieron a llenarse de lágrimas. Se sentía prisionera. La vida permanecía fuera. Había transcurrido otro día vanamente, y eso que se manifestaba tan prometedor cuando amanecía. Luego habíala torturado con astucia, deslizándose furtivamente sin cumplir una sola de sus generosas promesas.

Tomás Illey no volvió más.

La carita de Ana se tornó sumamente pálida y afilada.



Empezó a sentir miedo. Quizás Illey en ese momento estuviese visitando a otra, o tal vez se hallara enfadado. ¡Le había pedido con tanta seriedad que fuese al día siguiente al muelle del Danubio! Y ella no pudo hacerlo ni siquiera escribirle. Cristóbal tuvo que salir de viaje, y su padre se mostró harto severo con los dos.

«¿Por qué no viene? ¿Dónde podrá estar?» Apretó el rostro contra el cristal de la ventana. La sangre se agolpaba en su corazón cada vez que sonaba la campanilla del portal.

El aldabón de la puerta conocía también la mano de Tomás. La lámpara con pantalla, el reloj bajo su campana; todos decían que le habían visto muchas veces.

Ana volvió el rostro. Los recuerdos la habían herido interiormente. Juntó las manos pareciendo pedir piedad a quien la atormentaba.

Transcurrían las horas. Entró Tini y empezó a echar los naipes bajo la luz de la lámpara.

—Todas tus penas pasarán, palomita — le dijo cuando hubo acabado de leer las cartas.

—Yo no tengo penas—contestó la muchacha, esforzándose en mantener la cabeza erguida.

Oyóse la voz de Juan Huberto.

—¡Ana, hay una visita!

Ultimamente, Carlos Münster pasaba a menudo por la casa. Cada tarde aparecía confortablemente sentado en el cuarto de color verde, daba en todo la razón a Juan Huberto y, cuando no se le ocurría nada, hacía girar pacíficamente los pulgares de sus manazas coloradas.

Aquellas manos la irritaban. Sabían comportarse como las caras humanas; sonrojábanse, palidecían, mientras que Carlos Münster, seguía siempre tranquilo y pleno de aburrimiento, embutido en su chaqueta dominguera excesivamente larga.

«¿Por qué vendrá?», pensaba fatigadamente Ana, mientras permanecía sentada frente a él.

Aquello también lo supo un día. Carlos Münster había pedido su mano a su padre.

—Es una proposición honrosa y ventajosísima — dijo Juan Huberto a su hija—. La casa Münster es una firma seria y de mucho crédito. El joven es inteligente y también posee capital.

Ana le miró sobrecogida y luego la sangre le subió a las mejillas. Había luchado durante toda su vida para reprimir su propia voluntad y siempre fué obediente, pero lo que deseaban entonces de ella hizola rebelarse.

—¡No, jamás!—Su voz resonó tan seca como martillazo contra el acero.

Juan Huberto se sobresaltó. Aquella había sido la voz del arquitecto Ulwing.

«Hablé demasiado pronto; debería haber esperado», pensó con mal humor.

Luego aguardó. Nevaba ya fuera de la casa.

\* \* \*

En las últimas semanas, el rostro de Ana se transparentó más todavía. Se pasaba las noches en vela. Ya no cantaba, ni reía y, durante las largas traspasadas, permanecía sentadita en el cuarto de color verde, mientras su padre trabajaba en el escritorio.

Por quel entonces Juan Huberto ya llevaba lentes. Los alzó sobre su frente mirando furtivamente a su hija. Fué presa de lento temor. Pensó en su propia vida. Jamás había sido feliz, jamás hizo a nadie feliz.

—¿Estás enferma?—preguntó de pronto.

—No...

—¿Te duele algo?

Ana no contestó, pero en sus ojos hubo como una pregunta del porqué la atormentaban. Encorvóse la espalda de Juan Huberto mientras seguía hojeando el libro Diario. Ana oyó su suspiro doloroso.



—¿Hay malas noticias de Cristóbal?—preguntó dirigiéndose al escritorio—. ¿No? ¿Es entonces el negocio?... Habla de él conmigo; también soy una Ulwing.

Juan Huberto cerró el libro que consultaba.

—Si tampoco lo entenderías...

—Pero podría aprenderlo...

—Tú, borda solamente y canta. No tienes por qué saber de negocios, no es cosa de mujeres. Dios os creó para otra cosa—. Aquella frase despertó su conciencia. Se turbó.

—¿Aún no olvidaste a Tomás Illey?—preguntó a media voz mirando al suelo.

—No le olvidé.

Pocos días después, el abuelo Jörg llegó una tarde para llevarla consigo a un concierto. En el coche, el anciano empezó a nombrar a Carlos Münster.

«¿Será, pues, que también él está con los otros?», pensó la joven, mirando con tristeza a su abuelo. Hubo un tiempo en que estuvo encarcelado por defender la libertad de los demás, y ahora, sin embargo, estaba hablando contra la libertad de su nieta.

El gentío ya se apretujaba en la sala de conciertos. Una multitud de velas ardía en las arañas doradas. Sus llamas entretejían el aire con una claridad pálida y amarillenta. El piano aparecía descubierto sobre el tablado. Oíase desde el foso de la orquesta el rumor de los instrumentos afinándose; parecía como si los pájaros de pico puntiagudo pellizcaran las cuerdas.

Unos cuantos periodistas se hallaban de pie cerca de la pared. Ana oyó cómo convenían por adelantado lo que al día siguiente dirían sus respectivos periódicos. En sendas butacas tomaban asiento comerciantes del centro muy conocidos, ricos burguesas, oficiales de uniforme, ancianos sacerdotes y, delante de todos, damas cubiertas de joyas, que llevaban gigantescos miriñaques, así como distinguidos señores magyares en dolimán.

Los farmacéuticos Müller hicieron señas. También estaban allí las señoritas Münster. Al fondo, los que llegaban iban empujando sillas. Algunos tosieron, aclararon sus gargantas, y volvieron las cabezas de súbito hacia el entarimado, como si estuvieran ajustadas sobre un resorte. Luego, hizose un completo silencio.

La mirada de Ana fué desliziéndose por los rostros. La gente produjo en ella la impresión de un estanque vacío que abría una boca muy grande hacia el piano, aguardando que lo llenasen con sensaciones y armonías. Su corazón juvenil rebosaba dolor concentrado y solitario y casi temía que todo ese sufrimiento manase de sus ojos, en lágrimas, al primer compás.

De pronto, volviése inexplicablemente inquieta. Era como si alguien la hubiese tocado de lejos. Miró rápidamente a un lado. La sangre se agolpó en sus venas; su mirada se había encontrado con los ojos tristes y oscuros de Tomás Illey. Las dos miradas sumieron la una en la otra, a través de la distancia establecida.

La sala ondeaba en torno a ellos. Un viva clamoroso resonó con entusiasmo y el ruido de los aplausos conmovió las paredes como la tormenta.

El gran artista se hallaba allí, en el estrado, alzándose sobre los demás. Su larga cabellera blanca onduló en blando movimiento en torno a su marmóreo rostro. Su figura enjuta se inclinó ante el homenaje.

Luego, bajo aquellas manos, el piano empezó a sonar y las notas cantaron, parecieron llorar, bramaron rabiosamente, acariciando, murmurando, sonriendo y perdonando a través del aire. El artista hizo brotar mágicamente del instrumento aquellos sonidos no existentes antes más que en potencia y prestos a morir cuando sus dedos se detuviesen.

La multitud callaba, conteniendo el aliento, hechizada. Y la música seguía manando con fuerza irresistible, con soberana energía. Sonidos forjados al fuego abrieron paso, y



los minutos creadores de Beethoven, Sebastián Bach y Weber cobraron vida, pues podían ser resucitados a placer por el artista cuya magia era siempre nacimiento de dioses.

La «Apassionata» de Beethoven llevó a Tomás, por encima de las cabezas humanas, montada en grandes alas brillantes, el alma de Ana Ulwing, pareciéndole a ésta que el impulso de las olas musicales les arrastraba sumergiéndoles en un mar infinito y centelleante.

La sala volvió a retumbar. La gente se puso en pie. Algunos se lanzaron hacia el escenario y allí siguieron aplaudiendo.

El artista empezó a tocar una composición propia. Entonces, como si una llama se hubiese encendido en el rostro de mármol, el fuego se comunicó a su frente, brotó por sus ojos y el artista creador se tornó deletéreo, esfumándose entre su música.

Ana miró hacia el piano. Aquello era distinto de lo que siempre oyera. Antiguas palabras agitóronse en su memoria... «Se tiene que crear como un Dios, hasta se debe crear nueva arcilla».

Volvieron a aplaudir, pero pareció como si los aplausos se hubiesen vuelto repentinamente más cautos. Se dirigían al virtuoso y no al creador.

«No le entienden», pensó abatida Ana. «Esta música aún no puede ser admirada sin reservas. Ha llegado demasiado pronto...», y las palabras de Adán Walter acudieron otra vez a su mente.

Luego se olvidó del todo. Su mirada buscaba a Tomás entre la muchedumbre que se agolpaba para salir. La gente se daba empujones en el calor polvoriento de la guardarro-pía. Las portezuelas de los coches chirriaban ante la salida. Una voz ronca llamaba por su nombre a los cocheros.

Ana vio a Florián y le hizo señá. Ulrich Jörg ya estaba sentado en el coche.

—Quisiera ir andando—dijo rápidamente la joven—. El



viejo tenía sueño. Los caballos del carruaje que les seguía no quisieron quedarse detenidos en el frío y continuaron adelante. La portezuela se cerró con un chasquido. Ana se sintió libre, entonces.

—Vamos...

Asombrada, la bonachona y ancha cara de Florián se volvió un instante hacia ella. Luego se puso a seguirla obedientemente, sobre la nieve.

En la esquina de la calle, bajo un farol, había una persona inmóvil que observaba, escrutadoramente, las ventanillas de los coches que pasaban. Dejó repentinamente de mirar los vehículos. Contempló a Ana con ojos tristes y profundos. Se quitó respetuosamente el sombrero y dejó que la nieve cayese sobre su rostro enjuto.

Cogiéronse con fuerza de la mano; el silencio fué en sus almas como ese instante entumecido y temeroso de alegría, durante el cual un dolor físico que nos atormentaba cesa bruscamente.

El ruido de los coches se dispersó rodando y alejándose por las calles. Aún estallaba una que otra risa lejana por entre las voces humanas que iban perdiéndose. Luego, sólo la nieve descendió en copos lentos y brillantes. Y, por un acuerdo tácito, los dos emprendieron el camino uno al lado del otro a través del blanqueado terreno.

Ana no sentía el frío. La piel de zorro había resbalado por sus hombros desnudos y sus zapatitos se hundían en la nieve. Illey la miró con arrobó y luego hizo un esfuerzo sobre sí mismo. Quiso parecer tranquilo, pero su voz surgió de sus labios extrañamente quebrada.

—Cuando vi los anuncios del concierto, empecé a sospechar que nos encontraríamos. Todo ha salido más maravillosamente de lo que podía esperarse.

Ana se dominó.

—Entonces, ¿no ha sido enteramente por la música por lo que acudió usted allí?—preguntó a media voz y sonriendo.



—Jamás voy a los conciertos—dijo con franqueza Tomás Illey—. No comprendo la música clásica.

Ana se volvió hacia él casi asustada.

—¿Así, tampoco comprendió lo que yo canté por usted?

—No entendí su música, sino aquello con lo cual se volvió música.

Embrolláronse los pensamientos de Ana. Hasta entonces, había creído que los dos se hallaban y permanecían juntos en la música... Y Tomás estaba diciéndola que no comprendía el único idioma que su alma y su sangre sabían hablar. Era igual, todo importaba lo mismo, con tal de que se hallase allí, de que pudiera estar a su lado.

Echó el cuello hacia atrás, y, entornando los ojos, miró al hombro de Illey tan anhelosamente como si hubiese querido construir en él, con la mirada, un nido para su cabecita.

Tomás se puso a caminar con gran lentitud. Súbitamente, Ana divisó también el farol con la llama amortiguada situado frente a la casa Ulwing.

—Hacía tiempo que anhelaba esta hora de hoy—dijo bruscamente Illey—; también la buscaba en la isla, cuando la estuve aguardando tanto tiempo. Y vinieron las estrellas, y el barquero hizo una pequeña hoguera. Volví al día siguiente. También tiré muchas veces de la campanilla de su portal. Vi su rostro a través de los cristales, la oí tocar el piano y, sin embargo, me dijeron que no había nadie en casa. Florián miraba el suelo cuando lo decía. Comprendí. No querían que fuese.

—; No obstante, como le estuve esperando!... —Había tanto dolor en la velada voz de Ana, que todo se hizo repentinamente claro para Illey.

En aquel instante, llegaron a la casa. Ya caminaban tan despacio, que casi permanecían en el mismo sitio y a pesar de ello la distancia iba disminuyendo. La puerta había surgido de la pared y se les acercaba sombríamente, apresurándose, por encima de la gran alfombra de nieve. También la

acompañaban las dos cariátides. Asomábanse plenamente por debajo de la cornisa de piedra y les contemplaban desde lo alto.

La puerta les detuvo, como por efecto de una sacudida. Habían llegado al término de su camino. El corazón de Ana se paralizó de temor. Un minuto más y ya no se verían.

Florián dejó caer la llave del portal. Hurgó lentamente, muy lentamente en la nieve, sin levantar ni una vez la vista.

Tomás Illey se inclinó hacia Ana.

—Ya no podemos vivir el uno sin el otro—y la besó la mano.

La nieve caía silenciosamente y, a través de su alba cortina, ambos se miraron en los ojos sin decir una palabra.

Al subir la escalera, Ana se llevó a los labios el beso que Tomás había depositado en su mano.

Al día siguiente se lo dijo todo a su padre, y cuando por la tarde sonó la campanilla, Florián abrió la puerta a Tomás Illey con sonriente semblante.

Ana oyó sus pasos. Pasaron ante su puerta y siguieron el pasillo hacia el cuarto de color verde.

Tomás Illey habló poco. Sus palabras fueron graves y decididas. Juan Huberto le atendía de pie y sólo le brindó asiento después de oírle.

—La proposición es honrosa...—Recordó de repente que había empleado las mismas palabras con Carlos Münster. Tosió y luego lo dijo todo concienzuda y precisamente como había decidido de antemano. Habló de los perjuicios causados por el incendio, de los malos años que atravesaban los negocios, de la dote de Ana. Su voz se hizo algo más débil.

—Es sumamente lamentable, pero no puedo retirar capital de la empresa. Su dote tiene que quedar en la casa. Así lo había decidido mi difunto padre y no puedo apartarme de ello.

Illey le interrumpió con un ademán.

—Estas cosas atañen sólo a la señorita Ana.



Juan Huberto le miró con irreprimible asombro. La fascinación del antiguo nombre de Illey empezó de nuevo a impresionarle: ya no se reclinaba en la silla. Estaba sentado firme y solemnemente y lamentaba haber hablado hasta entonces en tono tan comercial.

—Pero bien, tengo entendido que la propiedad de los Illey está en manos extrañas—dijo, escogiendo sus palabras con cautela.

Illey apartó la mirada. Sintió que había estado envaneciéndose ante el otro y se avergonzó. Ese viejo hombre de negocios le recordaba lo que primero le había empujado hacia Ana. Sería inútil que lo negara, pues por entonces pensaba a menudo que los Ulwing eran ricos y que la propiedad milenaria de Illey podría tal vez volver a ser suya. Buscó una excusa por lo que había pensado tiempo atrás en su afán de poseer tierras. Había una esperanza y la rechazó.

Juan Huberto le miraba, aguardando su respuesta.

—¿Y el señor Illey no pensaría de verdad en rescatar sus propiedades?

Muchas palabras orgullosas y desinteresadas acudieron a la mente de Illey. Alzarse por encima de todo y hasta por encima de sí mismo. No pedía nada, sino sólo a Ana, que era lo que amaba. Volvió su señorial rostro hacia Juan Huberto. Le miró abiertamente a los ojos como si prometiese algo:

—Ya no pienso en la recuperación.

Juan Huberto se informó cortésmente de su familia.

Tomás daba pausadas vueltas al anillo blasonado que llevaba en un dedo. Empezó a hablar de su padre. Una enfermedad del corazón lo llevó tempranamente al sepulcro. Su madre le había seguido luego y la propiedad fué vendida en pública subasta. Sólo quedó un bosque en la marisma, no adquirido por nadie, y también un poco de dinero. Quiso aprender a trabajar y por eso fué a la ciudad. Intentó recuperar sus tierras por sus propias fuerzas, pues ellas le die-

ron el nombre o su familia se lo dió a ellas. En todo caso y sea como fuere, pronto haría mil años que las tierras de Ille y los Illey estaban unidos en carne y espíritu.

Tomás miró abatido ante sí. Pensó que también él era alcanzado por la suerte lamentable de los nietos de aquellos vice gobernadores.

—Como los demás, me hice jurista—dijo en voz leve—. Me he entregado a la política y no he aprendido a trabajar por dinero. Es esto algo que llevamos en la sangre, pues la nobleza magyar sólo deja de considerar el trabajo como una vergüenza cuando es gratuito. Quienes de los nuestros vendieron su esfuerzo por dinero, eran mal considerados; en cuanto a los puros, se arruinaron.

Juan Huberto aprobó distraídamente con la cabeza. Se había tranquilizado por completo desde que resultaba seguro que Tomás Illey no quería separar de la empresa la dote de Ana. Le tendió la mano.

—Está bien. No piensa en rescatar Ille, ni intervendrá en los negocios de la empresa. Ahora podemos examinar los libros y el balance.

Tomás se sonrió. Él sólo quería ver a Ana. Juan Huberto abrió la puerta del gabinete: allá dentro todo era calor y luminosidad.

\* \* \*

Con la nueva primavera, la tierra y el cielo se volvieron también cálidos y claros en torno de la vieja casa. *Manzell* Tini colocó el velo coronado sobre el cabello de Ana y ésta, como una blanca nube, flotando por los viejos aposentos, rozó las paredes y las puertas. Ana besó a su padre.

—Gracias—le dijo sencillamente—; soy tan dichosa.

Los ojos de Juan Huberto se humedecieron de lágrimas. La vida no le había dado más que aquello...

En el pasillo estaban el viejo Füger, doña Enriqueta, con



su cofia almidonada, y el señor Gemming. El pequeño Fannerlein se enjugaba los ojos, conmovido. De todos ellos, fué Otto Füger quien se inclinó más humildemente ante Tomás Illey.

Allá arriba, en lo alto, por encima de los tejados, hablaba gravemente la campana de la iglesia de Lipotváros que tantas veces dijera algo sobre el destino de los Ulwing. Y, cerca de la puerta, las dos cariátides miraron al coche tapizado de blanco.

La bóveda de la puerta repitió una vez más para sus adentros lo que decían las ruedas y luego la casa enmudeció. Ana se había llevado su reír suave para el viaje de bodas. Todos, hombres y días, volviéronse silenciosos.

Juan Huberto estaba solo por completo. Recibió una carta de Cristóbal y otra de Ana. Leyó muchas veces las dos, se sonrió y entornó los ojos. Entonces siempre tenía sueño. Miró su reloj. Aún era temprano para marchar a dormir. Empezó a caminar en todos sentidos por las estancias solitarias.

La luz de la lámpara del cuarto de color verde iluminaba el comedor. La del farol callejero subía hasta el gabinete y se proyectaba contra el techo. El antiguo dormitorio infantil se hallaba completamente oscuro.

Juan Huberto llevó sus manos a la espalda y anduvo despacio a través de claros y tinieblas. Evocaba su vida. Todo en ella, fué exactamente igual, pero en aquel momento en que miraba tras de sí, hacia el pretérito, las negruras parecían cada vez más frecuentes y densas.

No comprendió por qué pensaba en tales cosas, precisamente aquel día en que su cabeza sentía tanta pesadez. Se le ocurrió por un instante mandar a buscar al médico, pero también estaba demasiado cansado para ello.

Mientras daba vueltas lentamente a la llave de su reloj, sintió un mareo; a pesar de ello, colocó concienzudamente en la copa de alabastro todo lo que tenía en los bolsillos: sus llaves, su cortaplumas y la petaca guarnecida de perlas,

que solía llevar por costumbre, a pesar de tenerla siempre vacía, pues también había dejado de fumar en los últimos años.

El día siguiente fué domingo. No salió de su cama. Tini entraba de vez cuando y preguntaba si quería algo. Abría los ojos, hacía un ademán negativo con la cabeza, pero no decía nada.

El protomédico Gárdos le tranquilizó:

—Ya pasará; no es más que un poco de cansancio—. Y recetó nuez vómica.

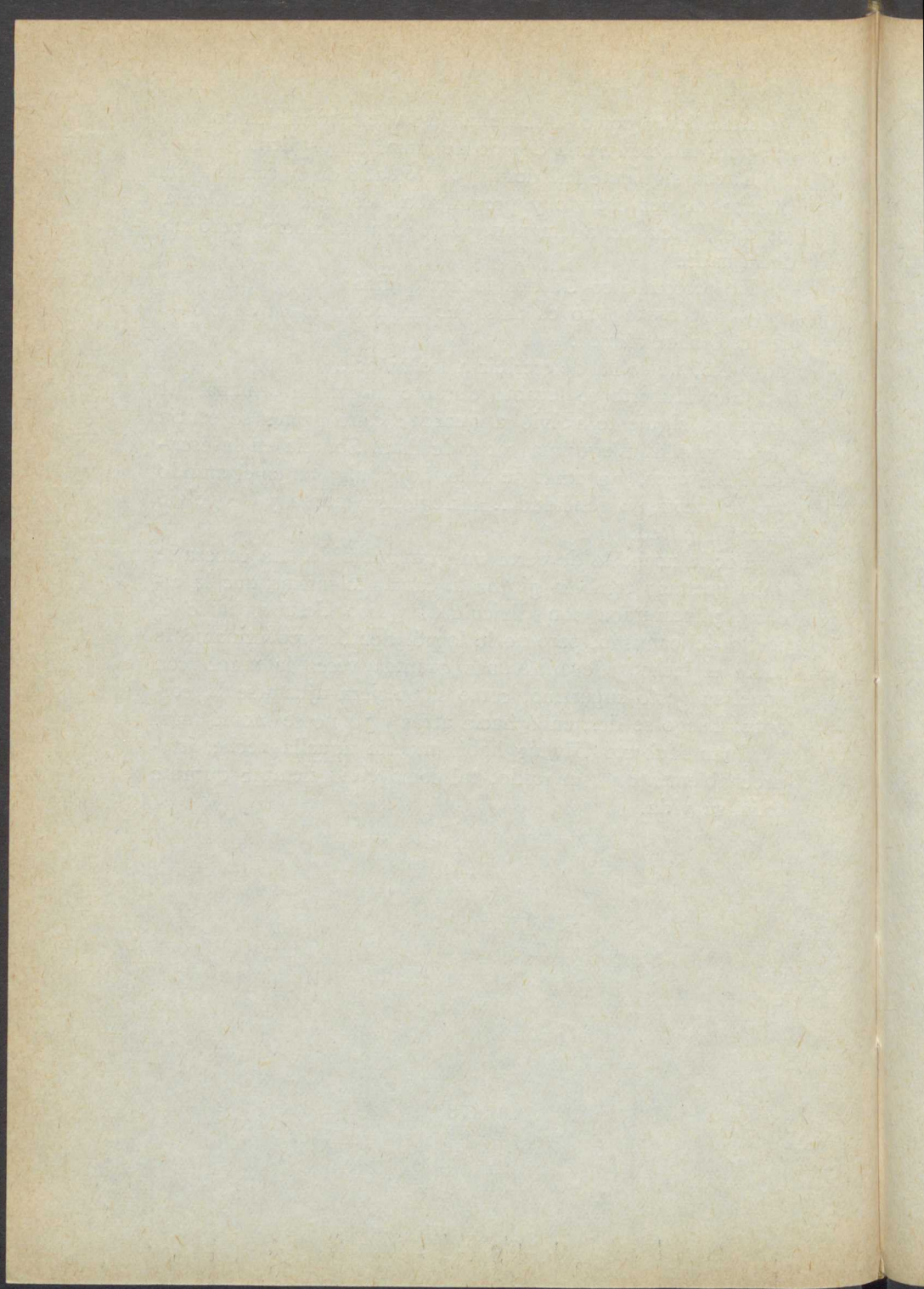
—No, no se ha de escribir a los niños...

Juan Huberto se levantó durante la misma semana. El domingo siguiente volvió a guardar cama, pues se sentía mejor en ella. Llegó una carta de Ana. Sonreía en la escritura. Así pues, y a pesar de todo, había alguien en el mundo que le debía su felicidad... Arregló su manta y se volvió hacia la pared.

Por la noche le despertó un gran zumbido. La cabeza le daba vueltas; también giraba la cama, lo mismo que la alcoba, y respiraba con dificultad. Quiso desabrocharse el cuello del camisón, pero no lo logró. Sentóse repentinamente sobre el lecho y levantó unas cuantas veces la mano con aquel su gesto superfluo, como si quisiera ajustarse la corbata. Luego se derrumbó hacia atrás y ya no se movió más.

Juan Huberto Ulwing había muerto aquella noche, irremediablemente y sin ruido, tal como vivió siempre durante toda su vida.





## CAPÍTULO XIV

La casa estaba vacía y el silencio anidó entre sus muros. El pasillo parecía recordar, añorándolos, aquellos tiempos en que unos pasos lo seguían en toda su extensión. El tic-tac del gran reloj de caja resonó por todos los aposentos y ningún ruido podía interceptarlo.

Así fué como Ana halló su mansión cuando regresó con su esposo de aquel viaje interrumpido, semejante a un ensueño que no se hubiese terminado aún.

Días insensibles. Palabras quedas. Inocentes y pudorosos temores. Luego se acostumbró a estar en brazos de Tomás. La noticia de la muerte de su padre la despertó del éxtasis y no pudo seguir gozando de su ensueño. Nunca más fué posible continuar, porque llegó algo nuevo.

Vino la vida y transcurrió el primer año.

En la vieja casa, el silencio volvió lentamente a serenarse. En ocasiones, los aposentos empezaban a reír tímidamente. Pero cesaban de súbito sus tímidas risas, medio avergonzados, como si recordaran a aquellos que habían cruzado el portal para no regresar nunca.

Y pasó un año más.

Las paredes amarillas de la vieja casa estaban ardientes de sol. En el patio jardín, sobre los macizos, se alzaban rosales empenachados y guirnaldas de flores.

Los cuartos se reían ya libremente con risa sonora e infantil. Y la casa sonreía íntimamente como un portentoso anciano que se rejuveneciese de pronto.



En aquellos tiempos, Ana cantaba cancioncitas maravillosas. Jamás las había aprendido, nacían de ella y sus palpitaciones soñadoras eran como el balanceo de una cuna. Luego alzaba a su hijo con aquel ademán maternal —todavía más bello que el amoroso— que sus brazos habían ansiado secretamente desde hacía tiempo. Y, mientras tanto, pensaba que aquello era lo que ligaba a la humanidad: cadena inacabable, bendita; cadena de brazos femeniles que se tendía sobre la tierra; cadena infinita que principió con la primera mujer y acabaría con la última criatura.

—Mamá — balbuceó el pequeño Jorge. Ana repitió musitando el nombre que había recibido y que jamás pudo dar a su madre, y miró hacia el retrato descolorido de doña Cristina.

Escuchó. La puerta abrióse allá abajo. Unos pasos se acercaban a través del pasillo...

—¡Tomás, cuánto te he aguardado! — hubiera querido declarar otra vez con pasión acrecentada. Quiso decirle que le amaba; pero las palabras tuvieron vergüenza y se trocaron en su boca. Se inclinó hacia su esposo, como aguardando su beso.

Illey no lo notó, ocupado como estaba en otra cosa. Se puso a leer una carta.

—Viene de casa...

—¿De casa?...—¿No sería éste su hogar? La cabeza que Ana tenía ladeada en dulce gesto de entrega, se alzó lentamente.

Tomás no oía ni veía nada cuando pensaba en Ille. El antiguo ecónomo, el maestro de los graneros, el baillío, el capellán, todos los que estaban necesitados se dirigían a él, como si continuara siendo el señor de Ille. Y él se dedicaba a sus asuntos y le brillaban los ojos cuando hablaba de ellos.

Ana le miró sin moverse. Era de nuevo presa de aquella repetida sensación de la cual no lograba librarse cuando Tomás hablaba de Ille. En tales momentos tenía la impresión

de que su marido huía de ella, de que se alejaba y vivía en otro sitio.

—Tomás... —dijo en voz queda, como si quisiera hacerle regresar.

Illey sonrió distraídamente. Siguió leyendo la carta. El rostro de Ana se volvió serio y ceñudo. La ternura que poco antes irradiaba de ella espontáneamente, tornó a recogerse doloridamente en su corazón. Quiso marcharse.

—No, no te vayas. Ven aquí, lee esto...

Pero Ana no se acercó. Mantuvo la cabeza erguida. Quería recobrar el equilibrio después de aquel inútil gesto de entrega.

—Deja, Tomás; si ni siquiera conozco a aquella gente—. Y hubo en su voz antipatía hacia ellos.

—¿Por qué lo dices así? —dijo el marido volviéndose hacia ella con gesto de reproche. La voz de Ana había vuelto a desvanecer aquella esperanza latente en su alma que lo retrotraía a Ille, ilusión que volvía siempre de nuevo a enseñorearse de él en contra de su propia voluntad. Si se lo expresase todo, si pudiera explicarle que cuanto concernía a Ille tenía raíces en su corazón y que anhelaba poseer su tierra, ¿lo comprendería? Las palabras adquirieron forma en su cerebro con tanta fuerza, que casi las oía. Le causaron una impresión humillante, como si mendigaran. Sintió que jamás podría pronunciarlas.

En aquel instante Ana vió en la mirada de su esposo, dureza y soledad.

—¿Por qué te has enfadado, Tomás? —Sus ojos vagaron sobre la carta de Ille. —¿Es que no lo entiendes? Tan sólo lo dije por decirlo. ¡Todo eso me resulta tan extraño!

—¡Tienes razón! —Illey se sonrió levemente, con amargura. Comprendió de improviso y con toda claridad lo ajenas que eran a Ana todas aquellas cosas de su pasado vi-



vientes en su sangre. Era extranjera con respecto a su pasado, y tal vez también quería seguir siéndolo.

Con su silencio, ambos experimentaron la sensación de haberse separado, cuando, en realidad, no se habían movido. Luego fué Tomás quien se retiró. Ana le siguió con la vista.

En los primeros tiempos de su matrimonio olvidaban en un abrazo estas pequeñas incomprensiones. Luego bastó con que oyeran el débil llanto impotente de su hijito, en el cuarto contiguo, para que todo desapareciera y corriesen a encontrarse cogiéndose de la mano al transponer el umbral.

Ese día los dos permanecieron solos. Las palabras pronunciadas quedaron frías en la memoria de Ana, inquieta por las que no fueron emitidas. Jugó distraídamente con su pequeño. Buscó titubeando en el cajón de su costurero y también dejó de hacer aquello. Quiso entrar adonde estaba su esposo, reclinar la cabeza sobre su hombro, preguntarle y contestar, para que no hubiera entre ellos nada turbio y agobiador.

Pero Tomás tenía visita. La voz de los caballeros que se hallaban en el cuarto de color verde oíase hasta en el comedor y también se notaba el olor de sus pipas. Hablaban de las paces entre el rey y el país, de la coronación y de quien había sido coronado, así como del parlamento y de grandes reformas en la nación.

Mientras la constitución estuvo en vigor, Illey entró al servicio del estado; trabajaba en el Ministerio de Agricultura. Ana oyó que allá, en la pieza contigua, estaba diciendo algo sobre cultivos más intensificados.

¡ Con cuánta clarividencia y calma hablaba Tomás, y eso que todavía tenía ella el corazón tan lleno de tristeza ! La risa de su marido estalló de repente a través de la puerta entornada y sus cejas se contrajeron como si la hubiesen ofendido.

En aquellos tiempos, Tomás Illey empezó a salir de cacería con mayor frecuencia. Le llamaban sus amigos, los propietarios rurales. También había mucha caza allí abajo, en Ille, lo mismo que en su bosque pantanoso. Cuando se libraba del despacho, cogía su escopeta y se marchaba. Luego regresaba a casa de buen humor y con la cara tostada por el sol.

En el antiguo armario del cuarto verde donde antaño el arquitecto Ulwing guardara sus planos, no había sino armas. Arriba del diván, un cuadro inglés de montería pendía en el lugar de la pared donde antes colgaban los retratos de Fischer von Erlach y Mansard. En las pequeñas concavidades del escritorio de múltiples cajones, había cartuchos. Ante el reloj de caja estaba presente un cuchillo de caza artísticamente trabajado.

A veces, Ana experimentaba la sensación de que Tomás no amaba la casa, ni el cuarto de color verde, ni los viejos y mullidos sillones tapizados.

—Mira, Ana, estas sillas en torno de la mesa están aquí como gruesas matronas en el mercado. Apoyan sus brazos en las caderas y casi revientan de bienestar.

Rió tranquilamente.

—¿Será posible que no veas lo ridículas que son? En casa, en Ille, había también una butaca como éstas en el cuarto de los niños. La llamábamos *Frau* Mayer y le colgábamos una cesta en el brazo.

Ana se sonrojó un poco y acarició, conturbada, la tapicería de rayadillo.

—Nos ofenden — dijo, como si hablara con la butaca—, y eso que las dos estamos tan unidas—. Recordó de pronto la escalera de la casa Geramb, Berta Bajmóczy y su antigua



ofensa, su ira de entonces... Y luego, como si la voz de su abuelo sonara en su memoria: «Soy ciudadano libre»...

Alzó la cabeza, flexionando hacia atrás su cuello juvenil, casi orgullosamente.

—¡Cuán bella eres así!—dijo Tomás con alterado acento.

Estremeciéronse los hombros de la mujer. Aquella era la voz de otro tiempo, acariciándola como un contacto. Miráronse el uno al otro y Tomás la envolvió con su abrazo.

Ana sintió que todos sus pensamientos y ella misma desaparecían entre los brazos de su esposo. Echó atrás la cabeza, pero ya no con ademán de orgullo, sino con ese gesto femenino y eterno en el cual se encierra la victoria del vencido.

—Amor mío...

Luego quedaron abrazados estrecha y largamente, refugiados en el gran silencio de sus escasos y mágicos encuentros. Cuando hubo transcurrido la quietud, finalizó también la fusión de sus dos seres y cada cual volvió en sí mismo.

Por la tarde del día siguiente Ana fué corriendo por la casa con un telegrama en la mano, rebotante de alegría su voz:

—¡Es de Cristóbal!

—¿Sigue en Baden-Baden? — preguntó irónicamente Tomás.

—Llega esta noche.

—Ya era hora...

Ana miró repentinamente abatida ante sí. Siempre advertía cierta irritación en la voz de Tomás cuando éste hablaba de Cristóbal y aquello le causaba dolor. Por cierto que Cristóbal había estado viajando mucho desde la muerte de su padre, pero Otto Füger le informaba de todo y trabajaba cuando estaba en casa.

El negocio debía ir bien, puesto que en la casa había más lujo que nunca. En vez del antiguo entarimado, Cris-

tóbal había hecho enladrillar el suelo. En la escalera habían tendido una alfombra y en la cuadra había dos pares de caballos de tiro. Ya era un criado quien servía a la mesa en lugar de Netti y el portero Florián abría la puerta vestido de librea. Para la casa, Ana recibía tanto dinero como necesitaba y no entendía de más. Pero, ¿por qué callaba Tomás, si no estaba satisfecho? Hubiese sido obligación suya hojear los libros de la empresa. ¿Por qué se apartaba de todo?

Ana creía que despreciaba el negocio y, como en sus pensamientos la empresa y el nombre Ulwing no formaba más que una sola cosa, veía una ofensa sorda y reprimida en la indiferencia de su marido. Durante los primeros tiempos habló varias veces de aquello con Tomás. El siempre callaba herméticamente.

Se volvió hacia él, pero su esposo se le adelantó, como si hubiera adivinado sus pensamientos:

—Dejemos eso, angelito. No quiero inmiscuirme en los asuntos de la firma Ulwing—. Recordó lo que dijo a su suegro al pedirle la mano de Ana. Uno debe cumplir hasta con lo que no se prometió. Tendió los brazos y atrajo a su mujer sobre sus rodillas.

—Quedémonos juntos; salgo de viaje al atardecer y mañana estaré de cacería.

Ana enlazó el cuello de Tomás. Por mucho que le hubiese gustado, no pudo pedirle con palabras que no la dejara sola. Pero sabía aquel día algo que seguramente le retendría. Le sonrió, mirándole a los ojos.

—¿Sabes qué día es mañana?

Tomás exclamó de buen humor.

—¡Cómo no había de saberlo!... Mañana es domingo y puedo ir de caza.

—Es el tercer aniversario de nuestra boda —dijo Ana con voz queda.

—¿De verdad? ¿Mañana? —Los ojos de Tomás se volvieron cálidos de agradecimiento por aquel recuerdo, y



la estrechó fuertemente contra sí. Sintió el cuerpo esbelto de ella en abandono total sobre sus rodillas. Su fresco rostro se juntó cariñosamente al suyo. Su cabello desprendía un olor a violeta que le turbó...

«No dice que se queda en casa, no dice nunca nada» — pensó Ana. Aquellos mimos que recibía su cuerpo llegaban a humillar su alma. «Siempre esto... no lo preciso». Apartó bruscamente a su esposo y se arregló el cabello.

Tomás sintió un helado vacío en su regazo. Aturdido, miró un instante al aire y luego se recobró. Su amor era deseo señorial y no anheloso mendigar. Sus cejas se fruncieron con obstinación.

—¿A qué hora sale tu tren? — preguntó Ana, y quedó fatigada por el esfuerzo que hizo para parecer indiferente.

Illey oyó la voz de su mujer como si fuera del todo extraña: «No me retiene. Me rechaza». Su rostro volvióse de golpe sombrío y hostil al recordar el deseo humillado. Sacó su reloj. Volvió a ponerlo en el bolsillo sin haberlo mirado. Se apresuró. Sacó sus armas. Un reminiscente aroma del bosque emanó de la bolsa de los cartuchos. Las correas de cuero crujieron finamente, lo mismo que cuando, allá lejos, rozaban unas contra otras sobre su hombro, y sus pensamientos ya no estuvieron en la habitación, sino que anduvieron errantes, por la gran tierra libre, bajo el sol.

Ana cruzó la puerta sin decir nada.

Al atardecer, mientras mecía a su hijito, pensó en otros cumpleaños anteriores... ¿Desde cuándo se había vuelto tan distinta la vida entre Tomás y ella? Habría cambiado lentamente y por esto ella no lo advirtió.

El niño dormía. Ana entró en el gabinete y, después de largo rato, sentóse inconscientemente al piano. Sin tocar ni cantar, descansó la cabeza en él como si la reclinara contra el hombro de algún ser querido.

Al llegar Cristóbal la sorprendió allí, cerca del mudo instrumento.

Ana miró casi espantada a su hermano. ¡Cuánto había cambiado en los últimos tiempos! El traje a la inglesa pendía sobre su cuerpo. Su antigua hermosa cabellera de reflejos plateados habíase vuelto muy escasa alrededor de las sienes profundamente deprimidas y venadas de azul. Las claras pestañas parecían pesar sobre los ojos lánguidos.

—¿Y Tomás? Así... ¿está de caza?

—¿Estuviste enfermo? — preguntó Ana mientras se sentaba frente a él, cerca de la mesa del comedor.

—¿Por qué lo crees? No, fué poca cosa.—Cristóbal comía velozmente y, mientras tanto, hablaba casi atropellándose—. No tengo nada, sólo que mis nervios son malos, y eso que los voy a necesitar. Quiero emprender grandes cosas. He aprendido muchas novedades. Se precisan nervios para realizarlas.

Encendió un cigarro; la cerilla se movía de manera peculiar entre sus dedos.

—Antiguamente, toda la vida se apoyaba en los músculos del hombre y aquéllos eran desarrollados con la educación. Ahora todo se apoya en los nervios y nadie se ocupa de ellos—. Ladeósele algo la boca.—Díme, Ana, ¿también sientes tú a veces como si unas finas cuerdas tirantes vibrasen en tu cuello, hasta el cerebro?

—No, no siento esto—dijo Ana, al tiempo que le miraba fijamente.

Cristóbal rió, confundido.

—Si tampoco lo siento yo; sólo que oí hablar de algo parecido. Un amigo mío, sabes... los nervios.

Ana estrujó convulsivamente sus manos enlazadas, pero su rostro pareció tranquilo por completo.

—Díle a tu amigo que está enfermo y que se cuide.

Cristóbal lanzó al aire el humo de su cigarro.

—Los viejos eran más resistentes que nosotros. Nuestra generación ha recibido demasiadas impresiones fuertes en su juventud. ¿Recuerdas la granada que se abatió contra



la casa? Y el fuego... Tales cosas quebraron a los que eran débiles e hicieron más potentes a los cuerpos vigorosos que había entre nosotros. Tú te volviste más fuerte. Es bueno para tí y hasta resulta un bien vivir a tu lado, por lo segura y tranquila que eres

—Quédate, pues, siempre conmigo, Cristóbal.

—Sí. Y, dime, ¿no te asustas nunca de noche? ¿Sí o no? ¿Y tampoco tienes la impresión, cuando te hallas sola, de que alguien está a espaldas tuyas? ¿Que se encuentra de pie cerca de la pared y observa lo que haces?

Ana clavó la mirada en los ojos de su hermano.

—Pero si son locuras...

—Hadas de la estufa y ratones del piano — dijo Cristóbal, y sonrió fatigosamente mirando hacia el cuarto de color verde. — ¿Y el pequeño Jorge? — rió con alegría forzada: — Ya debe ser todo un hombrecito. Le traigo un caballo de París. Lleva una máquina dentro; se le tiene que dar cuerda como a un reloj y luego corre. ¡Qué maravillas inventan actualmente los hombres!

Se puso a charlar de ciudades, de viajes, del Emperador de Francia, de la lonja parisina, de los vestidos de la emperatriz Eugenia... Mientras tanto, fumaba un cigarro tras otro; el cansancio desapareció de su voz y sus ojos cobraron más vida. Al bajar la escalera, lo hizo silbando. Ana le oyó claramente, pero no pudo sosegarle.

Cristóbal ocupaba la planta baja desde que su hermana se había casado. Había escogido dos piezas de las antiguas dependencias de la oficina, pues éstas estaban vacías desde que el negocio principal se redujo un tanto. Había flores sobre el armario de tres cajones del profundo cuarto abovedado. Sabía que Ana era quien las había colocado allí, así como el tapetillo de encaje de la mesita de noche. Alegróse un momento de estar en casa y dejó dicho al ayuda de cámara que no le molestasen por la mañana: quería dormir. Entonces recordó que al día siguiente tendría que trabajar

con el primer contable. Mientras estuvo de viaje firmó muchas letras en blanco para que Otto Fügner pudiera enviarle fondos. En Baden-Baden perdió dinero sin cesar y su estancia en París también había agotado sus bolsillos. Al día siguiente tendría que sumarlo todo. La completa ignorancia era cosa confortable y no le gustaba nada el próximo instante de las aclaraciones.

Quiso ahuyentar sus pensamientos, pero eran como las avispas y volvieron a fin de aguijonearle.

¿Y el negocio? ¿Cómo habían marchado las cosas mientras estuvo fuera? Los informes semanales estaban en su baúl. Jamás tuvo tiempo de leerlos hasta el fin. No importaba. En París había estado estudiando la lonja. Se podría ser rico en una jornada. Sólo se necesitaba sangre fría. No había que temer. ¡Cuánto dinero vió allí! ¡Cuánto!...

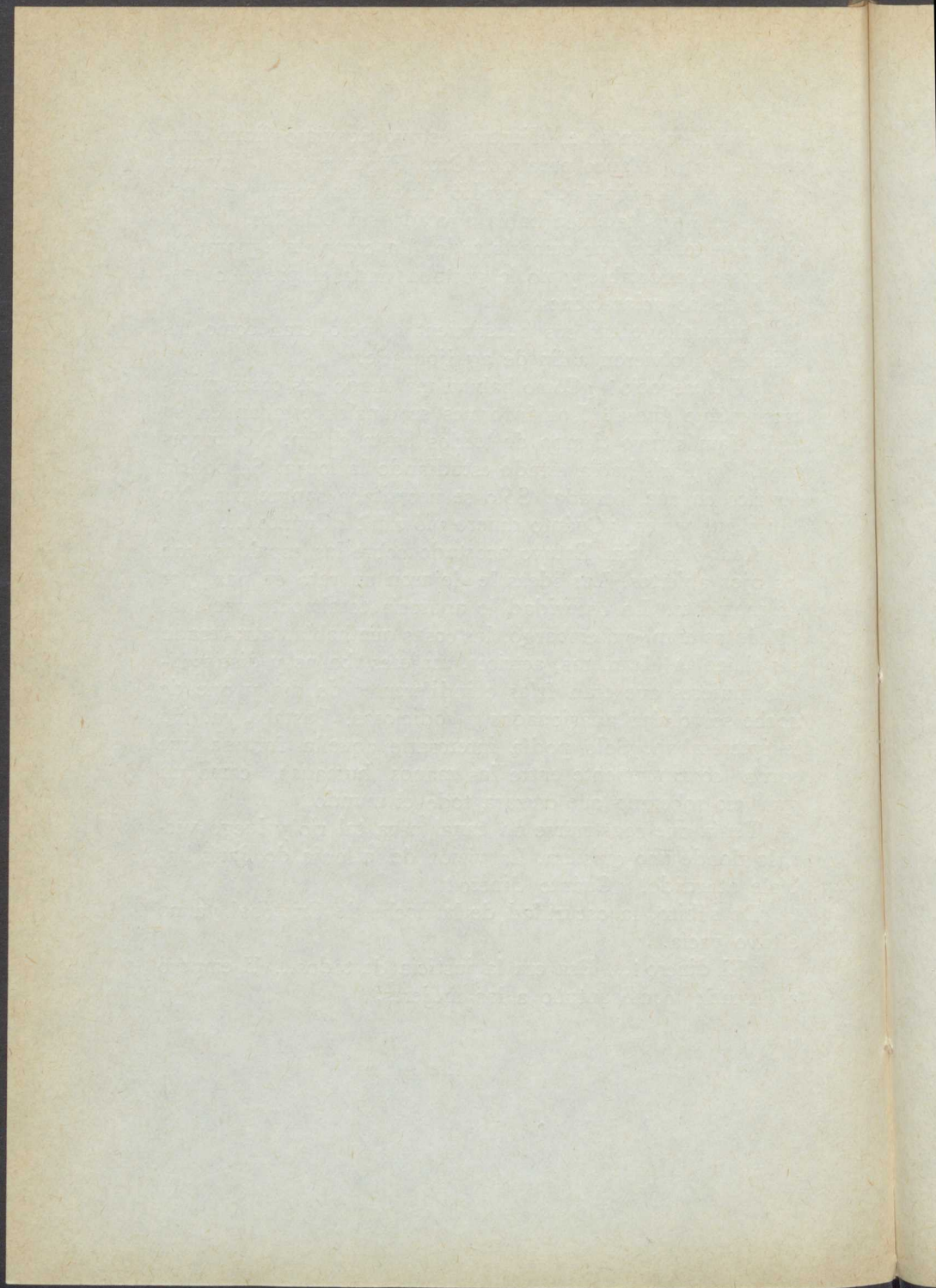
Apagó la vela. Estuvo acostado sobre las espaldas, con los ojos abiertos. Las ideas le dejaron un rato en paz, por un momento. La oscuridad le aparecía totalmente vaciada. ¡Cuántas eran, sin embargo, las cosas que habían atravesado sus tinieblas! Rameras, actrices, mujeres, bellas y distinguidas mujeres que eran frías e indiferentes de día y que de noche se volvían apasionadas y codiciosas. Bastaba ya. No le interesaban. Sólo podía interesarle aquella fortuna que corría continuamente entre las manos humanas, como un gran río soberano que cruzara todo el mundo.

Tenía que construirse un canal para tal río y luego verterlo donde uno quisiera. La visión de la lonja de París habíale aturdido. ¡Cuánto dinero!

De súbito, la oscuridad de la noche de Cristóbal ya no estuvo vacía.

¡El dinero!... Esa era la justicia de todos... Y empezó a desecharlo, como antaño a las mujeres.





## CAPÍTULO XV

En el cuarto verde estaba ya encendida la lámpara colgante arriba de la mesa redonda.

Las manos de Ana soltaron lentamente la pequeña cofia infantil que se hallaba cosiendo. Llevaba un rato escuchando los pasos de Cristóbal, que resonaban irregularmente. Su hermano iba y venía con inquietud por los departamentos. A veces tropezaba con las hojas de las puertas abiertas de par en par, o daba vueltas alrededor de los muebles haciendo grandes rodeos desprovistos de finalidad alguna.

Ana observó que Tomás dejaba caer sobre sus rodillas el periódico que leía. También él escuchaba el movimiento de aquellos pasos.

Cristóbal volvió a dar contra la hoja de la puerta y luego se detuvo nerviosamente cerca de la mesa.

—Actualmente, los precios de los terrenos han experimentado alza—. Mientras hablaba, encendió un cigarro; el humo salió furtivamente por entre sus labios.—Esto ya no volverá jamás a ser de tal modo. Deberíamos vender unos cuantos solares; son muchos y sé de una mejor colocación para el capital.

A su hermana no le gustó aquella idea. Ella hubiese querido conservarlo todo tal como lo recibieron de su abuelo.

—Nuestro abuelo habría sido el primero en explotar este beneficio de los solares — dijo Cristóbal con irritación contenida. — No entiendes de eso, querida.

Ana suspiró:

—Tienes razón. Habla con Tomás.



—¿Connmigo? — Illey rió glacialmente y su rostro adquirió aires de superioridad mientras miraba a Cristóbal. —He oído que juegas en la bolsa y que ganas. Ve con cuidado. Eso siempre ocurre al principio, pero luego cambia. También allí suele detenerse la gente cuando se rompe su espinazo.

—Precisa sangre fría, nada más —murmuró Cristóbal—; uno no debe asustarse. Por otra parte, esto no atañe a lo de ahora. ¿Cuál es tu opinión sobre la venta de los solares?

Tomás alzó los hombros.

—No opino nada. Ignoro cómo están estas cosas—. Sintió que su orgullosa reserva no era más que la máscara de sus desilusionadas esperanzas, y ni siquiera pudo producirse de otra forma.

Cristóbal se alegró de que todo hubiera marchado tan fácilmente. Por otra parte, ya se habían tenido que vender unos cuantos terrenos. Así pues, había recibido el perdón a posteriori. Respiró más libremente. También vendería el solar de la antigua Plaza de la carpintería. Otto Füger era un agente habilidoso.

Ana volvió a coger su labor. La negativa indiferencia de Tomás la sublevaba. Ya no tenía confianza en Cristóbal. Sospechaba de Otto Füger y, en cuanto a ella, no entendía de nada. Sólo le habían enseñado a tocar el piano, a cantar, bordar y bailar.

Pensó que cuando su hijita viese la luz, tendría que aprender todo lo que su madre ignoraba. Y cuando fuese joven, también tendría que saber que los hombres jamás pueden ser felices del todo. Se lo diría sencillamente, de forma que lo comprendiera y no tuviese luego que dejar marchitarse dolorosamente en sí misma eso que nadie precisaba y que siempre era hollado sin advertirlo por aquellos a quienes se ofrecía inútilmente.

Pero la niñita que Ana esperaba en la vieja casa no vino jamás. En la primavera nació el segundo hijo; se le bautizó con los nombres de Ladislao, Tomás, Juan, Cristóbal, en la antigua iglesia de Lipotváros en plena reconstrucción.

Después del alumbramiento, Ana estuvo largo tiempo enferma. Desapareció de sus ojos aquel destello de frialdad que antes endurecía en ocasiones su mirada. Suavizóse la línea de sus bellas cejas. Sus manitas varonilmente huesudas se tornaron más suaves y femeninas.

Luego abandonó el lecho, pero la sombra del dolor quedó grabada en su rostro.

Tomás estaba solícito y cariñoso con ella. Le traía libros. Pasaba horas enteras leyéndole sin detenerse, como si tuviera miedo de la mirada de Ana, con la que tenían que hallarse sus ojos al cerrar el libro. ¿Qué podía querer aquella mirada? ¿Decía algo, preguntaba, suplicaba o exigía? No, Ana ya no necesitaba nada de él. Habían ya transcurrido aquellos tiempos... Ahora sólo apoyaba tristemente su frente en la mano.

Tomás se volvió cada vez más silencioso y sacudía la cabeza con impaciencia cuando Ana le preguntaba si alguna cosa le ofendía, si le dolía algo. No, no tenía nada: eso era propio de una de aquellas naturalezas magyares.

Pero cuando sentaba a su hijo sobre sus rodillas, le hablaba de grandes bosques, de una mansión campesina medieval, de un viejo jardín... Tierras, caballos, rastrojeras soleadas... Y su rostro llegaba a rejuvenecerse, y erguía su cabeza como lo hiciera antaño, en el pequeño claro, cuando la volvía hacia el sol.

Ana se acostumbró a que su marido no le hablase de aquellas cosas. Ella tampoco mencionaba a Ille desde que llegaron de allí pliegos de letra femenina, lo que se repitió varias veces en forma de escritura tosca y mal trazada. Cierta



véz que Otto Füger subió por casualidad el correo Ana encontró una carta semejante sobre el piano. La cogió entre sus dedos y éstos le temblaron al sostenerla. Tuvo que luchar consigo misma: ¿era orgullo, dignidad o cobardía? Colocó el sobre intacto sobre la mesa de Tomás. No preguntó ni se quejó, pero ya no habló nunca más de Ille.

Y a partir de entonces, el nombre de aquellas tierras extranjeras se convirtió en un espectro dentro de la casa. No lo pronunciaban, pero, invisiblemente, seguía aleteando entre ellos.

Ana tenía la impresión de que también entonces se arrastraba hostilmente a través del silencio, arrebatándole a su marido. Fué presa de un miedo desesperado, y sintió como si quedara completamente sola en alguna oscuridad tenebrosa, sin camino de salida.

—Tomás — dijo con voz que parecía pedir auxilio—, ¿por qué no podemos hablar entre nosotros?

Illey alzó la frente que tenía reclinada en la palma de la mano.

—¿Vuelves a reprocharme mi silencio?

Ana observó un tono de impaciencia e irritación en la voz de su marido.

—No lo dije en ese sentido—. La mujer enmudeció repentinamente, como si alguien le amordazara brutalmente con la mano.

Mientras tanto, el anochecer se adentraba con lentitud en la estancia recogida. Ya no se vieron los rostros cuando Tomás aguzó súbitamente sus oídos. Le había parecido oír un sollozo ahogado... No, no era más que imaginación suya, porque su esposa no lloraba nunca. Llevaban ya tanto tiempo callados, que con seguridad que Ana se había dormido en el extremo del diván. Illey se levantó y cerró silenciosamente la puerta tras de sí.

Durante la enfermedad de Ana, Tomás se mudó de la alcoba matrimonial para instalarse en aquel cuarto sobre el patio que el arquitecto Ulwing ocupaba en vida. Y luego, ni él supo cómo se quedó allí. Su esposa no se opuso a ello, y a él, le gustaba su nuevo aposento. Desde la ventana podía tocar con la mano las hojas del castaño y cuando llovía, del jardín ascendía el olor de la tierra húmeda.

Estaba sentado en el alféizar. Allá fuera los árboles parecían hablar.

El pensamiento de Tomás ya no se hallaba entre las sólidas paredes. El deseo había llevado su alma más allá de la ciudad. Caminaba solitario y el viento le traía olor de lluvia. ¡Cuánto amaba aquello! ¡Cuánto amaba todo lo de allá fuera; los aromas, los colores, el sonido, las vaporosas y cálidas marismas en verano, los bosques invernales helados hasta las raíces y en los que suenan los pasos y las ramas al caer! El viento sale luego, de los cañaverales, y la vida se alza por todas partes. En el surco, el agua se filtra bajo la tierra. El bosque está lleno del torrente amoroso de los pájaros. Llamada... respuesta. Y ellos, ¿hallan siempre a sus parejas?

Tomás llegó a sentir en su cerebro la gran quietud del campo. La simiente del nuevo rebrotar cayendo en el silencio tembloroso y solemne. Los pájaros volando lentamente, embriagados en la luz solar. Al llegar la hora de la recolección, era ya verano. Cosechaban por doquier, y en su sangre latían entonces vigorosos recuerdos ancestrales. ¡Cuántas veces se detuvo apretando los puños cerca de los trigales ajenos! No había en ninguna parte tierra que produjera para él.

Aquel recuerdo mudó sus pensamientos llevándolos a situarse en un triste otoño. Grande y triste otoño, a través de cuya niebla regresaba a la ciudad. Volvía como un pri-



sionero evadido que es llevado nuevamente a su cárcel. Y de nuevo calles adoquinadas y estrechas franjas de cielo ahumado. Oficinas, rayas de tinta, papeles, y una vieja casa que le resultaba extraña, y una bella y glacial mujer incapaz de comprenderle.

Recordó minutos lejanos. Llegó a sentir de nuevo sobre el pecho las manitas de Ana protestando, aquella mirada insensible, que rechazó más de una vez su deseo.

Tendió el brazo por la ventana, hacia el castaño, y desgajó un joven retoño. La rama húmeda y fresca se rindió fácilmente.

A su mente acudió alguien que se había entregado con la misma facilidad. Había crecido allá, en sus antiguas tierras; era hija del guarda de aquel bosque pantanoso. Fué tan humilde como lo fueron las antiguas siervas con su tatarabuelo; era bonita y tenía rientes ojos. Además, nunca preguntaba y, sin embargo, siempre sabía lo que quería su dueño. También pensaba en la pradera y en el bosque, y les cantaba como si ella fuese la voz de la tierra. No se precisaba escuchar, podía silbarse durante su canción y no esperaba que la felicitasen, pues los pajarillos tampoco lo esperan...

Tomás no recordaba cómo fué que la deseó por primera vez. Sólo la quiso así, sencillamente, como necesitaba el olor del bosque y las blandas praderas bajo sus pies. No intentó escudarse en sus impulsos varoniles hereditarios. No veía en aquello ningún pecado ni siquiera una infidelidad, pues estaba lejos de amar a la muchacha. No creía que pecase contra Ana, ni que le quitara nada por lo cual ella sintiese ningún apego.

Se asomó nuevamente a la ventana. Miró al cielo. Volvería a verlo al día siguiente, por encima de los bosques. Después cogió su sombrero. Deseaba escuchar música zúngara, cosa que le ocurría raras veces. Quiso estar solo en algún sitio donde el violín hablara únicamente a él.

Titubeó ante la puerta de Ana. ¿Entraría? «Tal vez esté todavía durmiendo...»

\* \* \*

Sus pisadas fueron oídas en el cuarto de estar y Ana se levantó de un salto. Si Tomás abría la puerta, ella se lanzaría en sus brazos..., pero los pasos pasaron de largo.

Estuvo a punto de correr tras ellos; luego se detuvo desalentada en el umbral. Se humillaría en vano. Y mientras estaba allí, recordó algo. Un ensueño. Una calle despoblada, extranjera. Sólo transitaba un hombre solitario en el otro extremo. Tomás... y ella tras él, pero la distancia no menguaba. La calle comenzó a estirarse. Tomás aparecía cada vez más y más lejano y ella no podía lograr alcanzarle.

Pensó en sus tiempos de soltera; en aquella época en que todo era todavía promesa. ¿La realidad sería ésta, entonces? ¿Habrá ya llegado? ¿Así quedaría todo en adelante? ¿Tomás y ella no podrían acercarse nunca más el uno al otro? ¿Y vivirían en tal forma, contemplándose, sin confiarse entre sí?

Estremecióse como sintiendo frío.

En aquel instante advirtió que alguien había llamado hacía un rato en el portal. ¿Quién podía ser? Los antiguos amigos ya no venían a verla. Tomás tampoco se expandía con ellos. Tal vez le creyeron orgulloso, y todos dejaron de visitarle. En cuanto a los parientes de Illey, Ana los eludía. La voz de Berta Bajmóczy se interponía entre ella y los descendientes de aquellos antiguos latifundistas.

Llamaban a la puerta. En el pasillo había una lámpara encendida y la figura de un hombre se adentró por el marco luminoso. La forma de su cabeza era amplia y hundidos sus hombros. Ana oyó su voz y tendió repentinamente ambas manos hacia él.

Era Adán Walter.



—Después de tanto tiempo... —Y Ana pensó en lo maravilloso que resultaba que el antiguo amigo hubiese ido a verla precisamente cuando sentía que su vida era tan pobre y solitaria. La alegría inundó su corazón durante un instante. Le pareció como si hubiese vuelto su juventud, su adolescencia y todo aquello que la distancia embellecía.

Adén Walter estaba serio y comedido, como quien quiere acallar en sí mismo la voz del recuerdo. Su mirada, sin embargo, siguió ávidamente los gestos de Ana, mientras ésta se levantaba de puntillas para encender la lámpara. Deseaba y también temía volver a contemplar su rostro.

«Ha sufrido mucho desde que la vi por última vez y esto la embellece», pensó Adán Walter. La voz velada y la mirada de Ana despertaron en él muchas cosas creídas muertas desde tiempo atrás. Recordó también su juventud; cuando marchó de allí sin presentir nada, para trabajar y soñar. Luego supo que Ana se había casado, revelándosele también en aquel mismo momento que la quería, que siempre la quiso.

El cuerpo de la mujer le pareció extrañamente alto y esbelto. Encendiósela la llama.

—Jamás hubiese pensado que algún día volvería a estar aquí.

—Esto no debía haberlo dicho, ¿o es que sigue diciendo siempre todo lo que se le ocurre? —Ana sonrió con su antigua sonrisa juvenil—. ¿Recuerda los boticarios Müller? ¿Y el letrero con la blanca cabeza de Esculapio? ¿Cuánto nos reímos!...

—Era todo distinto, entonces—contestó secamente Adán Walter.

Ana se volvió hacia él. «Este también ha envejecido. Cuán dura es su mirada». Y aquella sonrisa que la rejuvenecía desapareció de su rostro.

La voz de Adán Walter se volvió irónica.

—Hubo un tiempo en que creí que crearía exactamente como un Dios. Luego fracasó mi ópera, nadie aceptó mis

sonatas. Nadie... Y ahora doy humildemente las gracias por poder ser aquí profesor auxiliar en el Conservatorio de Música. —Rió con indiferencia—. ¡Pero tal vez esté en el orden de las cosas! Si de joven quiere uno ser Dios, entonces se acaba siendo por lo menos asistente de profesor; quién sabe si, deseando desde un principio ser asistente de profesor, se acabaría tal vez por no ser nada.

Ana miró apesadumbrada en torno suyo. ¿Tampoco había él alcanzado aquello hacia lo cual tendiera la mano? ¿Es que nadie lo alcanzaría?

—En un tiempo todos fuimos revolucionarios, pues la juventud es en sí misma revolución—dijo Adán Walter—. Todos llegamos al lugar del suplicio... Los unos por una idea, los otros por un ensueño y todos por amor. Eso suena a locura y es, sin embargo, así. Los hombres tienen a menudo que morir en su interior para seguir soportando la vida. También yo fui como los demás y los jóvenes de ahora serán como nosotros fuimos antaño. En su desordenado orgullo, las juventudes de todos los tiempos piensan haber descubierto que sale el astro del día y gritan desgañitándose que para ellas nunca se pondrá el sol. Así está bien. En cuanto viene el crepúsculo, ya cree lo mismo la juventud de otra época. Sólo los hombres caen, pero su fe perdura en otros y en otros, y es esto lo más importante.

Ana tuvo la impresión de que Adán Walter, que de joven le había ayudado a liberar sus pensamientos, estaba entonces preparándola para la resignación.

Walter quiso ser otra vez irónico, pero su voz no le obedeció.

—¡Tantos colores, tantos colores brillantes hay ante los hombres cuando emprenden el camino! Todos se desgastan. Sólo queda el gris. Un gris terrible que se va extendiendo y tornándose cada vez más gris, hasta cubrir al hombre y a la vida.

—¡Oh, Walter, qué triste es todo esto!...



—Para mí ya no lo es. Ya lo he pasado. Le ruego que no me tenga compasión. También hay cosas bellas en el mundo para los hombres de color gris. Ellos ven los colores de los demás. Sólo ellos los ven de verdad. Desde que me despojé de la idea de crear, disfruto mucho más honda y tranquilamente lo que otros crearon. Antes estaba exasperado e impaciente y ahora, ve, también amo a Schuman, a Schubert y a todos los que soñaron, y a todos los que despertaron.

Algo encorvada, Ana estaba sentada con los párpados entornados, y tenía sus pálidas manos enlazadas alrededor de las rodillas.

—¿Le he entristecido?—preguntó Walter, arrastrando las palabras.

Ana sacudió la cabeza.

—También me hizo comprender mi propia vida...

«Tampoco es dichosa», pensó Walter, y sintió durante un instante una irrefrenable reconciliación con el destino. Luego se avergonzó por aquel egoísmo. No tenía ningún derecho a sentir así, ni siquiera podía acusar a Ana. Ella no sabía nada.

—Cante algo...

La mujer le miró con una gran mirada resplandeciente. Hacía tanto tiempo que nadie se lo había pedido...

Empezaron a hablar de música. Y ambos volvieron otra vez a ser los mismos de los pretéritos domingos de su juventud.

—Vuelva pronto y traiga el violín—le dijo Ana, cuando se despidieron. Sólo recordó más tarde que ninguno de los dos había hablado de Tomás.

\* \* \*

Adán Walter y Tomás Illey no se hicieron nunca amigos. Se relacionaban por estricta cortesía. Adán Walter se sonrió

con menosprecio del concepto que Illey tenía del mundo ; la mirada irónica de Illey llegó a enfocar la atención de Ana sobre la chaqueta mal cortada y los gruesos e informes zapatos del artista.

¿Qué le importaba todo aquello? El piano ya no estaba silencioso en el gabinete y la música que restara abandonada por la incomprensión, revivió como una gran claridad en la vida de Ana. Resucitó y la redimió. El tormento de no poder hablar, ya no se ahogaba en su ser ; se tornó más ligero ; volaba y cantaba y el alma de Adán Walter la acompañaba con la voz del violín durante noches enteras.

A veces Cristóbal miraba desde la puerta. Daba unas palmadas en el hombro de su antiguo compañero de colegio y, luego, acompañaba la música silbando queda y finamente mientras releía los informes bursátiles de los diarios. Y sus zancadas nerviosas volvían de nuevo a sonar por el pasillo.

En ningún sitio tenía sosiego, ni en la noche. Los números pululaban en su cabeza. Se hacían palpables, pero se dispersaban con rapidez y desaparecían antes de que lograra cogerlos. Ya no sabía si ganaba o perdía ; no se atrevía a comprobarlo. El dinero se volvió cada vez más inasequible. Los bancos redujeron los préstamos. Noticias sospechosas referentes a la bolsa de Pest llegaban volando desde Viena. Los cursos bajaban lentamente y oscilaban, pero él se sentía con fuerzas para resolver sus asuntos. Aún seguía esperando, todavía compraba. El hechizo del riesgo y la ciega esperanza le tenían subyugado. Sus nervios vibraban, constantemente en tensión. Dentro de su cerebro, el deseo de ganar era un tormento agotador.

Su abuelo había sido un combatiente del dinero, su padre fué su guardián y él tal vez sería un aventurero. Era igual, puesto que el azar era cómplice de los aventureros.

Las noches transcurrían con lentitud. Cristóbal daba vueltas impacientemente a la almohada, penetrada de calor. Se



levantó muy de mañana. Ya no se contentaba con mandar sus agentes a la bolsa. Tenía que presenciar el caos, tenía que oír el griterío, tenía que embeberse de la inquietud de la gente y de la palpitación agotante del dinero.

Atravesó brusca y rápidamente el despacho. En aquel entonces, Otto Fuger era ya director con plenos poderes. Cuidaba de la cobertura del bolsín, recaudaba y pagaba en nombre de la casa Ulwing. Cristóbal no tuvo tiempo de leer nada. Escribió con letra embrollada su nombre sobre todo lo que le presentaron. Luego se apresuró y dejó las puertas abiertas tras de sí.

Era una hermosa mañana de mayo.

Llegó al Bolsín de la calle Dorottya.

Los agentes regateaban, apoyados en la barandilla de la escalinata del edificio. La gente formaba pequeños grupos en el ambiente acedo y cargado del guardarropía. De trecho en trecho se oían conversaciones ahogadas. Un viejo de gruesa espalda y sombrero echado hacia atrás ahechaba trigo de una mano a la otra. En la ventana, un agente pelirrojo llevaba maíz desgranado en la palma. La levantaba a veces y, mientras lo hacía, sacaba la lengua entre sus dientes amarillentos.

El trigo desparramado crujía bajo las pisadas.

Oyóse un chirrido de puertas en la gran sala del bolsín. Los más bajos se apretujaron hacia atrás. Una multitud se formó en torno de los palcos bancarios. Los expertos de la lonja llegaron apartando a los más cercanos. La gente saludábales humildemente, como si percibiera algo por hacerlo. Los insignificantes leían en los rostros y en los ademanes. Los poderosos parecían indiferentes, a pesar de ser ellos los conocedores de secretos que valían dinero. Cabezas nerviosas se bamboleaban en torno de un rostro rechoncho de mochuelo. Los que quedaban atrás se empujaban unos a otros para abrirse paso.

Cerca de Cristóbal, un hombre demacrado y de ojos san-

guinolentos se pegó contra la pared. Daba vueltas a una larga y raída bolsa de seda. Se puso de repente a chupar la anilla de hueso del saco; los que salían tropezaron con él; la anilla de hueso dió contra sus dientes, pero no por ello dejó de chupar.

—Compro...

—¡Vendo!...—Los gritos venían de uno y otro lado como el graznido de los cernícalos.

Alguien dejó caer su sombrero y se lo pisotearon. Una mano pecosa agitó unos talones.

—¡Vendo!...—oíase cada vez más a menudo. Los agentes de los grandes bancos se desgañitaban. El rumor crecía. Los valores bajaban.

«Ahora se tiene que comprar», pensó Cristóbal, mortalmente excitado. Su grito repercutió en el griterío.

—Banco Popular de Pest... noventa y dos...

—¡Ochenta!—mugió entonces una voz que tenía mucho de bestial.

—Setenta y seis.

Alzáronse unos brazos. Las manos se movían en las muñecas con blandura de trapos.

—Banco Artesano...

—¡Unión de Crédito!

—Cuarenta y cinco... cuarenta y dos...

Los rostros ardían. La sala parecía como un fuego infernal quemando la piel de las gentes. Corrieron noticias por la lonja. Nadie sabía su procedencia; aparecían súbitamente y esparcíanse con rapidez.

Hízose un ruido ensordecedor. La gente lo creía todo a ciegas. Los cursos caían. Alguien compró. Volvieron a creer ciegamente.

—Compro...

De nuevo llegaron las terribles noticias inconfirmables y toda la sala de la lonja fué una vorágine, de pronto, como movida por una fuerza suprema. Nadie sabía lo que pasaba,



Volaban las hojas telegráficas. Los puños se agitaban en el aire... Todo quedó trastornado.

Un hombre de rostro sudoroso penetró como una saeta entre la muchedumbre.

¡En Viena había sido sábado negro! Llegó la noticia. Era la derrota para toda Europa... Los valores se precipitaron al abismo.

Un gran comisionista se lanzó al torbellino y fué arrasado por la corriente. Todo terminaba... Instituciones, familias, hombres; todo se arruinó en pocos instantes. Perdiéronse las fortunas del ayer, fácilmente ganadas y que jamás habían sido disfrutadas por quienes las habían poseído. Perrieron antiguos riquezas por las cuales trabajaron dura y afanosamente varias generaciones.

Con el rostro más blanco que la cera, Cristóbal apoyó la cabeza contra la pared. Al lado suyo, el hombre de los ojos sanguinolentos seguía chupando imperturbablemente la anilla de hueso de su bolsa de dinero. Y él no lograba retirar la vista de aquel hombre. Le miraba, mientras se iba sumiendo en la ruina.

Sus agentes llegaron jadeando. No, ya no se podía vender nada. Lo que una hora antes aún significaba dinero, no era ya más que papel sin valor alguno.

El criado de la lonja agitó la campanilla. Toque de agónia...

Cristóbal sólo pudo tartamudear. Nadie le escuchó y hasta sus agentes le dejaron plantado. Sólo el hombre demacrado le miraba con sus extraños ojos impregnados en sangre.

Luego, rostros extraños pasaron muy cerca de su rostro. Con ellos flotaba en el aire una nauseabunda peste de sudor. La mirada de Cristóbal se volvió rígida y vidriosa. Caras... caras de raza extranjera. Algunos sonreían pálidamente: habían ganado. De ellos sería todo, era sólo cuestión de tiempo. De ellos serían el oro, la ciudad, el país.

Y el nieto del arquitecto Ulwing salió vacilando y des-

pojado por la puerta de la lonja, entre los hombres nuevos.

La vida se tornó confusa y desordenada. Las diferencias bursátiles fueron gigantescas. Después del sábado negro ya no hubo nunca domingos claros para Cristóbal. Tuvo que pagar y, como jamás había echado cuentas, echó también mano a la fortuna de Ana. Sólo él y Otto Füger cargaban con el secreto. Lo negó todo delante de Tomás.

Se agarraba a cuanto podía, como quien se ahoga irremisiblemente. Quiso convertirlo todo en dinero y que nadie supiera nada, aguantar mientras fuera posible, luchando, mintiendo y escondiéndose. Cuando Otto Füger se inclinaba cuchicheándole al oído, él se encorbaba y miraba hacia la puerta con horror.

—¡No, no! Dígales que mañana... Hoy no puede ser.

Se fué manteniendo día tras día, hora tras hora, y la soga se iba comprimiendo alrededor de su cuello. Ganar tiempo, minutos por lo menos... Un minuto es mucho cuando se tiene apego a la vida.

Así transcurrió el verano y, con el otoño, llegó la terrible bancarrota de los contratistas de obras. La firma Münster se declaró en quiebra y también fracasaron muchos de los nuevos. Sólo Cristóbal fué haciéndose ilusiones, y, con su última esperanza, tomó una tarde el camino de la calle Paternoster.

Nadie se ocupó de él en la tienda del cambista. Uno de los empleados subalternos a quien dijo su nombre le miró por encima del hombro. Tuvo que aguardar mucho hasta encontrarse con el director.

Éste se hallaba leyendo una carta detrás del escritorio y no pareció percatarse de su presencia. Cristóbal recordó amargamente cuán distinto era todo en aquella misma tienda, cuando firmó su primera letra. Desde entonces, los cuartos ahumados y bajos de techo habían desaparecido; la institución ya ocupaba todo el edificio. Habíase transformado en banca.



Su mirada erró sobre la gorda cabeza de mochuelo del director todopoderoso. Reconoció de pronto en él al pobre y pequeño dependiente que, hacía mucho tiempo, se inclinaba humildemente ante él. Desde entonces, habíanse duplicado las proporciones de su rostro, así como las de su cuerpo, que apenas cabía en la butaca.

El director llegó al final de la carta. Bajó la cabeza como un animal que quiere dar una cornada y sus ojos saltones miraron con recelo a Cristóbal por encima de las gafas.

—¿El señor Ulwing? Sí... por cierto, por cierto, conozco la firma. Relaciones de juventud... Tuve también la suerte de conocer un día al viejo señor Ulwing. ¿Tal vez fué pariente de usted? Se trataba de un hombre poderoso, excepcional.

—Era mi abuelo.

El director se volvió de improviso muy cortés, Brindó asiento a Cristóbal.

—¿En qué puedo servirle?

Cristóbal quedó asustado por aquella pregunta, que aún esperaba hacía poco. Miró ante sí palideciendo. Hubiese querido eludir la respuesta. Hasta entonces tenía por lo menos aquella postrer esperanza. Luego ya no habría ninguna.

El de la cara de mochuelo ajustó las abrazaderas de sus gafas con montura de oro, que se hundían de manera inquietante en sus sienes carnosas.

—Dispoga usted—dijo con cierta impaciencia y dirigió una mirada al reloj de pared.

Cristóbal hizo un esfuerzo sobre sí mismo.

—Necesitaría un préstamo.

El director se tornó de momento frío y dominador.

—Actualmente todo el mundo precisa dinero. El sábado negro arruinó a mucha gente.

—No niego que aquello también causó ciertas perturbaciones pasajeras a mi empresa...

—Lo sé—dijo secamente el director.

Todo el rostro de Cristóbal se contraía con inquietud.

—Un préstamo urgente podría ayudar con facilidad.

—¿Qué garantías ofrece?... ¿El nombre Ulwing?—la cara de mochuelo se sonrió—; por desgracia, esto ya no basta...

—Mis libros están a su disposición—tartamudeó Cristóbal—. Sintió claramente que se estaba humillando ante un desconocido, aun sabiendo que todo era en vano, pero no quería reconocerlo. Sabía que rogaba inútilmente, y, sin embargo, hablaba.

El director le miró fríamente a los ojos.

—El banco tiene informes precisos de todo.

Cristóbal alzó los hombros como si aguardara un puñetazo. Torciósele destempladamente la boca.

—Usted se ha dignado dirigirse a mí demasiado tarde; sí, demasiado tarde...—prosiguió la cara de mochuelo—. Que yo sepa, sólo la casa es aún propiedad de los Ulwing. Por cierto, que ahora no la podría vender, pues los tiempos son malos; pero, si no me engaña la memoria, el solar se halla en el centro de la ciudad, en lugar excepcionalmente bueno para el catastro.

Cristóbal bajó la cabeza con desesperación. El director esperó, mirándole por encima de sus gafas. Durante un instante hubo en sus ojos cierta compasión humana; después suspiró y, con pesado gesto, dejó caer su gruesa mano sobre las rodillas.

—Puedo hacerle un préstamo sobre la casa. Sólo así podríamos convenir el negocio.

Cristóbal hizo un ademán negativo. Se había hundido en el fango, pero todavía contaba con fuerzas para no ahogarse en él; ya no luchó consigo mismo. Sintió que jamás podría ceder en aquello. Que tal cosa quedara por lo menos exclusivamente a disposición de Ana. La casa, la vieja casa....

El banquero se alzó cuando Cristóbal le tendió la mano, acompañándole hasta la puerta.



—Fuí un gran admirador del arquitecto Ulwing. Lamento no poder servir a su nieto. Otra vez será, murmuró, como si no creyera lo que decía.

Cristóbal sonrió torcida y dolorosamente. Aquella sonrisa permaneció aún sobre su rostro cuando estuvo en la calle, torturándole sañudamente. Agarrábase al borde de su boca, ladeándola y no parecía sino que hiciese intentos para conseguir desencajarla.

No sabía por dónde andaba. Tropezó con la gente. Un anciano caballero le gritó, iracundo:

—¿No puede tener más cuidado, joven?

Cristóbal le miró abatido. Pensó que aquel viejo era todavía más joven que él y que viviría más tiempo.

Al llegar a casa se tumbó sobre la cama, durmiéndose con inconcebible rapidez. Había sido vencido por el pesado sueño del agotamiento. El sudor bañaba su frente.

Cuando despertó, el cuarto estaba completamente oscuro. Al principio no supo dónde se hallaba, ni lo que la había ocurrido. Luego lo recordó todo súbitamente. Gimió como animal enfermo que no puede expresar su tormento. No pudo seguir soportando la soledad. Ya se hallaba en el umbral. Por la escalera, miró su reloj. Eran las once. Llamó tímidamente a la puerta del gabinete.

—Ana, ¿duermes?

—Sí, hace ya tiempo—contestó su hermana desde dentro. Abrióse la puerta. Ana quiso parecer alegre, pero su mirada era triste.

—Cristóbal, ¿recuerdas cuántas veces, en otras épocas, me preguntaste esto desde tu camita enrejada?

—También contestabas así, entonces. También entonces tenía yo miedo...

Ana le miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

Cristóbal rió de manera singular.

—Que tengo derecho de bromear si estoy de buen humor.

¿Y tú, qué haces tan tarde? —Miró la mesa. Facturas y libros de cuentas yacían bajo la pantalla.

—También aprendí esto—dijo Ana con cansancio—; son tantas las facturas, que se han ido amontonando. Los comerciantes apremian y no recibo dinero de la oficina. Es incomprensible por qué Otto Füger lo difiere todo. —Calló repentinamente; ya pensaba en otra cosa:— ¿Oíste?...— Y se puso a correr hacia el cuarto de los niños.

Cristóbal la siguió arrastrando los pasos.

Una mariposa ardía sobre la cómoda de tres cajones. Un jarro de agua estaba calentándose en el hueco de la estufa de alfará. Ana se inclinó sobre una de las camas y su voz pasó suavemente por el silencio del cuarto:

—Aquí estoy...

Aquellas dos palabritas, que lo eran sin embargo todo, punzaron el corazón de Cristóbal. También él durmió antaño en aquella misma cama enrejada y también él se despertó asustado y tuvo miedo, pero la voz de su madre no dijo nunca: «Aquí estoy». Jamás conoció una mano fresca y ligera que sólo acariciara por la caricia misma, ni cálidos brazos de mujer que abrazaran con pureza, ni aquella clara sonrisa transparente. No conoció aquel amor que lo comprende todo y todo lo perdona, y que dice en voz queda cuando uno es desgraciado: «Aquí estoy»... Sin embargo, tal vez hubiera bastado aquello para que su vida fuera del todo distinta.

—Está bien para ellos—murmuró Cristóbal, al volver al saloncito. Antes de cerrar la puerta tras ella, Ana colocó un papel plegado en varios dobleces entre las hojas de la puerta de cristales. Jamás se olvidaba de ello. Las viejas puertas desencajadas hacían ruido cuando pasaba algún coche por la calle, y el pequeño Ladislao se despertaba asustado.

—También deberíamos hacer ajustar esto...

Cristóbal estaba calladamente sentado en la esquina del diván a flores. No prestaba atención. Fatigada, su mirada daba la vuelta al cuarto, entre sus pestañas, que raras veces



movía. Notó de repente que Ana guardaba silencio. ¿Por qué no decía nada? Podría ayudarle diciendo algo, cualquier cosa, palabras, palabras del todo indiferentes, las de cada día; palabras que sonaran y vivieran recogiendo sus pensamientos; palabras que le retuviesen un minuto más en el borde de ese vértice al fondo del cual le horrorizaba mirar.

—Ana, cuéntame algo.

La mujer alzó la vista del pequeño cajón en el cual estaba guardando las facturas.

—¿Que cuente algo? ¿Cómo se te ocurre? ¿Contar, yo que vivo entre cuatro paredes?—Se sonrió, y le puso la mano sobre el hombro.

—Bien, mi pequeño «Cristo». Pues señor, érase que se era una vieja casa. En ella vivía una mujer que jamás logró dormir lo necesario, pues cada mañana sus dos hijos la despertaban temprano.

El rostro de Cristóbal se convulsionó al levantarse.

—Tienes razón; vayamos, pues, a acostarnos—. Se inclinó y besó la mano de su hermana.—Buenas noches, Ana...—Quiso decir algo, pero apartó violentamente la vista y pasó la puerta.

En el pasillo, se detuvo sobre el ladrillo que se movía y lo pisó. Aún seguía moviéndose. El vetusto tictac del reloj de caja le acompañó una vez más por la escalera.

Una vela estaba encendida en la profunda alcoba abovedada, pero la luz de la llamita no podía con el cuarto y dejaba rincones oscuros y huecos. Una gran mancha blanca deslumbró los ojos de Cristóbal. El ayuda de cámara había hecho la cama mientras él estaba en el cuarto de Ana; sus trajes para el día siguiente estaban preparados sobre la silla. No pudo mirar aquello. Mañana... Se le secó la garganta. Un fino crepitar llegaba en aquel momento a sus oídos. Se volvió.

El fuego ardía en la estufa y la iluminaba a través de los viejos ladrillos. Cristóbal se dirigió hacia ella, apoyó una



mano encima y miró por la abertura dejada por las arandelas. Unas llamas diminutas oscilaban sobre los leños. Las estuvo contemplando un instante con vivo interés y luego se irguió suspirando.

La existencia le había despojado de todo. Cuando pudo mirar de cerca las cosas en las que había creído siempre, se dió cuenta de que no eran sino mentira como las hadas de la estufa. También estaba corriendo en pos de mentiras cuando cayó en el fango. Habíase maltrecho al caer, y sería en vano que quisiera levantarse, porque ya no podía. Y además ¿para qué? También rompieron, lleváronse y tiraron trozos de su alma las personas que se le acercaron. ¿Dónde iría a recoger los trozos dispersos?... Lo que quedaba de ella no bastaba para seguir viviendo. Algo de honra, muy poco. Una débil compasión por Ana y nada más.

Su mano resbaló de la estufa. ¿Por qué calentaba, si ya no valía la pena?

Dirigióse al escritorio. Luego apartó los papeles casi con asco. Se volvió desde el umbral para lanzar al fuego un paquete de cartas. Arrojó su reloj y su cartera vacía sobre la mesa. No, no llevaba nada más encima.

En la terraza, las hojas del otoño hacían un leve rumor que semejava el castañeteo de unos dientes humanos. Cristóbal franqueó encorvándose furtivamente la puertecilla del portal; sólo las dos cariátides le siguieron con la vista.

«Lo mismo que un ladrón». En aquel momento y sin que supiera cómo, recordó el entierro de su abuelo. El alcalde, los señores del consejo municipal, los estandartes de las corporaciones... Y el clero cantaba, y lloraban las campanas... Echó una mirada hacia atrás; después fué andando con pasos desiguales.

La oscuridad era densa. En la niebla, la ciudad parecía una imagen que se reflejara en las aguas turbias de color gris. La luz de los faroles de gas se descomponía en el aire; también se descomponían las paredes de las casas, lo mismo que



el rostro de los transeúntes. Estremeciéndose, Cristóbal alzó el cuello de su abrigo.

Llegó al Danubio. Estuvo errando por entre los barriles y los sacos del muelle de descarga. Luego se sentó en el último peldaño de la escalera que terminaba en el río. Se abrazó las piernas y apoyó la frente sobre sus rodillas. Sólo quiso descansar un poco. Sólo un rato brevísimo.

Abrió los ojos. ¿Qué se hallaba esperando, si había ya pasado todo lo que podía esperar?

El Danubio parecía elevarse en el aire húmedo... se le acercaba con suave y negra solicitud. Echóse atrás por instinto, casi huyendo, y sus manos horrorizadas agarráronse a las piedras.

Eso también pasó velozmente.

El agua inmensa se tornó bella y tranquila. Los faroles de la ribera sumieron en la profundidad sus oscilantes luces. El río ya no fué hostil para Cristóbal. Dijo algo y, como si le reconociera, también empezó a llamarle como llamara a los antiguos Ulwing.

El alma fatigada de Cristóbal tomó carrera hacia la llamada y el cuerpo la siguió.

Después, ya no regresó nunca más.

## CAPÍTULO XVI

Enfriáronse lenta y penosamente las cosas y hechos en los que intervino la mano de Cristóbal. Agotóse la esperanza, y la vieja casa no aguardó más el regreso del último de los Ulwing.

Ana lo supo todo. La gigantesca fortuna del arquitecto Ulwing se había desmoronado antes de que nadie alzara su brillo de oro hacia el sol. Esa fortuna no refulgió jamás y, quienes aún vivían, sólo vislumbraron lo grande que debió ser, al contemplar sus ruinas.

A Tomás se le anudó la garganta mientras exponía a su esposa la verdad. Sentía horror por aquellas palabras que debía pronunciar y temió destrozar con ellas el alma de su mujer.

Ana escuchóle muda y serenamente; sólo volvióse lívido su rostro, sólo se enturbiaron sus ojos, como los de los enfermos graves.

—Presentía desde hace tiempo que sucedería así—dijo con voz casi imperceptible; y se irguió haciendo un gran esfuerzo, como si quisiera mirar cara a cara la desgracia. Repentinamente pareció más alta que de ordinario. Su mirada se tornó clara y valiente, y obstinadamente firme la línea de su mentón. —No me ocultes nada, Tomás, lo quiero saber todo.—Luego sólo dijo que se debía pagar a los acreedores de Cristóbal, pues no quería que cayese mancha ninguna sobre el nombre de Ulwing.

En los tiempos que siguieron, Ana soportó la destrucción



irreparable con la misma suprema voluntad que tuvo antaño el arquitecto Ulwing al empezar su fortuna. Y Tomás Illey vió en Ana algo que había ignorado hasta entonces: una fuerza admirable emanaba de ella; aquella fuerza tenaz y femenina que sabía ser mayor entre las ruinas que cuando quería construir.

Jamás se la oyó quejarse por la pérdida de su fortuna; nunca tampoco llorar. Sólo cierto reflejo plateado apareció paulatinamente por encima de las sienes, en el oro cálido y sombreado de su cabello.

Tomás Illey se vió entonces obligado a intervenir en los asuntos de la firma Ulwing. Pidió permiso en la oficina y trabajó con su abogado en aquella penosa y dura labor, entre gentes extrañas y turbias, ante la ventana enrejada de la planta baja donde se hallara antaño el despacho del arquitecto Ulwing. Se puso pronto de acuerdo con los acreedores, y la empresa Ulwing, cuyo nombre conocieron tres generaciones, dejó de existir.

El pequeño rótulo de la puerta del despacho fué descolgado. Los empleados recibieron una indemnización. Eran pocos, y de los antiguos ya no quedaban más que el viejo Gemming y el señor Fanerlein. Los ojos del escribiente estaban visiblemente enrojecidos cuando se despidió de Ana. Miró varias veces hacia atrás, mientras iba por el pasillo, y también se detuvo en la escalera, dió con las rodillas entrecuchocantes una vuelta al patio jardín y se llevó un guijarro como recuerdo.

Todos marcharon; sólo Otto Füger permaneció en su empleo hasta la liquidación. Tomás le llamó por medio del timbre. Pidió una información. La respuesta del otro fué escurridiza.

«Si tampoco entiende de estas cosas», pensó Otto Füger; y esperó con impaciencia la hora en la que podría liberarse.

Illey, parecía tranquilo. No hizo gesticulaciones, no perdió jamás la cabeza. Escuchaba fríamente hasta el fin lo que



se le decía, y se puso la mano en el bolsillo cuando, al anochecer, Fúger se despidió de él haciendo reverencias.

Luego subió la escalera con parsimoniosa lentitud. En tales momentos, al emerger los confusos fondos de la gran fortuna derrochada, le atormentaba la idea de que un pequeño fragmento de aquella fortuna hubiese bastado para salvarle de la insuperable consunción bajo la cual estuvo añorando las tierras de Ille durante toda su juventud. Sintió una callada amargura al hallarse en presencia de Ana.

Ella alzó la vista hacia su esposo:

—¿Estás cansado, Tomás?

Illey sacudió la cabeza y apretó un instante contra el pecho la mano abierta, como si algo pugnara contra él en el bolsillo superior del lado izquierdo de su chaqueta.

Ana luchaba calladamente con sus pensamientos. Meditaba que si Tomás se hubiese dedicado años antes al trabajo que actualmente hacía, quizá vivirían Cristóbal y la empresa y se hubiera salvado la fortuna.

Acusábanse mutua y calladamente. Sólo después de bastante tiempo se dieron ambos cuenta de que el silencio existente entre ellos se había vuelto más frío, más feo e impene-trable.

El abogado dejó de ir pocos días después. Tomás cerró los libros comerciales y los postigos de madera de la ventana correspondiente al que fué antaño cuarto de trabajo del arquitecto Ulwing. También parecía entonces completamente tranquilo; sólo sus facciones estaban más hundidas que de costumbre. En la oficina exterior, detúvose ante Otto Fúger y le miró sin pestañear.

El que fué primer contable de la casa se turbó.

—Fué una triste labor—tartamudeó mientras se quitaba las gafas y las limpiaba rápidamente, sosteniéndolas cerca de los ojos.

—Canalla, robó usted hábilmente—dijo Tomás Illey con imperturbable serenidad.



Otto Füger le miró estupefacto. No estaba preparado para aquello. Abriósele la boca, quiso protestar.

Illey midiéndole despreciativamente con la vista, le gritó :

—¡Fuera !— Y como Füger no se moviera, lo agarró por el hombro y lo echó por la puerta sin esfuerzo aparente. Empujó con la punta del zapato, como objeto indigno que no quería tocar, las gafas que habían caído al suelo.

—Es una ofensa al honor... Aún nos encontraremos. ¡ Ya veremos entonces ! Le arrastraré ante la justicia...

Jamás lo hizo. No tenía interés en armar escándalo. Ya era un hombre rico.

\* \* \*

La vieja casa entró en un plan de abatimiento y economías. Los locales de las oficinas de la planta baja fueron alquilados a unos extranjeros. Un comerciante en vinos convirtió las cuadras en almacenes y ocupó lo que había sido morada de doña Enriqueta. Hizo tapiar las puertas y las ventanas que daban al patio jardín haciéndose abrir una entrada independiente. Los coches y los caballos fueron a parar a manos extrañas. De la servidumbre, sólo quedaron Florián y Netti, así como *mamzell* Tini, que enjugaba en secreto las lágrimas deslizadas por su rostro alargado y enflaquecido.

En los últimos tiempos los alrededores de la casa cambiaron igualmente por completo. Grandes fincas de vecindad habían sido levantadas en el solar de la antigua Plaza de la carpintería y sus ahollinadas paredes medianeras miraban entrometidamente por el patio jardín. Una calle estrecha, con sus casas de cuatro pisos, fué edificada entre la casa Ulwing y el Danubio. Ana ya no pudo ver desde su ventana el bello y gran río, ni el monte de la ciudadela, ni las torres, ni la escalinata de los Jesuitas, por la cual trepara antaño el camino que llevaba hacia el tío Sebastián. En los

aposentos amaneció más tarde que antes. Las casas de enfrente enviaban sus sombras a las ventanas. El sol ya no entraba nunca y la noche venía más pronto que antiguamente.

Ana pensaba a menudo que si su abuelo pudiera volver, se perdería en su querida ciudad sin hallar el camino de casa.

La capital creció y se desarrolló rápidamente y los años pasaron veloces. Todo se volvió más raudo que antaño. Ana pensaba que en su niñez el tiempo transcurría amplia y sosegadamente, mientras que hogaño ya se precipitaba como si hubiese alcanzado una pendiente.

Tomás desempeñaba un cargo de importancia. Los dos chiquillos iban a la escuela desde hacía ya tiempo y al hacerles preguntas sobre sus lecciones, Ana aprendía muchas cosas ignoradas hasta entonces.

Abriéronse las flores en el jardín y llegaron las vacaciones. Luego volvió prestamente a ser invierno.

Llegó la Nochebuena.

Ya no fueron las navidades infantiles de antaño, donde todo era aún portentoso milagro y el pinabete con velas encendidas era traído de selvas ultraterrenas por ángeles que volaban por encima de los tejados cubiertos de nieve. Aquella era ya una Nochebuena sensata para personas mayores.

Los chicos se reían del cuento. Ellos mismos habían adornado el árbol la noche anterior. Después de cenar, ambos tuvieron sueño y recogieron silenciosamente sus regalos en el cuarto de estar.

Jorge recibió de su padre un reloj de bolsillo, libros y una escopeta de verdad. El pequeño Ladislao obtuvo un juego de arquitectura comprado para él por su madre.

—Apresuraos, que es tarde—dijo Tomás.

Marchó repentinamente el sueño de los ojos infantiles.

—Yo pido un puente para las navidades próximas—dició el más pequeño con sincera insaciabilidad infantil.



Jorge alzó los hombros.

—En tu lugar, pediría unos caballos como los que vimos en el escaparate de la calle de Vác. No se hacían juguetes tan bonitos cuando yo era pequeño.

—Tú siempre piensas en caballos—objetó el benjamín—, y yo quiero construir puentes. Cuando sea mayor, construiré un puente sobre el Danubio y le cobraré mucho portazgo a todo el mundo.

—Sandeces—le contestó su hermano—, pues también puede uno hacerse rico con los caballos.

Tomás se sonrió y volvióse hacia su mujer.

—Éstos también llevan la buena sangre de tu abuelo.

Ana dirigió su mirada hacia los chicos. El menor era rubio y tenía los ojos azules como los Ulwing. Su puñito huesudo era semejante a la poderosa mano de su tatarabuelo y cuando estaba enfadado, ladeaba la barbilla y sus ojos se tornaban completamente fríos.

—Pero sus figuras y sus ademanes son tuyos, así como la forma de sus cabezas—dijo la mujer, y, cosa que no hacía desde tiempo, acarició la cabeza de Tomás allí donde se ladeaba sobre el cuello con tanta nobleza y finura. Lo hizo por agradecimiento, porque amaba en sus hijos la misma sangre que corría por las venas de su marido. Luego su mano resbaló sobre el hombro del esposo, y ella fué bruscamente acometida de un irresistible deseo de apoyar su frente en él. ¿Pero qué pensaría Tomás? ¿Después de tanto tiempo? Quizá se extrañaría, tal vez lo entendiera mal... Sonrojóse levemente y se irguió. Recordó que Tomás le daba siempre otra cosa cada vez que ella le pedía nada más que ternura. Los hombres no comprenden jamás cuando las mujeres les piden algo para sus almas.

Ana estuvo aún un momento meditando al lado de su marido y luego, como si desbordara en ella todo cuanto no podía expresar, dirigióse inconscientemente al piano.

—¿Quieres cantar?—le preguntó Tomás, perdiendo de



pronto el buen humor—. Adán Walter prometió que vendría. Aún podréis hacer bastante música los dos.

Ana se detuvo y le miró por encima del hombro. Dilataronse lenta y tristemente hacia arriba la comisura de sus labios y el vértice de sus ojos.

—Ven a mi lado ; ven y hablaremos—le dijo Tomás.

—Hablemos...

Aquella palabra que no era palabra, sino el nombre de alguien que jamás venía cuando se le llamaba, repitióse como un eco sin vida en los labios de Ana.

Miráronse breve e interrogativamente. Su mutismo se tornó en un silencio de renunciación. Había habido entre ellos tantas pequeñas palabras y tantos grandes silencios, en los cuales fueron alejándose el uno del otro, replegándose cada cual en su propia alma, que si querían hablar tendrían que hacerlo desde un principio. Penosamente desde un principio y... era Nochebuena.

Illey alzó repentinamente la cabeza.

—¿Oyes?

Ana se estremeció y, con un escalofrío, miró hacia los cuartos oscuros.

El ruido se fué repitiendo fina y obstinadamente, como un taladro diminuto que hurgara en el fondo de las cosas. Empezaba y volvía a empezar. Sonó un instante bajo el enjalbegado del techo ; luego se alzó desde el suelo de madera, desde el marco de la ventana, desde las persianas y por doquier.

—¿Oyes?—preguntó Tomás ; y su mano se detuvo en el aire, a mitad del ademán.

—Hace ya un rato que lo oigo—. La boca de Ana tembló al intentar sonreír. Ambos volvieron a enmudecer y la carcoma siguió trabajando en la vieja morada.

Tomás acabó por exhalar un suspiro de alivio cuando los pasos de Adán Walter resonaron en el pasillo. Fué a su encuentro y le quitó de las manos el estuche del violín.



—Dios le trajo, querido trovador—dijo. Y luego, como si él mismo hubiese notado su involuntaria ironía, añadió bruscamente: —Tome asiento, señor profesor.

Y ofreció un cigarro al invitado.

—Por cierto, ustedes quieren hacer música. Hace ya una hora que mi esposa empezó a preparar el piano—rió en voz queda, y mientras tanto miró con cierta ironía la punta de la corbata de Walter, que se mantenía tiesa en el aire cerca del blanco cuello.—¿Qué hay de nuevo por la ciudad?

—Sólo frecuento a músicos—dijo Walter, con benévola condescendencia de artista—. En aquellos medios se ha entablado la batalla por el *Parsifal* de Ricardo Wagner. Los músicos se arremeten a puñetazos.

Illey echó un poco la cabeza hacia atrás.

—Dígame, señor profesor: ¿ustedes toman estas cosas verdaderamente en serio? ¿Y también el arte?

Adán Walter alzó su baja frente hacia lo alto, sonriendo con gesto de irónico perdón.

Ana le miró como pidiéndole que no prosiguiera con aquel tema. Siempre le dolía que su marido hablase de aquellas cosas. En tales momentos llegaba a parecerle antipáticamente inconsciente, clandestinamente contradictor y no le gustaba verle así.

—Sé que te enfadas cuando lo digo—prosiguió rápidamente Tomás—; pero la raza magyar sólo ve en el arte una imitación de la naturaleza. No necesitamos que hayan intérpretes entre nosotros y la naturaleza viviente. El porquero lo mismo que el pastor ven también la puesta del sol en la llanura, sin necesidad de que su belleza sea reproducida en rimas.

Walter volvió el rostro de lado, como si quisiera librarse de la mirada suplicante de Ana. Quiso contestar, pues debía hacerlo:

—Sólo entiendo de música y únicamente de ella puedo hablar. La música no es una imitación que interprete la natu-

raleza ; es la única creación artística humana que vive por sí, teniendo sus orígenes en sí misma.

—También yo lo creo—dijo Ana con voz débil— ; todo arte copia algo existente : la música crea lo inexistente.

«¡ Cómo se entienden !», pensó Tomás, malhumorado. Preguntó casi con impertinencia :

—Vamos : ¿ es que los músicos no aprenden de los cañaverales, del celeste murmullo del viento y de los pájaros ?

—La naturaleza sólo conoce armonía y discordancia—contestó Adán Walter—. La melodía fué creada por el hombre y no existe en la naturaleza.

—No diga eso, señor profesor ; ¿ es que no anduvo nunca por un bosque ? ¿ Jamás se durmió en el musgo, cerca de un riachuelo ?

Adán Walter movió la cabeza.

—Parece que no nos entendemos.

—No es posible entendernos—dijo Illey— ; ustedes son de aquellos que toman más en serio el cuadro pintado que el paisaje verdadero. A mí no me gusta oler las violetas en un frasco de perfume, sino en la orilla de un bosque.

Walter miró bruscamente a Ana y luego, como comparativamente, dirigió la vista hacia Tomás :

—El señor Illey me causa la misma impresión que la música zíngara.

—Música zíngara...—repitió Ana, pensativa—. ¿ Y yo ? ¿ Qué soy yo ?

—Una canción de Schubert—contestó el profesor.

Tomás rió brevemente.

—Los dos no ligan muy bien... Fume, maestro. Es cierto ; queréis hacer música.

Pero aquel día Adán Walter no sacó su violín del estuche, pues traía en él un pequeño ramo de flores que había comprado para Ana. Tampoco lo sacó. Se lo volvió a llevar a través de la nieve, en la blanca noche navideña.

La vez siguiente llevó un ramo mayor. Era un pobre



ramo de flores torpemente preparado y envuelto en una hoja de periódico. Cohibido, lo puso sobre el piano, cerca de Ana, y fué turbándose cada vez más.

—Por favor, no me dé las gracias ; esto no merece ni una palabra. Se me ha ocurrido traerlo completamente por casualidad.

Súbitamente, algo parecido al dolor se reflejó intensamente en el rostro de Ana. Ya no escuchó la voz de Walter, ya ni sabía que le había llevado flores ; sólo supo que Tomás nunca se las regaló.

«¿Por qué?»... Y su mano despertó en el piano acordes intuitivos y ensoñadores. Su rostro, tiernamente tenso, se tornó trágico, inconscientemente. Se puso a cantar. Una angustiosa interrogación vibraba en su voz. En ella lloró, gimió y suplicó toda una vida de mujer. Imploró desgarradoramente lo inaccesible, la promesa de la pretérita juventud, el ensueño, la ilusión cumplida.

Adán Walter tomó posesión de la arrebatadora voz femenina. Fué hacia la puerta, la entornó celoso y luego se apoyó en la pared, permaneciendo inmóvil. Aún estaba allí, embrujado, cuando vibraron las postreras notas de la última canción. No tuvo tiempo de serenar su fisonomía, y Ana comprendió su mirada, porque en aquel momento ella también sufría. Acogió con una sonrisa tristemente agradecida la ternura cálida, fluyente hacia ella. Permanecieron un instante así. Ana fué la primera en sobresaltarse, y volvió la cabeza hacia la puerta, como si también quisiera despertar al otro.

—La cerré para que hoy su voz sea solamente mía—dijo Walter con humildad.

Luego marchó, y la mujer se estuvo largo tiempo mirando la creciente penumbra. Aquel sentimiento cuyo calor le había rozado, hizo brotar la llama de sus propias emociones que creía extinguidas.

Tomás abrió la puerta, recordando entonces Ana que

su marido se iba de caza y que seguramente venía a despedirse.

—¿Ya se fué el trovador?—Illey echó una mirada por el saloncito y descubrió de pronto el ramo de flores yacente sobre el piano.

—¿Hasta te trae flores?

Ana levantó la vista hacia él.

—¿Sabes, Tomás? Se me ha ocurrido que tú jamás me obsequiaste así.

—¡No iba a darte flores crecidas en tierras ajenas!—Illey sonrió y salió de la habitación sin un sólo beso ni una palabra de despedida.

Nunca se habían separado así, todavía. Ana, asombrada, le siguió con la vista.

—¡Que te diviertas!—le gritó. No reconocía su propia voz, que resultaba fría e indiferente.

Al bajar la escalera, Tomás oyó las notas del piano de Ana. Una triste melodía se derramaba por la casa. Cerró la puerta tras sí con tanta rabia como si quisiera matar la música de un portazo. Alzó la vista desde el coche de alquiler, pues recordó al pronto que, hacía tiempo, Ana le miraba siempre marchar desde la ventana. Hacía tiempo, antaño... «Ahora tal vez se alegre de que me marche, dejándola vivir para la música. En eso coincide con Adán Walter». Rechazó altivamente la imagen del músico. No quiso pensar al mismo tiempo en él y en Ana, pero a pesar de todo las dos imágenes volvieron a entremezclarse en su cerebro, mientras él no podía por menos de sentirse completamente apartado.

Cesó el rodar del coche. Allá arriba, en la penumbra del gabinete de estar, la música se quebró en dos. Ana empezó a intentar vencer la hiriente amargura con la que pensaba en su marido. ¿Es que no podía ver que sufría; que sus sonrisas, su tranquilidad y su indiferencia eran mentira? ¿Acaso no advertía que todo era solamente una máscara?



¡Máscara!... Se llevó la mano a la cara con un gesto espantado, como si quisiera arrancar algo de ella...

Y en aquel instante, muy al fondo, bajo una multitud de recuerdos, en lo más hondo de su alma, hízose una tenue claridad. Un antiguo cuento incomprendido fué abriéndose camino lentamente, surgiendo del olvido. Primero sólo vió la imagen: la antigua tienda del relojero, su abuelo ante la ventana de medio arco, la vieja mano del tío Sebastián, el frac de color violeta, los zapatos con hebillas. Volvió a oír su voz. Palabras fragmentarias e incoherentes acudieron a su memoria, alcanzaron su corazón y, de repente, todo se volvió claro.

—No, los hombres ignoran unos de otros sus verdaderos rostros... El mundo entero anda con careta; nadie tiene el valor de quitársela; nadie osa ser el primero, pues no puede saber si los demás le seguirán o si le apedrearán por ello...

Los pensamientos de Ana repitieron desesperadamente las palabras del antiguo cuento: «Todo el mundo anda con careta, todo el mundo...» Y tal vez sean los misericordiosos y los sentimentales los que lleven la máscara del silencio.

—Tomás—. Dijo su nombre en voz alta, como antaño, al principio de su amor. Adquirió forma en ella la impresión de que había descubierto una lámpara con la que poder alumbrar en el oscuro camino el verdadero rostro de su esposo. Empezó a esperarle, aun sabiendo que no podía volver tan pronto. Le aguardó durante largas horas solitarias. Y también al día siguiente.

Cayó otra vez la noche. Llegó Adán Walter llevando nuevas flores en el estuche del violín.

Ana estuvo distraída e inquieta. Aquellas flores tan sólo volvieron a recordarle a Tomás. La voz de Adán Walter le pareció extraña y su cálida mirada llegó a irritarla. Aquel día ni siquiera lograron encontrarse en la música.

Mientras leía las notas, Ana atendía al exterior, cada vez más. Un coche se detuvo abajo, en el portal. Siguiéron unos

pasos por el pasillo. Levantóse involuntariamente y extendió un brazo como si quisiera detener a alguien que pasaba de largo... Allá fuera hízose el silencio y su brazo descendió con desaliento.

Adán Walter la observó con atención y, entre tanto, miró curiosa y casi despiadadamente en sí mismo. ¿Él era, pues, quien sentía entonces aquello que tantos hombres ya sufrieron? Y pensó con dolor físico en aquel otro hombre que era aguardado y había pasado de largo... Una expresión desilusionada cubrió su faz por unos instantes. Luego, alzó su caída frente y dejó el violín, como mofándose de sí mismo.

La mujer se sobresaltó, dirigiéndole una mirada interrogativa.

—Hoy no puedo—; la voz de Walter quiso ser áspera y violenta, pero sus ojos estaban infinitamente tristes.

Cuando se preparó para marcharse, Ana no le retuvo. Lanzó un suspiro de alivio, pues ya no tenía que dominar su expresión ni sus gestos. Fué corriendo hacia la puerta de su esposo.

Tomás estaba de espaldas en medio del cuarto y miraba al aire.

—¿Es que ya ni siquiera entras a verme?—preguntó ella, poniendo calor en su reproche.

—Sabía que no estabas sola. Quise aislarme.

Ana retrocedió, pero no traspasó la puerta como lo hubiera hecho en otras ocasiones. Tomás se puso a recorrer la habitación. Llevó varias veces la mano al bolsillo izquierdo de su chaqueta y apretó la mano abierta contra su pecho. De pronto, se detuvo delante de Ana.

—Agradezco que te hayas quedado—dijo, excitado—; tengo que hablarte.

Ana le miró asustada. ¿Ocurría algo malo?

—No, nada. Escucha... Ille está en venta.

Tomás se sentó en el alféizar, como si estuviera cansado, y respiró con sospechosa rapidez. Explicó que había estado



cazando por el bosque cercano a las marismas. Supo por uno de los oteros que iba a subastarse otra vez la propiedad de Ille. Sus poseedores quedaron arruinados y ya se habían marchado de allí. No pudo resistirlo y, cosa que no hizo jamás, estuvo por los alrededores de Ille. El viejo gañán le reconoció. Le llamó «señorito», lo mismo que antaño, a pesar de que ya estaban saliéndole canas. También le reconoció el ecónomo. Y vió el gran jardín, el tejado de la casa, el maravilloso Danubio, el granero y el árbol del columpio en cuya corteza se distinguían las huellas cicatrizadas de las cuerdas.

—¿Comprendes, Ana? Todo está en venta; lo venden barato; podría ser nuestro. Y allí mi vida tendría un fin. Sabes, por los chicos... Sólo subsisten las familias cuyas raíces están en la tierra. El árbol lanza en vano sus simientes en el adoquinado de las ciudades; en éstas no puede haber vida duradera. Las familias burguesas no son más que casas y la mayoría de ellas sólo duran tres generaciones. El hombre del campo es tierra. La tierra sobrevive a las casas... Si pudiera ir allí, todo sería distinto.

El asombro desapareció de los ojos de Ana y su rostro reflejó un espanto indecible.

—¿Y la casa? ¡Entonces tendríamos que marcharnos de aquí!

—No te asustes—dijo fríamente Tomás—; no deseo que dejes la casa por mí. Jamás pedí que te sacrificaras. Ahora tampoco es necesario que lo hagas; pero esto, ya no puedo soportarlo.

Aquellas palabras hirieron a Ana.

—¿Por qué me ofendes, Tomás?

—¿Es que vendrías conmigo?—La miró, incrédulo y escudriñador—. ¿Sería esto posible? ¿Vendrías conmigo, allá, a mi tierra, ahora que ya he envejecido y se extinguió tu amor?

Ana sonrió dolorosamente.



—¿No crees, Tomás, que el recuerdo del camino que anduvimos juntos es algo tan fuerte como el amor?

Él posó de nuevo la mano sobre el bolsillo izquierdo y luego la dejó resbalar por el costado, como por casualidad.

Ana advirtió de pronto aquel gesto. Recordó que se repetía a menudo en los últimos tiempos. Ya no se ocupó de su propio dolor.

—¿Qué tienes? ¿Pero qué te pasa?—Levantó velozmente la listada pantalla de la lámpara.

Se miraron como si hiciera mucho tiempo que no se hubiesen visto... ¿Dónde se habían separado sus caminos? ¿Dónde? ¿Con qué palabra? ¿En qué silencio? Ya nadie lo sabía. Debió hacer mucho tiempo de aquello y desde entonces iban lado a lado a través de la vida, sin apoyarse el uno en el otro.

Ana se inclinó sobre Tomás. Le pareció que acababan de encontrarse frente a frente en el oscuro camino y que, por obra del cuento de tío Sebastián, su vista penetraba en ese rostro que jamás había comprendido.

—Tú también sufriste, Tomás...—y cogió tiernamente entre las manos la cabeza de su marido, como si fuera un niño. La estrechó contra su pecho, acarició silenciosamente el cabello canoso, las arrugas: quiso apaciguar la huella de su triste incomprensión. Con cada caricia suya caía una parte de aquello que les impidió verse durante tanto tiempo.

—No fuí bueno contigo—dijo él con voz sorda—; me aparté de tu lado porque sólo deseaba a todas horas mi tierra.

—Y yo creí algo completamente distinto—contestó Ana, casi balbuceando—. Te callaste y no soy de las mujeres que pueden preguntar. Callamos los dos y eso fué nuestra desgracia; ahora ya sé que el silencio sólo encubre, pero no borra nada. Dios mío, ¿por qué no confesaste nunca tu anhelo? ¿Por qué no hablaste, cuando todavía éramos ricos?

Tomás cogió su mano y la besó.



—Temi que no me comprendieras. Ahora comprendes y no es demasiado tarde, aún.

—¿Pero con qué podríamos comprar Ille?—preguntó ella con zozobra.

—¿Recuerdas aquel bosque pantanoso, Ana? Antaño no lo quería nadie y ahora se ofrece un buen precio por él. Habría para comprarlo todo, aunque cargando yo con las hipotecas.

Un intenso temor dilató los ojos de Ana. Pensó en Cristóbal, a quien las hipotecas habían hundido precisamente.

—Trabajaré, pagaré las deudas—proseguía Tomás; y su voz se rejuveneció por completo.

—Deudas—repitió maquinalmente Ana, y en ella desesperó, como bajo los efectos de un golpe, la realista sangre burguesa del arquitecto Ulwing.

—¡No, Tomás, no construiremos sobre deudas!—Lo dijo con tal fuerza como jamás en su vida dijera nada a su esposo.

Durante unos minutos, Tomás la miró con fijeza y acritud. Después su figura se encorvó singularmente y, mientras se volvía, gesticuló como intentando desembarazarse de algo.

Aquel ademán oprimió dolorosamente el corazón de Ana. En su desesperación, aún quiso luchar por última vez, con todo sacrificio. Y mientras sus pensamientos buscaban confusamente una solución, sus ojos siguieron sin querer la mirada de su marido, más allá de la ventana, hacia fuera, en dirección al patio jardín, donde, bajo el cielo vespertino, el tejado abrupto descendía junto a la gárgola en forma de dragón.

Ambos miraron allá mudamente. Las dos voluntades habían cesado ya de luchar entre sí, y Ana, casi sosegada, sintió que pensaban lo mismo.

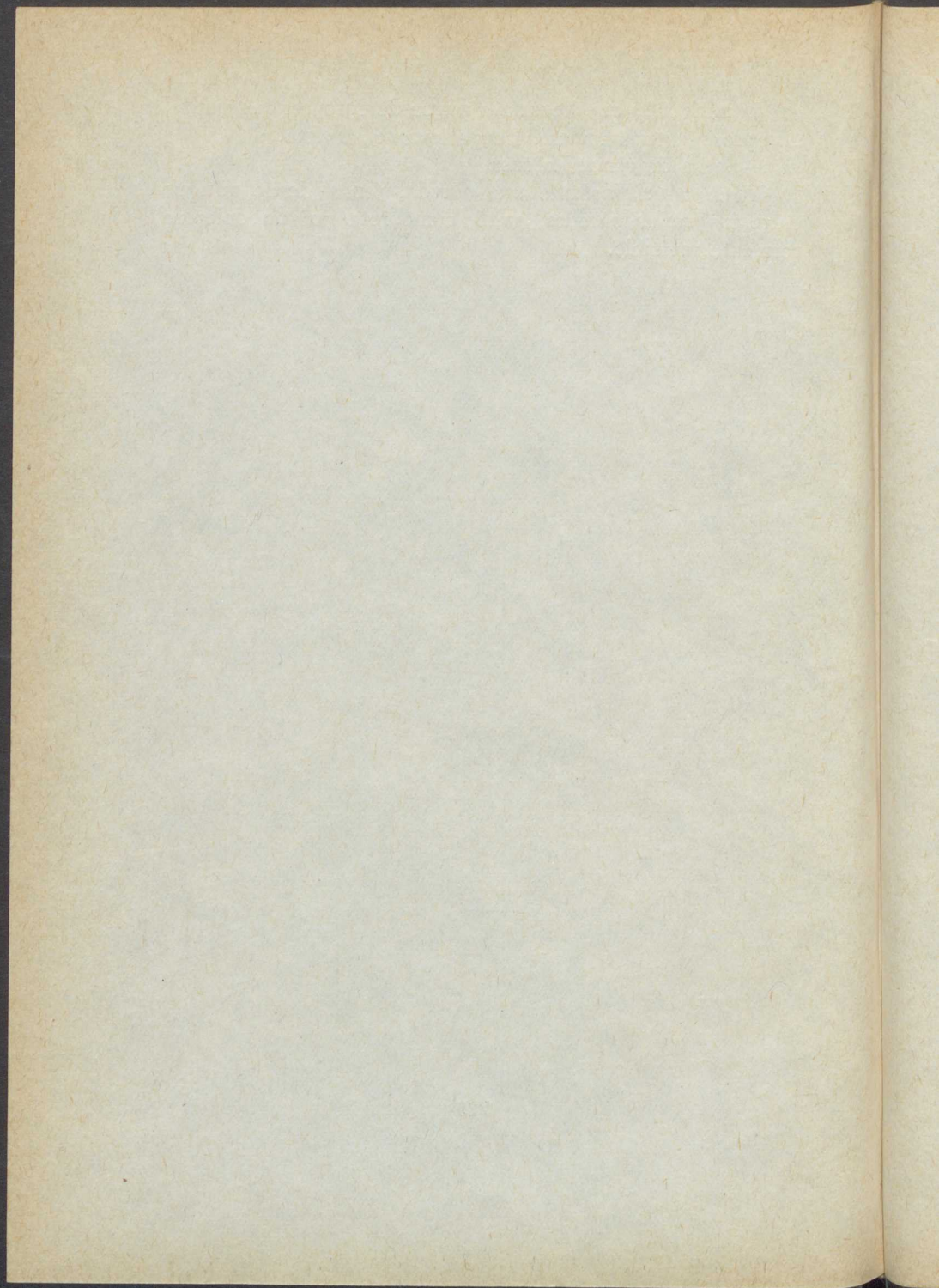
Hundió su rostro entre las manos, casi espasmódicamente, como si apretara contra él una máscara más pesada

que la antigua y que llevaría a partir de entonces y siempre, siempre, mientras viviese. Luego levantó la vista.

—Se ha de vender la casa.

Y en aquel instante una cuerda, tensa desde antiguo entre las viejas paredes, saltó, como rota por un doloroso tormento invisible.





## CAPÍTULO XVII

Pasos extraños, indiferentes y despiadados anduvieron por la casa. Fueron por todo el pasillo y hasta subieron al desván. Allá abajo, en el patio, voces incultas y mercantilizadas regatearon y lo despreciaron todo. Dijeron que sólo el solar tenía valor. De aquello se podía hablar; el edificio no contaba. Era un viejo caserón inútil, que ya no respondía a las nuevas exigencias urbanas.

Ana miró en torno suyo, como temiendo que la casa oyera lo que se decía de ella. Le hubiese gustado gritar: «¡Que salgan de aquí los agentes y jamás se atrevan a volver! Que el viejo Florián cierre pronto la puerta y los días vuelvan a ser tan seguros como lo fueron antes, cuando no existía todavía el peligro de separarse de la casa y marchar a otros lugares...»

En el cuarto verde un experto dió unos golpes en la pared y se puso a reír.

—Es tan fuerte como una fortaleza. Los azadones tendrán faena con tantos ladrillos viejos.

Ana no podía oír tales cosas. Huyó, se ocultó en la habitación más apartada para que Tomás no pudiera mirar en sus ojos. ¿Por qué arruinar la dicha de su esposo? ¡Estaba tan satisfecho y agradecido! Trabajaba, proyectaba, negociaba, regateaba. En la subasta, la propiedad fué suya



y sus ojos brillaban esplendorosamente cuando hablaba de ella.

—Dentro de poco la casa estará en orden, así como la finca. Todo volverá a su sitio de antes: los muebles, los cuadros, los criados, el administrador, el maestro de los graneros y hasta la vieja ama de llaves... ¿Te alegras, Ana? ¿Verdad que te alegras conmigo?

Ana era lenta y estaba cansada; tardaba mucho en pasar de una estancia a otra: ¡había tantas cosas que mirar en el camino!...

Tomás se preparó para el acontecimiento y contaba los días con impaciencia. Ana se despedía de todo y cada mañana despertaba temiendo que hubiese llegado el fin.

«Aún no ha ocurrido nada». Miraba en torno suyo y, como estaba sola, lo repetía en voz alta para que también pudieran oírlo las paredes... Volvió a inquietarse. «Quizás hoy... tal vez esta tarde...»

Súbitamente, aquel antiguo rostro de mocheño empezó a elevarse bajo el artesonado de la escalera y sonrió. Entró en el cuarto de estar. Ana huyó inútilmente y volvió a encontrarse delante de él en el cuarto de color verde.

Entonces, el banquero se apoyó contra el escritorio de múltiples cajones, como si estuviera en su casa, y dijo algo a Tomás.

Ana no comprendió claramente las palabras, pero sintió, sin embargo, como si un golpe breve y seco la hubiese alcanzado en la frente; aquello entonteció su cerebro. La voz de Tomás resonaba también confusamente en su oído; sólo vió con indudable seguridad que la mirada de su esposo se había tornado completamente límpida.

Cuando el director del banco de la calle Paternoster se hubo marchado al cabo de una hora, la vieja casa era ya suya.

El sordo entorpecimiento que gobernaba la mente de Ana duró días enteros. Todo lo acaecido en torno suyo le pa-

reció irreal, hasta que los moradores de la planta baja se mudaron bruscamente, hasta que se comenzaron a empaquetar las cosas por toda la casa.

El plazo de la entrega era breve. Debían apresurarse.

Los viejos muebles se movieron de sus sitios tan pesadamente, con tanto dolor como los hombres viejos cuando salen de sus rincones habituales. Allá abajo, delante de la casa, deteníanse de vez en cuando carros de mudanzas pesados y retumbantes.

Ana se asomó a la ventana. Hombres sudorosos y descalzos sacaban el piano por el portal. Los muebles más queridos amontonábanse sobre el empedrado de la calle, en medio de la gente. Un jornalero estaba sentado sobre el musiquero. El antiguo pupitre de Cristóbal yacía del revés sobre la cómoda de tres cajones, semejante a un animal muerto que levantase sus patas en el aire.

Por aquellos días Tomás marchaba de viaje a cada instante, pues él mismo quería hacer colocar los muebles de la vieja casa en la mansión solariega de Ille. El deseo de lo desconocido y de lo nuevo había alborotado a los chicos. Hablaban de Ille como si allá se hiciesen realidad los cuentos, aquella historia que su padre acostumbraba contarles.

«No le tienen apego a la casa», pensó Ana, y se sintió abandonada. Le hubiese gustado más que nada estar sola. En aquellos momentos, su imaginación volvía a colocar todas las cosas en las habitaciones, tal como antes estaban. Adivinábase la forma de los muebles en el empapelado de las paredes. Los clavos, huérfanos, se alargaban en la pared como pequeños dedos ganchudos pareciendo reclamar algo. Una orla sombreada recordaba borrosamente el retrato de doña Cristina.

Siguió desapareciendo un mueble, y otro...

En el cuarto verde no restaba ya en su sitio más que el escritorio de múltiples cajones. Ana fué sacando las gavetas una tras otra. Pequeñas labores de punto cruzado salieron



de una de ellas. ¡ Cuán feas y queridas eran ! Recordó haberlas bordado antaño para su abuelo. Luego unos viejos y torpes dibujos fueron a parar a sus manos : castillos extraños, chicas, gatos de grandes orejas y, en una hoja de papel, dos mechones de cabello infantil, rubios y plateados ; bajo ellos, una fecha lejana, con la letra del abuelo, amarillenta por el tiempo.

Estremeciase cada vez que sonaba el reloj y se llevaba la mano a la frente, como si fuera allí precisamente donde hubiese dado sus golpes invitándola al apresuramiento.

En otro cajón yacía el diploma de ciudadano de honor de la libre y real ciudad de Pest, así como un librito raído, en cuya tapa había un águila bicéfala sosteniendo entre sus garras el escudo de Hungría.

«...Pozsony a D. 1797. Cristóbal Ulwing... Carpintero civil...»

Mientras iba hojeándolo, un mohoso olor a viejo, ascendió ligeramente a su rostro. Su memoria empezó a buscar, vacilante :

*...Zwei Wanderbursche zogen  
Hinaus in's ferne Land.*

El entorpecimiento marchó repentinamente de su cerebro. La realidad cobró implacable forma en su conciencia. Tenía que marcharse de allí y todo sería distinto. Lágrimas irrimprimibles deslizáronse por su rostro.

No tuvo valor para empaquetar el contenido de los cajones ; tampoco lo tuvo para hacer clavar las cajas abiertas. Tenía horror a todo lo definitivo.

Abrióse una puerta en algún sitio. Ana tuvo conciencia de su inactividad. Hizo como si se apresurara, esforzándose en ocultar su zozobra a los ojos de quienes amaba.

Los chicos se preparaban para los exámenes ; en cuanto a Tomás, no advertía nada. Pasó ciegamente por junto al



suplicio silencioso y huidizo de Ana, con el egoísmo de su propia alegría. Estaba satisfecho de todo, y sólo le malhumoraba la lentitud de su esposa.

Un cajón a medio sacar, un armario vacío, podían detenerla largo rato. En su pobre y atormentado cerebro ya no había sitio más que para los recuerdos. Todo hablaba del pasado; hasta en el desván hubo de hallar muchas remembranzas de otros tiempos.

La destartalada butaca de grandes orejuelas, que fué del tío Sebastián; los grabados al humo de Fischer von Erlach y Mansard; el envejecido plano en colores de Buda-Pest... Llevó este último a la claridad de la buhardilla. Estuvo mirando largo tiempo la línea de las breves y retorcidas calles, el Danubio pintado de azul, las diminutas lanchas del Puente de Barcazas, las pequeñas iglesias y la multitud de solares vacíos.

No lograba orientarse en el dibujo. Sobre sus recuerdos de la infancia había sido edificada una gran ciudad nueva, que había engullido a las calles de entonces con su desarrollo; que había derribado los viejos mercados, creciendo y extendiéndose más allá del antiguo plano y de lo que el arquitecto Ulwing imaginó antaño con audaz confianza.

Ana bajó desolada la escalera y el atardecer la sorprendió de nuevo sin hacer nada ante un armario abierto. Estaba sentada en el suelo y, una gran petaca incrustada de perlas, que había envejecido hasta volverse plana, yacía en su regazo.

Acercáronse unos pasos desde el cuarto vecino. Se volvió, atenta, y se puso a darse prisa de verdad, pero había olvidado que tenía que poner las prendas en la caja abierta y, con gestos precipitados, tornó a colocarlas instintivamente en su lugar habitual, en el armario.

Tomás se detuvo cerca de ella.

—¿Qué piensas, cuánto tiempo precisas aún?

—Queda muchísimo que hacer—contestó Ana defendiéndose. Pero no hubiese podido decir cuánto.



—Tenemos que entregar la casa dentro de una semana—  
refunfuñó él excitadamente.

Ana alzó la vista hacia su marido.

La luz de la lámpara alumbraba el rostro de Tomás.  
¡Cuán viejos y consumidos estaban sus rasgos! Su cabeza,  
antes de tan bella forma, parecía lamentablemente contraída  
y, entre los huesos, en los hundidos surcos de las venas, oscu-  
recíanse unas sombras de color violáceo.

Ana creyó ver mal y se levantó.

Tomás se llevó la mano al pecho e hizo de nuevo aquel  
ademán particular que ella conocía de antiguo. En este ins-  
tante Ana no pudo seguir creyendo que fuera casual. Se es-  
condió en los brazos de su marido y apretó la cabeza contra  
su pecho, como si huyera ante su angustiosa zozobra.

Tomás se hallaba detenido allí como en estado de in-  
consciencia. Respiraba con dificultad y su mirada se clavaba  
confusamente en el aire, por encima de la cabeza de su mu-  
jer. Su corazón latió en una carrera veloz y sin fuerzas, luego  
pareció tropezar con algún obstáculo y hubo en su pecho un  
frío silencio espantoso que duró un instante.

Ana escuchaba con inquietud. El tamborileo rápido y  
pertinaz volvió a repiquetear en sus sienes.

Tomás se enderezó y apartó con impaciencia a su esposa,  
como si sólo entonces notara su proximidad. Ana recordó  
sin esforzarse que aquello no ocurría por vez primera. Hízose  
en su cerebro una terrible claridad.

—Nada—dijo él, e hizo un esfuerzo para intentar reír,  
pero su risa se ahogó bajo la angustiosa mirada de su mujer.

—Tomás, ¿desde cuándo estás así?

—Hace mucho tiempo.

—Dios mío, ¿por qué callaste?

—Creí que en Ille me pasaría... Abre la ventana. Hoy está  
mal... —El rostro se le puso ceniciento, sus ojos pidieron  
auxilio. Arrancó su cuello de un solo tirón.

Ana cruzó las habitaciones.

—¡ Un doctor, que busquen un doctor !...

Resonó por toda la casa el golpe que dió Florián al cerrar el portal tras de sí.

\* \* \*

Transcurrieron muchas horas, y dejaron huellas sobre los rostros. Tomás hallábase ya tendido en su lecho. En el hueco de la escalera, Ana estuvo hablando largo tiempo con el joven doctor Gárdos, hijo del viejo *protomédicus*.

Apagada era la voz del doctor, cuyas palabras llegaban apenas hasta Ana. Sin embargo, éstas lo aniquilaban todo, prácticamente, en torno suyo. ¿ Es que no había perdido bastante ? ¿ Es que no habría piedad para ella ?

El doctor Gárdos la miró compasivamente.

—Pueden ocurrir milagros...

Los ojos de Ana fueron desorbitándose lentamente y su mirada giró, como si presintiera algo horrible. Estremecióse y luego volvió por el corredor con paso rígido y singular. Cuando Tomás, en su somnolencia, le tendió la mano, ella se inclinó sobre él con su destrozada y penosa sonrisa.

Amaneció lentamente y la noche tardó mucho en volver. Nada cambió en la casa ; sólo la claridad abrió y entornó los ojos.

Tomás permanecía inmóvil en su lecho. Ana espiaba tensamente cada inspiración suya, pensando en las horas que transcurrían y en el día de la entrega, que se aproximaba cada vez más amenazador.

Pidió una prórroga y no le fué concedida. Tuvo, pues, que seguir el consejo del joven doctor Gárdos.

Aquel pequeño piso desalquilado en la casa de enfrente... No podían hacer otra cosa ; tenían que mudarse allí. Encojiéndose, podrían permanecer en él un par de días, pues el médico había dicho muy seriamente que sólo se trataba de poco tiempo.



«A pesar de todo, hay milagros», pensaba Ana. «Sí; se trata de muy poco tiempo, luego... aún se pondrán bien las cosas». Exhaló un suspiro de alivio y así se deslizó su último día de permanencia en la casa.

Atardeció. Los dos chicos habían ya pasado al piso de enfrente con Tini. Tomás dormía; Ana y el viejo criado ve-  
laban a su lado, sin osar mirarse.

Las ventanas estaban abiertas y el reloj desgranaba su tictac en el pasillo, cerca de la pared, puesto en el suelo. Sólo aquello quedaba aún en la casa vacía. Florián quiso llevarlo él mismo a la vieja morada.

Ana contaba los tictacs del reloj. «Dentro de tres horas... dentro de dos horas...» Se alzó sin hacer ruido; escurrióse a lo largo del pasillo y bajó la escalera. En el patio jardín, los viejos castaños, el defectuoso pozo y las matas aún estaban en su sitio, entre las disformes y altas paredes medianeras. Todo se hallaba como antiguamente e incluso el acompasado sonar del viejo reloj descendía al pequeño jardín.

Ana apoyó la cabeza contra el tronco de un árbol y se despidió de todo lo que había en torno suyo, sin apartar por ello los ojos de la ventana de Tomás.

Hízose el silencio, de súbito, como si una de las voces se hubiese quebrado en aquella despedida... El reloj había enmudecido.

Ana subió la escalera a toda prisa. Acababa de recordar que la noche anterior se había olvidado del reloj, y el disco del péndulo, que siempre contempló viviente, pendía muerto entre las diminutas columnas de alabastro. Se pasó con cansancio la mano por la frente. ¿Era que también se había ya marchado el enanito? ¿También habríase ausentado el tiempo?

Abrió la puerta del cuarto verde. La claridad de la vela nadaba meciéndose en torno a ella. Sus pasos sonaron hueca y sepulcralmente entre las desnudas paredes. Detúvose ante las altas y blancas puertas de cristales. En una de las hojas



se distinguían unas muescas ascendentes. Allí era donde su padre señalaba de año en año la estatura de Cristóbal y ella. Siguió adelante y probó cautelosamente las aldabas. Algunas eran mudas y obedientes, otras resistíanse gimiendo. Las conocía y muchas veces dijeron cosas a través de su vida. Conocía la voz de cuanto habitaba la casa. También le hablaban las ventanas al abrirse y, bajo su pisada, la tabla del umbral decíale igualmente algo, siempre lo mismo, desde muy antiguo, y aquello que le expresaba formaba parte de su destino.

Siguió avanzando, deslizándose a lo largo de las paredes. Con sus dedos palpó el empapelado descolorido, la estufa de alfará y el alféizar de la ventana. Allí colocó la vela y miró en dirección del Danubio, a través de los diminutos cuadraditos del cristal, exactamente como lo hiciera antaño; pero la fachada de la casa de enfrente obstruyó ahora su mirada.

Un coche pasó ruidosamente por la calle y su tránsito resonó como un latigazo. Ana se pegó a la pared, y en la gran proximidad casi corpórea, bajo el silencio que se entretecía en torno suyo, volvióse de pronto certidumbre en ella algo que tal vez vivía desde siempre, oscuro y callado, en su yo subconciente. En aquel instante sintió la unión existente entre ella y la vieja casa, condenada a muerte. Los ladrillos bajo el enjalbegado, las vigas, las bóvedas, tenían su origen en una misma fuerza y ella formaba también una unidad con ellos, como si hubiera salido de las paredes, como si fuera una parte suya que se movía y podía expresar en voz alta lo que a ellas dolía silenciosamente.

En su mente removiéronse vidas pretéritas continuadas en ella, sobreviviente a todos. Convulsionáronse a través de su ser remembranzas misteriosas, cuya realidad no había visto jamás y que ahora la casa de los Ulwing despertaba en ella.

Desde que el reloj hallábase detenido, el tiempo había cesado también para Ana. El temblor torturante de su pro-



pio cuerpo le hizo volver en sí. Toda la casa temblaba con ella. Allá, bajo el portal, sacudieron la campanilla.

La sangre afluyó toda al corazón paralizado de Ana. Se le doblaron las rodillas cuando regresó atravesando las estancias. Cerró las puertas tras de sí lentamente, una después de otra, volviendo siempre a mirar en torno suyo. Un trozo de papel doblado yacía en el suelo al lado de la puerta del cuarto de los niños. Lo recogió y lo apretó prudentemente entre las dos hojas de cristales, tal como tenía costumbre de hacerlo para que no se oyera ruido cuando algún coche deslizábase allá bajo.

Sólo comprendió lo que acababa de hacer cuando la al-  
daba volvió a saltar a su sitio; cuando se hubo cerrado la puerta, cuyo ruido ya no despertaría nunca a nadie. Ana dejó escapar un sollozo entre aquellas paredes vacías y lastimosas. Los aposentos lo repitieron uno tras otro en voz débil, en voz cada vez más queda...

Abajo, abrieron el portal. Oyóse desde la escalera la voz autoritaria del joven doctor Gárdos. Le seguían de cerca dos hombres portadores de una camilla sobre los hombros. Ana se encontró con ellos en el pasillo. Se tambaleó como si la hubiesen golpeado en el pecho y luego volvió a parecer del todo tranquila. Abrió la puerta y despertó suavemente a su esposo.

La camilla que trasladaba a Tomás atravesó la calle, marchando en el alba temprana como sobre unas aguas estrechas y azuladas. Por un lado, la acera familiar de la vieja casa; por el otro, la oscura morada desconocida y la nueva vida ignota, con la cual Ana comprendió que nunca se sentiría enraizada.

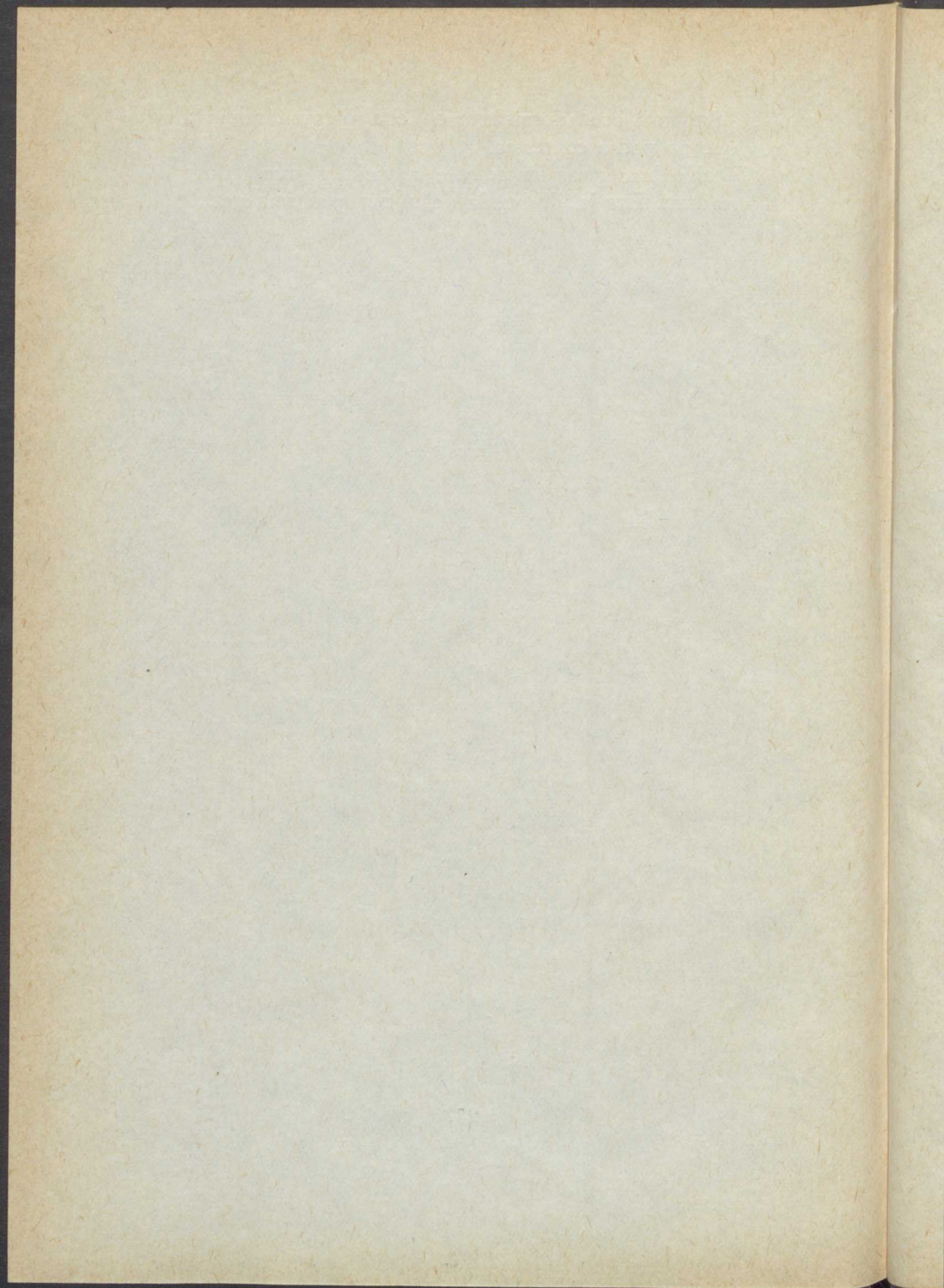
Pasó el portal de prisa y cabizbaja. Sólo vaciló al llegar a mitad de la calle. Entonces, volvióse y miró atrás bruscamente.

Las dos cariátides parecieron asomarse por debajo de la moldura. Sus ojos de piedra se volvieron hacia Ana, como

si se clavarán acusadoramente en ella preguntándole algo a lo que no podía contestar.

Florián hizo girar lentamente la vieja y gruesa llave en la cerradura. Era la última, la definitiva y última vez...





## CAPÍTULO XVIII

Los nuevos moradores del pisito frontero vieron cuanto les rodeaba como algo hostilmente desolado.

Una llama de gas silbaba en el estrecho recibimiento. Raídas eran las puertas destartaladas y las habitaciones recordaban a quienes no la amaron y siempre marcharon dejándola.

Transcurrió la primera semana. Ana no se había movido de la cabecera de Tomás y todavía no osaba dirigirse hacia la ventana, a pesar de que su alma vivía dos vidas: una de ellas pertenecía a Tomás y la otra a la casa perdida.

Después de toda una noche pasada en vela, no pudo contenerse. Se dirigió silenciosa y furtivamente hacia la ventana y se asomó con temor y vacilación.

Se sintió aliviada, pues allá fuera, en el crepúsculo matutino, la vieja casa se alzaba aún intacta... Sólo entonces advirtió que su pared amarillenta sobresalía de las otras edificaciones y estrechaba la calle. También observó por vez primera cuán vieja era la casa bajo su ruda techumbre, a través de cuya sombra las ventanas aparecían ante ella con la tristeza de los ojos sin luz.

Mientras iba mirándolas a todas, sucesivamente, atendía con atención lo que pudiera ocurrir tras de sí, en la estancia. De pronto, pareció como si la respiración de Tomás se hubiese debilitado más. Volvió temblorosa y quedamente a su lado.



Desde entonces, aquel fué el único camino que anduvo Ana. Fué breve, pero abarcó sin embargo toda su vida.

Unos días después, por la mañana, un extraño ruido la sacó bruscamente del amodorramiento en que se hallaba sumida. En el cuarto había un gran silencio; el ruido venía de fuera. Se levantó de la butaca donde estuvo velando y dirigióse de puntillas hacia la ventana.

Los obreos se hallaban ante la vieja casa. Unos peones hacían rodar de un carro troncos alquitranados. El portal aparecía abierto de par en par, como una gran boca que lanzase un terrible grito de agonía. Una grieta parecía bostezar entre las tejas del desván y otros hombres andaban por el tejado.

Ana se cubrió los ojos... ¿También tendría que soportar todo aquello? No podía escapar a tal espectáculo. Lo vería todo...

Tomás despertó bruscamente de su sueño angustioso.

—¿Qué es? ¿Qué ocurre?

No habría palabras con las cuales pudiera decirse lo que ocurría, y, si existían, Ana no pudo hallarlas. Volvió calladamente a la cabecera de la cama y tendió sobre su rostro, como un velo, su antigua y bella sonrisa. Pero se apresuró demasiado, con excesiva violencia y se le desgarró dejándola al descubierto.

Tomás le cogió la mano. En aquel instante sentía el sacrificio de Ana en toda su grandeza. Antes tenía confianza en sí mismo y esperaba lograr atar el alma de su mujer a todo lo que él amaba. La enfermedad habíale arrancado cuanto tenía en la mano y él se avergonzaba, sufría en su orgullo por haber sido la causa del inmenso sacrificio de Ana.

Sus ojos a punto de apagarse la miraron con cariño infinito. Ana volvía la espalda a la claridad y Tomás le hablaba de Ille y hacía proyectos, acariciándole la mano.

Al día siguiente el correo trajo una pequeña bolsa. Era trigo, pesado trigo de Ille, de color de oro. Abrumado, Tomás

lo cernió lentamente entre sus dedos y sus ojos se llenaron de lágrimas, en tanto que la vida, por un cruel contraste, corría a través de sus manos descarnadas y espectrales.

En aquellos minutos, en aquellos días, el rostro de Ana envejeció bajo la sonrisa hecha jirones.

Allá fuera, el techo de la vieja casa había ya desaparecido y, entre el andamiaje, cual una pobre anciana prisionera, la fachada de palidez de muerte se hallaba esperando con tristeza. Ana se imaginaba a la casa quejándose bajo el gran esqueleto de madera, consciente de aquel encierro preparador de su muerte.

Los azadones empezaron a trabajar. Desde el piso, los ladrillos resbalaban aullando por un caz. Por los andamios transitaban jornaleros y muchachas eslovacas: ellas también llevaban ladrillos en unas parihuelas.

La casa se volvía más pequeña a cada día transcurrido. Los obreros cavaban unos huecos en las paredes y luego dejaban que éstas se desplomasen. Así se iba más de prisa.

Aquel ruido constante la penetraba hasta lo más oculto de su ser, y cada vez que lo oía se consumía algo en el corazón de Ana. Parecía que se volvía más débil a cada caída, como si se desmoronara en su alma el esfuerzo de generaciones enteras, magno y antiguo trabajo con el que los primerísimos, los pretéritos, los desconocidos, los oscuros Ulwing, acarrearón todos los ladrillos para el abuelo arquitecto, para la casa.

Pensó en su padre. El todavía mantuvo las paredes. Y Cristóbal empezó a demoler el edificio. Ahora ya todo había terminado.

La grieta iba mordiendo espantosamente la pared amarillenta. Toda la fachada se fué tornando paulatinamente un pavoroso agujero. Podían mirarse los cuartos a través suyo. La gente también curioseaba desde la calle, y aquello era para Ana como si extranjeros entrometidos y curiosos mirasen descaradamente en el pasado de su vida íntima.



De trecho en trecho, el empapelado de color verde seguía todavía agarrándose tenazmente a las ruinas. En la esquina se agrandaba un agujero redondo y negro, del cual arrancaron despiadadamente la tubería de la estufa, el túnel de «las hadas del fuego» de Cristóbal.

Trozos del piso de madera pendían en el aire aquí y allá, y los oscuros huecos de las chimeneas, obrados a lo largo, eran aún visibles, pareciendo como si algún portentoso ser hubiese pasado sobre la pared un descomunal dedo tiznado de hollín.

De la otra parte de la casa se distinguía ya la hilera de ventanas de medio arco del pasillo. En el patio jardín, los árboles semejaron ponerse de puntillas para contemplar la calle. Luego, un día, ya no estuvieron allí. Ana les reconoció, uno por uno, cuando el gran carro salió con ellos por el abierto portal. En lo alto del carro yacía un tronco mutilado sobre el que se erguían, hechas astillas, las heridas tablas del banco redondo.

Todo fué brusco. Las dos cariátides ya se hallaban tendidas de espaldas allá abajo, en el adoquinado de la calle. Cuando llegó el anochecer y hubieron marchado los obreros, Ana se puso un chal y bajó rápidamente la escalera. Quiso despedirse de las cariátides. Se inclinó hacia ellas y las miró a la cara. La luz del farol callejero que antaño entrara siempre en el cuarto de estar, iluminaba ambas como si estuviese alumbrando sus cadáveres.

Desde la esquina aproximáronse unos pasos. Ana se retiró en lo que fué marco del portal. Dos hombres bajaban por la calle. El más viejo se detuvo; oyóse claramente su voz:

—Esto fué en un tiempo la casa del arquitecto Ulwing.

El más joven pasó con indiferencia por sobre la cabeza de una de las cariátides.

—¿El arquitecto Ulwing?—Miró de repente con interés las paredes mutiladas—. ¿Ulwing?... ¿Algún pariente del relojero de Buda?

—Su hermano mayor.

—Jamás oí que existieran otros de aquella familia. Sebastián Ulwing—murmuró el joven al marcharse—; ése hizo mucho por la causa.

Ana les siguió con la vista. ¿Era todo eso cuanto había perdurado del nombre de los Ulwing? ¿Ya se había perdido el recuerdo de su labor? ¿Sólo había quedado la muerte heroica del tío Sebastián? ¿Sólo subsistía la sutilidad de un cuento pueril?

Pasaron otros hombres, coches, vida. El ruido entero de la ciudad.

Ana emprendió el camino del regreso, hacia la parte opuesta de la calle, hacia la casa extraña.

\* \* \*

Aquella noche Tomás estuvo muy inquieto. Tuvo vómitos y preguntó varias veces a Ana dónde se hallaba. No la veía, a pesar de que permanecía sentada al borde del lecho, y le tomaba la mano. Ella mantuvo erguida la cabeza con mucho valor; no hubo lágrimas en sus ojos. No quiso que Tomás leyera su muerte en su rostro.

Hacia la madrugada, Ana sintió una leve presión en la mano.

—¿Estás aquí?—preguntó el enfermo—. Siempre esperé que estuvieras aquí.

El rostro de Tomás había cambiado particularmente en pocos minutos. Una sombra descendía sobre él y Ana miró en vano en derredor suyo, sin poder descubrir lo que la proyectaba. Pero estaba y se hacía cada vez más profunda en las órbitas del enfermo, así como en las comisuras de la boca.

—Ahora yo me voy—dijo Tomás—; no muevas la cabeza, que lo sé...

Ella no pudo contestar, ni tampoco logró reprimir su llanto.



—Llora, Ana, te hará bien; y perdóname, si puedes. No supe comprenderte y por eso te fué tan dura la vida junto a mí...

Entornó los ojos y estuvo largo tiempo inmóvil; sólo su rostro se convulsionaba a veces como movido por el llanto. Luego atrajo la cabeza de Ana sobre su corazón.

—Aquí... cerca, muy cerca. Este fué tuyo, sólo tuyo... Ana... Ana, Ana — dijo muchas veces su voz a cada momento más alejada—. Ana...

Eso fué lo último, como si, de toda su vida, sólo hubiese querido llevarse aquello para el viaje solitario y eterno.

Al caer la tarde, Tomás Illey había muerto.

Ana pasó la noche velando a dos difuntos: su marido y la vieja casa.

\* \* \*

Por la mañana, alguien entró en el cuarto y la abrazó fuertemente. Era su hijo, el hijo de Tomás.

Apoyada en su brazo, Ana salió de la casa extranjera tras el ataúd de Tomás. Y el más pequeño, el rubio de ojos azules, se pegó cariñosamente a ella y la cogió estrechamente de la mano, en una gran unión.

Lleváronse a Tomás. Él quiso que lo enterraran en Ille. Ana y los dos chicos atravesaron la ciudad en coche para ir a la estación.

Era una cálida noche de verano. Los faroles de gas estaban ya encendidos. Las luces dispersas pendían de los alambres, como incandescentes y plateadas gotas. Tiendas iluminadas, escaparates, cafés de brillantes ventanales... La plaza Servita, la calle Gránátos, y un reloj eléctrico indicando la hora en los alrededores de lo que fué la esquina Grassalkovitch.

El coche dió la vuelta; sobre las aceras de los dos lados la muchedumbre trasnochadora se movía empujándose. Om-



nibus, coches, zumbidos y gente, mucha gente por doquier.

Más allá se produjo un embotellamiento. Los andamiajes de las casas en construcción alzábanse en las aceras. Un olor a cal húmeda desbordaba en el removido polvo estival. Bajo el maderamen, figuras presurosas de alzados hombros. Oyéronse unos gritos; un gran chorro de agua empezó a remojar el sofocante adoquinado.

El policía montado alzó su mano enguantada de blanco. Todo se detuvo un instante; luego el caos se deshizo, y la comitiva siguió discurriendo, rodando.

La mirada de Ana se deslizaba, tristemente, por encima de los letreros de las tiendas. No halló ni un solo hombre conocido. Los Jörg, los Münster, los Walter, no estaban en ningún sitio. Otros nombres, otras gentes. ¿Y los Ulwing?

Quizá supiera todavía del arquitecto Ulwing algún que otro antiguo farol de esquina, algún viejo árbol que había quedado en pie de igualdad en los liños de jóvenes arbustos callejeros, o alguna vieja y extraña casa, destinada a morir, que se alzaba con inclinado espanto entre casas nuevas e impresionantes... Pero los hombres, éstos ya no sabían nada.

El coche llegó al fin de su recorrido. Detúvose ante la estación.

Florián y Tini se hallaban sentados sobre el equipaje, en el ahumado vestíbulo. En alguna parte tocaron una campanilla y una voz gritó nombres de lugares desconocidos adonde iban y vivían hombres.

Ana vió desde el andén cómo se enganchaba al tren un furgón de color negro; duró mucho la maniobra y se retrasó la salida. La gente se apresuraba. Sólo no había tenido prisa aquel a quien llevaban a Ille en el fúnebre furgón.

La campanilla, rabiosa, volvió a sacudir su lengua.

Ana se asomó nuevamente a la ventanilla, a pesar de su propósito de no mirar atrás. ¿Para qué? Todo había pasado, todo estaba lejos. Sin embargo, su mirada cansada y sin horizontes se detuvo repentinamente.



Alguien venía hacia ella, alguien surgiendo de aquello ya pretérito, de aquello ya tan lejano...

Adán Walter se detuvo ante la ventanilla del coche y se descubrió sin decir nada. Aún seguía allí, cerca de los railes, cuando el tren emprendió la marcha. Estuvo largo tiempo inmóvil, siguiendo al humo con la vista.

## CAPÍTULO XIX

La gran noche oscura se transfiguró en mañana, y en árboles y tierras...

De vez en cuando, se distinguían, próximos a las ventanillas del tren, diminutos y blanquecinos puestos de vigilancia, y parecían ser ellos quienes corrían a toda velocidad. Barras de vallados subían semejantes a brazos que se alzarán. Postes telegráficos galopantes... alambradas de destellos plateados. El viento producido por la locomotora en su marcha hacía oscilar los follajes; la sombra del humo flotaba ampliamente sobre las tierras soleadas y fértiles.

Luego todo quedó atrás. El tren se detuvo.

La gente llevaba aguardando algún tiempo en la pequeña estación de Ille. Manchas de color azul, abigarradas faldas campesinas, corpiños de cegadora blancura. De pronto, los redondos sombreros de ceremonia bajaron como un enjambre de pájaros negros.

El pueblo de Ille se hallaba mudo y con la cabeza descubierta ante la señora de Tomás Illey. Manos morenas y callosas tendieron ante ella, y aquella multitud de ojos lacrimosos la miraron como si la conocieran de antiguo.

—Dios la trajo a casa entre nosotros...—Un viejo campesino de arrugado rostro se inclinó sobre su mano.

Los que se hallaban detrás rodearon a los niños. Una de las campesinas acarició el brazo del joven Jorge Illey.

—Es como su padre, mi alma...

Ana deslizó una mirada errante en torno suyo. Sentía



algo extrañamente nuevo. Aquella tierra en la cual se hallaba era tierra illense; los árboles nacían de ella así como los hombres; todo le pertenecía y también sus hijos, y asimismo el recuerdo de Tomás...

Una profunda voz labriega dijo lentamente:

—Nuestro buen señor ha venido a casa.

La gente abrió paso ante el ataúd metálico, y cuatro buenos mozos lo llevaron a cuestras hasta el vehículo. Lo colocaron entre una gran cantidad de ramas de encina y luego todos siguieron tras él. En la enrucijada, el carro dobló hacia la colina de la capilla. La calesa se volvió hacia la hilera de álamos.

Ana siguió al vehículo con la vista. Las ruedas desaparecían bajo el abundante follaje, inclinado hacia el suelo. Una balanceante vida de color verde era portadora de la muerte. La copa de la encina conducía a Tomás Illey; el árbol iba con él hacia el cementerio.

La campana de la capilla hablaba tranquilamente al cielo y en lontananza elevaron también su voz las iglesias vecinas. Parecían decirse unas a otras, decíanse todas a través de los aires, que había regresado el señor de Ille.

Con sus antiguas tradiciones, como soldados, los álamos se alzaban a lo largo y a ambos lados de la carretera. El coche volvió a girar, las ruedas despertaron a los guijarros. Y la casa solariega milenaria estuvo allí, aguardando entre las encinas, y los pasos sonaron huecamente bajo los retratos de los antiguos señores de Ille, en el amplio cuarto enjabelgado que daba sobre el pórtico.

Ana empezaba fatigosamente a caminar cuando retrocedió de súbito, horrorizada. Todo rebosaba flores, como si la casa se preparase para una alegre fiesta. Le dañaron los ojos aquellas claridades multicolores y vocingleras. El ahogado tormento albergado en su pecho exhalóse en un gemido. Se llevó impulsivamente las manos a la garganta, como si las flores la hubiesen herido.

—¿Por qué las han puesto, por qué? Precisamente ahora...  
La vieja ama de llaves surgió de entre las sirvientas.

—Era orden de nuestro buen señor. Él quiso que cogiéramos todas las flores cuando nuestra señora viniese a la casa.

Los labios y los ojos de Ana contrajéronse con lento dolor en el rostro transparente y pálido. Era como si estuviese mirando en una profundidad misteriosa, de la cual no supo nada hasta entonces. En aquel momento fué cuando pudo ver en el alma de Tomás; en aquel momento en que le daba todas las flores que no habían crecido en tierras extrañas. Las ofrecía estando muerto, pero se las ofrecía.

¡Si fuera posible volver a hablar con quienes marcharon!  
¡Si se pudiese hablar cuando ya no se puede!

Ana quedó sola en un cuartito abovedado. El retrato de doña Cristina colgaba encima del diván a flores. Allí estaba el piano y el diminuto costurero; todo allí, como antaño en el gabinete de estar.

Reclinó la frente contra la reja de la ventana y miró hacia fuera, hacia el mundo desconocido, en medio de su antiguo mobiliario. El hálito verde del gran jardín le rozó la cara. Los árboles murmuraban entre sí cosas incomprensibles.

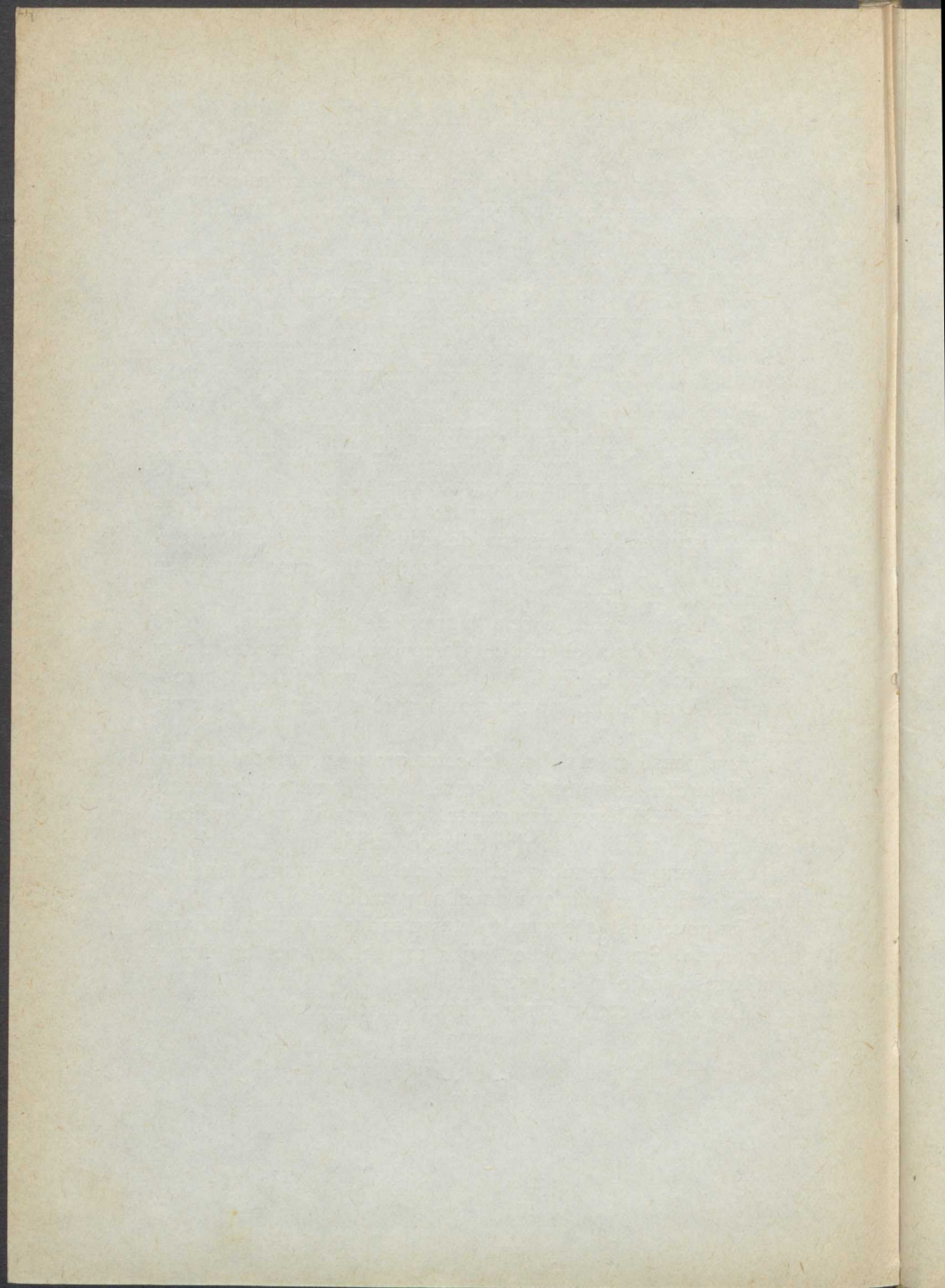
Ana pensó en el árbol del columpio y su mirada anduvo por el jardín, como si lo buscara. Algo comenzó de pronto a hablarla. Oíalo ya claramente. Una voz íntima musitaba con rumor lejano y quedo, llegado desde más allá de los árboles: era el Danubio, el sino de los Ulwing. Habló de su vida. Sólo le quedaba aquello y nada más...

En aquel instante unas fuertes pisadas juveniles hollaron el pasado. Sus dos bellos hijos marchaban por el camino guijarroso, bajo el sol estival.

Les siguió con la vista e irguió la cabeza.

F I N





Un nuevo éxito de la Colección "Novelas Húngaras"

MIKLOS SURÁNYI

## EL PAVO REAL DEL TRIANÓN

Traducción de A. M. DE ORBÓK

La aventura sentimental de un noble húngaro y una bella aristócrata francesa en tres ambientes magistralmente evocados: la Corte Imperial, el hogar magyar y el París de Luis Felipe.

Un tomo 12x17, pulcramente encuadernado en tela sajona: 20 pesetas.

### EN PREPARACIÓN

En la Colección "Novelas Húngaras"

REZSÖ TÖRÖK

## ES DIFÍCIL ENCONTRAR MARIDO

Traducción de ROSARIO FERRÁN

Un tema muy de nuestro tiempo, tratado con la gracia y el humor del gran novelista húngaro.

FERENC KÖRMENDI

## UN DÍA DE JUNIO

Traducción de A. M. de ORBÓK

En esta obra del autor de *El error* y *Aventura en Budapest*, las dos publicadas con gran éxito por *Editorial Victoria*, cobra toda su intensidad la vida en un día del Budapest agitado por las grandes pasiones humanas.

En la Colección "Escritores Anglosajones"

STEPHEN LEACOCK

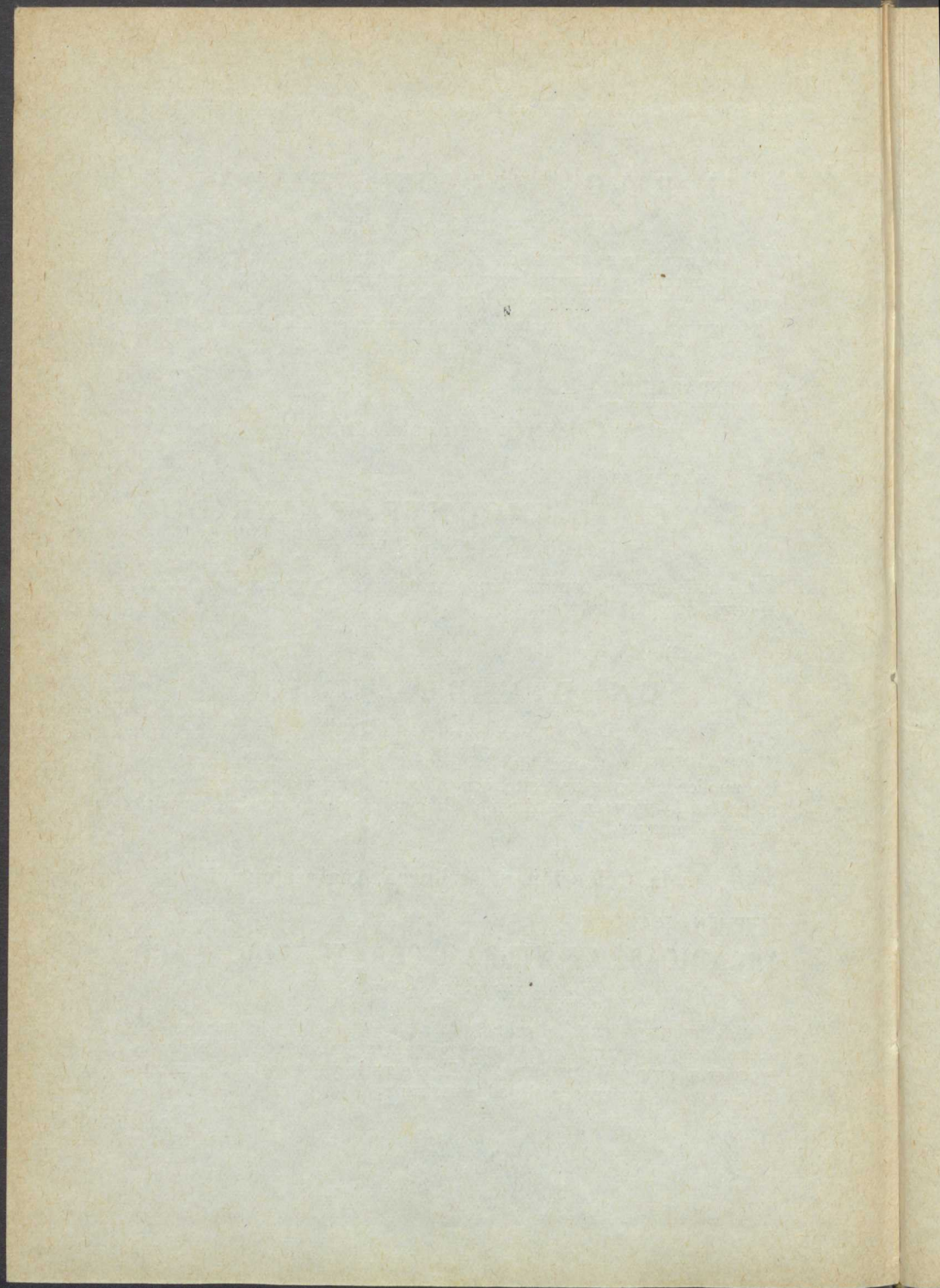
## ARCÁDICAS AVENTURAS CON EL RICO VAGO

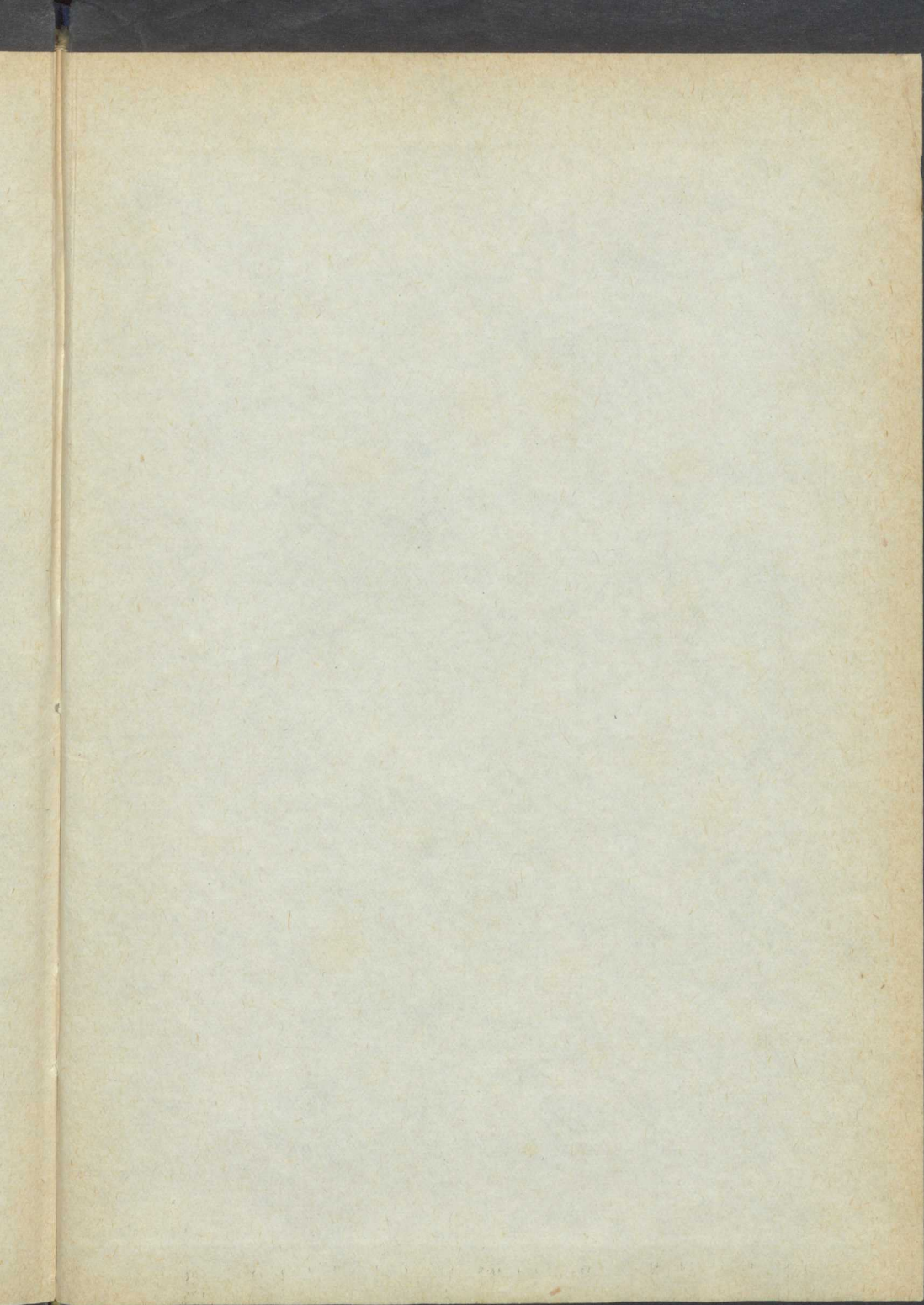
Traducción de SENÉN TALARN

Nos hallamos ante la primera obra vertida al castellano, de un nuevo humorista anglosajón, que recuerda a Jerome K. JEROME y es superior al propio WODEHOUSE. El libro constituye el mejor documento satírico de la moderna sociedad americana.

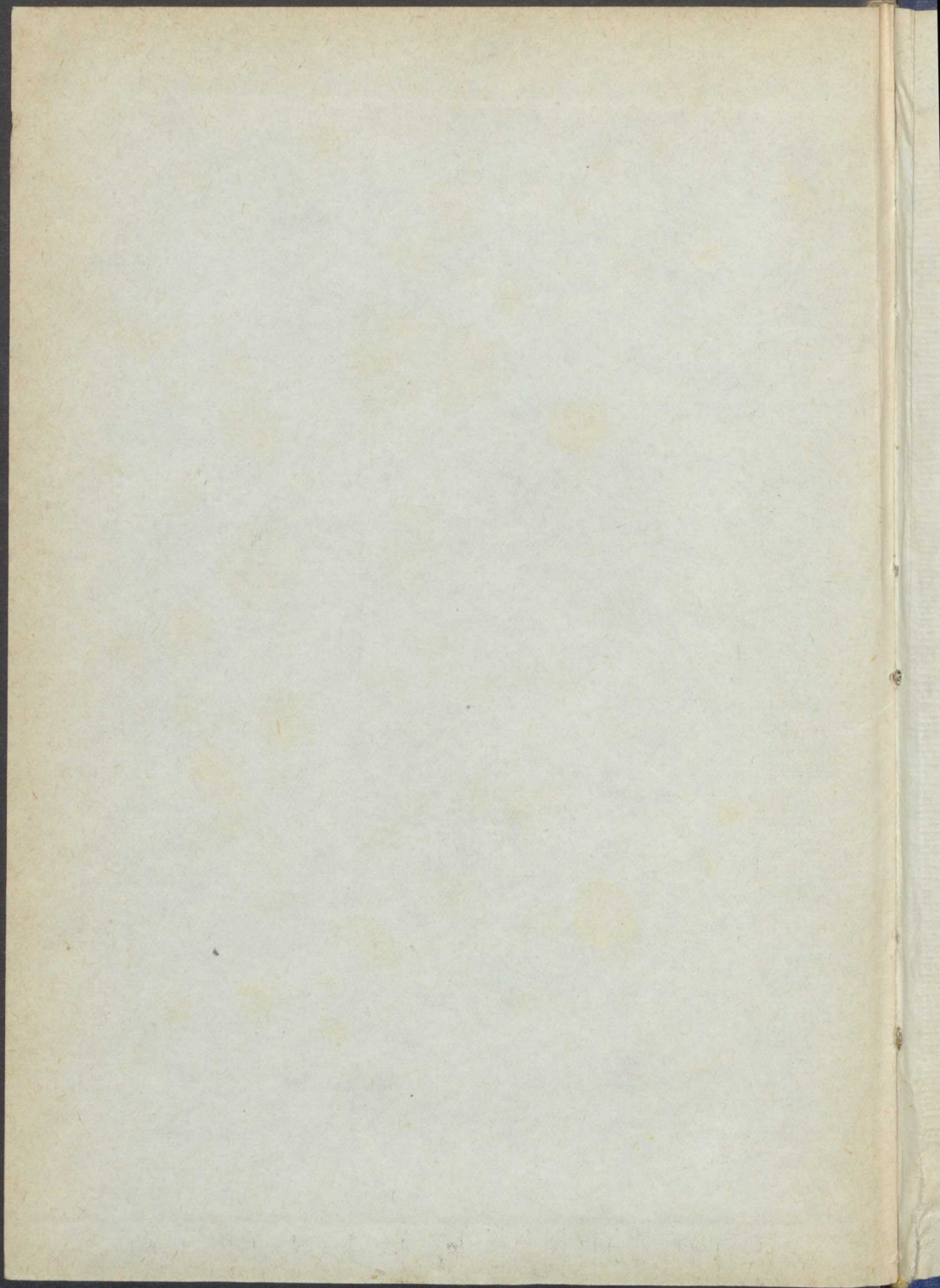


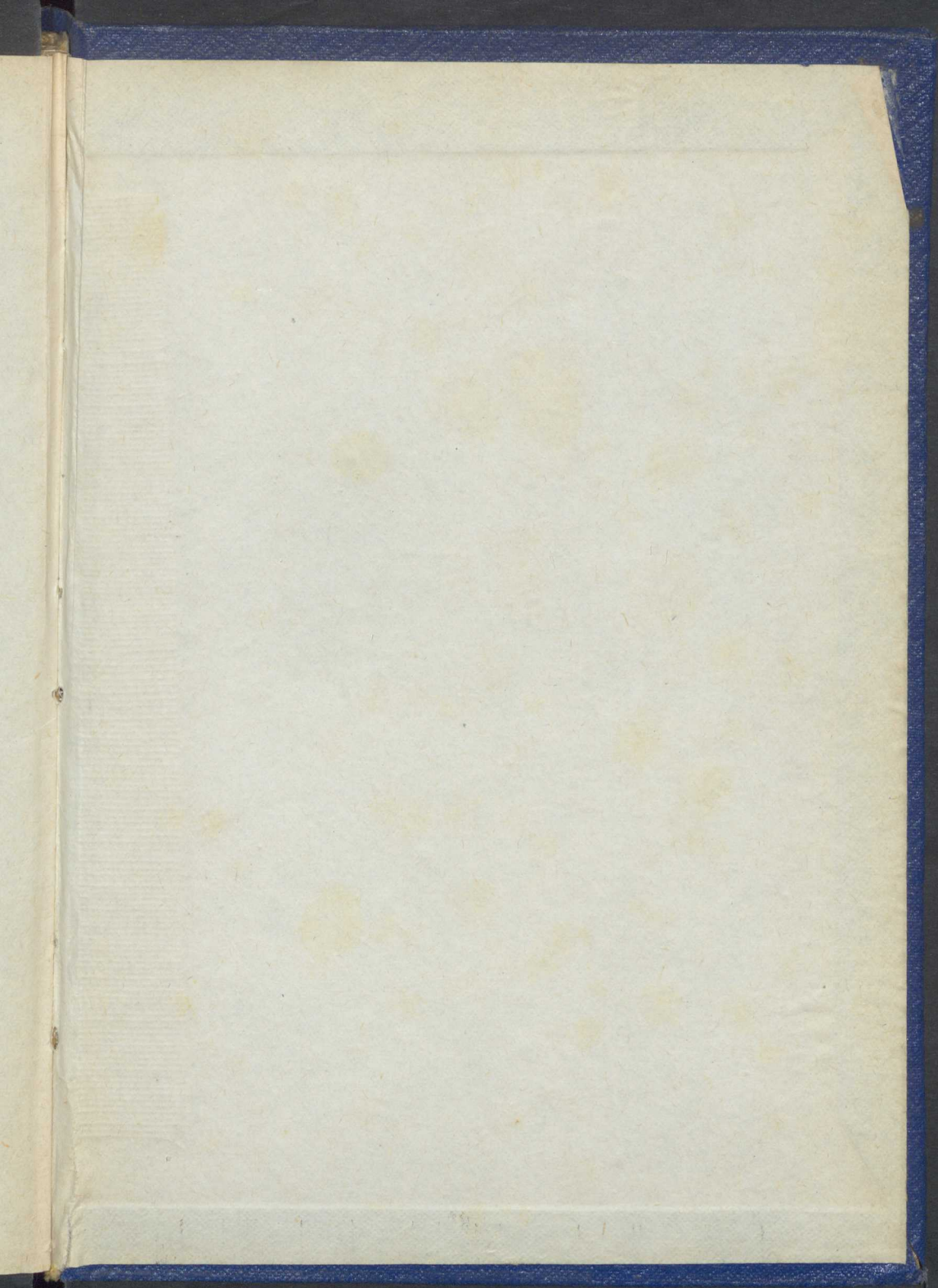




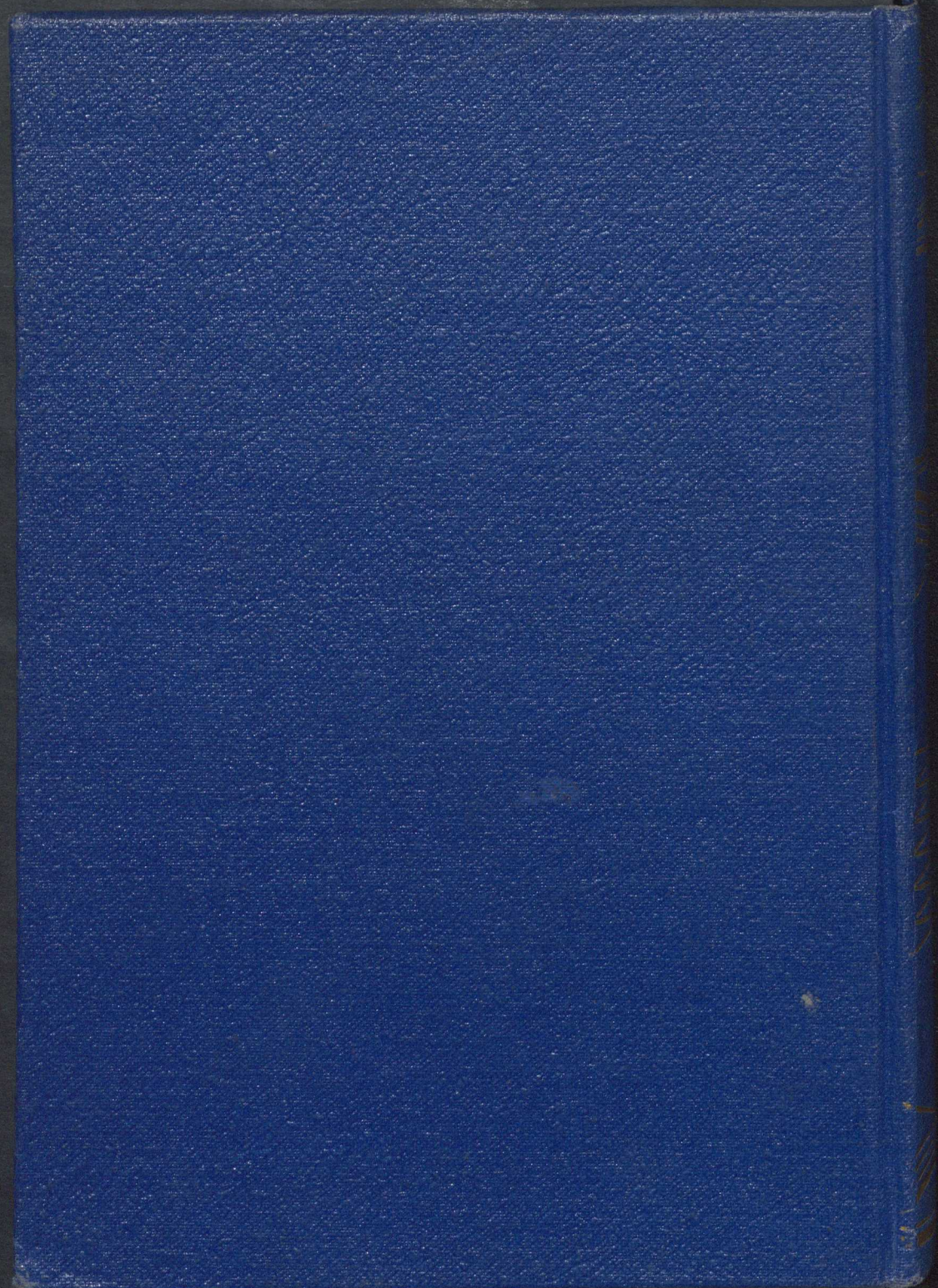














LA  
VIEJA  
CASA

